

AJA JAMES

BREATH.

BLOOD.

BODY

HE WOULD SACRIFICE

ALL TO LOVE HER...



PURE HEALING

A NOVEL OF THE PURE ONES



Sigma Draconis Books

PURE HEALING



THE PURE / DARK ONES #1

AJA JAMES

Esto es una **fan—traducción** (libre interpretación) si el libro llegase a tu país cómpralo. Alentamos a los lectores a apoyar a los autores con una reseña positiva en **Amazon** o una valoración en **Goodreads**. Favor de abstenerse de comentar que lo leyeron en español. Este documento no pretende suplantar al original. Prohíbida la reproducción total o parcial así como la comercialización de este **PDF**. **No lo compartas** en redes sociales de ningún tipo, **si te sientes caritativo y con deseos de difundir algo**, tomate el tiempo de traducir tú mismo y no perjudiques a los demás. Cuida tu acceso a lectura de calidad y respeta la labor de los grupos de traducción.

¡Buena lectura!



Traducción



Dulce Anarquía

Corrección



Sigma

Diseño



Shikara

Nuestro
agradecimiento
a **Tess** por facilitarnos
los libros de esta Saga.



Sigma Draconis Books

PURE HEALING

Pure Healing

SERIE
THE PURE/DARK 1

Aja James

THE PURE/DARK ONES #1

AJA JAMES

SINOPSIS

En el mundo de los Puros, donde las relaciones sexuales con alguien que no sea nuestro compañero eterno conduce a una muerte lenta y dolorosa en treinta días, el amor viene con una etiqueta de advertencia "cae bajo tu propio riesgo"...

Rain: la Sanadora

Desde la primera vez que ella lo vio, anheló calmar su dolor y tormento y se nutrió de un deseo secreto y egoísta: de tenerlo para ella...

Valerius: el Protector

A pesar de su atracción instantánea, él ha evitado insistentemente ser el Consorte de la Sanadora, perseguido por la brutalidad y la violencia de su pasado...

A medida que se acerca el Decenio del Rito del Fénix, a medida que las amenazas de su némesis vampiro se intensifican, Rain y Valerius deben decidir si dejan que sus historias y deberes dicten su destino o si se arriesgan a todo por la oportunidad de un amor eterno.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Capítulo 1.....	11
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	41
Capítulo 4.....	57
Capítulo 5.....	73
Capítulo 6.....	95
Capítulo 7.....	110
Capítulo 8.....	127
Capítulo 9.....	147
Capítulo 10.....	166
Capítulo 11.....	183
Capítulo 12.....	199
Capítulo 13.....	214
Capítulo 14.....	232
Capítulo 15.....	247
Capítulo 16.....	260
Capítulo 17.....	274
Capítulo 18.....	287
Capítulo 19.....	305
Epílogo.....	316
Glosario	322

PRÓLOGO

Él todavía me sigue. Mierda.

Oh, bueno, no es como si pudiera perderlo cuando ha sido entrenado para todas estas cosas de alto secreto mientras yo soy una estudiante universitaria normal tratando de llegar a clases a tiempo.

Hola, dejenme presentarme. Mi nombre es Sophia Victoria St. James. Un bocado, lo sé. Y más bien, pretencioso si me preguntas. Me recuerda a una heredera italiana o a la protagonista de una novela de Jane Austen o algo así.

Es difícil estar a la altura. No me siento como una Sophia o como una Victoria. No soy sabia ni victoriosa, eso si mis notas apenas promedio y mi constante batallas pérdidas con mi cabello rebelde son una indicación. Entonces no habrías adivinado que alguien como yo tendría un guardaespaldas veinticuatro / siete, ¿verdad?

Sí, y no todo es tan bueno como parece.

Hoy es el primer día de clases de mi primer año en Harvard. Antes de que te hagas una idea equivocada, realmente no sé cómo llegué a Harvard. No es como si fuera uno de esos niños realmente inteligentes, ricos o famosos que entraron por sus propios méritos o por el dinero y la influencia de sus padres.

Entré en Harvard porque soy rara.

Excéntrica, si quieres darle un brillo un poco más positivo. La



excentricidad es casi sinónimo de individualidad, y estamos en los Estados Unidos de América. ¿No celebramos eso aquí? Aparentemente, Harvard aprecia a los solicitantes con mi tipo de experiencia (aunque apenas pude pasar el álgebra de octavo grado), y sorprendentemente, pensaron que mi ensayo de solicitud sobre los vampiros y la batalla final entre el bien y el mal fue muy entretenido: "indicativo de una imaginación activa y una fuente de creatividad", había escrito el oficial de admisiones en mi carta de aceptación.

Imagínate.

Así que aquí estoy, aterrorizada de que alguien descubra que no soy tan imaginativa o creativa como los otros estudiantes matriculados, aquellos que realmente merecen estar aquí. Y como todos aquellos que ponen todo tipo de títulos gloriosos en sus currículums, como "Presidente de la Asociación Asiática Americana", "Presidente de Alpha Beta Phi", "Presidente del Consejo Estudiantil", y así sucesivamente. Todos esos títulos que suenan muy importantes. Me hace sentir que los futuros líderes mundiales están reunidos en un campus en Cambridge, Massachusetts.

Por el contrario, todo lo que puedo decir es que soy la Reina de los Vampiros. Aunque sabiamente dejé eso fuera de mi solicitud. Bueno, en realidad no soy la Reina de los Vampiros, pero si alguien me pregunta, es más fácil explicar porque dije eso, excepto que tendría que matarlos después. O lo más probable es que mis guardaespaldas lo hagan. Se supone que nadie debe saberlo.

La verdad es que soy la Reina de los Puros.

¿Por qué te engañé para que pensaras que era algo más elegante como la Reina de los Vampiros? Debido a que hay succión de sangre involucrada en esta raza que yo gobierno; y cada vez que hay succión de sangre, si lo buscas en Google, obtienes vampiros.

En realidad, no obtienes "hematofagia", pero eso no viene al caso. Si le preguntas a alguien en el campus esto es lo primero que le viene a la mente...

De todos modos, los Puros no son vampiros. Es un insulto imperdonable ser llamado como tal. De hecho, estamos en guerra con los vampiros. De ahí mi ensayo de aplicación sobre los vampiros y la batalla entre el bien y el mal. Es lo que vivo todos los días, así que no me sentí inspirada para escribir sobre nada más.



Y aquí estoy yo. En Harvard. Alguien en la oficina de admisiones debe estar teniendo problemas por mi causa. Oh bien. Disfrutaré de esta educación ultra cara y exclusiva mientras pueda.

Mierda. He estado yendo por el camino equivocado.

Mi primera clase es historia china antigua, se mudó al campus de la Escuela de Gobierno Kennedy debido a la remodelación en el complejo East Asian Studies. Me olvide de eso. ¡Ahora voy a llegar al menos quince minutos tarde arrastrando el culo por Harvard Square!

Ja, tal vez pueda deshacerme de mi cola haciendo algunas maniobras ágiles...

De vuelta a los Puros. No sé mucho, pero sí conozco la Regla Cardinal. Es difícil pasarla por alto. Básicamente, si un Puro se enamora y tiene relaciones sexuales con alguien que no es su Eterno Compañero, muere de una muerte lenta e insoportable en treinta días.

Algo como eso pone un freno a tu vida sexual.

¡Finalmente! Llegué a clase. Y el profesor ni siquiera notó mi extrema tardanza porque la sala de conferencias está llena. Quien diría que tantos jóvenes en estos días estarían interesados en la antigua historia china. ¿Y mi cola? Aún allí.

Claro que lo están. Si hay alguien más que necesita un indulto de la regla de no sexo... solo díganlo.

Val probablemente me volcaría sobre sus rodillas si supiera que estoy pensando esto. Él es de la "vieja escuela". *Muuuuuuuy* viejo. Quiero decir, con un nombre como Valerius Marcus Ambrosius, tienes muy claro que no es del siglo XXI.

Pero es más que eso. Es más reservado físicamente que nadie que yo conozca. Odia ser tocado. Nunca toca a nadie y es muy hábil para evitar el contacto físico de los demás. Es por eso que su arma elegida es la hoz encadenada¹. Es imbatible en el combate a distancia. Y bastante letal en distancias cortas también, para el caso.

Val es uno de la Elite, los seis guerreros que componen mi guardia

¹ Hoz encadenada: [El kusarigama (鎖鎌, lit. "Cadena-Hoz") es un arma tradicional japonesa que consiste en un kama (el equivalente japonés de una hoz) unida a un kusari-fundo, un tipo de cadena de metal (kusari) con un gran peso de hierro en el extremo. (Fundo). Se dice que el kusarigama se desarrolló durante el período Muromachi. [1] El arte de manejar el kusarigama se llama kusarigamajutsu.]



personal. Son las máquinas de combate más valientes, duras y asombrosas de la Raza. Se dice que el recuento de cadáveres de Val es el más alto entre los seis. Supongo que eso tiene sentido. Ha existido durante al menos un par de miles de años, su origen humano data en algún momento de la Roma antigua. Nadie sabe exactamente el año, mes y día, incluyéndose a él mismo.

Val siempre tiene el control. Pero puedo ver cómo su autocontrol se está quebrando.

Mi don es la habilidad de ver almas puras y leer las intenciones de todos los seres vivos. Las intenciones de Val son un poco confusas, pero se centran en mantener la disciplina y la distancia, especialmente cuando se encuentra con uno de los miembros de mi consejo interno, uno de los Circlet, Rain.

Solo Rain. Nombre de una palabra, como Rhianna o Gisele.

Rain es la Sanadora Real de los Puros. Antes de eso ella era (y es) la sanadora más poderosa de la raza. La recluté personalmente en Hangzhou, China. Cuando tenía siete años. Bien, tuve un poco de ayuda de Ayelet, mi Guardiana. No recuerdo los detalles, pero sí recuerdo la fuerte sensación de que el primer encuentro de Val con Rain fue más bien... explosivo, no, no es la palabra correcta.

Trascendental. Un Cambio de juego. Tan intenso que el aire a su alrededor cuando están juntos, en el mismo espacio, parece cargado de electricidad, chamuscando a todos en un radio de cinco yardas.

Tal vez lo estoy inventando. Continuamente estoy afinando mi don. A veces, los sentimientos me llegan en un idioma extranjero confuso que no puedo descifrar. Val y Rain se conocen desde hace diez años (aunque nunca parecen estar juntos en la misma habitación durante mucho tiempo). Así que pensarías que se habrían acostumbrado el uno al otro.

Pero últimamente, especialmente con el Rito en el horizonte, vuelvo a tener la sensación de hormigueo (también podría deberse al hecho de que los vampiros han intensificado su masacre asesina o al hecho de que comí un sushi sospechoso anoche antes de dormir). -

Siento como si la madre de todos los tsunamis estuviera a punto de estallar.



1

Hace 10 años... Hangzhou, China.

La sintió antes de verla.

Cada músculo se tensó cuando Valerius se preparó contra una fuerza invisible.

El suave tintineo de unas campanas anunció que alguien se aproximaba. Una mujer relativamente alta y elegante, ataviada con un vestido oriental de aspecto tradicional, emergió de una cámara interior donde la anfitriona permanecía oculta a la vista. En su frente, justo debajo de su cabello, estaba lo que parecía ser una flor de ciruelo tatuada. Alrededor de su tobillo, tenía una tobillera, una simple cadena con pequeñas campanas doradas.

Ella no era la indicada.

Valerius dejó escapar el aliento, que no se dio cuenta que estaba conteniendo y se relajó. Sólo ligeramente.

Retrocedió mientras los miembros de su convoy, Ayelet la Guardiana y Sophia la nueva Reina, saludaban a la mujer con las profundas reverencias habituales, con las manos derechas presionadas sobre sus corazones. La mujer devolvió el gesto, inclinándose hacia adelante en un



ángulo preciso de noventa grados desde su cintura, se enderezó de su reverencia y le sonrió acogedoramente a Ayelet.

— Querida amiga, ha pasado demasiado tiempo, — dijo en voz alta y suavemente acentuada. Estiró las manos hacia Ayelet, y la Guardiana las agarró sin dudar.

— Wan'er, es bueno verte de nuevo, — respondió Ayelet, dándole un apretón afectuoso a las manos de la mujer. Se giró para incluir a Sophia y a Valerius en su círculo.

— ¿Puedo presentarte a nuestra Reina, Sophia Victoria St. James? Sophia, este es Wan'er de la Jade Lotus Society. Wan'er es la doncella de nuestra estimada anfitriona, Rain. Ayelet guió gentilmente a la Reina de siete años unos pasos, hacia el primer plano, mientras hacía las presentaciones oficiales.

Wan'er se sumergió profundamente en una elegante reverencia sobre una rodilla, reservada solo para su soberana, la mano derecha sobre el corazón.

— "Mi reina", — reconoció con sereno respeto.

Sophia, que, hasta hace un mes, había sido ajena a este nuevo papel importante que estaba destinada a asumir, movió un poco el cinturón de su formal túnica real y miró a Ayelet buscando cómo proceder.

Ayelet asintió con un gesto de aliento y Sophia se inclinó hacia adelante con las pequeñas manos extendidas y levantó suavemente a Wan'er por los codos, haciendo un gesto para que se levantara.

— Gracias, Wan'er de Jade Lotus, por su hospitalidad, — dijo la pequeña Reina, tropezando ligeramente con las palabras que le tomaron muchas horas memorizar.

Ayelet sonrió con los ojos en su pupila y dio un paso atrás para presentarle a Valerius.

— Este es uno de los Guardias de élite, Valerius Marcus Ambrosius. Él es nuestro protector en este viaje.

Wan'er y Valerius se inclinaron el uno al otro. Una vez enderezada, Wan'er miró a Valerius asintiendo sutilmente. Era el reconocimiento tácito de que Valerius iría a donde fuera la Reina. Ninguna cámara estaría cerrada para él, salvo una durante la duración de su estadía, a pesar de

que, por regla general, la Sociedad del Loto de Jade no permitía que los hombres entraran a su santuario.

La Sociedad fue fundada por la actual Sanadora de la Raza, Rain, hace más de dos mil años como un santuario para las mujeres que lucharon contra los confines sociales de su tiempo.

Mujeres poetas, académicas, músicas, mujeres que no querían casarse en un contrato tradicional entre familias. Concubinas que querían escapar de la intriga y la política del harén real. Esposas que querían refugiarse de sus maridos abusivos. En resumen, mujeres que buscaban mejores vidas para sí mismas, que querían expresar su individualidad y pasiones.

La Sociedad estaba dirigida por nueve mujeres puras, pero sus miembros eran en su mayoría mujeres humanas. Con el tiempo, mientras Rain nutría y perfeccionaba su Don de curación, la Sociedad se hizo conocida como un centro de artes curativas. Combinó un profundo conocimiento de la antigua medicina y hierbas chinas, con la práctica estudiada para aprovechar el *qi*, la energía espiritual de cada uno, para calmar, regular y optimizar la salud y el bienestar. Aunque los miembros eran solo mujeres, hombres y mujeres de todas partes, Puros y humanos, viajaban al santuario para buscar soluciones a sus dolencias.

Por lo general, los pacientes eran recibidos en pabellones en la isla sobre el santuario subterráneo, cuya entrada principal se encontraba debajo de la Pagoda Baochu, justo al norte del famoso punto turístico, West Lake, en la cima de la Preciosa Colina de Piedra. El santuario abarcaba varios kilómetros cuadrados de pasadizos, cámaras y pasillos subterráneos, algunos se extendían directamente debajo del Lago del Oeste, conectando a las islas que salpican la superficie del lago a través de túneles submarinos.

A medida que los tiempos cambiaban, a medida que el mundo moderno abría nuevas puertas, los miembros del santuario se mezclaban más fácilmente con la sociedad en general. En lugar de unirse como refugiados y marginados, se fortalecieron mutuamente para un propósito común: la misión de curación. Los miembros seguían siendo solo mujeres, y seguían siendo las únicas ocupantes de los santuarios sagrados.

Hoy, sin embargo, era una excepción. No solo por la asistencia de la nueva Reina, sino porque era el primer día del Decenio de los tres días



del Rito del Fénix que abría el santuario a hombres puros no calificados de todo el mundo.

Al final de los tres días, Rain La Sanadora seleccionaría a su Consorte.

Cuando Valerius también se enderezó de su reverencia, su mandíbula se flexionó involuntariamente mientras se preparaba para encontrarse con su anfitriona.

Todos los hombres puros sabían sobre el Rito del Fénix, y dado su número limitado, Valerius conocía personalmente a varios Antiguos Consortes de la Sanadora, tres de la Guardia Elite, por ejemplo. Era una posición muy venerada e intensamente disputada. Solo los machos puros más fuertes y disciplinados podían postularse. Y era la única excepción, fuera del Apareamiento, a la Sagrada Ley del Celibato.

Durante nueve meses durante el año del Rito, los machos Puros de todas partes se reunían para presentarse ante la Sanadora. Nunca la conocerían a menos que fueran elegidos como el sexteto final.

Las entrevistas iniciales fueron realizadas por la doncella de la Sanadora mientras la misma Sanadora observaba los procedimientos, oculta a la vista. Luego le daría a su doncella un anillo de jade o un anillo de ónice para que se lo extendiera al solicitante. Sólo se repartían seis anillos de jade. A medida que se acercaban los días del Rito, los seis hombres puros elegidos regresarían al santuario para la selección final.

Entonces habría tres días de Ritos de Pasaje.

El primer día probaba la fuerza y vitalidad de los machos Puros. El segundo día probaba su resistencia al dolor y su capacidad de curar. El tercer día probaba su compatibilidad sexual con la Sanadora. En última instancia, el hombre elegido se convertiría en su única fuente de Alimentación durante treinta días y le proporcionaría la reserva que necesitaría para llevar a cabo su papel de Sanadora de los Puros durante los próximos diez años.

Al final de estos tres días, se le daría al Consorte un anillo de Tiger's Eye para que lo usara en el transcurso de su Servicio.

Valerius nunca se había colocado en el grupo de solicitantes, aunque sabía que su elección personal perjudicaba a su gente. Era uno de los machos Puros más calificados que existen. No solo porque era uno de los más viejos y, a través de la experiencia y el entrenamiento de combate,



uno de los más fuertes, su propio Don era la capacidad de curarse más rápido que cualquier otro Puro.

Los Puros sanaban diez veces más rápido que los humanos, una fuente de su eterna juventud. Valerius se curaba tres veces más que sus compañeros de la clase guerrera. El alimento que podría proporcionar sería tres veces más potente que cualquier otro hombre. La Sanadora a su vez podría aprovechar ese poder para salvar muchas más vidas, especialmente cuando los Puros entraron en el nuevo milenio crítico.

Pero no pudo obligarse a hacerlo.

Aunque sabía sin lugar a dudas que sería mejor que todos los demás machos en los dos primeros Ritos de Pasaje, estaba igualmente seguro de que reprobaría la tercera y última prueba.

Si tuviera una opción, habría seguido evitando a la Sanadora a toda costa, mejor que ella nunca supiera que él existía, de modo que su decisión de abstenerse del proceso de selección seguiría siendo suya. Pero este viaje era inevitable, y él era la mejor opción como escolta real. No podía fallar en proteger a Sophia y a Ayelet, ni tampoco podía fallarle a la Sanadora cuando la trajeran de vuelta con ellos en el viaje de retorno. No podía tolerarse ese nivel de egoísmo.

Ahora, finalmente, la conocería. La Sanadora.

Rain.

Wan'er los guió a través de un largo pasillo iluminado con antorchas hacia la cámara interior de la Sanadora. A pesar de la falta de ventanas, ya que el santuario estaba bajo tierra, el pasillo estaba brillantemente decorado con pergaminos chinos que representaban montañas, lagos, pagodas y animales exóticos tan reales que parecían cobrar vida bajo el calor parpadeante de las antorchas.

Valerius se detuvo brevemente ante una pintura, mientras el ave fénix en el interior parecía estirar el cuello y dirigir sus brillantes ojos hacia él. Su mano derecha se dirigió reflexivamente hacia el mango de la guadaña en su cintura mientras lo miraba más de cerca.

Sus ojos se agrandaron cuando vio que la cascada en el fondo en realidad fluía, haciendo un chapoteo silencioso en el lago debajo. Sacudió la cabeza y volvió a mirar. El fénix estaba de espaldas a él una vez más, mirando a lo lejos. Quizás lo había imaginado todo. Pero de alguna manera pensó que no.

La entrada a la cámara interior era una elaborada abertura hexagonal, dorada con intrincados diseños que estaban tallados en la estructura de madera. Medía unos diez pies de alto y doce pies de ancho, y conducía a una sala grande, pero no cavernosa, bien iluminada, en la que la pieza central era un gran estrado elevado protegido por cortinas de seda tenues y semitransparentes recogidas juntas en una especie de carpa alrededor y sobre el área.

Los ojos de Valerius fueron inmediatamente atraídos por el contorno femenino detrás de las cortinas.

Contrariamente a su entrenamiento y protocolo, apenas registró el área circundante, los muebles eran ornamentados pero elegantes, las paredes cubiertas completamente con escenas naturales que parecía tan reales y vivas como los pergaminos en el pasillo exterior, los caprichosos reflejos de las multicolores linternas redondas de papel a través del techo, le daban al dormitorio un brillo alegre.

Para su total confusión y consternación, su corazón duplicó su ritmo y cada nervio de su cuerpo se sensibilizó abrumadoramente. De repente se sintió drogado por una fragancia tenue y evasiva de lirios y jazmín, y en reacción, la sangre se precipitó a su ingle, endureciéndolo en un instante. Su cuello y cara obtuvieron lo que quedaba mientras se sonrojaba profundamente de mortificación y enojo por su pérdida total de disciplina.

En sus más de dos mil años de existencia como Puro, nunca, nunca, perdió el control. Por qué su autocontrol lo abandonó en este momento, no podía comenzar a comprenderlo y no tenía el lujo de ni siquiera intentarlo, ya que de repente se encontró a menos de dos pies delante de la Sanadora, sentada sobre el estrado sobre un suave pedestal de almohadas. Ejecutó la reverencia de memoria, como si su cuerpo hubiese desarrollado una mente propia.

Sin embargo, Valerius no llegó a levantar la mirada para encontrarse con la de ella. Sabía que mantener la vista baja era una señal de sumisión que nunca antes se había permitido a sí mismo, sin importar las probabilidades que enfrentara. Pero se tragó su orgullo y apretó la mandíbula, porque de alguna manera, en algún profundo lugar, sabía que encontrarse con su mirada cambiaría su mundo para siempre.

En cambio, miró a través del filtro de sus pestañas la forma de su barbilla, y la sonrisa enigmática y fugaz que inclinó las comisuras de su boca llena de sensualidad.

— Guerrero, — lo saludó suavemente, haciendo una fuerte pausa después de saludar a Sophia y Ayelet.

Cuando él continuó reteniendo su mirada, las comisuras de sus labios se inclinaron un poco más, como si su reticencia la divirtiera.

Pero no fue la timidez lo que mantuvo los ojos de Valerius bajos; fue autoconservación.

— Sanadora, — comenzó Ayelet mientras Valerius se alejaba del estrado suavemente iluminado hacia las sombras de fondo, — sabes por qué hemos venido.

No era una pregunta, sino un entendimiento.

La mujer en el estrado bajó la cabeza elegantemente en reconocimiento, con una pequeña sonrisa todavía flotando en sus labios.

— ¿Entonces consientes en volver al Escudo con nosotros? — Ayelet intentó averiguar, refiriéndose a la base de operaciones de los Puros, no una ubicación permanente sino el apodo del lugar donde residía la Reina y su círculo íntimo en un momento dado.

La Sanadora se movió en su asiento, levantando una pálida y delgada mano para apartar un pequeño mechón de seda mientras se inclinaba para contestar. Pero no miraba a Ayelet ni a la Reina, sino al cuerpo tenso y acerado del guerrero en las sombras detrás de ellos.

— ¿Le agradaría tener mi consentimiento? — Suavemente lanzó la pregunta hacia Valerius, que se tensó aún más, si eso fuera posible, ante su consulta.

No podía ver sus ojos en las sombras, pero supo cuándo finalmente la miró. Hubo un reconocimiento instantáneo y una explosión de energía irradiando de su cuerpo hacia el de ella, tan fuerte que tuvo un latigazo momentáneo por las deslumbrantes corrientes.

Interesante.

Ayelet, Sophia y Wan'er miraron de un lado al otro, sorprendidas por la reorientación de la conversación. Sophia, en particular, parecía aturdida por la explosión de conciencia entre la Sanadora y el Protector. Parpadeó rápidamente y apretó sus pequeñas cejas juntas concentrándose como si tratara de descifrar un intercambio tácito entre los dos.

¿Qué podría responder?, pensó Valerius sombríamente mientras el tiempo se extendía entre ellos con insoportable lentitud y claridad.

Su tropa de caballeros, una combinación de guerreros Puros y humanos que se erigían como la primera línea de defensa contra las nuevas hordas de vampiros y la amenaza humana, disminuía rápidamente en número, dejando a los pocos restantes exhaustos y agobiados por las innumerables lesiones nuevas y antiguas después cada batalla

Necesitaban a la Sanadora en medio de ellos, a su alcance. Necesitaban su fuerza y su consuelo, necesitaban que ella los sanara y vigorizara y les diera esperanza. Para el futuro de su pueblo, para los humanos y el mundo que protegían los Puros, ¿cómo podría decir que no?

Pero para sí mismo, su tranquilidad, su corazón que latía salvajemente y el dolor inevitable, exquisito y punitivo que sabía que su futuro tenía con ella, ¿cómo podría decir que sí?

Mientras observaba su rostro etéreo con ojos hambrientos, se dio cuenta de que su tiempo se había acabado.

Tragando el nudo en su garganta, respiró hondo y respondió en voz baja y retumbante, áspera por las emociones que trataba de contener:

— Sí.

Y sin mirar atrás, Valerius salió de la cámara tan rápido como sus largas zancadas podían llevarlo.



— Sí, — él había dicho.

Fue la primera y única palabra que había pronunciado en su presencia, reflexionó Rain. Aunque nunca había conocido al Protector, ella era muy consciente de su reputación. Con un par de miles de hombres Puros en existencia en cualquier momento dado, y menos de un cuarto siendo de la clase guerrera, La Guardia de Élite a la que pertenecía el Protector, era ampliamente comentada y muy venerada, incluso legendaria. Rain había conocido previamente a cada uno de los seis miembros. Excepto al Protector. Nunca al protector.

Dos mil años era mucho tiempo para evadirla. Rain no pudo evitar sentir que lo hizo por elección propia. Aunque nunca se atrevería a cuestionar sus motivos, todavía le dolía su orgullo por ser tan diligentemente evitada. Así que satisfizo su curiosidad con las ocasionales noticias y chismes sobre la Elite. Y por lo que sabía de Valerius, había esperado estar impresionada.

Ella no estaba decepcionada.

Su voz profunda y ronca envió escalofríos por todo su cuerpo. Qué poético es que esa voz se aloje dentro de tal cuerpo. El sonido fue como una manta cálida que la calmó, mientras que al mismo tiempo fue un feroz rugiente que la encendió.

El guerrero era absolutamente hermoso en su minimalismo y brusquedad. Medía 2 metros con 10, más de 30 centímetros por encima de su altura si estuvieran de pie cara a cara. Estaba dotado de hombros increíblemente anchos, pecho profundo, caderas delgadas y piernas largas y musculosas.

Su atuendo era completamente negro, hecho para facilitar el movimiento, abrazando su forma solo cuando estaba en acción. Cuando se quedaba quieto, su ropa era parte de su camuflaje, usada no solo para no ser notado, sino para desalentar la atención y mezclarse en las sombras.

Su cabeza rapada mostraba la sombra de las raíces de cabello oscuro que indicaban una cabellera completa y densa si se le permitía crecer. Rain se preguntó abruptamente cómo sería su cabello: rizado, liso u ondulado. Intuitivamente, supuso que sería ondulado, despeinado, incluso salvaje, la antítesis de la forma estricta en que se mantenía.

Su rostro era intensamente masculino, todos los ángulos agudos, cavidades y bordes, su nariz una cuchilla estrecha con una protuberancia en el puente. Pero era innegablemente hermoso, profundamente sensual con sus ojos verdes claros, sus fuertes pestañas y su boca ancha y llena.

Pero era obvio que el propio guerrero no lo creía así.

Era como si conscientemente tratara de disimular su belleza, o incluso más cerca de la verdad, que se avergonzaba de ella. Avergonzado de su cuerpo, incómodo en su propia piel, excepto cuando la presencia del peligro exigía que sus instintos guerreros excluyeran todo lo demás.

El noventa y nueve por ciento de las veces, Rain no tenía dudas de que era un guerrero hasta los huesos, confiado y en control, pero ella vislumbró en esta reunión introductoria, un raro destello de vulnerabilidad e inseguridad.

Probablemente por eso se había retirado de la habitación. No podía soportar que ella presenciara, no, era más que eso, *sintiera su vergüenza oculta*.

Ella no entendía los porqués, pero su corazón respondió a su obvio dolor con empatía. Distraídamente, colocó una mano sobre su corazón para calmarlo, volviendo hacia sus visitantes.

— Entonces tienes mi respuesta, — confirmó para Ayelet, respondiendo implícitamente a la pregunta que planteó la Guardiana.

Se levantó suavemente de su asiento, bajó del estrado y se inclinó en una profunda reverencia ante Sophia.

— Al final de este Ciclo del Fénix, iré contigo, mi Reina, a donde me lleves.

Sorprendida, Sophia se apresuró a levantar a la Sanadora del suelo, apretando sus antebrazos con unas pequeñas manos sorprendentemente fuertes.

— Por favor, levántate, mi señora. Me siento honrada de tenerte a mi lado. — Miró de nuevo a Ayelet en busca de apoyo.

Ayelet asintió con una mezcla de alegría y alivio.

— De hecho, Sanadora, tu presencia ahora completa el Zodiaco Real: la Reina, los seis guardias de Élite y los cinco miembros del consejo Circlet. Es un paso crucial para cumplir la Profecía de nuestra era. No podemos predecir cómo se desarrollará el futuro, pero sabemos que seremos inconmensurablemente más fuertes con su apoyo.

Rain sonrió brevemente, preguntándose qué requeriría el Balance. Cada acción causaba una reacción. Si ella agregaba fuerza, ¿eso significaría que alguien más se debilitaría? ¿Ese alguien era el Protector? ¿Era por eso que ella había vislumbrado su vulnerabilidad?

Wan'er se adelantó para guiar a Sophia y Ayelet a las habitaciones de huéspedes mientras Rain los seguía con palabras de despedida.

— Por favor, siéntase libre de disfrutar de nuestro santuario durante los próximos treinta y tres días, — dijo invitándola, luego hizo una pausa hasta que sus invitados dejaron de caminar y la miraron.

— Pero no volverán a visitar esta cámara hasta que nos preparemos para partir al final del Ciclo, — declaró la Sanadora con firmeza, esperó el asentimiento de Ayelet y Sophia, luego sonrió de nuevo. — No te acompañaré a menudo durante este tiempo, pero nos veremos en las comidas del mediodía si te parece bien.

Sophia rompió su carácter real y aplaudió.

— ¡Sí por favor! ¿Podemos tomar dumplings², *baozi*³ y té de perlas⁴?

Rain y Wan'er simultáneamente levantaron sus manos sobre sus labios y se rieron suavemente ante el entusiasmo de la pequeña Reina.

— Pero, por supuesto, mi Reina, — respondió Rain con afecto fácil.

Ayelet hizo una mueca como si de repente le viniera a la mente un recordatorio desagradable.

— Por supuesto, también transmitiremos su mensaje a Val.

Se entendió entre las tres mujeres a qué mensaje se refería Ayelet: la Sanadora no debía ser molestada durante los Ritos de Pasaje y el Ciclo del Fénix.

La Guardiania agregó, bastante avergonzada y más que un poco confundida,

— Acepte nuestras disculpas por la grosería de Val en este momento. No suele ser...

— Por favor, no te preocupes, — Rain cortó suavemente, agarrando la mano de Ayelet. — Estoy segura de que el guerrero tiene sus razones y que son buenas. No me ofendió. — Ella soltó la mano de Ayelet con un apretón tranquilizador y sonrió con ironía. — Quizás podríamos habernos conocido en otro momento, pero supongo que el Destino nos llevará a donde quiere. Definitivamente no le gusta que lo nieguen.

Tanto Ayelet como Sophia tenían expresiones similares de perplejidad y aceptación, como si las palabras de Rain sonaran verdaderas, pero

² Dumplings: bolas de masas cocinadas en un líquido agua o sopa.

³ Baozi: es un tipo de pan relleno cocido al vapor.

⁴ Té de perlas: bebida con una base de té, mezclada con leche o frutas.

tenían la certeza de que no entendían la historia por completo.

Rain dejó de escoltar a sus invitados en la entrada hexagonal. Permaneciendo dentro del umbral de la cámara, se despidió de Ayelet y de Sophia por el momento.

Wan'er las guió por el pasillo de los pergaminos hasta sus habitaciones de invitados, conversando cálidamente con Ayelet. Sophia miró hacia atrás una vez, mientras avanzaban y vio que un hombre había salido de una de las habitaciones más abajo, en el extremo opuesto del pasillo. Ella observó con curiosidad cómo él entraba en la cámara interior de la Sanadora y abruptamente el resplandor de la luz se apagaba de repente, como si una puerta se hubiera cerrado a su paso. Pero Sophia no había visto ninguna puerta cuando había entrado en la cámara de la Sanadora antes.

Qué extraño.

Saltó un poco para alcanzar a su Guardiana y la doncella.

— ¿Por qué el cabello de la Sanadora es todo blanco?, — preguntó cuando las alcanzó.

Ayelet frunció un poco el ceño y estaba a punto de regañarla por su impertinencia, Sophia conocía bien esa mirada, pero Wan'er respondió con una sonrisa:

— Porque necesita alimentarse.

Sophia asintió, pero aún parecía confundida.

— ¿Eso significa que si ella come algunos dumplings su cabello volverá a ser negro como el tuyo?

Ayelet suspiró suavemente, una señal de que había renunciado a interceptar las preguntas de la joven Reina. Después de todo, Sophia necesitaba aprender sobre todos los aspectos de su gente.

— Ella necesita más que comida humana, — respondió Wan'er pacientemente. — Ella necesita el alimento de su Consorte.

Sophia inclinó la cabeza, intentando comprender, apenas notando que Wan'er las había conducido a una cámara grande y lujosamente amueblada que contenía tres camas con dosel, una para cada uno de los tres invitados.

Como si la iluminara una comprensión repentina, Sophia preguntó alegremente:

— ¿Es su Consorte como un compañero? ¿Como Tristán lo es para Ayelet?

Wan'er juntó las manos ante ella y le dio a la Reina toda su atención.

— Sí y no, — dijo lentamente, como si considerara la mejor manera de responder. — Un Compañero es para siempre y un Consorte es por un corto periodo de tiempo. Pero durante ese tiempo, la Sanadora y su Consorte se apreciarán mutuamente como si estuvieran unidos.

Sophia asintió entendiendo.

— ¿Y Rain elegirá a su Consorte en los próximos tres días? — Al confirmarlo con los asentimientos de ambas mujeres, continuó, — ¿Pero por qué necesita tres días? Debería elegir a Val y todos podríamos irnos a casa.

Ambas mujeres retrocedieron en shock, como si Sophia hubiera escupido cuernos. Miró de Ayelet a Wan'er y se preguntó por qué no salían palabras de sus bocas, aunque dichas bocas se abrieron y cerraron varias veces.

Finalmente, fue Ayelet quien respondió:

— Val no está en consideración esta vez. Él y Rain se acaban de conocer.

Miró a Wan'er en busca de apoyo, pero la doncella estaba mirando hacia otro lado, como si estuviera sumida en sus pensamientos.

— Pero se gustan, — insistió Sophia, — puedo verlo.

Ayelet no podía decir que estaba de acuerdo. En todo caso, ella sentía que era todo lo contrario, aunque el sentimiento de antagonismo era unilateral, solo de Valerius, y estaba confundida en cuanto al por qué.

Wan'er levantó la cabeza de su contemplación privada.

— Quizás la próxima vez, — sugirió. — El guerrero seguramente está calificado.

Sophia frunció el ceño, pero no hizo más preguntas. Le parecía un error monumental que Valerius no fuera el Consorte de la Sanadora, ahora y en el futuro. Ella no lo entendió por completo, pero se sentía mal.

Se encogió de hombros con la limitada capacidad de atención de un niño de siete años, cambió de tema a linternas chinas y muñecas de seda, y se subió a una de las lujosas camas.

¿Qué sabía ella? Los adultos obviamente tenían todo bajo control. Tenía cosas más importantes en las que pensar, como qué sabor de *baozi* debería priorizar para la comida del mediodía de mañana.

2

En la actualidad. Boston, MA

Valerius se acurrucó apretando las rodillas contra su cuerpo, tensando los músculos de las piernas y transfiriendo una oleada de energía a sus muslos mientras saltaba tres metros en el aire, se acurrucó y giró a mitad del vuelo y aterrizó con precisión a gatas sobre el suelo. El techo de la siguiente casa era de piedra rojiza, a trece metros de distancia. Sin perder el ritmo, volvió a saltar y estuvo a una distancia sorprendente de su presa con dos largos saltos.

A mitad de camino, Valerius alcanzó el mango de la guadaña encadenada en su cintura y lanzó el arma con un agudo silbido a su objetivo. La cadena de titanio giró infaliblemente por el aire nocturno, un destello plateado en el cielo oscuro y sin luna, y envolvió a su presa un par de veces, su impulso generó la fuerza suficiente para ahogar a su víctima como una pitón. El vampiro emitió un grito roto y cayó de rodillas como una muñeca de trapo, arañando inútilmente las implacables cadenas, lo que aumentó la presión cuanto más luchaba.

Valerius pasó frente al macho, deteniéndose a tres pies de distancia, lo suficientemente cerca como para escuchar si el vampiro lograba hablar, pero demasiado lejos para ser alcanzado, no es que el chupasangre tuviera la fuerza suficiente para hacer daño en este punto.



— ¿Dónde está la Horda? — Exigió Valerius en un bajo estruendo, tensando aún más la cadena para asegurar la atención total del vampiro.

El hombre sacudió la cabeza frenéticamente, sus ojos casi se salían de sus cuencas por el fuerte apretón de las cadenas.

Valerius sabía que no obtendría información de este hombre, no porque el vampiro se negara a contarle, sino porque no sabía nada. Con un movimiento de su muñeca, la guadaña en el extremo de la cadena, casi olvidada en el suelo detrás del vampiro, se soltó como un péndulo, hacia los lados y hacia arriba en un arco, cortando limpiamente la cabeza del vampiro de sus hombros y regresando con un giro a él. Casi instantáneamente, el cuerpo seccionado se desintegró en una pila de cenizas, y una ráfaga de viento lo arrastró sin contemplaciones del techo como si la criatura nunca hubiera existido.

Un chupasangres menos vagando por las calles de South End.

Y una violación menos, también, por lo que Valerius había visto hace diez minutos antes de perseguirlo. Su labio superior se curvó ligeramente de un lado en un bajo gruñido. Esa limpia decapitación fue demasiado buena para el vampiro. Si Valerius hubiera tenido tiempo de sobra, habría devuelto la violencia sobre el vampiro diez veces. Como Protector de los Puros, era su deber perseguir a los vampiros rebeldes que abusaban y atormentaban a los inocentes humanos.

Evocó la guadaña a su posición original con un tirón curvado de su antebrazo y aseguró el mango en su cinturón de armas. Con dos largos saltos, se lanzó del techo y aterrizó en el callejón de abajo sin hacer ruido.

Una mujer sin hogar acurrucada en los escalones de la casa contigua levantó la vista de la botella de cerveza que cuidaba, como si sintiera su presencia, retrocediendo instintivamente contra la pared en caso de que hubiera alguna amenaza para su lugar habitual. Mientras observaba los largos pasos de Valerius cuando pasó junto a ella, se encogió de hombros, sin pensarlo dos veces. Claramente, él era un residente que acababa de salir de Brownston y estaba acostumbrado a que ella tomara en esa esquina, aunque extrañamente, no había escuchado que la puerta fuera abierta y que la cerraran.

Valerius se dirigió a su Hayabusa, también conocida como la Suzuki GSX1300R, la motocicleta más rápida jamás construida. La había adaptado específicamente para su forma larga, delgada y musculosa y tenía el exterior pintado completamente en negro con acentos plateados

selectivos para integrarse perfectamente en la noche, el vehículo sigiloso era perfecto para cazar vampiros.

Cuando dobló la esquina de Draper's Lane e Ivanhoe, la Hayabusa estaba a la vista, se puso rígido una fracción de segundo antes de captar el destello de la espada de un *spatha* por el rabillo del ojo, justo cuando osciló con fuerza mortal desde su lado derecho. Reaccionando por puro instinto antes de registrar el peligro por completo, Valerius giró su torso hacia la izquierda y salió fuera de su alcance.

Pero no antes de que la hoja golpeará su cadera, cortando el cuero negro como si fuera mantequilla, dejando una herida de quince centímetros a su paso.

Valerius saltó hacia atrás, ahora completamente preparado para derribar a sus atacantes. Sintió tres en las sombras frente a él y uno que se acercaba por detrás. Empezó a correr a toda velocidad antes de que sus enemigos pudieran acercarse, pero corrió en dirección opuesta a su vehículo, de regreso bajando por Draper's Lane hacia el callejón que se cruzaba con la calle Upton. No estaba listo para que la cacería terminara esta noche. Con ansias de vengarse, quería derrotar a los cuatro vampiros que se acercaban rápidamente.

Valerius condujo a sus perseguidores a un callejón sin salida. Cuando llegó al final, aumentó la longitud y el poder de sus zancadas y saltó a la pared de ladrillo de cinco metros que bloqueaba la salida. Utilizó su impulso para saltar hacia atrás con un sólido empujón de su pierna derecha contra la pared, curvándose hacia atrás en un arco largo y profundo para impulsar su cuerpo rápidamente en la dirección opuesta.

Como en cámara lenta, liberó la guadaña encadenada mientras su cuerpo se arqueaba en el aire, medio metro por encima de tres de sus enemigos vampiros justo cuando llegaban al callejón sin salida. Con un chasquido y un tintineo, la guadaña y la cadena azotaron a dos de los vampiros simultáneamente, decapitando a uno y cayendo sobre el otro.

Con la cabeza inclinada hacia atrás a la altura de su voltereta al revés, Valerius vio una imagen invertida del cuarto vampiro que corría hacia ellos. En su camino hacia el suelo, ahora de nuevo frente al callejón sin salida, tiró las cadenas hacia atrás y cortó efectivamente las espinillas del tercer vampiro, cortándole literalmente las piernas por debajo.

El vampiro aulló de dolor, un alarmante chillido en la silenciosa oscuridad. Con dos vampiros fuera de combate en el callejón y uno ya

desintegrado, Valerius giró con fluidez para enfrentarse al cuarto justo cuando una daga voladora pasó silbando junto a su rostro y la segunda lo golpeó en el costado izquierdo, apenas fallando el riñón.

Ante el impacto, Valerius compensó al caer sobre su rodilla derecha, incluso mientras jalaba de la guadaña hacia atrás y la hacía girar como un bumerán hacia el vampiro que se acercaba, tensando la cadena en el preciso momento cuando la hoja curva de la guadaña alcanzó por detrás el cuello del vampiro, tirando del arma hacia él cortándolo en el viaje de regreso.

Valerius hizo el trabajo rápido con el vampiro con las piernas cortadas, pero envolvió las cadenas alrededor del último vampiro restante en un sofocante apretón.

— ¿Dónde está la Horda?, — preguntó Valerius en voz baja, deseando que su paciencia durara un poco más. — ¿Quién es tu Maestro?

Este último chupasangre no era un novato, a diferencia de la primera presa de la noche de Valerius. Siseó amenazadoramente al Protector como una cobra acorralada, dejando al descubierto sus colmillos alargados, goteando saliva por la adrenalina de la lucha.

Estos cuatro eran asesinos entrenados, Valerius reflexionó sobre sus maniobras de combate y sigilo. Casi habían tenido éxito en su emboscada. Se le ocurrió que el primer vampiro podría haber sido un cebo. No se encontró con estos vampiros por casualidad. Alguien había orquestado este ataque con anticipación. Y había sido atacado por una razón.

Sin desperdiciar más palabras, Valerius apretó las cadenas, sacó la daga todavía estaba incrustada en la carne de su costado y la giró en un arco lateral hacia el vampiro inmovilizado, decapitando limpiamente al macho.

Cuatro montones de cenizas flotaron a su paso cuando Valerius salió del callejón, sin siquiera detenerse a pesar de sus heridas. Deberían curarse en unas pocas horas como máximo. Ya podía sentir los tejidos uniéndose en su costado y la piel comenzando a fruncirse alrededor de la herida en su cadera.

Con eficiencia y determinación, el Protector llegó a su Hayabusa, se colocó su casco y le dio vida al motor, acelerando salió de South End hacia las brillantes luces de Prudential Tower, donde se encontraba el Escudo, bien escondido debajo de Christian Science Plaza.



— Necesitas alimentarte, — dijo Wan'er con el ceño fruncido y preocupada mientras pasaba el peine de ébano, de dientes finos de Changzhou, por el cabello blanco plateado de Rain que le llegaba hasta las rodillas, cada mechón brillaba como un rayo de luna en la suave luz de la lámpara.

En realidad, era una tarea fácil peinar los cien pases requeridos a lo largo de la longitud sedosa, ya que cada mechón de cabello tenía vida propia, fluía a través de los dientes del peine y se arqueaba de placer como un felino al acariciarle la espalda...

De hecho, la Sanadora nunca necesitaba arreglar su cabello, a pesar de su grosor y longitud, ya que cada zarcillo de seda individual conocía su lugar con precisión. Cuando se relajaba, como ahora, el cabello de Rain fluía suelto por su espalda como un río de diamantes. Cuando necesitaba facilidad de movimiento, su cabello se retorció obedientemente en una trenza, o en una cola de caballo, yaciendo como una cuerda larga y gruesa por su espalda o se enrollaba en un intrincado moño en la base de su cuello.

El cabello de la Sanadora era su regalo único.

Solo había una Sanadora en un momento dado entre los Puros, y la predecesora de Rain tenía un Regalo diferente. El cabello de Rain servía como un instrumento de curación y como un arma mortal cuando lo requería.

Como instrumento de curación, se extendía alrededor de ella y de su paciente como una red suspendida antes de tensarse en agujas micro delgadas que se insertaban en los poros del paciente donde fuera necesario, como agujas de acupuntura. La diferencia era que cada mechón de cabello también servía como un conductor de energía de la Sanadora a su paciente, aliviando el dolor y, en última instancia, reparando la herida, así como vigorizando al receptor con energía renovada.

A cambio, los hilos extraían el dolor de los heridos hacia la Sanadora, donde ella usaba su *qi* interno para aliviar y disipar el dolor. Sin embargo, quedaría algún remanente de la picadura, haciendo que el proceso fuera ocasionalmente difícil de soportar para la Sanadora. Pero Rain tenía más de dos milenios y medio de práctica, logrando la mayoría del tiempo,

sellar el dolor, solo para ser liberado cada diez años durante el Ciclo del Fénix.

Como arma, la cuerda trenzada tenía la resistencia a la tracción de los cables de acero, pero era mucho más flexible. Rain rara vez participaba en combates, pero si alguna vez estaba en peligro, podría manejarse más que adecuadamente, siempre que estuviera cerca de su fuerza física completa. Ella usaba su cabello atado como un látigo contra sus oponentes. Un golpe de él hacía más daño que el golpe de una espada de samurai, ya que el látigo abría una senda tan ancha como su circunferencia. Otras veces, ella rompía unos centímetros en un par de hebras y los arrojaba como agujas con precisión mortal en los nervios exactos que inmovilizarían o incapacitarían a sus atacantes.

Sin embargo, Rain nunca dio un golpe letal. Matar iba en contra de su propia esencia.

Normalmente, su cabello fluía detrás de ella como una elegante capa larga, y cuando se movía, había una reacción ligeramente retrasada por cada acción, como si su cabello estuviera suspendido en agua en lugar de aire. En su mayor parte, se comportaba como cualquier parte de su cuerpo, como una extensión personal de Rain.

Pero a veces... a veces tenía una mente propia.

— El Rito comienza en dos días, seguida por el Ciclo, — Rain respondió con calma a la petición de su doncella, — Me recuperaré muy pronto. No te preocupes tanto.

Rain se refería al período de treinta días de reenergización que comenzaría después de que ella eligiera a su nuevo Consorte en el Rito del Fénix. Durante ese tiempo, su cuerpo y alma repondrían su fuerza, como un reservorio que se llenaba de lluvia nutritiva, después de una sequía prolongada. Su cabello plateado volvería gradualmente a su color negro azulado medianoche, y su tez se transformaría del hielo translúcido que era ahora a un tono de porcelana menos frágil y más rico. Su cuerpo se llenaría ligeramente con curvas más profundas, pero nunca sería voluptuosa.

Más de una vez, se había preguntado si él prefería una mujer con curvas y, por lo tanto, la encontraba demasiado poco atractiva para aplicar. Actualmente, estaba tan agotada que parecía un fantasma de sí misma, sus muñecas estaban tan delgadas que eran más pequeñas que las de un niño. No es de extrañar que nunca la mirara.



Rain sonrió irónicamente, reprendiéndose en silencio por sus pensamientos petulantes.

Como si estuviera leyendo su mente, Wan'er resopló con indignación en nombre de su dama:

— El Protector debería suplicar para ser su Consorte, pero supongo que está demasiado lleno de su propia importancia como para postularse para Servirle. Si él hubiera sido quien proveyó tu alimento hace diez años, tu fuerza seguramente no se habría desvanecido tanto como lo ha hecho.

Suficientemente cierto. La fuerza de Valerius habría superado al último Consorte de Rain diez, tal vez veinte veces. Los machos Puros calificados eran cada vez más difíciles de encontrar, y Rain se negaba a tomar más de una vez al mismo macho como Consorte. Aunque hacía todo lo posible para hacerlo más fácil, esos treinta días de Servicio eran agotadores en el mejor de los casos, tortuosos en el peor. Ningún hombre necesitaba repetir la experiencia, no es que no se ofrecieran como voluntarios.

Pero más que eso, Rain no quería arriesgarse demasiado al apego. No podía permitirse el lujo de repetir el pasado.

— Si él hubiera sido mi Consorte, ¿qué tendría que esperar?, — Bromeó Rain con una sonrisa traviesa, disfrutando del momentáneo parloteo con su doncella.

Más solemnemente Rain respondió: — Es su decisión aplicar o no. Quizás sea mejor que no, porque es muy necesario en otras esferas, especialmente en estos tiempos de urgencia.

Wan'er le dio a la reluciente masa blanca un último pase y suspiró. — Muy bien, no voy a insistir en el punto, ya que ciertamente lo defenderás hasta el final.

Rain miró a su doncella en el espejo y le dedicó una sonrisa persuasiva, intentando mejorar su estado de ánimo. Wan'er se alejó para doblar el vestido de día de su señora, desechado en la cama, arregló algunas cosas más ordenadamente, se inclinó un poco más rígidamente de lo habitual y salió de la habitación.

Rain dio a su doncella las buenas noches y volvió a mirar su reflejo en el espejo. Los únicos puntos de color de la cabeza a los pies eran sus elegantes cejas negras, sus ojos y sus labios color rosa.



Parecía una muñeca japonesa Kabuki, pensó con un suspiro cansado. No era una visión muy atractiva a menos que se tienda hacia lo macabro.

Se deslizó lentamente hacia su cama, se arrastró debajo de la colcha de satén y permaneció inmóvil sobre su espalda, con su pelo extendido alrededor de sus costados, sin un solo mechón debajo de ella. Rain cerró los ojos, respiró hondo y se preguntó si volvería a verlo en sus sueños.

Ella esperaba que sí. Era la parte de su día que más ansiaba.



A la mañana siguiente, Valerius luchó para levantarse, su cuerpo estaba agobiado por una fuerza invisible. Logró ponerse en una posición sentada por pura fuerza de voluntad y apretó los dientes contra el ardor en el costado y en la cadera.

Esto no era un buen augurio.

Ya debería haberse curado completamente. Comprobando ambas heridas, vio que la piel ya se había cerrado perfectamente, pero seguían apareciendo moretones de color violeta negruzco, lo que indicaba claramente dónde le había rozado en la cadera, el *spatha* y dónde la daga de veintidós centímetros le había atravesado el costado.

Se puso de pie tambaleándose y se vistió con una camisa y pantalones negros sueltos, sus dedos apenas podían atar el cordón de la cintura. Sacudió la cabeza como para desterrar el dolor a un rincón de su mente, para volverlo a examinar cuando tuviera más tiempo. En este momento necesitaba informar a los Doce.

Mientras caminaba rápidamente por el pasillo que estaba directamente debajo de la larga piscina rectangular de Christian Science Plaza, vio a través del techo de cristal unidireccional que servía como fondo de la piscina poco profunda, que el sol ya había alcanzado su cenit.

¿Cómo había dormido medio día? Y aún así sus heridas no se habían curado por completo.

Cuadrando sus hombros, decidió hacer caso omiso de las protestas de su cuerpo. Entró en la sala del trono donde el Circlet y cuatro de la élite estaban reunidos justo a tiempo para ver a tres hombres Puros que no reconoció caer sobre una rodilla ante la Sanadora.

Aunque normalmente se habría dado la vuelta y había salido antes de que alguien notara su presencia, desesperado por evitar estar en la misma habitación con la Sanadora, se encontró arraigado al suelo.

— Nos honraría servirle, mi señora, — dijeron los tres Hombres Puros al unísono.

Rain les hizo un gesto para que se levantaran y asintió con la cabeza a cada uno de ellos.

— El honor es mío, — respondió ella, tocando brevemente con su mano cada uno de los anillos de jade en el tercer dedo de la mano derecha de los tres machos, presionados contra sus corazones en solemne promesa.

Valerius se erizó por completo ante el toque efímero como si cada fibra de su ser protestara en contra de que la Sanadora tuviera algún contacto con un hombre que no fuera...

Él mismo.

Valerius deseó que su cuerpo se calmara. ¿Qué lo poseyó? No tenía derecho alguno sobre la frágil Sanadora. Lo había dejado muy claro al no postularse para Servirla.

Otra vez.

Observó estoicamente mientras el Cónsul de los Puros, Seth Tremaine, hablaba con los tres hombres calificados en voz baja. No escuchó nada de lo que se dijo, el rugido en sus oídos ahogaba todo lo demás. Toda su concentración se centró en Rain, mirando hambrientamente su elegante forma.

Su corazón se apretó dolorosamente ante sus curvas demasiado delgadas, sus hombros demasiado estrechos y manos demasiado delgadas. Se odiaba a sí mismo en ese momento. Si tan solo no fuera tan egoísta. Si tan solo pudiera vencer a sus demonios. Ella no merecía marchitarse así mientras él tenía el Alimento que necesitaba.

Sin embargo, aún no pudo moverse cuando la conversación con los invitados disminuyó y Wan'er los condujo hacia la salida de la sala del trono, con la Sanadora siguiéndolos de cerca.

Cuando pasó, la doncella lo atravesó con una mirada letal, pero por lo demás ignoró su presencia. Los tres hombres Puros lo miraron con curiosidad e incluso cautela ante la animosidad que inconscientemente irradiaba hacia ellos.



Rain pasó junto a él al final, encontrando su mirada febril con los ojos muy abiertos. Siempre había evitado mirarla directamente. Obviamente no esperaba que lo hiciera ahora. Sin embargo, su sorpresa inicial se convirtió rápidamente en una expresión de preocupación, ya que sus cejas se fruncieron ligeramente como si no pudiera resolver algo.

Era todo lo que podía hacer para no hundirse de rodillas delante de ella y suplicar satisfacer sus necesidades. Le dolían los dientes por lo fuerte que apretaba la mandíbula; el sudor goteaba en un fino brillo sobre todo su cuerpo mientras luchaba por no alcanzarla.

Ante algo que dijo uno de los Machos Puros solicitantes, Rain se dio la vuelta a regañadientes y avanzó por el pasillo hacia las cámaras interiores.

Finalmente desarraigándose de su postura congelada, Valerius cerró las puertas dobles de la sala del trono con un sonoro portazo y se encontró con el sobresaltado consejo real con algunos pasos furiosos.

— Solo tres, — dijo sin preámbulos. — Incluso nuestros alumnos podrían superar esos mozalbetes.

El primero en recuperarse de su sorpresa, el Cónsul dijo:

— Siempre puedes ofrecerte como voluntario, Val.

Valerius lo atravesó con una mirada feroz y escupió:

— No sabes de lo que hablas.

Las cejas de Seth se elevaron una fracción, pero decidió no responder.

Ayelet intercedió con una mano suave sobre el antebrazo de Valerius, tratando de calmar al guerrero enfurecido.

— Hubo pocas opciones este año, Val. Sabes tan bien como yo que hemos estado perdiendo demasiados hombres buenos en la guerra.

— Entonces ustedes, — Valerius señaló a su vez a los tres hombres Elite no emparejados, — deberían ofrecer su Servicio nuevamente. Cualquiera de ustedes es diez veces más fuerte que esos tres muchachos. — En el fondo de su mente, sabía que estaba siendo abominablemente egoísta por haber hecho la sugerencia, cuando ni siquiera había servido a la Sanadora ni una vez. Pero se sintió impotente y enojado. Desesperado.

Como si las paredes se estuvieran cerrando.



El espartano Leonidas cruzó los brazos sobre su enorme pecho y respondió, con un brillo desafiante en sus ojos:

— Hicimos la oferta. Muchas veces, durante muchos siglos. Pero sabes muy bien que la Sanadora, Rain, no toma al mismo Consorte más de una vez. No puedes convencerla que doblegue esa regla suya, más que doblar la tuya.

Valerius sabía todo esto. ¿Por qué se molestó en mencionarlo? Casi deseó haberse dejado crecer el cabello para poder arrancárselo ahora por la frustración.

No, era más que frustración, era miedo.

Temía por el bienestar de su pueblo, temía por la fuerza y la resistencia de la Sanadora, temía por su propia cordura si algo le sucedía sabiendo que podría haberlo evitado.

Determinadamente, se sacudió esos sentimientos. Había otros asuntos urgentes que atender.

— ¿Cuándo volverán nuestra Reina y Tristán? — De repente cambió de tema, con la intención de informar al consejo cuando los doce, salvo la Sanadora, estuvieran juntos.

Seth frunció el ceño ante el uso de Valerius de "Reina". El guerrero rara vez era formal en cuanto al rango, ya que le pertenecía a Sophia, a menos que se tratara de un problema serio.

Como conjurada por sus palabras, Sophia entró con Tristan a su lado desde el ala Este, aparentemente viniendo directamente de las clases, la bandolera con su computadora portátil y libros colgando casualmente en su brazo.

— Eso fue divertido, — dijo Sophia con sarcasmo y poniendo los ojos en blanco a modo de saludo, — La próxima vez, Tristán, ¿puedes encontrar un lugar para esperar fuera del aula? ¿Preferiblemente fuera de la vista de alguien? No aprecio las interrupciones durante lo que podría haber sido una conferencia estimulante y menos desperdiciar mi tiempo esperando que las chicas cargadas de hormonas te dejen en paz al final de la clase. ¡Dios! — Para enfatizar su disgusto, Sophia hizo una pose de molestia con las manos en las caderas.

Tristán se rascó la nuca avergonzado y se disculpó con una mirada tímida. Francamente, tampoco le gustaba que lo maltrataran las

adolescentes. Se dirigió directamente hacia su compañera Ayelet y le dio un beso completo en su boca sonriente y le pasó un brazo por los hombros.

La joven reina volvió a poner los ojos en blanco ante su guardia de élite, el actual código universal de "lo que sea" y dirigió su atención a los Doce reunidos.

— Entonces, ¿qué pasa?, — preguntó, mirando primero a Ayelet, luego a Seth. — Parece algo serio si todos ustedes están aquí, en un solo lugar a mitad del día. Nada está mal con el Rito, espero. ¿Está bien Rain?

Pero fue Valerius quien respondió, aunque hizo a un lado sus últimas dos preguntas: — Me emboscaron durante la cacería anoche.

Eso llamó la atención de todos de inmediato. Leonidas fue el primero en responder. Como el Centinela de los Puros, era su deber garantizar la seguridad del Zodiaco Real.

— ¿Sabes qué Horda? ¿Quién era su maestro?

Valerius sacudió la cabeza sombríamente.

— Eran asesinos profesionales. Y el vampiro civil que usaron para atraerme no tenía información. — Él inclinó la cabeza en un repentino destello de reconocimiento. — Eran viejos. Al menos mil años. Sus armas eran del mundo antiguo. Uno de ellos usó un *spatha*.

Leonidas asimiló esa información contemplativamente, frotándose la barbilla con el pulgar y el índice. Intercambió una mirada de conocimiento con Aella, la estratega, que entrecerró los ojos calculando.

Valerius estaba hablando de una espada recta que mide aproximadamente un metro, utilizada en toda Europa durante el primer milenio y en el territorio del Imperio Romano hasta el siglo VII, principalmente en la guerra y en las arenas de los gladiadores. Quienquiera que fuera su Maestra, era muy vieja y, por lo tanto, muy poderosa.

No era definitivo que el Maestro fuera una mujer, pero era muy probable. Las vampiresas eran generalmente mayores y más poderosas. Aunque podrían no haber sido el primer vampiro, fueron de los primeros vampiros.

Algunos creían que las mujeres ansiaban el amor y los tesoros más raros de los Puros, los niños, y eran más propensas a correr riesgos para



encontrar al Compañero adecuado, mientras que los hombres se enfocaban más estoicamente en la Causa de los Puros. Otros creían que debido a que las hembras se alimentaban de los machos en el sentido corporal, y los machos se basaban en lo espiritual, era lógico que los primeros seres Puros que se desviaran de su Camino, tomando la sangre de los humanos, fueran hembras. Sin embargo, esta última creencia era menos extendida porque los vampiros también tomaban almas humanas. Y cualquier feminista moderna también podría rechazar la primera creencia.

Cualquiera que sea el caso, la sociedad de vampiros reflejaba la de los Puros, lo que significa que era una sociedad matriarcal dirigida por una Reina por cada nido. Los vampiros masculinos dominantes tendían a correr solos o, a lo sumo, a la cabeza de una manada pequeña y suelta, llamada Horda. Aparte de eso, rara vez se encontraban en compañía de otros de su raza. Los machos que no servían a un nido o pertenecían a una Horda se llamaban Rougues.

Lo que significaba que los asesinos bien organizados que atacaron a Valerius probablemente se reportaban a un Maestro femenino que a un hombre, aunque ambas eran posibilidades. Aella hizo una rápida encuesta mental. El nido más cercano estaba en la ciudad de Nueva York, y Jade Cicada era su reina.

Como si escuchara sus pensamientos, Seth expresó en voz alta:

— Jade no haría ningún movimiento que nos declarara la guerra. No cuando ella está tratando de controlar a los vampiros rebeldes. Habría disfrazado a los asesinos si realmente hubiera querido acabar con uno de nosotros sin ser descubierta.

Aella asintió de acuerdo.

— Cierto. Pero no conozco a nadie más en los alrededores que tenga el poder de controlar a vampiros tan viejos. Y si pudieron emboscar a Valerius con éxito, estarían muy bien organizados y serían disciplinados.

Dalair, el Paladín, habló desde su posición apoyado en una de las doce columnas de mármol que corrían del piso al techo en un semicírculo en el centro de la habitación.

— Quizás deberíamos enviar un emisario a la Ensenada para informar a la Reina Vampiro de esta situación y determinar su posición.

— Tendría que ser Rain o Seth, — determinó Ayelet, — el resto de nosotros tendría una recepción antipática en el mejor de los casos.

— La Sanadora está demasiado débil. — Valerius rechazó esa posibilidad de inmediato. — Ella no debería asumir ninguna misión antes de recuperar toda su fuerza al final del Ciclo del Fénix.

— Supongo que eso me deja, — dijo el cónsul con un suspiro exagerado, — aunque tu fe sin duda excede mis habilidades, Ayelet.

Ayelet sonrió de buen humor.

— De alguna manera lo dudo.

— ¿Dónde ocurrió el ataque?, — Preguntó Tristán, volviendo la atención a Valerius.

— South End, Draper's Lane e Ivanhoe, — respondió el Protector. Luego rápidamente le dio al grupo un resumen del encuentro, primero con el vampiro civil, luego con los cuatro asesinos.

La Elite frunció el ceño como uno. La fracción de los vampiros rougues de Boston estaba inquieta, dispuesta a correr más riesgos y expandir su territorio. Hasta ahora, se habían mantenido principalmente en el North End, también conocido como Little Italy, un poco más lejos del centro de Boston. Pero con esta maniobra, si fueran los culpables, efectivamente invadirían el corazón de Boston. Si esto no se solucionaba pronto, podría haber innumerables víctimas.

Pero no había garantía de que fuera la misma Horda con la que la Élite había estado luchando y erradicando gradualmente en los últimos meses. De hecho, en realidad, la Horda de North End había estado relativamente callada, cambiando constantemente su escondite y adoptando discreción en favor de las extravagantes matanzas que perpetraron cuando llegaron a la ciudad.

Esta emboscada apestaba a algo mucho más siniestro y mortal.

— Conocen nuestras rutinas, — continuó Valerius, — mi sensación es que no soy el único objetivo, quizás el primero, pero no el último.

— Por qué fuiste el primero podría darnos una pista, — intervino Orion el Escriba. — Estoy de acuerdo con tu instinto de que esto es solo la punta del iceberg, la primera salva en una campaña a gran escala. — El mesopotámico se tocó la barbilla, pensativo. — Cuando se levante la sesión, consultaré los Pergaminos. Las palabras exactas me eluden, pero



recuerdo haber leído un pasaje que hace eco inquietantemente de su batalla de anoche, Protector.

— Iré contigo, — Eveline la Vidente asintió en su dirección. — Sin duda habrá visiones de las Profecías del Zodiaco que podemos obtener.

Como guardiana de las Profecías del Zodiaco, Eveline tenía la llave del futuro de los Puros, mientras que Orión, el guardián de los Pergaminos del Zodiaco, tenía la llave del pasado. Debido a que el Balance Universal dictaba que todas las cosas se movían en Ciclos: Muerte, Vida, Bien, Mal, Yin, Yang, Pasado, Futuro, la historia tenía la extraña costumbre de repetirse. Al comparar los Pergaminos y las Profecías, el Escriba y la Vidente podrían preparar mejor a los Puros para las batallas por venir.

Una cosa que cambió es que las personas podían aprender de los errores del pasado. Al igual que una esfera en constante movimiento, el Ciclo de la Vida no necesariamente seguía una línea recta; podría curvarse en un camino mejor y más brillante o un camino más oscuro y sombrío, según la fuerza de las elecciones tomadas.

— Mientras tanto, deberíamos emparejarnos en las cacerías y alterar nuestros horarios normales, — propuso Alexandros, el general, provocando asentimientos del grupo.

Se volvió hacia Valerius con ojos perspicaces.

— Te ves peor por el desgaste, Protector, — notó el General, señalando el brillo del sudor en la piel del guerrero, visible para todos bajo la brillante lámpara de araña, incluso cuando Valerius se movía ligeramente sobre sus pies, peligrosamente cerca de perder el equilibrio.

— Estoy bien, — gruñó Valerius con los dientes apretados, una ola de náuseas se apoderó de él mientras el fuego en su costado y cadera ardía más, como si pequeños demonios vampiros estuvieran asando su carne y pinchándola con horquillas.

Leonidas le dirigió una mirada dudosa, pero no discutió, diciendo:

— Sin embargo, Xandros y yo nos haremos cargo de la caza por ahora. — Ante la mirada de Valerius, agregó: — Para sacudir la rutina, por nada más. Volverás allí antes de que te des cuenta.

Cuando Valerius parecía que aún le gustaría discutir, Leonidas declaró firmemente:



— Te necesitamos aquí para proteger a los Doce en mi ausencia, especialmente a Sophia y Rain durante su tiempo crucial. Esto no es una petición, guerrero.

Insatisfecho con el resultado, pero conociendo la sabiduría del mismo, Valerius asintió con la cabeza.

Mientras el Zodiaco Real se levantaba, la Vidente y el Escriba se dirigían a la Bóveda dos niveles más abajo, Tristan escoltaba a Sophia a sus habitaciones para recuperar los libros necesarios para sus clases a última hora de la tarde, y el resto permaneció en la sala del trono para debatir su próximo movimiento, Valerius se dirigió a su habitación en el ala oeste de la fortaleza, apenas evitando que sus pies tropezaran entre sí.

Como si sus piernas hubieran sido cortadas repentinamente por debajo de él, se tambaleó en el umbral de su cámara y se derrumbó en el suelo. Con el cuerpo temblando por el esfuerzo, rodó sobre su espalda y parpadeó con fuerza, tratando de mantener los ojos abiertos. El techo zigzagueó dentro y fuera de foco durante unos segundos y luego se desvaneció completamente como el flash de una pantalla de TV que se apaga.

El último pensamiento de Valerius fue sobre Rain antes de que el olvido lo envolviera.



3

Esa noche, después de que Rain había pasado la mayor parte del día hospedando y conociendo mejor a los tres solicitantes, machos Puros, les dio las buenas noches y se dirigió por el pasillo hacia su propia habitación.

Eran apenas las siete en punto, justo después de que habían terminado una cena ligera y temprana. Rain había dejado a Wan'er para escoltar a los tres candidatos a sus habitaciones, mientras ella buscaba a Ayelet para ponerse al día con los eventos de la tarde. Afligida por las noticias que le dieron y preocupada por Valerius, giró a la izquierda y dobló por un corredor diferente al que conducía a sus habitaciones en el ala oeste, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Deteniéndose indecisa frente a su puerta, levantó la mano para llamar, pero la retiró nuevamente.

Valerius no había ocultado que no le gustaba estar en su presencia. Había un aura palpable en él que la empujaba hacia atrás cada vez que estaban juntos en el mismo espacio. Casi podía sentir la energía repelente que emanaba de su cuerpo cada vez que estaba cerca. Inconscientemente, ella siempre había retrocedido unos pasos para darle más espacio cuando se cruzaban.

No le agradaría su asistencia ahora, pensó con un suspiro cansado. Pero eso era demasiado malo. Porque ella estaba aquí para ayudar y...



La puerta se abrió ligeramente cuando el aire central del complejo subterráneo se puso en marcha. No estaba cerrada.

Esta vez, Rain no dudó y llamó inteligentemente a la puerta antes de entrar, sin esperar a que su ocupante le diera permiso. Con la cabeza en alto en defensa de su intrusión, no notó el cuerpo en el suelo hasta que tropezó con una musculosa pantorrilla.

Con un grito ahogado, cayó sobre Valerius y se torció la muñeca torpemente en un esfuerzo por detener la caída.

Cuando se dio cuenta de la gravedad de la situación, se enderezó rápidamente para arrodillarse junto a él, extendiendo las manos sobre su cuerpo para evaluar el daño, olvidando el dolor en su muñeca.

Aprovechando toda la fuerza de su poder, los dedos extendidos, el cabello estirado alrededor de ambos en un halo plateado, la Sanadora se concentró en el origen de las heridas y se dio cuenta de que el veneno ya se había extendido por todo el cuerpo del guerrero.

El veneno le rugió como demonios protegiendo las puertas del infierno, tan fuerte era su energía venenosa que Rain tuvo que prepararse para evitar retroceder físicamente. En cambio, redobló sus esfuerzos, los mechones de su cabello se tensaron en una tela de araña con finas agujas, insertandose como un rayo rápidamente a través de las delgadas capas de tela en la piel de su paciente.

Un gemido de dolor escapó de sus labios, a pesar de su mejor intento de retenerlo, mientras el ardiente veneno fluía de Valerius hacia sí misma. Con los ojos cerrados por la concentración, sabía que ella y su paciente estaban envueltos en un oscuro capullo vacío. Como si estuviera encapsulado en una burbuja protectora, aunque cualquiera que se topara con ellos pudiera ver sus cuerpos, no podrían interferir con el proceso de curación. Si alguien se acercaba, el campo de energía que Rain levantaba alrededor de Valerius y de ella misma, los aturdiría con una descarga eléctrica.

Las venas de Rain se elevaron a través de su piel mientras el veneno la atravesaba, las oscuras líneas verdes y negras se movían como raíces de árboles en su cara, cuello y brazos como si tuvieran vida propia. No pronunció otro sonido a pesar del dolor abrumador que extrajo del cuerpo de Valerius hacia el suyo. Sus labios, uno de los únicos puntos de color restantes en su persona, se volvieron azules por el esfuerzo. Su piel adquirió un tono grisáceo, y la respiración salió de sus fosas nasales y de

su boca ligeramente abierta en bocanadas heladas, como si estuviera escalando el pico de montaña imposible en el medio del Ártico.

Invocando toda su fuerza y entrenamiento, apretó los ojos con fuerza para la jugada final. Luego, como si dos poderosos imanes fueran separados por la fuerza, ella retiró de Valerius las agujas de cabello, el calor calmante de sus manos y cayó de espaldas contra el suelo en un desmoronamiento sin vida.



En los suburbios de Boston, rodeando una franja olvidada de vías subterráneas de trenes, una elaborada catacumba se extendía como marcas de dientes de termitas en la oscuridad desconocida.

Aunque fría, húmeda y a veces un poco odiosa, la catacumba no carecía de comodidades modernas. Incluso tenía su propio bar de karaoke y baile.

En una cámara de la esquina a lo largo de uno de los corredores en forma de radios, un vampiro exquisitamente hermoso remolinaba ociosamente el vino rojo sangre en una antigua copa de cristal. Inhalando suavemente la sutil fragancia del líquido añejado, el vampiro dio un suspiro de satisfacción. Inspeccionó el tablero de ajedrez sobre la mesa de piedra tallada a sus pies y recogió una de las piezas de diamantes blancos.

Un caballero.

Qué hermosa pieza, reflexionó, mientras los ojos rojo rubí brillaban de agradecimiento. Largos y elegantes dedos acariciaron la pieza de ajedrez perfecta con amoroso cuidado, su pulgar rozando el muslo del guerrero, sentado a horcajadas sobre un semental de cría.

Sintió que sus entrañas se encendían con excitación cuando su pulgar rozaba adelante y atrás, adelante y atrás sobre el muslo duro y liso, como si se frotara indirectamente sus propios genitales, ahora llenándose de calor líquido.

La otra mano de dedos largos se deslizó lánguidamente por el pecho, estómago, muslos internos, para descansar delicadamente sobre el área de placer, una uña perfectamente cuidada se arrastraba sobre su excitación.



Aahh. Se inclinó más profundamente en el diván cubierto de piel de oveja, más profundamente en las almohadas de ganso mientras el placer zumbaba por todo su cuerpo, acumulándose inexorablemente en su regazo mientras su otra mano frotaba con más urgencia la pieza de ajedrez, más y más rápido, hasta que calidos fluidos negros se filtraron a través de la túnica blanca satinada atada flojamente en su cintura.

Tendido perezosamente sobre el diván como un felino satisfecho, examinó las manchas negras con leve curiosidad.

Hora de alimentarse.

Como convocado por el pensamiento, un suave golpe sonó en la puerta.

— Ven, — hizo señas, luego se rió tímidamente detrás de la mano levantada. Qué inteligente, hizo un juego de palabras.

Un vampiro masculino entró pero se quedó detrás de la tumbona en la penumbra. — Ya está hecho, Maestro.

Estirando un brazo para que su visitante pudiera ver su dedo curvado alrededor del sillón, ronroneó, — Perfecto. Ahora ven a la luz tímido, pero asegúrate de no estar vestido.

El hombre se quitó la ropa cuando se presentó ante su Maestro y se arrodilló a su alcance.

Desechando oportunamente la pieza de ajedrez en el tablero, derribando al inocentemente alfil en su camino hacia abajo, el vampiro buscó con avidez una pieza diferente para jugar.



Valerius despertó bruscamente con un jadeo, como si hubiera sido arrancado de las fauces de la muerte, pero apenas.

Se acomodó en una posición sentada y se amasó las cuencas de los ojos con la almohadilla de sus manos. Los rayos del amanecer se filtraron a través de la pequeña claraboya cuadrada en el techo. Para los humanos desprevenidos en la superficie, las placas eran parches decorativos de vidrio incrustados en las calles por las que caminaban.

Valerius se sintió desorientado, como si estuviera drogado, pero por lo demás estaba despierto y vigorizado. La agonía del día y de la noche pasada parecía un recuerdo lejano.



Repentinamente tomó conciencia, ante el pensamiento. ¿Cómo fue capaz de curarse a sí mismo? Fue solo entonces que notó a Rain en el suelo a su lado.

Olvidando sus propias reglas, la agarró bruscamente y la arrastró a su regazo, examinando su rostro ceniciento y su fría figura con ojos de pánico. Le ahuecó el rostro con una mano grande y callosa, la otra sostuvo su cuerpo con fuerza contra él y deslizó un pulgar sobre su mejilla con urgencia.

— Rain, — la llamó, era la primera vez que había usado su nombre en los diez años desde que se conocieron. — ¡Rain! — No pudo evitar la alarma de su voz mientras ella permanecía sin vida en sus brazos.

La sacudió un poco, acercó su rostro al de ella para detectar su respiración. El simple aliento lo alivió tanto que se estremeció de pies a cabeza.

— ¡Pequeña tonta!, — La maldijo, furioso porque había usado la escasa energía que le quedaba para curarlo. Él empujó su muñeca contra sus labios e instó: — Tómala. ¡Muérdeme, maldita sea!

Aunque no hubo movimiento, la sintió agitarse, su aliento un poco más fuerte contra su piel. Ella abrió su boca y formó palabras, pero fueron pronunciadas tan suavemente que no pudo escucharla.

Se inclinó más cerca hasta que sus frentes se tocaron. — ¿Qué es cariño? ¿Que necesitas?

En un susurro ronco, ella jadeó: — No voy a sacar del cuerpo que acabo de curar.

— Chica estúpida, — la reprendió Valeriusus, aunque su profundo tono de preocupación estaba en desacuerdo con sus palabras. — Me habría curado eventualmente por mi cuenta. Tu energía se desperdicia en mí. Él empujó su muñeca contra sus labios nuevamente, con la fuerza suficiente para raspar la piel contra sus caninos.

— Ahora aliméntate, — ordenó con una voz que no admitía discusión.

Sorprendida por su propia fuerza, Rain repentinamente se apartó de su abrazo y salió de su regazo. Se deslizó hacia atrás al pie de la cama y dejó caer la cabeza contra el marco de la cama.

— No eres mi Consorte. Este no es el Ciclo, — susurró débil pero resueltamente. — No tendré a nadie más sino a mi Consorte.

— ¡Entonces elígeme!, — Explotó Valerius, sin preocuparse por las consecuencias que había pasado dos mil años evitando. — Es lo menos que puedo hacer para compensarte...

Se interrumpió con un golpe contundente contra su mejilla. Aunque carecía de fuerza para provocar dolor, el sonido que hizo reverberó en la habitación silenciosa.

Aturdido, solo podía mirarla boquiabierto.

— No soy una follada por lástima, — dijo la Sanadora en voz baja y temblorosa con una vehemencia impactante. Estaba demasiado cansada y con demasiado dolor para elegir cuidadosamente sus palabras como solía hacer.

— ¿Crees que no sé que has hecho todo lo posible para evitarme estos últimos diez años? ¿Crees que no me doy cuenta de que sales de una habitación cada vez que entro? ¿Cómo te alejas incluso de la indirecta de un toque accidental?

Enfrentado a las palabras contundentes que salían de la delicada boca de la hembra, tan pequeña y delgada como una niña, Valerius solo podía quedarse boquiabierto, no que Rain se detuviera para su interjección.

— No necesito que seas el cordero sacrificado en mi altar. El Ciclo del Fénix es lo suficiente duro sin que me alimente del Consorte contra su voluntad. No serías capaz de manejarlo.

Ante eso, Valerius se puso rígido hasta que su espalda quedó recta.

— Oh, deja de lado tu ofensa, — dijo Rain con un resoplido de disgusto. — Nada de lo que hagas o digas puede convencerme de que disfrutarías treinta días de sangría y orgía, no cuando un simple roce te tensa más efectivamente que un potro de tortura.

Para demostrarlo, deslizó suavemente una mano por su cuello y pecho mientras hablaba, y para su satisfacción por aclarar su punto, atemperada por un gran descontento, él se apartó impulsivamente del breve toque, como si se quemara.

Valerius rechinó los dientes avergonzado y furioso consigo mismo por probar inconscientemente que tenía razón.

Rain luchó por ponerse de pie, y Valerius se movió para ayudarla. Pero una mirada fulminante lo devolvió a su lugar, sus brazos extendidos cayeron vacíos a sus costados.



Tambaleandose ligeramente sobre sus pies, Rain dijo con voz cansada, casi demasiado baja como para escuchar:

— Te repugno tanto que preferirías morir de una muerte lenta y dolorosa que acudir a mí por curación. Si te hubiera encontrado incluso una hora más tarde, no creo que pudiera haber derrotado al veneno.

Cuando él empezaba a discutir, ella lo silenció con la mano levantada.

— Sé que sanas más rápido que otros y eres diez veces más fuerte. Pero sabías que no podías curarte esta vez. Lo *sabías*.

Valerius no se atrevió a mentirle; ella no lo habría perdonado.

— Así que considera que estamos a mano. — Rain continuó implacablemente, — Me insultas con tu flagrante evasión y te curé en contra de tu voluntad. — Ella se movió lenta pero decididamente hacia la puerta, y lo detuvo en seco mientras él se acercaba siguiéndola tras la explosión de sus palabras de despedida.

— El Rito comenzará mañana, y seleccionaré entre los tres hombres calificados que asistirán. Mi Consorte elegido me satisfecerá de todas las formas posibles hasta que me desborde de su alimento.

El corazón de Valerius latió fuertemente, dolorosamente en su pecho, como si quisiera reventar su jaula y liberar su agonía.

Se detuvo en el umbral y, sin darse la vuelta, lo hirió completamente con...

— Él me saciará y me cumplirá en formas que nunca podrías.



De vuelta en su propia habitación, Rain se encontró con una Wan'er preocupada que la tomó de las manos en el momento en que entró, llevándola a la cama.

— Mi señora, ¿dónde has estado? — Wan'er se quejó, cerca de las lágrimas. — No has dormido en esta cama en toda la noche. Tenía la intención de dar la alarma justo cuando llegaste.

— Silencio. — Rain silenció a su compañera más severamente de lo que pretendía. Suavizando su tono, dijo: — Estaba con un paciente y olvidé descansar después. No es nada. Solo necesito una buena y larga siesta.

Sabiendo que estaba siendo despedida pero demasiado preocupada para moverse, Wan'er se cernió sobre la Sanadora, la ayudó a acomodarse y colocó el cobertor a su alrededor.

Rain suspiró.

— Por favor, pequeño gorrión, — persuadió a su doncella con el apodo, — déjame descansar ahora. Tengo tres largos días por delante. No querrás que presida el Rito menos que en mi mejor momento, ¿verdad?

Wan'er sacudió la cabeza. Por capricho, se inclinó y besó la mejilla de su dama, dándole un breve abrazo antes de arrastrarse por la puerta y cerrarla detrás de ella.

Rain respiró hondo mientras trataba de calmar sus emociones turbulentas. ¿Qué la había poseído para hablar de esa manera? ¡Atacarlo con esas palabras despiadadas y el asalto físico además! Ella había ofendido su orgullo, su sensibilidad, su misma masculinidad.

Podía sentir el dolor y el tormento saliendo de él en grandes olas mientras salía de la habitación. Dudaba que él supiera cuán claramente podía leerlo. Era parte de su don, comprender y manipular la energía. Él ya había estado sufriendo cada vez que ella estaba en su presencia, pero ante su bombardeo no provocado, su angustia se había multiplicado por cien, hasta que consumió todo su ser.

Y ella, la Sanadora, había volcado ese sufrimiento sobre él.

Lágrimas de vergüenza y remordimiento brotaron de sus ojos y se filtraron por sus mejillas. Ella no lo entendía después de todo. Ella no se entendía a sí misma. Ella lo quería desesperadamente. Lo había deseado durante diez años, desde que lo había visto por primera vez en el santuario. Ella había odiado que no hubiera aplicado para servirla, odiaba que no aplicó de nuevo. Furiosa porque solo se ofreció a sí mismo para saldar una deuda.

Le tomó cada gramo de fuerza de voluntad que tenía para evitar ceder ante la ambrosía que él le ofrecía. *¿Cómo se atrevía a presionar su vena contra sus labios, contra sus dientes?* ¡Cómo se atrevía a tentarla a olvidarse de sí misma! Cuán duro luchó por controlar su deseo de enterrarse profundamente en su calor, hundir sus colmillos en su muñeca, su garganta, sus muslos, su ingle, llenarse hasta el borde con su Alimento una y otra y otra vez.



Ella estaba fuera de sí por el hambre. Lo sabía muy bien. Lo que ella no sabía era si ansiaba la Alimentación o si ansiaba al hombre.



Valerius se sentó en su cama, con los codos en los muslos, las manos frente a su cara, las palmas hacia arriba mientras examinaba sus muñecas en un miserable silencio.

Se estaba engañando a sí mismo al pensar que ella querría alimentarse de él.

No de estas venas. No de este cuerpo.

Apenas podía soportar estar en su propia piel, mucho menos esperar que otros soportaran su presencia.

No se habría sorprendido si la sangre en sus venas corriera negra en lugar de roja, tan oscuro era su corazón y cerrada su alma. La única vez que se sentía libre era cuando cazaba vampiros. En medio de la ira, la brutalidad y la venganza, podría ser él mismo y desencadenar al demonio que llevaba dentro.

Era su único propósito en este mundo: matar. El dolor era lo único que entendía...



Algún tiempo antes del 200 a. c. En las afueras de Roma.

El gladiador giró y levantó su escudo un momento antes de que el hacha de su oponente lo golpeará con fuerza contundente, empujándolo hacia atrás varios pasos, su brazo en el escudo palpitaba por el impacto.

Solo momentáneamente aturdido, balanceó su espada en un corte lateral, girando mientras lo hacía, usando el impulso de su torso para aumentar la potencia del golpe.

Su oponente saltó hacia atrás, pero no en el momento justo, ya que la espada cortó una profunda herida en su lado desprotegido. Gruñendo por

el dolor, el otro luchador retrocedió tambaleándose y casi perdió el equilibrio, debilitándose rápidamente a medida que la sangre se derramaba libremente por sus piernas en el suelo de tierra debajo de él.

Con un rugido para anticipar su golpe final, el gladiador dio dos grandes y rápidos pasos hacia adelante, balanceando su espada en un arco descendente imparable. El oponente ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de que la mortal spatha le cortara el cráneo, partiéndole la cara por la mitad y saliendo por el otro lado del cuello. Cayó primero de rodillas, su torso seguido con un sonido metálico y un ruido sordo, que no fueron escuchados por el rugido de los espectadores en la arena improvisada.

El gladiador caminó en círculo alrededor del escenario de su victoria, con los brazos en alto, el escudo y la espada en la mano. Jugó con la multitud que lo vitoreaba mientras una lluvia de monedas era arrojada a sus pies.

Había hecho un buen espectáculo. Sabía que las arcas de su amo estarían llenas esta noche.

Dando la vuelta por última vez, salió de la arena a través de un pasaje subterráneo hacia los pozos donde otros gladiadores, esclavos, prisioneros y animales eran mantenidos.

Donde su hijo de catorce años lo esperaba con un odre de vino.

— ¡Ja!, — Exclamó con voz retumbante, todavía energizado por la pelea.
— Tu viejo todavía lo tiene dentro, ¿eh?

Él revolvió el cabello del niño cariñosamente y le arrojó dos piezas de oro que había recogido de los terrenos de la arena. Eso debería representar su parte de las ganancias. Lo suficiente como para enviar a casa a su esposa e hija para comprarles un mes de granos, carne y especias, lo suficiente como para pagar una nueva armadura y una espada de verdad para su hijo, que sobresalió en la batalla con un talento casi antinatural.

El pecho del gladiador se hinchó de orgullo ante el niño, que le sonrió a cambio con asombro y admiración. En su día, el gladiador fue un guerrero temible, invicto en la mayor parte de Roma y sus ciudades circundantes, pero las interminables batallas habían pasado factura y la edad finalmente lo había alcanzado. La victoria en estos días era cada vez más difícil de conseguir, pero este viejo tigre todavía tenía algunos dientes.

Él se rió y eludió el golpe de su hijo, mientras el niño practicaba con una espada vieja y oxidada, ignorando por un momento el entumecimiento en



su brazo con el escudo, que se extendía lenta pero implacablemente sobre su hombro...

Más tarde esa noche, mientras el gladiador se sumergía en un baño caliente y humeante, su hijo le tallaba arduamente mientras le lavaba la espalda con un paño, contó los días que le quedaban en la arena con un presentimiento.

Como si leyera sus pensamientos, el niño preguntó: — Señor, ¿cuándo puedo pelear? Derroto a todos los otros aprendices fácilmente, y a veces incluso a los gladiadores experimentados. Sé que todavía no soy tan grande y fuerte, pero soy mucho más rápido y ágil, y pienso en mis pies. ¿No me dijiste que es la mayor parte de la batalla? ¿La capacidad de anticipar los movimientos de tu oponente?

— Sí, — respondió el gladiador, suspirando de placer mientras el niño amasaba sus doloridos hombros con la cantidad justa de presión. — Pero a tu viejo aún le quedan unos años, nunca temas. Tienes suficiente tiempo para que perfecciones tu técnica y te vuelvas realmente invencible. — Agarró una de las manos de su hijo para llamar su atención.

— Tienes que planificar tu campaña, Valerius. No puedes entrar a la arena antes del momento adecuado. Debes tener cuidado para construir tu reputación, hasta que tu reputación se convierta en mito, y el mito se convierta en leyenda, y te conviertas en el mayor gladiador de todos los tiempos. Entonces serás un hombre rico por derecho propio, y puedes comprar tu libertad, la de tu madre y la de tu hermana también, y tomar una mujer decente como esposa, criar y mantener a tu propia familia y mantener la cabeza en alto como un ciudadano romano completo.

— Y vuestra libertad también, Señor, — respondió Valerius de la manera usual. Era una conversación recurrente entre padre e hijo, un sueño que ambos compartían y nutrían, cada uno dando pasos para hacerlo realidad. Pero Valerius estaba impaciente. Quería todo para su familia hoy, no mañana. Y a pesar de lo que dijo su padre, sabía que estaba listo, a la tierna edad de catorce años, para entrar en el campo de batalla de los hombres.

— Una pelea más, — dijo el gladiador, cerrando los ojos con el inicio del sueño. — Una pelea más y me retiraré para dejarte el cargo. Mi hijo.

Valerius rodeó con sus brazos el cuello de su padre en un breve abrazo, un amor profundo y permanente lo cubrió.

La vida de un gladiador era brutal en el mejor de los casos, sombría y aterradora en el peor. Pero su padre era un buen luchador, y un hombre aún mejor. Era generoso con su afecto, aunque los hombres romanos evitaban las exhibiciones públicas y las emociones más suaves en general. Era generoso con su tiempo, enseñándole a su hijo no solo cómo ser el luchador más feroz que haya existido, sino también cómo ser un hombre de verdad.

Un hombre que asumía sus responsabilidades. A sus dependientes, sus superiores, pero sobre todo, a su propio sentido del bien y el mal. Nunca hizo trampa, nunca mintió, y siempre defendió a los más débiles. Respetaba a su padre y a su madre, a su hermana, a su amigo y, un día, a su mujer. Él la cortejaría, la protegería y la cuidaría, y la apreciaría por encima de todos los demás, por encima de sí mismo.

Todo esto lo aprendió Valerius en las rodillas de su padre, y ocasionalmente cuando se desviaba, por la parte plana de la espada de su padre. Eran lecciones que valían la pena aprender.

Valerius ayudó al gladiador a salir de la tina, rápidamente lo secó con la toalla y lo condujo a medias, al colchón de paja que lo esperaba. Su padre se durmió antes de que su cuerpo golpeará el colchón. Con un suspiro, Valerius lo cubrió con una manta delgada y se recostó en su propio andrajoso palet junto al catre.

Inmediatamente cayó en un sueño profundo, soñando con la arena, y en medio de los aplausos ensordecedores, con su libertad...

Una semana después, su maestro decidió que el padre de Valerius todavía podía dar un buen espectáculo. Arregló para que el gladiador se enfrentara a una bestia salvaje, un carro con arqueros y tres prisioneros de guerra en un espectáculo bien orquestado.

Habían acordado el plan de ataque con anticipación, los trucos que el maestro haría para darle ventaja a supreciado gladiador, por lo que había un peligro limitado, salvo reacciones inesperadas de los humanos y animales en el fragor del combate.

A pesar de las súplicas de Valerius, su padre decidió correr el riesgo y entró en la arena con su escudo favorito y una espada: una última batalla antes de retirarse del campo, una victoria más para asegurar la libertad de su familia.

Cuando el gladiador subió a su escenario desde la entrada sur hacia la arena, un león, encadenado por su pata trasera, fue liberado del oeste a

través de un túnel subterráneo. Como un elegante bailarín, el gladiador giró a su derecha y enfrentó a la bestia con la espada lista para atacar. Él cortó y apuñaló con trazos metódicos, golpeando al león hacia el túnel. La multitud parecía complacida con sus esfuerzos, pero también había abucheos de aburrimiento.

No hay suficiente derramamiento de sangre.

Antes de que el León se retirara por completo al túnel, un carro tirado por un equipo de dos sementales entrenados para la guerra entró en el área desde la puerta norte, llevando a un conductor y dos arqueros con aljabas llenas de flechas, los arcos hacia atrás con puntería mortal.

Momentáneamente aturdido por la aparición del segundo enemigo antes de que el primero hubiera sido sometido por completo, el gladiador estaba clavado en su lugar, con los brazos flojos a los costados. Este no era el plan.

Rápidamente, sin embargo, se reagrupó para enfrentar al segundo oponente, con el escudo sostenido cerca de su torso. Pero estos no eran arqueros de teatro, dejando volar las flechas principalmente para un espectáculo. Estos arqueros apuntaron a sus piernas y pies donde estaba desprotegido y una flecha atravesó su pantorrilla derecha.

— ¡No!

El gladiador apenas registró el grito de angustia de su hijo. Estaba demasiado desconcertado. ¡Este no era el plan!

Agachándose para que la mayor parte de su cuerpo quedara cubierto detrás del escudo, cojeó hacia atrás, hacia la puerta sur. Era hora de retirarse. Aunque se suponía que esta sería su victoria final, aunque había planeado el espectáculo hasta el último movimiento con su maestro, algo había salido terriblemente mal. Vagamente, consideró que su maestro podría haberlo traicionado. ¿Pero para qué?

De repente, el león saltó desde su izquierda y se giró justo a tiempo para bloquear las garras y las mandíbulas con su escudo. Pero el peso era insoportable, y su hombro y antebrazo explotaron de dolor, luego perdió completamente la sensación en cuestión de segundos. Involuntariamente, su agarre sobre el escudo se relajó, la barrera de metal cayó con un ruido metálico en los terrenos de la arena cuando su brazo izquierdo cayó contra su costado.

Otra flecha atravesó su espalda justo entre los omóplatos. El gladiador cayó de rodillas, la conmoción y el dolor de sus heridas silenciaron todos los sonidos a su alrededor, sus ojos se nublaron mientras intentaban concentrarse en sus oponentes.

Este era el final, pensó, incluso cuando escuchó que la trampilla del túnel subterráneo desde el este se abrió y llegaba el último de sus oponentes. Todo esto estaba mal. Se suponía que los derrotaría uno a la vez, pero ahora lo atacaban todos de una vez. Podía escuchar los gritos de batalla de los hombres, su único objetivo era matarlo. Ya sea su vida o la de ellos.

Se las arregló para ponerse de pie a tiempo para evitar el golpe de uno de los hombres, evitando apenas otra flecha que se clavó en la tierra junto a su pie. Sabía que no era una pelea justa, ni por asomo, pero respiró hondo y rugió su propio grito de batalla, cargando contra los hombres con toda su fuerza. No caería mansamente, pensó. Le daría a la audiencia el valor de su dinero. Con su muerte gloriosa, tal vez aún podría liberar a su familia. Si esto era lo que su maestro requería para cumplir con su deuda de sangre, entonces por los dioses los liberaría.

Y luego no estaba solo.

Alguien estaba empujando al león hacia atrás con una lanza larga. Podía ver los movimientos rápidos y eficientes del domador de leones por el rabillo del ojo. Cuando el león fue devuelto al túnel, su ayudante derribó a uno de los arqueros con un poderoso lanzamiento de la lanza. Cuando el cadáver del arquero cayó sobre el costado del carro, las ruedas lo golpearon con torpeza al rodar sobre él, y el conductor perdió el control de las riendas. El carro se desvió peligrosamente, y el arquero restante luchó para mantener el equilibrio. Perdió su puntería y concentración, en lugar de agarrar los costados del carro para permanecer dentro del vehículo.

El gladiador observó aturdido cómo su escudo fue recogido por el recién llegado, que cobró impulso con unos pocos pasos rápidos y dejó volar el escudo metálico circular como un disco en las patas delanteras del semental. Los caballos tropezaron con el impacto y se estrellaron contra el suelo de tierra. La parada repentina sacudió el carro como una catapulta, y los dos jinetes restantes salieron disparados con una velocidad rompe huesos.

Todo sucedió tan rápido que el gladiador solo pudo ver un movimiento borroso cuando su ayudante se colocó frente a él, interceptando efectivamente un golpe de uno de los clubes de sus oponentes restantes.

La visión del gladiador estaba retrocediendo constantemente, y parpadeó con fuerza para mantener a sus enemigos a la vista.

— ¡Retrocede!, — Gritó el joven guerrero que lo defendía en medio de los ruidos discordantes de la batalla.

¿Valerius?

El gladiador solo pudo sacudir la cabeza, confundido, cuando se dio cuenta tardíamente de que su salvador era de hecho su hijo de catorce años. ¡El niño estaba luchando contra tres hombres adultos con las manos desnudas y ganando!

Valerius logró esquivar el empuje de una de sus espadas, girándose hacia un lado en el último momento y usando el impulso hacia adelante de su atacante contra él para tirarlo sin esfuerzo al suelo. Saltó sobre la espalda del primer atacante caído y usó el cuerpo como trampolín para atacar a los otros dos hombres mientras al mismo tiempo le rompía algunos huesos bajo sus pies asegurándose de que el oponente caído se quedara abajo.

Con una serie de vueltas, giros, golpes bien dirigidos con el codo y las rodillas, lanzamientos de cuerpos y ágiles maniobras, Valerius hizo corto el trabajo con los otros dos oponentes hasta que los tres hombres yacieron derrotados en el terreno.

La multitud se volvió loca con vítores y aplausos por la increíble exhibición. Pero Valerius no se dio cuenta mientras corría hacia su padre que se había hundido en el suelo, acostado inmóvil sobre su vientre, sangrando profusamente de sus heridas.

— ¡Señor! — Valerius lo acercó e intentó determinar el daño.

Su padre apartó las manos y dijo bruscamente:

— Este es tu momento. Debes jugar con las multitudes. Déjame. Levántate y camina tus rondas de victoria.

Valerius estaba negó con la cabeza antes de que su padre terminara de hablar, pero el gladiador le agarró el brazo con urgencia y se adelantó:

— Harás esto, hijo mío, por nuestro bien. Eres el nuevo campeón y ellos te aman. Debes asegurar el afecto y la aprobación de la multitud para que te bañen con monedas. Este es un escenario, y tú eres un jugador. Todos somos jugadores. Las multitudes son los dioses de tu destino. Ve y aplacalos. ¡Ve!

El gladiador empujó a su hijo y observó a Valerius dudar brevemente antes de dirigirse a su audiencia en las gradas, alzando los brazos y soltando un largo grito de victoria.

La multitud rugió con aprobación, enviando una lluvia de monedas a los terrenos de la arena. El gladiador observó con orgullo cómo Valerius caminaba alrededor de la arena, haciendo que la multitud gritara más fuerte, estableciéndose como el campeón indiscutible.

Lo había hecho, pensó el gladiador. Se había asegurado el favor de la multitud. Seguramente habría suficientes monedas de esta victoria para pagar la deuda de toda su familia, y su propia derrota solo se sumó al drama y al suspenso.

El gladiador suspiró con un largo y cansado aliento. Era hora de que se retirara, pensó mientras sus párpados se volvían demasiado pesados para levantarlos. Y qué manera gloriosa de hacerlo, ser capaz de presenciar la inducción de su hijo en la virilidad, brillantemente victorioso en su juventud y poder.

Mi hijo.

Sí, era hora de retirarse. El gladiador abrazó su tan esperado descanso con una sonrisa.



4

Rain despidió al tercer macho Puro calificado del día y lo observó lenta y laboriosamente ir más allá del umbral del Recinto del Rito.

Ella cerró los ojos y soltó el aliento. Había sido un largo segundo día en el Rito de tres días del Fénix, un día que ella esperaba con ansias solo un poco menos que al tercer y último día. Hoy, ella había empujado a los machos casi más allá de su resistencia. Se sorprendió de que no hubieran decidido retirar su solicitud.

El ciclo del Fénix sería mucho peor.

Mientras se preparaba para salir de la cámara, Wan'er apareció con una expresión desconcertada.

— Mi señora, — dijo su doncella vacilante, — parece que tiene un último solicitante.

— ¿Qué? — Rain respondió reflexivamente. Escuchó a su doncella perfectamente bien, pero las palabras no tenían sentido.

Wan'er se movió un poco nerviosa, como si estuviera indecisa sobre cómo dar las malas noticias.

— Su solicitante final está esperando en la antecámara. — Se mordió el labio inferior y soltó: — Es mi señor Valerius.

Las cejas de Rain se alzaron en estado de shock. Seguramente ella no había escuchado correctamente.

— ¿Le hago pasar y lo preparo para la prueba?, — Preguntó Wan'er tímidamente, insegura del estado de ánimo de su señora.

Sin responder a su doncella, Rain marchó enojada hacia la antecámara y abrió las puertas dobles.

— ¿Qué crees que estás haciendo?, — Le exigió al guerrero apoyado contra la pared del fondo. Ella se preparó contra la bienvenida vista de él con plena salud. El día anterior había estado en ascuas, se preguntaba si había logrado curarlo por completo, o si debería haberlo comprobado. Apenas podía concentrarse en las pruebas del primer día, estaba tan distraída. Pero ahora que parecía completamente recuperado, su ira anuló toda preocupación.

Se enderezó de la pared y se mantuvo de pie y alerta ante ella.

— Solicitud para servirle, Sanadora.

— No lo permitiré, — respondió Rain inmediatamente. — Hemos tenido esta conversación y esa fue mi última palabra.

— No creo que pueda rechazar una solicitud, — dijo Valerius en voz baja, lentamente, como si le diera tiempo para que las palabras fueran asimiladas. — Puedo reprobado las pruebas, pero tengo todo el derecho de presentar una solicitud.

— Bueno, estás descalificado, — lanzó Rain. — Te perdiste el primer día del Rito. Eso es un fallo automático.

Wa n'er se aclaró la garganta detrás de ella, interviniendo torpemente:

— En realidad, mi señora, el Protector no necesita asistir el primer día ya que él es uno de la Elite y, por lo tanto, ya ha demostrado su fuerza y vitalidad.

Rain se volvió hacia su traidora doncella con una mirada aguda.

Wan'er inclinó la cabeza ante la fuerza del disgusto de Rain, pero no retrocedió.

— ¿Debo prepararlo para la prueba?, — Repitió la oferta, casi tomando la decisión de las manos de Rain.

Rain se volvió hacia el guerrero con los ojos entrecerrados.



— Fracasarás, — le aseguró ominosamente. Luego, como si no pudiera soportar estar en su presencia un momento más, se dio la vuelta y se retiró a la cámara interior para esperar los preparativos de Wan'er.

La doncella suspiró exhaustamente y condujo a Valerius al Recinto del Rito.

— Espero que sepas lo que estás haciendo, — murmuró mientras cerraba las puertas dobles detrás de ellos.

Diez minutos más tarde, Valerius estaba de pie con las piernas abiertas, casi desnudo, excepto por una toalla delgada que Wan'er le había dado para envolverse alrededor de su cintura, entre dos gruesos postes de acero que se extendían desde el piso, sus manos esposadas a las barras del mango en la parte superior de los postes, sus tobillos asegurados en la parte inferior. Así restringido, esperó solo en el silencio y la penumbra en el Recinto del Rito a que la Sanadora comenzara sus pruebas.

Valerius cerró los ojos y respiró hondo.

Se había prometido a sí mismo, hace mucho, mucho tiempo que nunca se dejaría amarrar, nunca volvería a estar vulnerable e indefenso. Sin embargo, aquí estaba. Expuesto. Impotente. A merced de alguien más.

La única gracia salvadora fue que, en este caso, él *eligió* su destino. Él eligió estar aquí, someterse a Rain.

No sabía en qué consistían las pruebas, pero estaba seguro de que podía pasar cualquier prueba de dolor y resistencia. Había pasado por suficiente infierno en su vida humana como para durar una eternidad. Y eso fue antes de que tuviera las habilidades de curación magnificadas como un Puro.

Contra lo que luchaba, era contra sí mismo. Su aversión, no, *fobia*, a ser tocado. Si las pruebas no implicaran contacto directo con la Sanadora, sería de simple resistencia. Pero si lo hicieran... Valerius apretó la mandíbula mientras luchaba contra una ola de náuseas.

No podría fallar. No fallaría.

La Sanadora entró seguida de Wan'er unos pasos atrás. Sin mirarlo, con la cabeza en alto y la espalda recta, ella dio un paso delante de él hasta que estuvo a solo dos pies de distancia y cerró los ojos.



Sin previo aviso, ella extendió los brazos hasta que sus palmas se enfrentaron a su pecho y lo golpearon con una descarga de energía tan poderosa que se habría caído de culo si no hubiera sido por las restricciones. Aun cuando su torso se sentía como si hubiera sido golpeado por un rayo, el alivio se apoderó de Valerius en una oleada calmante.

Sin contacto físico. Podía hacer esto todo el día.

Y luego la Sanadora pareció levitar desde el suelo, como si estuviera apoyada en un campo magnético que irradiaba de su cuerpo. Su túnica suelta fluía en el aire, ondulando con las corrientes de energía que la rodeaban. Su cabello se extendía lejos de su cara, cada zarcillo se extendía hacia afuera hasta formar un blanco halo semicircular detrás de su espalda.

Ella flotó más cerca de él, sus manos extendidas casi tocando su piel, la presión y la descarga eléctrica que ejercía aumentaron hasta que Valerius sintió como si todos sus nervios estuvieran en llamas.

Su respiración se aceleró mientras trataba de liberar su mente del dolor, y justo cuando pensó que había disciplinado sus sentidos, las innumerables agujas de su cabello se insertaron profundamente en su piel.

Se sentía desgarrado.

Nunca había sentido un dolor tan agudo e increíble. Así no. Esto fue una agonía continua, cada vez mayor, alucinante. Y siguió y siguió y siguió.

Justo cuando pensó que se rompería la mandíbula por apretarla tan fuerte por evitar lanzar los gritos que se acumulaban en su garganta, escuchó un jadeo distante.

— ¡Mi señora!, — Suplicó Wan'er, mirando horrorizada mientras el guerrero soportaba diez veces el nivel de dolor que Rain había usado en los Ritos por el doble de tiempo.

Abruptamente, las agujas se retrajeron y la presión se liberó, dejando a Valerius doblado en un ataque de tos mientras intentaba encontrar su centro de equilibrio nuevamente, mientras sus nervios chupaban oxígeno y sus músculos se aflojaban lentamente.



Rain descendió lentamente al suelo y bajó los brazos a sus costados. Con los ojos aún cerrados, le ordenó a su doncella:

— Déjanos.

Wan'er la miró alarmada. Esto simplemente no se hacía. La doncella siempre asistía a la Sanadora en el Rito, más por tradición que por otra cosa. Pero dado que Rain había tomado esta prueba en particular, Wan'er estaba seriamente preocupada por el guerrero. Seguramente su dama no iría demasiado lejos, pensó, pero de todos modos, le gustaría asegurarse de...

— *Ahora*, — Rain emitió la orden con la fuerza suficiente para enviar escalofríos de aprensión por la columna vertebral de la doncella.

Wan'er echó un último vistazo al Protector, que se había recuperado lo suficiente como para mantenerse erguido una vez más entre los dos postes de acero, y decidió que no podía interferir aunque quisiera. Esto era entre Rain y el guerrero.

Era su hora de ajustar cuentas.

Cuando la doncella los dejó y cerró las puertas detrás de ella con un suave clic, Rain abrió los ojos y miró completamente al Protector.

— No es sorprendente que hayas superado a los otros solicitantes en esta prueba, — dijo en voz baja. — No esperaría nada menos.

Sosteniendo su mirada, ella cerró la corta distancia entre ellos hasta que estuvieron casi mano a mano, apenas una pulgada separando sus cuerpos. Si Valerius no hubiera asegurado a su posición, habría retrocedido de inmediato. Tal como estaba, su corazón comenzó a latir más fuerte, más rápido, su respiración se rompió en rápidos estallidos, como si no pudiera obtener suficiente aire en sus pulmones.

Y luego sintió las palmas de sus manos sobre su pecho, rozando ligeramente su ultrasensibilizada piel. Los gruesos músculos saltaron reflexivamente, y Valerius no pudo contener un jadeo ante el contacto, su cara se contorsionó en un tipo diferente de dolor.

— Pero los dos sabemos que prueba fallarías, — continuó Rain como si estuvieran teniendo una conversación informal. — Entonces, ¿por qué esperar hasta mañana para conocer tu destino? Pongamos fin a esta locura hoy.

Sus párpados bajaron soñolientos y sus manos se extendieron sobre sus pectorales. Lentamente, sin prisa, recorrieron su carne desnuda, alrededor de sus hombros, su clavícula, su garganta, mandíbula, mejillas y cejas. Cuando volvieron a bajar, Valerius había olvidado cómo respirar.

No escapó a Rain, mientras se adentraba en una exploración detallada del cuerpo del Protector, que estaba sintiendo un dolor insoportable. Su cuerpo emitía oleadas de angustia mucho mayores que cuando ella le prendió fuego literalmente. Pero ella no cedería. Esto no fue simplemente un punto a probar. Sería mejor para ambos si retirara su solicitud.

No sabía por qué, pero temía a las consecuencias hasta su mismísima alma si él no lo hacía.

Metódicamente, sus pequeñas manos se deslizaron sobre su pecho humedecido por el sudor, sus pulgares se detuvieron para frotar suavemente sobre sus pezones duros como guijarros. Su estómago se hundió por el toque, luego empujó hacia atrás mientras soltaba un suspiro tembloroso.

Trazó una senda sobre sus costillas, contó las crestas de hierro de su abdomen, deslizó un dedo por el surco profundo que cortaba su centro hasta el ombligo y más abajo hasta el pliegue de la toalla envuelta alrededor de sus caderas.

Como un animal cazado atrapado en una trampa, las pupilas de Valerius se dilataban de miedo y dolor, pero no podía cerrar los ojos contra su inminente fatalidad.

No podía fallar. Él *no* fallaría. Por favor, Diosa, ¡no dejes que falle!

Con un suave tirón, su última cubierta cayó, y su cuerpo quedó completamente desnudo ante ella. Hubo un momento de vacilación cuando ella se deleitaba con él, y luego sus manos volvieron a su cuerpo, una mano deslizándose por su torso hacia la parte posterior de su cuello, la otra descansando ligeramente sobre su cadera.

— ¿Quieres qué te una probadita de lo que te espera?, — Preguntó Rain suavemente, su aliento cálido contra su piel. — ¿Un vistazo a tu vida durante los próximos treinta días, te convencerá de retirarte?

La mano en la parte posterior de su cuello ejerció solo la menor presión, pero fue suficiente para inclinar su cabeza más cerca de la de ella.

— ¿Debo mostrarte lo que significa Servirme, guerrero?, — Susurró ella contra su oreja, mientras la mano en su cadera se curvaba hacia adentro para agarrar su pene, ya dolorosamente erecto.

Valerius no pudo evitar el gemido que escapó.

Estaba en llamas. Estaba paralizado. Su cuerpo vibró por la tensión mientras luchaba por controlarlo. Sus músculos se tensaron tanto que las restricciones de acero crujieron en protesta.

Se estiró hacia arriba hasta ponerse de puntillas y rozó sus labios contra su garganta, una vez, dos veces, humedeciendo la vena de la garganta con su aliento.

— No es demasiado tarde para retroceder, — lo tentó ella, pasando sus colmillos alargados sobre su piel sensible al mismo tiempo que apretaba su vara firmemente en su puño y lo bombeaba una vez con fuerza.

El aliento de Valerius se convirtió en un fuerte ardor, y para su absoluta vergüenza y derrota, sus ojos se llenaron de lágrimas. No caería, pensó con fiereza. ¡No se dejaría caer!

— Solo dime que pare, — lo instó ella, la mano en su cuello amasando los músculos agrupados allí en silenciosa persuasión. — Ahora puedes ponerle fin a tu tormento.

Nunca supo lo que le costó, pero de alguna manera acercó su rostro al de ella, apretando la vena de su garganta contra las puntas afiladas de sus colmillos.

— No, — respondió él, su voz profunda tranquila pero firme. No retrocedería. No entonces, hace más de dos milenios, y no ahora.

— Que así sea.

Las palabras un siseo en sus labios un momento antes de que sus colmillos penetraran su piel, insertándose profundamente en su vena. Con su primer tirón largo, el cuerpo de Valerius comenzó a transformarse.

Sus músculos parecían agrandarse y tensarse, resaltando con un claro relieve, cada nervio y línea bien definidos. Sus venas se presionaron contra su piel, como si compitieran por su atención, ofreciéndose voluntariamente. Su pene se alargó y engrosó aún más, hasta el punto de que estaba seguro de que explotaría por la presión interna. Empujó contra los delgados dedos que lo sostenían, las yemas de los dedos lejos



de encontrarse alrededor de la hinchada circunferencia, como si luchara contra el confinamiento, pero suplicando que lo sostuviera aún más apretado. Él sintió un chorrillo de humedad filtrarse de la estrecha hendidura en la enorme cabeza, y a pesar de sí mismo, sus caderas corcovearon con torpeza, desesperadamente contra su mano.

Parecía saber lo que su cuerpo quería, incluso cuando su mente luchaba por distanciarse, horrorizada por lo que le estaba sucediendo. Ella lo agarró con más fuerza y le rozó el pulgar lentamente, continuamente sobre la cabeza de su pene, de un lado a otro, de ida y vuelta, hasta que toda su longitud se humedeció y la punta se volvió tan sensible que tuvo que morderse la lengua para impedir pedirle que pusiera fin a esta despiadada tortura. Todo el tiempo ella extraía constantemente de su vena, de inmediato agotando su fuerza, pero llenándolo de renovado vigor. El innegable impulso a aparearse.

De repente, ella retiró sus colmillos y lamió las dos pequeñas heridas para cerrarlas, aunque su mano aumentó la fricción alrededor de su pene.

— ¿Debo ver qué más tienes para ofrecer, guerrero?, — Preguntó con un lánguido suspiro, como un felino que se despierta de una larga y satisfactoria siesta.

Su mirada impotente la siguió mientras ella se arrodillaba ante él, ahora ambas manos agarrando su vara codiciosamente. Su monstruosa erección se sacudió con anticipación, su cuerpo se estremeció de miedo y su mente retrocedió contra la visión de ella ante él.

Por favor. Por *favor*, déjame soportar esto, le rogó a la Diosa. No pudo fallar. Él *nunca* fallaba.

Pero los recuerdos del pasado lo asaltaron, tan reales como los golpes físicos. Cerró los ojos brevemente y oró por fuerza, luego los abrió y miró a la mujer entre sus piernas.

Era Rain, se recordó a sí mismo.

Ella lo necesitaba a él. Podía ver que incluso unos pocos tragos de su vena habían iluminado su semblante, infundiéndole a sus mejillas un brillo rosado. Estaba en su poder revivirla por completo, devolverla a su vitalidad original. Ella no habría sufrido como lo hizo, si hubiera sido su Consorte diez años atrás. Durante los últimos años, que había estado a su lado, la había observado consumirse lentamente. Podría haber evitado su dolor. Había sido demasiado egoísta. Demasiado cobarde.



No más. No le fallaría otra vez.

— Tóname, — instó con voz ronca y profunda, empujando sus caderas hacia adelante, la cabeza húmeda de su polla rozando sus labios cerrados.

Sorprendida por la descarada oferta, Rain levantó los ojos para encontrarse con los suyos.

Esta era Rain. Su cuerpo se estremeció en reconocimiento. Se estaba entregando a Rain. Cuando la idea lo invadió, sus músculos parecieron relajarse, su batalla interior disminuyó y un potente almizcle llenó el aire.

Las pupilas de Rain se dilataron, sus fosas nasales se dilataron ante la repentina fragancia que llenó sus sentidos, impregnando sus poros. Era una combinación de luz solar y tierra, lluvia fresca y hombre limpio. Ella se embriagó por el olor y sintió que su núcleo latía en reconocimiento.

Este era Valerius. El guerrero que había deseado durante tanto tiempo, el alimento por el que se moría de hambre. Con un suspiro de alivio, ella cedió a sus deseos más profundos.

Con ambas manos llevó su polla a sus labios y abrió la boca alrededor de la cabeza regordeta y caliente. Su jadeo mientras lo hacía alimentó aún más su pasión. Lentamente, ella comenzó a mamarlo, solo la punta encajando en su pequeña boca. Pero fue suficiente para que ella lamiera su leche con avidez.

El sabor de él era ambrosía para ella. Picante, salado, maravilloso. Vagamente se le ocurrió que todos los demás antes y después de él, palidecieron en comparación. Ella continuaría teniendo muchos más Consortes a lo largo de los años, pero no habría otros como él.

Ella movió una de sus manos hacia los sacos pesados debajo de su pene y los apretó muy suavemente. A su orden, el flujo de Nutrición se hizo más fuerte, llenando su boca con un chorro de crema. No fue suficiente. Pero sabía que ya estaba llevando esta prueba demasiado lejos, incluso más allá de la prueba del dolor y la resistencia. Pero ella era adicta. Una probada de él y ella no podía parar.

Solo un poco más, pensó mientras continuaba succionándolo con hambre. Había estado hambrienta por demasiado tiempo.

El cuerpo de Valerius se esforzó por liberarse. La presión dentro de él era tan intensa que le dolían todas las células. Incluso las raíces de su

cabello dolían. El instinto se había apoderado, y todo lo que quería era meterse dentro de ella, llenarla hasta el borde con su sangre, su semilla. Nunca, nunca, se había sentido así, ni siquiera en sus sueños. Por primera vez en su larga y estoica existencia, añoraba algo más. No por su gente, no por el mundo que protegía, sino por sí mismo. El quería importar.

A ella.

Con un tembloroso aliento, Rain se retiró de él demasiado pronto, sus manos y labios liberaron a regañadientes su polla aún hinchada. Se balanceó en protesta cuando ella le despojó de su toque y se abalanzó hacia ella como si le suplicara que se amamantara un poco más.

Temblando, se puso de pie, pero mantuvo la cabeza gacha, con las manos inquietas delante de ella, como si de repente se avergonzara.

Podía ver que su rostro estaba sonrojado por la pasión, y su cuerpo casi zumbaba por más de él. Pero antes de que pudiera ofrecerse una vez más, ella dijo en voz baja:

— Te elijo a ti.

Con un movimiento de su mano, sus restricciones se deshicieron. Se frotó las muñecas distraídamente, pero se dio cuenta de que estaban en carne viva e irritadas por su lucha, mientras su cuerpo se ajustaba a sus necesidades.

Con la cabeza aún inclinada, dijo con la misma voz suave:

— Te elijo, pero con una condición.

Lentamente, ella levantó los ojos para encontrarse con los de él.

— Nunca debes enamorarte de mí, porque yo nunca me enamoraré de ti. En el transcurso del Ciclo del Fénix me servirás como un compañero sirve a su hembra. Pero no te devolveré lo mismo. Te sentirás siempre insatisfecho, incluso cuando encuentres liberación sexual. Tú siempre oscilará dolorosamente entre necesidad y terminación. Te volverás más débil con cada día que pase, como si estuvieras muriendo, pero al final de los treinta días, te recuperarás gradualmente.

Ella se apartó de él para tomar una larga túnica blanca de una mesa auxiliar y se la entregó para que se cubriera. La suave tela de felpa de la bata se sintió extrañamente abrasiva contra su piel aún sensible, cuando se encogió de hombros y se ató el cinturón a la cintura.



— Con tus habilidades curativas, imagino que te recuperarás mucho más rápido que los demás. — Pero mientras lo decía, Rain parecía vacilante y preocupada. — Mientras no te enamores, — agregó en voz tan baja que casi no lo oyó.

De repente, ella cuadró los hombros y volvió a mirarlo a los ojos. Sus siguientes palabras lo sorprendieron incluso cuando se sintió aliviado por ellas.

— Lamento haberte presionado demasiado, — dijo, aunque él no sabía exactamente a qué se refería, a la segunda prueba o la tercera en este momento. — Siento haber sido tan cruel. No sé lo que me pasó. Pero he sido dura e injusta contigo y no soy ninguna de las dos.

Ella inclinó la cabeza otra vez y susurró:

— Sé que estás haciendo esto por un sentido equivocado del deber, sé que no quieres estar aquí, que desprecias que te toquen.

Intentó acercarse a ella, pero ella se alejó.

— Te quiero de todos modos. No tengo orgullo en lo que a ti respecta. Y aparentemente, después de dos mil quinientos años, tampoco tengo autocontrol.

Él comenzó a sacudir la cabeza. Ella no tuvo la culpa. Él era el que tenía que vencer a los demonios. Y cuando estaba con Rain, sentía que finalmente podía tener una esperanza, una oportunidad de dejarlos atrás.

— Intentaré no hacerte esto más difícil para ti de lo que tiene que ser, — continuó, sin ver su expresión. — Quizás no necesitamos... — agitó su mano alrededor como si esperara que el aire llenara las palabras. Finalmente dijo, — tal vez podamos evitar las relaciones sexuales a menos que...

Lanzó una mirada a su rostro impasible y no pudo terminar su pensamiento.

— Bueno, — dijo finalmente. — Deberías descansar tanto como puedas durante el día siguiente. Durante los treinta días posteriores, compartiremos la cámara interior contigua a este Recinto. Ambos seguiremos nuestros días como de costumbre con nuestras responsabilidades mutuas, pero... usted me servirá cuando necesite su Servicio.

Valerius asintió con la cabeza. Tentativamente, se acercó a ella otra vez, pero ya se había dado la vuelta, dejándolo solo en una ráfaga de seda.

Valerius cerró los ojos y cayó al asiento más cercano. Haría todo lo posible para satisfacer todos sus deseos. Conquistaría a sus demonios, sus dudas, sus miedos. Pero había una cosa que no podía darle.

La promesa de no enamorarse.



Sophia se sobresaltó de su sueño cuando la silla a su lado raspó el suelo cuando fue retirada. Somnolienta, se frotó los ojos y parpadeó al tipo que se sentó a su lado.

Y parpadeó un poco más.

El era realmente hermoso. Y Sophia no usaba ese término a la ligera. Estaba rodeada de seres sobrenaturales que también eran sobrenaturalmente guapos, pero este tipo se llevaba la guinda del pastel.

A Sophia le gustaba pensar en sí misma como una conocedora de personas atractivas, hombres en particular. Ella apreciaba su belleza más bien como un devoto amante del arte apreciaba las obras de los maestros del Renacimiento, o como un humilde e imperfecto humano apreciaba la perfección inalcanzable.

Tenía un adjetivo para cada tipo de belleza. Tristán era ásperamente guapo, de una manera afable como un Golden Retriever. Leonidas era despampanante. Valerius sería devastadoramente hermoso si no fuera por su infaliblemente estoico comportamiento. Alexandros era bastante magnífico, y Dalair...

Bueno, ella no había decidido qué era él. La palabra aún no se había inventado para lo que era.

Pero el chico a su lado era definitivamente hermoso.

Casi bonito, con sus largas y oscuras pestañas rizadas que enmarcaban unos ojos color chocolate tan oscuros que eran casi negros, piel pálida e impecable y una boca llena perfecta para un beso francés. Podía ver que su cabello era largo, ya que estaba recogido en una especie de cola de caballo en la nuca. Supuso que era mejor mostrar su rostro de ángel caído.



Sus rasgos eran angulosos, sin embargo, lo salvaron de ser demasiado bonito. Esos pómulos afilados que podían cortar el cristal, la dura V de su mandíbula, los largos músculos de su cuello y la prominente manzana de Adán, incluso el ligero pico de viuda⁵ en la línea del cabello.

— Hola, — la saludó la belleza oscura, con una sonrisa encantadora y desproporcionada, adornando su cara de modelo caro de colonia.

A Sophia no le impresionó su propia respuesta incoherente. No fue su momento más brillante.

Su sonrisa cautivadora se ensanchó un poco más y se inclinó sobre su codo en la mesa, que compartían en el comedor de la escuela, mirándola con cálida diversión.

— ¿Estás en primer año?, — Preguntó con esa voz suave y ligeramente acentuada.

— Unh, — Sophia gruñó de nuevo en respuesta. Realmente, su destreza verbal era alucinante.

— ¿De donde eres?

— ¿Por qué me hablas? — Sophia no quiso hacer la pregunta, pero no pudo evitarlo. Los oscuros y hermosos extraños generalmente no la buscaban para un tête à tête.⁶

Él se rió suavemente, mostrando sus blancos dientes perfectos. — ¿No puedo tener una conversación con una chica encantadora?, — Bromeó con una sonrisa. — Eres muy encantadora, lo sabías.

¿Estaba realmente *coqueteando*? ¿Con *ella*? Sophia miró a su izquierda, luego a su derecha. No parecía estar hablando con alguien más.

— ¿Cómo te llamas?, — Preguntó.

— S-Sophia, — logró tartamudear su respuesta.

— Mi nombre es Ere, — respondió, deletreando las letras en el aire con un largo y elegante dedo.

⁵ El pico de viuda es una característica capilar que causa la formación distintiva de la línea del cabello en forma de V sobre la mitad superior de la frente

⁶ Conversación que mantienen dos personas frente a frente y en privado, sin que intervenga otra persona, generalmente para tratar un tema importante o confidencial



— Eh-Ere, — repitió Sophia lentamente, tratando de rodar la *r* ligeramente como él.

— Perrrfecto, — la alabó dándole aliento, sacando el rodar de la *r* como un ronroneo felino.

Sophia agachó la cabeza cuando un sonrojo cubrió su rostro. Este chico era realmente demasiado. Ella se puso caliente solo por mirarlo.

Él se rió de nuevo como si se divertiera por su vergüenza, luego extendió la mano para tocar la pila de libros sobre la mesa.

— Historia china antigua, civilización egipcia antigua y mitología griega. Qué opciones de curso más interesantes.

— Sí, — murmuró Sophia un poco a la defensiva, — me gusta ese tipo de cosas.

— También me gustan, — respondió Ere rápidamente. — De hecho, si estás tomando la clase del profesor McGowen, yo soy su asistente de enseñanza.

— De ninguna manera, — Sophia suspiró feliz por la sorpresa. ¿Cuáles eran las posibilidades de que una criatura tan inhumanamente bella compartiera una clase con ella? Bueno, y los otros cuarenta estudiantes.

— ¿Eso te agrada?, — Preguntó Ere, viendo cómo su expresión se iluminaba considerablemente.

— Sí, — espetó honestamente, luego agregó: — Quiero decir, ¿por qué no lo haría?

— Me alegro, — dijo Ere con su voz angelical.

Atrapando algo por el rabillo del ojo, se levantó para irse.

— Ha sido un placer conocerte, encantadora Sophia. Esperaré verte en clase.

Cuando partió, alejándose con un largo yuelto andar despreocupado, pasó junto a Dalair que se dirigía hacia la mesa de Sophia. El paladín se detuvo brevemente al pasar y se volvió para evaluar a Ere con una mirada escrutadora.

Ere asintió con la cabeza en señal de saludo y sonrió con una sonrisa frívola, luego salió de la cafetería y quedó fuera de la vista de Sophia, incluso mientras ella estiraba el cuello para observarlo.



Dalair se acercó a Sophia y se sentó en la silla que Ere había usado, preguntando sin preámbulos:

— ¿Qué fue todo eso? ¿Quién es él?

Sophia perdió la mirada de amor de cachorro y se alejó de su guardia de élite.

— No es de tu incumbencia, — resolló. — ¿Tengo que reportarte a todos mis amigos?

Los ojos de Dalair se entrecerraron.

— ¿Es un amigo?

Sophia se encogió de hombros.

— Tal vez. Pero no si sigues flotando tan cerca que absorbes todo el oxígeno de la habitación, — se quejó.

— Solo vine a llevarte a tu próxima clase, — explicó Dalair con paciencia. Se preguntó si ella era tan antagónica con todos sus guardias. — Si te agrada, no preguntaré más sobre él. Pero dime esto, ¿cómo se llama?

— ¿Por qué? ¿Entonces puedes buscarlo en Google y hacer una verificación de antecedentes?

Ante la expresión impasible de Dalair, Sophia puso los ojos en blanco.

— Bien. Se llama Ere. E-R -E. No sé su apellido, pero lo averiguaré pronto, ya que será el asistente de enseñanza de mi clase de Civilización del Antiguo Egipto.

Dalair asintió, dejándolo pasar. Hablar más sobre este *Ere* solo incitaría aún más su temperamento.

Él trató de ayudarla a levantarse, pero ella lo rechazó, poniéndose de pie por su cuenta, metiendo sus libros en su mochila y colgándosela por encima del hombro.

— No te quedes tan cerca, — ordenó Sophia. — La gente podría pensar que estamos juntos.

— ¿Y eso es un problema?, — Preguntó Dalair, sinceramente curioso.

Ella rodó los ojos otra vez.

Dalair estaba realmente desencantado con este adolescente hábito estadounidense.

— ¿Cómo se supone que voy a conseguir un novio si siempre estás tras mis pasos?, — Preguntó con acidez.

Las cejas de Dalair levantaron una muesca. — ¿Deseas un novio?

— Hipotéticamente hablando, — dijo Sophia. — El hecho de que no pueda tirar mi virginidad a la polla más cercana no significa que no pueda salir.

Dalair frunció el ceño con preocupación, más por su deseo de salir que por su lenguaje. — Sabes que no es sabio, — dijo en voz baja.

— Lo sé, — respondió en voz baja, la ira saliendo de ella como el aire de un globo. — Pero a veces solo quiero ser una chica normal. Este negocio de ser la Reina de los Puros no es un paseo fácil. Algunas veces deseo...

Esperó pacientemente a que ella terminara su línea de pensamiento.

Finalmente, dijo:

— Desearía que la gente no estuviera cerca de mí porque tienen que estarlo, sino porque quieran estarlo. Desearía que la gente me tratara como una niña humana normal en lugar de una gobernante largamente esperada que va a salvar el universo.

Mientras él digería eso, ella lo empujó y le gritó a la espalda:

— No me sigas demasiado de cerca. Y mantente fuera de la vista.

Dalair vaciló, luego obedeció sus deseos.

Deber o deseo, no importaba. Él siempre estaría cerca de ella, para consolarla, protegerla, aunque ella no lo quisiera, aunque a veces no podía soportarlo.



El ritual de vinculación formal entre la Sanadora y su Consorte elegido tuvo lugar en la víspera del tercer día, concluyendo el Rito del Fénix.

El Zodiaco Real se reunió, en la cúpula de cristal iluminada por las estrellas de la catedral de la Ciencia Cristiana para asistir como testigos de la ceremonia, tal como lo harían para cualquier ritual de apareamiento entre dos de su tipo, ya que eran tan raros y especiales. Formaron un amplio anillo alrededor de Valerius, Rain y el maestro de ceremonias, Ayelet, cada miembro sosteniendo una vela grande y brillante.

Valerius, desnudo excepto por la tela ceremonial alrededor de sus genitales, se arrodilló sobre una rodilla ante la Sanadora, que estaba envuelta en una túnica blanca, inclinó su cabeza en reverencia, ambas manos agarrando las suyas mientras Ayelet recitaba los antiguos votos:

*En oscuridad y en luz, en la vida y en la muerte
Dos almas se unirán para compartir un Camino
Con el corazón y la mente, y con cada respiración.
Se convierten en el presente y en el pasado del otro.
Lo que depara el futuro solo la Diosa puede ver.
Pavimentada por las elecciones que ambos harán.
Paso a paso hacia vuestro destino.
En un Lazo Eterno que ninguno romperá.*

Valerius levantó la mirada hacia su compañera Fénix y solemnemente dio su promesa:

— Mi cuerpo, mi sangre, mi vida son tuyas. Vivo para Servir a nadie más que a ti. Rain. Toma de mí el alimento que anhelas. Permíteme convertirme en tu fuerza, tu protección y satisfacer todas tus necesidades. Te ofrezco todo lo que soy, todo lo que fui, todo lo que siempre seré.

Unos pocos jadeos sobresaltados rompieron el silencio de la habitación, y los ojos de Rain se llenaron de lágrimas al escuchar las desgarradoras palabras de su Consorte.

Había prometido un verdadero ritual de apareamiento, no el Ritual de Enlace Fénix que no prometía ningún futuro más allá de los próximos treinta días. Aunque las palabras eran solo palabras y no impartían ningún vínculo mágico, ella conocía al Protector, nunca hablaba a la ligera. Seguramente no quería decir lo que dijo. Seguramente sabía que su unión no sería más que un momento fugaz en la larga existencia que habían liderado y continuarían liderando.

Respirando hondo para prepararse, Rain respondió en voz baja:

— Te acepto como mi Consorte, Valerius Marcus Ambrosius. Durante los próximos treinta días, tomaré tu alimento. Durante los próximos diez años, no tendré otro. Te acepto con todo lo que he sido y todo lo que soy.
— Con esas palabras, ella empujó un anillo de Ojo de Tigre en el dedo anular izquierdo de Valerius. La banda se ajustó automáticamente para adaptarse a su ancho.

La mandíbula de Valerius se apretó por el dolor que lo destruyó cuando ella retuvo cualquier promesa de futuro. Aunque sabía que era simplemente su Consorte y no su Compañero, su corazón no hacía distinción alguna. Sabía tan seguro como que respiraba que no habría otra para él más que Rain, aunque ella había tomado muchos Consortes en el pasado y tomaría muchos más hombres en los años venideros. Era su destino como la Sanadora de su raza. Y era el suyo añorarla, pero nunca recibirla.

Ayelet puso sus manos sobre las de ellos y les dio un apretón tranquilizador.

— Apreciense el uno al otro por el tiempo que tienen. Que la Diosa esté con ustedes dos.

Valerius se levantó a toda su altura, con la cabeza y los hombros por encima de la delgada como una caña Sanadora. Aunque el sello habitual del vínculo era con un beso, no pudo hacerlo.



No creía que su corazón pudiera soportarlo.

En cambio, atrajo a su hembra a la cálida fuerza de su abrazo y acunó su cabeza blanca plateada contra su pecho.

Rain inhaló profundamente el olor embriagador del Protector y suspiró.

Sus brazos se enredaron alrededor de su delgada cintura y ella lo sostuvo con todo lo que tenía. Por primera vez en todos los siglos de su existencia, sintió que finalmente estaba en casa.



— ¿Qué opinas del Ritual de Vinculación del Fénix?,— Le preguntó Orión a Eveline mientras bajaban por la escalera de caracol a la biblioteca subterránea.

— Fue muy inusual la promesa que hizo el Protector, — respondió Eveline con profunda preocupación. — Se suponía que no debía haberle prometido su futuro.

Orión asintió con la cabeza.

— Estoy de acuerdo. Me pregunto la causa de esto. No he visto ninguna indicación en los últimos diez años de que Valerius incluso quisiera ser el Consorte de la Sanadora. De hecho, parecía resistirse mucho hasta la ceremonia.

Eveline suspiró, sacudiendo la cabeza.

— Es cierto, pero a veces, resistirse solo conduce a lo inevitable. Quizás él siempre supo que tomaría el papel.

— Sabes, — dijo Orión, deteniéndose repentinamente en el penúltimo paso, "este ritual y el ataque a Valerius hace unos días hacen eco de algo inquietantemente familiar en mi mente. En el Cuarto Ciclo de nuestra Diosa, justo antes de la Gran Guerra hace cinco milenios, uno de los mejores guerreros más grandes de nuestra especie, casi se perdió en un intento de asesinato. Poco después, justo cuando estalló la primera batalla, se convirtió en el entonces Consorte de la Sanadora. Pero esa fue la última mención de él en los tomos de la historia, aunque cada Consorte que la Sanadora anterior tuvo desde ese entonces fue tenido en cuenta, su valentía en la guerra se describe en su totalidad.

— Sí, recuerdo que mencioné esto cuando revisamos los pergaminos hace unos días, — respondió Eveline, apresurándose hacia su Orbe de Profecías, un gran globo de cristal que levitaba en el centro de la biblioteca sobre un estrado con doce púas levantadas, como garras metálicas que mantenían el orbe en su lugar.

A medida que la Vidente se acercaba, el globo giraba oscuramente, como si nubes tormentosas se reunieran debajo de su superficie. Puso ambas manos suavemente sobre la concha translúcida y cerró los ojos.

Orión tomó el gran libro encuadernado en cuero de un soporte al lado del orbe y lo sostuvo listo para tomar sus palabras. Las palabras allí formarían parte de las Profecías del Zodiaco de los Puros.

Lentamente, las nubes dentro del orbe se separaron como esparcidas por el calor de sus dedos, revelando dos bolas brillantes de llamas verdes y rojas. Las esferas del tamaño de una canica giraban entre sí en una danza hipnótica, dando vueltas y vueltas, girando juntas en espiral, casi alegremente.

Luego, sin previo aviso, se unieron y se fusionaron en una, mitad roja, mitad verde, con las llamas formando un patrón, como el símbolo Taoista clásico para el yin y el yang. Pero su armonía solo duró un breve momento antes de que el verde consumiera al rojo y se rompiera en un destello de luz cegadora. Así, el globo descendió a la opacidad negra una vez más.

— *Sobre su elección, el futuro descansa. Para dar la bienvenida a la Oscuridad o crear una Nueva Luz, solo su corazón puede mostrar el resto,* — entonó Eveline con los ojos aún cerrados.

Orión garabateó las palabras rápidamente mientras hablaba y frunció el ceño al tratar de descifrar su significado.

Eveline soltó una respiración profunda, se separó del globo y se movió para pararse junto a Orión, mirando por encima del hombro las palabras que ella misma no recordaba, a pesar de que las había pronunciado solo unos momentos antes.

Ella leyó las palabras en silencio y se tocó la barbilla.

— Deberíamos mirar estas frases con las del otro día, — sugirió, volviendo la página para encontrar las grabaciones de su visión anterior del posible futuro.

— Con su rendición, se hace el sacrificio. La muerte está cerca y la Oscuridad lo rodea, mientras el Adversario de la raza levanta su espada, — el Vidente y el Escriba lo leyeron juntos en voz alta, y luego destellaron caliente y frío cuando las palabras inquietantes se apoderaron de ellos.

— Seguramente esto pertenece a Valerius y Rain, — dijo Orión lentamente, casi en un susurro, como si hablar en voz alta despertara una calamidad.

— ¿Pero qué elección debe hacer? — Preguntó Eveline. — ¿Ya lo ha hecho al elegirlo como su Consorte?

— Si es así, — Orión siguió su línea de pensamiento, — entonces el futuro ya está escrito.

— ¿Y qué significa este Adversario del que nos advierten las profecías?, — Continuó Eveline, comenzando a caminar por la gruesa alfombra de piel de oveja que cubría el piso de la biblioteca.

— Sea lo que sea, debemos considerarlo con el mismo presentimiento e importancia que la Gran Guerra, — Orion determinó con gravedad. — La historia se repite, estoy seguro.

— ¿Pero conducirá a un mañana más sombrío o a uno mejor?, — Preguntó la Vidente suavemente, mirando al fuego que ardía en el hogar ante ellos.

Eso pensó Orión no lo podía responder, con el ceño fruncido.

Nadie podía.



Esa noche, Rain entró en la cámara interior del Recinto Fénix para encontrar a su Consorte que ya estaba esperando, parado frente a un enorme mural de un paisaje de piso a techo tan real y vibrante que parecía ser la ventana a una vida, a un mundo mágico más allá. Parecía recién lavado, y permanecía desnudo de la cabeza a los pies, con gotas de humedad aún pegadas a su piel dorada.

Rain se detuvo en la puerta solo para mirarlo por un rato, sin ser vista. Ella nunca se cansaría de mirar su cuerpo largo y delgado. Quería memorizar cada línea y contorno, cada músculo y tendón. Inconscientemente, sus colmillos se alargaron mientras sus ojos lo veían

hambrientos. Era todo lo que ella había soñado, todo lo que siempre había deseado.

Como siempre, Valerius sintió la presencia de la Sanadora antes de verla. Podía sentir su ardiente mirada en su espalda, podía sentir cómo se deslizaba sobre su piel desnuda como las manos de un amante, desde los omóplatos hasta las nalgas, hasta la parte posterior de los muslos, las pantorrillas y los tobillos.

Él creció largo y duro en respuesta, su virilidad sobresalía de su ombligo y palpitaba dolorosamente por su atención. El calor impregnó su cuello y la cara ante su propia reacción indefensa. Apretó los puños contra el impulso de ahuecarse, de apretar tan fuerte, que el dolor aliviaría temporalmente este anhelo tortuoso y hueco en su interior.

Siempre era así cuando ella estaba cerca. Nunca entendió por qué, solo se sentía así alrededor de Rain, pero parecía que estaba hecho para ella.

Hecho para servir todas sus necesidades.

Suavemente, se acercó para pararse a su lado, cambiando su mirada hacia el mural de seda que formaba una pared entera del Recinto.

— Cambia con el ciclo del sol y la luna, — dijo conversando, refiriéndose al paisaje que tenían delante. — Cuando llegue la luz del día, verás pájaros cantores revoloteando a través de un cielo azul lleno de nubes blancas en lugar de la pareja de cisnes que se deslizan por la fría oscuridad del lago nocturno.

Agradecido por la distracción de las palabras, Valerius se aclaró la garganta y preguntó:

— ¿Cómo hace eso?

Sin mirarlo, la Sanadora sonrió misteriosamente, recordándole la primera vez que la había conocido. Había visto muy pocas sonrisas desde entonces y sabía en el fondo, que él era la causa. El conocimiento lo avergonzó.

— Está tejido de mi cabello, — respondió Rain con un tono caprichoso. — Me corté el cabello al final del Ciclo Fénix, cuando las raíces negras comenzaron a emerger. Para entonces, los hilos se habrán vuelto completamente claros, reflejando solo los colores de mi imaginación. Cada zarcillo tiene vida propia, incluso cuando se cortan, de alguna manera siguen siendo parte de mi conciencia, obedeciendo mi voluntad.

Y los entretejí, con la ayuda de Wan'er, en las escenas de mi infancia, los cuatro *Zhou* como los llamarías ahora. Hangzhou, Suzhou, Guangzhou y Liuzhou.

Valerius recordó los pergaminos que había visto en su santuario, así como el pañuelo que le había dado cuando se conocieron, y asintió con asombro.

— Tu patria debe haber sido muy hermosa.

La Sanadora suspiró.

— De hecho lo fue. Todavía lo es, como lo vislumbró usted mismo hace diez años, pero mucho ha cambiado. El avance humano y la creciente necesidad de vivienda e industria han arrasado gran parte de la belleza original de China. Solo puedo esperar conservarlo en mis recuerdos.

Sus labios se curvaron en una esquina, y podía oír la sonrisa en su voz cuando dijo:

— ¿Conoces el proverbio chino? *Arriba está el cielo, abajo están Suzhou y Hangzhou*⁷. Así de encantadora era mi tierra natal, tan maravillosa como los humanos imaginaban que su Cielo en la tierra podría ser.

Valerius inclinó la cabeza para mirar la corona plateada de la Sanadora. Su propio cielo estaba al alcance en forma de una pequeña mujer.

Y también su infierno.

De repente ella se quedó muy quieta, sus hombros tensándose bajo su mirada. Después de un largo silencio, ella dijo:

— ¿Estás listo para mí, guerrero?

— Sí, — fue su respuesta profunda y permanente.

Ella se volvió para mirarlo y él hizo lo mismo, sus mejillas se pusieron carmesí una vez más debajo de su piel bronceada, cuando su mirada se clavó inmediatamente en su furiosa erección.

Vacilante, ella extendió la mano para aplanar sus palmas contra su caja torácica, y sus músculos saltaron en reacción. No sabía si alguna vez se acostumbraría a ser tocado. No le importaba ser tocado tan

⁷ Proverbio chino que significa que estas dos ciudades chinas Suzhou y Hangzhou eran el paraíso en la tierra.

íntimamente. Pero juró que no le revelaría su batalla interior, que no dejaría que sus demonios empañaran el vínculo que compartían.

— Tu cuerpo está listo, pero tu mente no lo está, — dijo en voz baja, arrojándolo con perspicacia. — Puedo ver el aura de angustia y dolor a tu alrededor, cada vez que estoy cerca, cada vez que te toco. ¿Alguna vez me dirás por qué? — Ella levantó los ojos hacia él mientras preguntaba.

En silencio, sacudió la cabeza. Le horrorizaría saber su pasado, la suciedad con la que había vivido, el monstruo que había sido.

Y de alguna manera, todavía lo era. Solo era bueno en una cosa: matar.

Ella se inclinó y presionó el beso más suave sobre su esternón, como el aleteo de las alas de una mariposa, tan suave que apenas sintió el toque. Involuntariamente, se inclinó ligeramente hacia ella, su hinchada y dolorida hombría rozando en la mitad de su estómago. Por la primera vez, ansiaba más. Era Rain, después de todo.

Su Rain.

Ella suspiró profundamente y lo olfateó, sus manos se movieron para apretarse detrás de su espalda. Ella enterró la cara en su pecho y le dijo:

— No me tientes, por favor. Solo saber que eres mío durante los próximos treinta días es suficiente tentación. Pero me resistiré por ahora. No podemos aparearnos hasta que estés listo.

Estoy listo, quiso responder. O al menos, tan listo como lo estaría alguna vez.

Como si escuchara sus palabras no dichas, ella replicó:

— No estarás listo hasta que dejes ir tu dolor. Cuando confíes en mí lo suficiente como para compartir tu carga, es cuando realmente estarás listo.

— Pero el Alimento, — protestó Valerius, sintiéndose aterrorizado y dolido de que efectivamente lo estaba rechazando.

Ella sonrió con una sonrisa relajante.

— Con gusto tomaré tu sangre, mi Consorte. En cuanto a tu cuerpo...

Ella retiró los brazos y dio un paso atrás hasta que dejaron de tocarse.



— Nos adentraremos lentamente en la intimidad, — afirmó en un tono firme, sin ofrecer espacio para la argumentación. — Quiero que disfrutes de nuestra unión tanto como yo lo haré.

Antes de que él pudiera protestar más, ella tomó su mano en un suave agarre y lo condujo a la cama gigante, con dosel, de estilo asiático en el centro de la cámara. Retiró la colcha de seda y se metió debajo, con túnicas blancas y todo, casi perdiéndose en el mullido colchón y las montañas de almohadas. Ella tiró de su mano y lo tiró dentro de la cama con ella, su cuerpo mucho más grande y pesado hizo una abolladura que la hizo rodar hacia él como un imán atraído por su compañero.

Ella curvó su cuerpo vestido a lo largo del suyo desnudo, ajustándose a su costado sin problemas, y colocó un brazo delgado y pálido sobre su vientre mientras él yacía boca arriba, rígido e inmóvil.

— ¿Te duele mucho cuando te toco así?, — Preguntó ella mientras extendía la mano sobre su torso por el otro lado. Parecía lo más natural del mundo que ella entrelazara sus dedos y apoyara las manos entrelazadas sobre su vientre.

— No, — respondió Valerius bruscamente, y se sorprendió al darse cuenta de que era la verdad. Se sentía bien tenerla a su lado, abrazándolo. Por primera vez en su larga vida se sintió atendido, incluso apreciado.

— Cuando eras humano, ¿muchas mujeres te sostuvieron así?, — Preguntó en un susurro, sonando tímida.

— No, — respondió, con la mandíbula apretada luchando contra los recuerdos. Apretó los ojos con fuerza, como para borrarlos.

Sin darse cuenta de la batalla que libró dentro de sí mismo, Rain persiguió su curiosidad.

— ¿Y has tenido muchas amantes?

Ante su silencio, ella expuso:

— ¿Había alguien especial en tu vida humana? ¿Es por eso que no puedes soportar ser tocado por otra ahora?

Estaba tan lejos de la realidad que Valerius casi se rió. Pero entonces la risa se convertiría en sollozos, y ella lo miraría como si se compadeciera del desquiciado.



— No, — respondió finalmente, tomando el control de sí mismo, — no había nadie. — Al menos, no con la capacidad de ternura a la que se refería.

Distraído por sus propios pensamientos, apenas se dio cuenta cuando ella acercó su mano, sintiendo el más leve aguijón cuando sus colmillos se hundieron en la vena de su muñeca.

Pero cuando ella comenzó a succionar de él, su cuerpo se despertó completamente, sacudiendo su mente de nuevo al presente. Su pesada polla se balanceaba insistentemente contra la colcha de seda, y el aire volvía a impregnarse nuevamente con su fragancia, más fuerte y picante que antes.

Una sensación de ardor lo llenó y meció sus caderas en la cama. Involuntariamente, comenzó a rotar y empujar, apretando los glúteos al mismo tiempo que los metódicos tirones en su vena.

Sintió como si estuviera colgando al borde de un precipicio, temeroso de dar el salto final pero inevitablemente atraído hacia el bostezo desconocido. Su pene palpitaba y temblaba como ordeñado por una mano invisible. Su liquido seminal se filtró fuera de la hendidura en la cabeza y recorrió la longitud rígida y caliente en un flujo continuo como si su polla estuviera llorando.

— Por favor, — rogó, aunque no sabía para qué. Nunca le había pedido nada a nadie. Nunca se puso en una posición tan vulnerable. Pero no tenía orgullo en este momento. Fue completamente aniquilado por su gentileza.

Respondiendo a su súplica, ella soltó su muñeca y lamió la herida para cerrarla, luego se movió hacia abajo para acostarse sobre la parte inferior de su cuerpo como un gatito somnoliento. Sus suaves manos se apoderaron de su pene y ella lamió diligentemente los fluidos que se habían filtrado, agregando su saliva a la tentadora humedad que envolvía la parte más privada de él. Cuando sus labios finalmente se cerraron sobre la cabeza hinchada, su espalda se arqueó muy alto en la cama y un gemido bajo vibró a través de su sistema.

Ella se estaba amamantando más gentilmente que la noche del Rito, casi con reverencia. Su cuerpo entero se tensó bajo sus atenciones, los músculos de su cuello estallaron en un fuerte alivio cuando echó la cabeza hacia atrás sobre las almohadas.

No era suficiente, quiso gritar. Hazlo más duro, más rápido. Ordeñalo hasta dejarlo seco.

Pero las palabras no se formaron, y su poder de habla degeneró en sonidos animales, gemidos profundos y gruñidos bajos.

Los sonidos de alguien desesperado.

Los sonidos de alguien con dolor.

Aun así, ella suavemente lo atrajo, deteniéndose de vez en cuando un momento, para pasar su lengua meticulosamente alrededor de la cabeza gorda y hinchada. Ella lo acunó como un bebé con su biberón, provocando su carne más sensible con pequeñas chupadas intercaladas con besos fugaces. Entonces ella alteraría el ritmo con tirones profundos y conmovedores y atendería el saco de abajo.

Valerius se retorció impotente en la cama, su sudor humedecía las sábanas, todo retorcido por sus luchas.

— ¡Rain! — Se las arregló para gritar con un gemido largo y profundo, su voz se rompió.

Pero en lugar de darle lo que necesitaba, ella suspiró y se apartó, sentándose a horcajadas sobre su bajo estómago justo por encima de su ingle.

— No puedo darte la liberación que anhelas antes de que estés listo para ello, guerrero, — explicó, lamiéndose los labios como para saborear hasta la última gota de él. Sus manos cubrieron los lados de su rostro, y para su total desprecio por sí mismo, sus pulgares quitaron la humedad que se había filtrado de las esquinas de sus ojos.

— No te avergüences, — le advirtió suavemente, otra vez parecía leer sus pensamientos. — Esta experiencia no es fácil de soportar. Tu cuerpo está dividido entre dos extremos. Por un lado, se activa para Servirme.

Ella lo demostró deslizando su mano ligeramente a lo largo de su erección ahora intensamente dolorosa:

— Por otro lado, no estamos realmente emparejados, y tu cuerpo sabe que no puedo corresponder lo que me da. Para algunos Consortes, el orgasmo está más allá de su alcance, aunque hay muchas maneras de satisfacerme.



Ella recostó su cabeza sobre su pecho todavía tembloroso, sobre su corazón que latía rápidamente y suspiró,

— Solo tu olor puede hacerme mojar. Tu sabor puede hacerme venir. Ella guió su mano hacia el lugar entre sus muslos y él se quedó atónito ante el calor empapado que encontró allí, humedeciendo su túnica y la piel de la parte interna de sus muslos.

— ¿Algunos? — Apenas logró decir, distraído por la exquisita suavidad bajo su palma.

Ella asintió levemente y murmuró:

— Algunos otros consortes encuentran el equilibrio dentro de sí mismos y pueden lograr la liberación. Creo que es una especie de culpa que superan porque sienten que están traicionando a sus futuras Compañeras al tener intimidad con la Sanadora, aunque la Diosa sanciona estas relaciones como Puras y Buenas.

Valerius no tenía esa culpa particular. Su batalla interior era mucho más horrible.

Decididamente dejando de lado sus propias necesidades, concentró su atención en Rain, concentrándose en la suavidad que descansaba confiadamente en su palma.

— ¿Cómo puedo complacerte?, — Susurró, avergonzado por su deplorable falta de conocimiento y habilidad.

Rain sonrió con su sonrisa de Cheshire, manteniendo su cara presionada contra el calor de su pecho.

— ¿Dos mil años te convirtieron en un virgen renacido, guerrero?

Una ola de dolor lo invadió cuando Valerius recordó el día en que perdió su virginidad. Dos mil años no fue suficiente.

— Eso está perfectamente bien para mí, — continuó Rain, presionando sus caderas contra su mano en una voluptuosa ondulación. — Me gusta sentir como si fuera tu primera.

Eres mi primera, *pensó Valerius*. Y mi ultima.

Lentamente le levantó la bata hasta que pudo sentir su piel desnuda y ahuecó su palma sobre su núcleo empapado.



Ella suspiró profundamente y gimió un poco, el sonido cosquilleando en sus sentidos. Él movió su mano para sostenerla más plenamente, instintivamente colocando su pulgar en el ápice de su sexo. Ella hizo un pequeño maullido y usó su mano para enseñarle cómo complacerla. Cuando él frotó su pulgar suavemente sobre su lugar de placer justo como ella quería, apartó la mano.

Su respiración se aceleró contra su pecho, y él pudo sentir su corazón latir en sincronía. Sus pequeñas manos alcanzaron su erección otra vez y lo sostuvieron codiciosamente, apretando arriba y abajo el grueso eje de acero cubierto de terciopelo al tiempo del ritmo que su pulgar hacía sobre su clítoris.

Su propia respiración se hizo cada vez más difícil, y quería desesperadamente acercarse. Envolvió su otro brazo alrededor de su cuerpo y la abrazó con más fuerza contra su pecho. Cuando eso no fue suficiente, él insertó un dedo largo, luego dos, en su húmedo núcleo y se sintió profundamente satisfecho por su largo gemido de placer que provocó la acción.

Estaba tan hinchada y apretada por dentro, que incluso el ancho de dos dedos parecía demasiado, pero lentamente sintió que su cuerpo se acomodaba a la intrusión, se relajaba y lo aceptaba. Su pulgar acarició suavemente su nudo mientras las yemas de sus dedos encontraron la dureza hinchada dentro de ella. Mientras él frotaba con más presión, tanto por dentro como por fuera, ella ondulaba sus caderas motivada.

Su cuerpo se tensó abruptamente en anticipación justo antes de que el de ella se apretara y se contrajera alrededor de su mano. Ella jadeó suavemente mientras su liberación los cubría a ambos, el aroma de su pasión llenaba el aire a su alrededor, mezclándose con el suyo. Su respiración se estranguló en un gemido en respuesta, su polla sacudiéndose poderosamente a su alcance, pero su propia liberación lo eludió. Apretó los dientes para evitar gritar ante el dolor insoportable mientras todo su cuerpo se bloqueaba y se tensaba a través de su orgasmo, convirtiéndose en un calambre muscular gigante.

Lentamente, se soltaron, pero ella permaneció acurrucada contra su pecho.

— Gracias, — dijo cuando su corazón se calmó y le dio un tierno beso en la garganta.

A medida que el dolor disminuía gradualmente, Valerius sintió que debería ser él quien le agradeciera. Porque nadie había compartido tal intimidad con él.

Así no. Nunca como esto

Cuando su placer se convirtió en el suyo. Cuando su radiante bondad venció sus pesadillas, miedos y dolor centenario. Ella era su milagro, pensó mientras su respiración se desvanecía en el sueño.

Ella era su salvadora.



En algún tiempo antes del 200 a. C. Afueras de Roma.

Valerius tiró con todas sus fuerzas de las cadenas que lo aseguraban contra el muro de la prisión.

Aunque todo su cuerpo era una gran herida abierta por los rigores de la batalla unas horas antes, no quiso que su fuerza lo dejara, no hasta que se liberara y cortara las gargantas de los hijos de puta que le hicieron esto.

Hace solo unas horas, su padre todavía estaba entre los vivos, gravemente herido pero respirando. Había medio arrastrado, medio llevado el viejo gladiador desde la arena sangrienta hasta los fosos de abajo, los vítores de las multitudes todavía resonaban ruidosamente por encima del suelo. Valerius podría haberse preocupado menos por su victoria. Todo lo que quería era llevar a su padre a los curanderos. Con cada paso, cada gota de sangre, sentía que la vida de su padre se desangraba lentamente.

Pero cuando regresó a los fosos, su maestro lo asaltó, un hombre calvo y roñoso con ojos brillantes y papada.

— ¡Ingrato! — Estalló el odioso hombrecillo, golpeando a Valerius con su puño de hierro.

Asombrado por el asalto no provocado, Valerius se tambaleó y casi dejó caer a su padre con fuerza sobre el suelo de tierra.



— ¡Tómalo! — Ordenó el maestro, señalando la carga de Valerius. Cuatro soldados armados salieron y sacaron al gladiador caído del alcance de Valerius, golpeándolo con la empuñadura roma de sus espadas.

— Necesita un sanador, mi señor, — instó Valerius, pensando que tal vez el disgusto de su maestro, aunque no tenía idea de su causa, se extendía solo a él, que su padre se salvaría.

— Necesita cumplir con su trato, — siseó el enfurecido dueño de esclavos, luego hizo un gesto a los dos soldados que sostenían al gladiador inconsciente.

Antes de que Valerius pudiera comprender lo que estaba sucediendo, uno de los soldados sostuvo a su padre ergido mientras que el otro desnudó su espada y le cortó de un solo golpe la garganta al gladiador.

— ¡Nooo! — Valerius embistió hacia adelante con la fuerza suficiente para escapar de las garras de los dos guardias que lo sujetaban, pero el soldado con la hoja desenvainada se giró rápidamente y lo deslizó en un arco horizontal para bloquear el impulso de Valerius.

La cuchilla cortó una larga herida en el estómago del niño y perdió el equilibrio, dando a los dos guardias detrás de él la oportunidad de atraparlo por los hombros y torcer sus brazos detrás de su espalda, reteniéndolo una vez más.

Valerius observó horrorizado cómo el soldado que sostenía a su padre lo arrastraba por los pies más profundamente en los pozos, presumiblemente para ser arrojado a la papelera con todos los demás cadáveres.

— ¿Por qué?, — Gritó, mirando a su padre y cayendo de rodillas.

— ¿Por qué?, — Repitió el desagradable hombrecito. — ¡Por qué! ¡Porque se supone que está muerto! ¡Porque hicimos un trato! ¡Se suponía que era su batalla final, una batalla gloriosa como ninguna otra, y se suponía que moriría una muerte gloriosa!

El maestro se volvió hacia Valerius y lo agarró por la barbilla, obligando al niño a enfrentarlo.

— Pero tú, pequeño gusano, arruinaste todos mis planes bien trazados con ese heroico rescate tuyo. ¿Sabes cuánto oro perdí por tu culpa? ¡Aposté toda la empresa en esta batalla!

— Pero la multitud vitoreó, — susurró Valerius, con lágrimas de desconcierto, frustración y angustia llenando sus ojos, "lo aprobaron".

— ¡Con qué fin!, — Tronó el maestro. — ¡Todo es un juego! ¡Y. Tú. Saboteaste. Mi. Mano! — El maestro puntuó cada chillido con un puño oscilante contra el corazón de Valerius.

Luego se inclinó al nivel del niño esclavo hasta que su hinchado rostro no estaba sino a una pulgada del rostro de Valerius.

— Eres una estúpida, estúpida pequeña mierda, — escupió el maestro, prácticamente botando espuma por la boca como un perro rabioso. — Si hubieras dejado que tu padre muriera como lo planeamos, las ganancias habrían sido suficientes para liberarlos a ambos y a sus patéticas mujeres. Pero ahora, ¡oh no, ahora vas a PAGAR!, — Gritó el maestro con una temblorosa venganza.

— Voy a vender tu trasero al mejor postor, y no me importa si te usan para una urna para orinar. Voy a prostituir a tu madre y a tu hermana. Pueden despedirse de su pacífica y pequeña vida en la granja.

Valerius luchó nuevamente y trató de liberarse, pero la presión sobre sus brazos detrás de su espalda fue implacable, lo que lo obligó a permanecer en el suelo.

El maestro inhaló profundamente y se enderezó, pareciendo encontrar una pequeña apariencia de calma, su ira disminuyendo algo.

— Llénenlo a las mazmorras, — ordenó a los guardias, — y vean que tenga demasiado dolor como para pensar en liberarse.

Los guardias arrastraron a Valerius lejos, lo encadenaron a la pared de una celda cuadrada y en la esquina y procedieron a llover sobre su cuerpo debilitado, con sus puños, sus botas, sus dagas. Sabían lo que estaban haciendo, ya que no le dejaron heridas mortales, solo lo suficiente como para dejarlo fuera de servicio por un tiempo.

Ahora, Valerius echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sabía que su padre nunca habría aceptado su propia muerte. Le quedaba mucha lucha, demasiada vida por vivir. Y amaba demasiado a su esposa como para dejarla. Amaba a su hija. A su hijo.

Valerius bloqueó su angustia y trató de concentrarse en el futuro inmediato. Debía liberarse antes de que el amo actuara sobre sus amenazas contra la familia de Valerius.



Debía protegerlos a toda costa.

Pasó una noche, tal vez más, mientras Valerius esperaba su tiempo y reconstruía su fuerza en su celda sin ventanas. Sus cuidadores lo mantuvieron vivo con caldo, pan duro y, ocasionalmente, queso mohoso y fruta medio podrida, la basura que los sirvientes tiraban al final del día. Pero se comió todo lo que le arrojaron y trabajó para almacenar una reserva, obligando a su cuerpo a absorber hasta el último bocado.

Durante este tiempo, el amo trajo a varias personas para que lo miraran, manteniéndose fiel a sus palabras para vender a Valerius al mejor postor.

Hubo traficantes de esclavos que lo manosearon y lo pincharon, pero lo consideraron demasiado flaco como para sacarle mucho trabajo duro. Seguía siendo un niño que crecía en su propio cuerpo, su larguirucho cuerpo y sus largas extremidades colgaban torpemente de las cadenas.

Hubo versiones más pulidas de los comerciantes que adquirirían esclavos personales para hogares patricios ricos. Pero retrocedieron con aversión cuando él mostró los dientes y emitió gruñidos animales amenazantes. Decidieron que estaba demasiado sin refinar y salvaje para ser un esclavo personal.

Con cada presentación fallida, Valerius recibió una brutal paliza por negarle al maestro el pago que le correspondía. Y así, Valerius esperó su tiempo, planeando su fuga, enseñando a los huesos de sus manos y pies a través de repetidos y dolorosos ejercicios a doblarse y retorcerse como nunca antes.

Entonces, un día, justo cuando casi podía soltarse de un grillete, la pesada puerta de madera de su celda se abrió de golpe. Marchando entro el amo con un equipo de cuatro guardias fuertemente musculosos y armados.

Esto era nuevo, pensó Valerius con una inclinación de cabeza. Por lo general, el séquito de brutos y la lluvia de puños carnosos seguían a las visitas de posibles compradores, no antes.

Y entonces los guardias se separaron para revelar a un hombre y una mujer, ambos con vestidos costosos, con las mejores túnicas patricias.

Valerius pudo ver en la tenue luz que ofrecían las antorchas del pasillo de la prisión que la mujer era alta y rubia, el hombre de igual altura, pero moreno y fornido. Parecían deslizarse sobre la tierra manchada de sangre



mientras avanzaban ligeramente, sus ojos calculadores clavados en su persona.

— Así que este es el chico, — el amo casi escupió con disgusto, — puedes probarlo antes de pagar si eso sellará el trato.

Valerius levantó la cabeza, alertado por el tono malicioso en la voz del maestro.

La mujer se acercó a su presa y le indicó a uno de los guardias que sacara una antorcha. Cuando la luz del fuego iluminó la cara de Valerius, ella jadeó con deleite, — Oh, Dios mío, pero creo que este tiene una promesa debajo de toda esa mugre, mi esposo.

El hombre también se acercó y miró a Valerius con el mismo brillo avaricioso en sus ojos: — Puede que tengas toda la razón, querida, tienes un ojo perspicaz.

Valerius enseñó los dientes y gruñó su más feroz gruñido, pero la mujer solo se rió detrás de su mano.

— Oh, tiene espíritu, este joven, lo divertido que será romperlo.

El hombre asintió de acuerdo y sonrió astutamente a su compañera. — ¿Le haremos una prueba y ver si cumple su promesa?

La mujer parecía disfrutar inmensamente de esa idea, ya que le dio al hombre un beso húmedo en la boca.

Una gota de sudor se deslizó por la columna vertebral de Valerius mientras un presentimiento mortal descendía sobre él. Pero tuvo poco tiempo para detenerse en esa punzada de miedo antes de que un cinturón ancho le envolviera la garganta y le cortara todo el aire.

Cuando volvió en sí, se encontró acostado boca arriba sobre un banco de madera, con las piernas separadas a ambos lados, dobladas sobre las rodillas, los pies planos sobre el suelo. Lo sostenía un guardia en cada hombro y un tercero en la cabeza, sosteniéndolo en el banco con el cinturón que todavía estaba apretado alrededor de su cuello.

Y él estaba desnudo. Completa y totalmente vulnerable.

Valerius comenzó a luchar con todo lo que tenía, pero los guardias se mantuvieron firmes y la cincha en el cuello lo debilitó cuanto más luchaba. Respirando pesadamente, solo podía mirar, impotente, por el rabillo del ojo



mientras la mujer se acercaba a él con un frasco de algo picante en sus manos.

Ella se sentó en el banco justo debajo de la unión de sus muslos y procedió a esparcir las cosas viscosas que sacaba de la jarra sobre sus genitales.

Valerius estaba mortificado. ¿Que estaba haciendo ella? ¿Por qué lo estaba tocando allí? Solo había descubierto de lo que era capaz su pene a la edad de doce años cuando se levantó de su ingle una calurosa mañana. Lo había atendido tímidamente y furtivamente desde entonces, pero sus pequeños placeres eran dolorosamente privados, aunque sospechaba que su padre sabía lo que hacía cuando permanecía demasiado tiempo en el baño.

Esta mujer no tenía derecho a tocarlo allí. Preferiría ser destripado con una spatha, que pusiera sus manos sobre él. Valerius luchó nuevamente y trató de patearla, pero el estrangulamiento de su garganta se hizo más fuerte y sus esfuerzos se desvanecieron rápidamente por el agotamiento.

Ella sostuvo su pene con ambas manos y comenzó a acariciar y apretar toda su longitud, más duro y más rápido hasta que la cosa se volvió enorme, hinchada y dolorosamente erecta.

Valerius apenas podía soportar lo que estaba sucediendo.

¡Él no quería esto!

Pero su cuerpo lo traicionó. El ungüento que ella había frotado sobre sus genitales le picaba como una erupción de fuego, pero hizo que su pene se alargara e hinchara a pesar del horror que congelaba su mente.

— Mira eso, — oyó decir al hombre mientras el patricio se acercaba para ver el progreso de su esposa. — Alabado sea Dios, pero es un buen semental joven. ¿Alguna vez has visto algo así?

— Felizmente, no lo he hecho, mi amor, — dijo la mujer en respuesta, — no puedo esperar para probarlo.

Valerius escuchó una garganta aclararse justo más allá de su infierno personal.

Solo recuerda, si lo rompes, pagas el doble, — interpuso el amo, y luego se calló abruptamente cuando el hombre le arrojó una bolsa de monedas.

— Para el uso de prueba, — dijo el patricio, luego se volvió hacia su esposa, ahora recogiendo los pliegues de su estola y posicionandose encima de Valerius, — este vale la pena.

Cuando ella agarró su pene y lo frotó contra su región inferior, Valerius se sintió mal por los fluidos que se filtraron de su cuerpo sobre el suyo. Antes de que él pudiera prepararse, ella bajó completamente a horcajadas sobre él, llevando su longitud profundamente dentro de su cuerpo.

— Aaaahhh, — gritó ella, luego torpemente chocó sus caderas contra las de él como para obtener un mejor asiento. — Es tan grande que apenas cabe. Solo... Solo un poco más. ¡Oh, dioses, ni siquiera puedo llevarlo todo adentro! — Ella se rió histéricamente, muy contenta.

Después de unos cuantos intentos más, ella pareció encontrar su paso, aunque Valerius podía sentir que la punta de su pene se doblaba en un ángulo agonizante dentro de ella. Cada movimiento que ella hacía lo lastimaba terriblemente.

Ella gimió de éxtasis y comenzó a cabalgar sobre él, apretando su carne y abofeteando sus muslos húmedos contra sus caderas, moviéndose hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás.

Valerius sintió que su garganta se cerraba alrededor de las lágrimas que amenazaban y luchaba por respirar mientras deseaba que la muerte borrara la miseria y la humillación.

Después de un largo y contuso viaje, se puso rígida de repente y dejó escapar un gemido agudo, sus músculos internos se apretaron dolorosamente alrededor de su erección.

¿Se acabó? Valerius se atrevió a esperar. Respiró más fácilmente mientras ella se alejaba de él de manera poco elegante, enderezando su túnica en el proceso.

— Bueno, — dijo con voz temblorosa, — sin duda valió la pena hasta el último dinar en esa bolsa. — Se alisó el cabello lejos de la cara, el nudo en su nuca se había soltado tras su despreocupado paseo.

— Mi turno, entonces, mi amor, — dijo su compañero con voz codiciosa, mientras arrojaba una segunda bolsa de monedas a las manos del maestro.

Valerius fue arrastrado por el cabello y empujado bruscamente hacia la pared donde había estado encadenado durante el tiempo que estuvo

encarcelado. Apenas podía sostenerse en pie y mucho menos tratar de defenderse de las manos restrictivas de los guardias. Se le doblaron las rodillas y se habría caído si no hubiera sido por las esposas que se aseguraron una vez más alrededor de sus muñecas, sosteniéndolo en una posición media.

De nuevo, manos pesadas lo sostuvieron en su sitio al ras contra la pared de la mazmorra. Sus piernas fueron pateadas y sus tobillos asegurados, hasta que permaneció extendido como un sacrificio virgen ante las puertas del Tártaro. Hubo algunos crujidos y ruidos y lo que sonó como un cinturón de monedas cayendo al suelo. Y entonces Valerius sintió las manos del hombre sujetarle las caderas un momento antes de que algo contundente y duro se clavara en su cuerpo.

Valerius se mordió la lengua con fuerza para evitar que se le escapara un gemido de dolor. No dejaría que lo vieran romperse, se prometió.

¡Nunca les daría la satisfacción de conocer su dolor!

El apuñalamiento continuó a un ritmo constante, más duro, más profundo, más rápido. Las caderas en celo del hombre empujaron a Valerius contra la pared, la fuerza de sus movimientos raspó el torso desnudo de Valerius contra los ásperos y dentados ladrillos, dejando rasguños, cortes y contusiones en el pecho, el estómago, los muslos e incluso en su erección todavía hinchada.

Después de lo que pareció un período de tiempo interminable, cuando Valerius se había entumecido y desorientado por el abuso, el hombre dio un último empujón y gritó su liberación. El ácido estomacal gorgoteó en el esófago de Valerius cuando sintió el asqueroso semen del hombre en él.

En medio de los fuertes jadeos y los fervientes susurros de la mujer, el amo arrojó su demanda: — Quinientas piezas de oro, y podéis utilizarlo para contentar vuestros pequeños corazones negros. Es joven, tiene poco más de catorce años. Tiene una larga vida útil por delante.

— Hecho, — dijo el hombre sin dudarlo. — ¿Nos retiramos a sus camara de recepción para resolver los detalles de la transacción?

— Vengan por este camino. Y mientras están aquí, me gustaría mostrarles algunos otros bocados... La voz del amo se desvaneció, junto con los pasos de los guardias y los nobles romanos.

Valerius colgaba sin vida de sus cadenas, con la cabeza inclinada, su respiración entrando y saliendo en jadeos entrecortados. Sangre y fluidos



se filtraban por la parte interna de sus muslos, mientras las lágrimas que había retenido tan valientemente escapaban por las comisuras de sus ojos.

En silencio, sollozó su dolor y degradación. Aunque trató de ser el hombre que su padre le enseñó a ser, aunque luchó contra su ruptura, justo en este momento quería acurrucarse en una pequeña bola y abrazar su cuerpo brutalizado.

Solo por este momento, se permitió llorar.

Por su padre asesinado. Por su madre y hermana desprotegidas. Y por la inocencia que nunca reclamaría.

6

Nueva York, NY.

Seth Tremaine siguió a dos mujeres sorprendentemente atractivas con esmoquin blanco que se ajustaban a sus formas, a través de un corredor oculto que conducía a un elevador de alta seguridad que podría haberse mezclado completamente en las paredes interiores del Edificio Chrysler, si uno no supiera que estaba allí.

Al entrar en el estrecho espacio con sus dos acompañantes, Seth no miró ni a su izquierda ni a su derecha, manteniendo la mirada al frente. Sin embargo, sí notó que no había botones ni señales de piso en el interior del elevador, solo una carcasa brillante de acero y sin marcas, que rodeaba a los pasajeros por todos lados con tres luces halógenas. Y nadie había hecho ningún movimiento o sonido, sin embargo, el ascensor comenzó a subir tan pronto como la única puerta corredera se cerró ante sus tres ocupantes.

Cuando la caja de acero reforzado se elevó hacia arriba, Seth no necesitó indicadores de piso que le dijeran que estaban subiendo desde el sexagésimo sexto piso hacia la Chrysler Crown sin acceso al público.

A mediados del siglo XIX, solía haber un elegante Cloud Club que ocupaba tres pisos desde el sexagésimo sexto hasta el sesenta y ocho, pero cerró en mil novecientos setenta y nueve debido a varias razones,



entre ellas destaca el hecho de que los pisos superiores del edificio nunca habían sido diseñados arquitectónicamente para el lujo y el entretenimiento. Hubo algunos intentos poco entusiastas para revivir el establecimiento o algo así, pero todos fracasaron misteriosamente. También solía haber una galería de observación en el septuagésimo primer piso, pero eso también se cerró al público en mil novecientos cuarenta y cinco.

Seth tenía la sensación de que el destino de este ascensor iba a superar todas las expectativas.

Muy pronto, la puerta de metal pulido se abrió sin hacer ruido y reveló una vista impresionante. Un gran salón magníficamente opulento y gigantesco que se elevaba a treinta pies del piso para encontrarse en un punto intrincadamente decorado de una cúpula abovedada, rodeada por todos lados por ventanas triangulares de piso a techo, alternando con revestimiento de acero inoxidable acanalado y remachado, que irradiaba hacia exterior en el mundialmente famoso patrón de rayos solares.

Alguien, Seth sospechaba que era su anfitrión, había logrado combinar el espacio vertical de tres pisos en uno y arreglar el lugar con un ingenioso decorador de interiores sin nadie se diera cuenta. Ese alguien, también sospechaba, era el verdadero propietario del Edificio Chrysler, aunque los registros públicos asignaron ese honor al Consejo de Inversiones de Abu Dhabi, el noventa por ciento de la propiedad, de cualquier modo.

Los dos adornos femeninos a su lado lo acompañaron de cerca al enorme salón iluminado y notó que el piso bajo sus pies estaba hecho de mármol italiano. No había una gran cantidad de estatuas, fuentes o pinturas interesantes para distraer de la belleza elegante de la arquitectura en sí, pero los adornos que había eran de la más alta calidad y valor.

Cuando se acercaron al final del pasillo, pudo ver a su anfitriona sentada en un trono bien equipado, de estilo chino, pero no en su construcción. Los muebles de oro puro seguramente chocarían con el resto de la decoración moderna y fresca. Alrededor del trono había un amplio círculo de divanes y sofás profundos, todos en blanco y negro con salpicaduras de rojo en las almohadas de seda o detalles. Acostados, sentados, de pie sin hacer nada y recostados en el suelo antes esos lujosos muebles había una docena de hombres y mujeres jóvenes escasamente vestidos, altamente sexualizados, escandalosamente apuestos.



Su anfitriona estaba en la corte, aparentemente.

O tal vez fuera solo otro día en la vida de una Reina Vampiro de mil ochocientos años.

Sus escoltas lo introdujeron en el círculo de succionadores de sangre disolutos, deteniéndose unos metros antes de su reina. Seth podía sentir una docena de pares de curiosos ojos negros vagando por su cuerpo, como para desnudarlo ante su voraz vista. También podía sentir el elevado estado de su excitación sexual, así como escucharlo, cuando un par de mujeres e incluso un macho, comenzaron a tocarse y gemir en voz alta.

— Silencio, — ordenó la majestuosa Reina Vampiro con una voz suave que instantáneamente silenció todos los sonidos de su corte.

Luego miró a su visitante sin palabras, casualmente recostada en su trono, con una copa de vino colgando precariamente de sus dedos. Vino tinto, por supuesto.

Pero Seth no apostaría que en realidad era de la variedad de uva.

El Cónsul le devolvió la mirada fija a la vampiro y realizó una evaluación exhaustiva de la suya. Nadie diría que Jade Cicada, como era conocida desde su renacimiento, no era una mujer sublimemente hermosa. Para cada raza, para todas las razas, tanto humanos como no humanos, por igual ella era hechizante.

Sus grandes ojos en forma de almendra se inclinaban ligeramente en las esquinas de esa misteriosa forma asiática, sus largas y rectas pestañas que bordeaban tanto su párpado superior como el inferior, delicados marcos para los sorprendentes iris de color azul profundo y grandes pupilas negras. Tenía una clásica cara ovalada, con pómulos altos y una barbilla puntiaguda. Mechones de cabello negro rojizo acariciaban sus sienes y al lado de sus pequeñas orejas mientras el resto de la masa espesa y sedosa se reunía intrincadamente en trenzas en la parte superior de su cabeza, la mayor parte del largo cayendo libremente por sus hombros y espalda.

Si su conocimiento de la historia china le servía bien, Seth supuso que su peinado se remontaba a la China del siglo III, a finales del Han Oriental o al período de los Tres Reinos.

Al igual que las escoltas gemelas de Seth, Jade también estaba vestida con un conjunto que abrazaba el cuerpo, aunque la seda ligeramente

transparente fluía sobre su piel en acariciantes pliegues. Estaba cubierta de pies a cabeza por el sencillo y largo vestido negro, pero Seth sintió que su respiración se aceleraba como si estuviera acostada frente a él completamente desnuda.

La seda semitransparente se deslizó burlonamente sobre sus curvas, y aunque era delgada en sus extremidades y cintura, sus senos, caderas y nalgas eran generosamente redondos. No llevaba nada debajo de la delicada vaina negra.

Podía ver las puntas puntiagudas de sus pechos altos, las aureolas grandes y oscuras. Podía ver el tentador surco que dividía su tenso, pero infinitamente flexible torso mientras se sentaba con la parte superior de su cuerpo curvado hacia un lado y la parte inferior curvada hacia el otro lado en una voluptuosa S.

Y luego ella movió sus muslos como si se abriera más a su lectura, alentándolo a continuar. Cuando contempló el triángulo oscuro allí y solo con un toque de rosa en la unión, sus ojos volvieron a los de ella.

Ella le sonrió tentadoramente, a sabiendas, y él luchó para romper el hechizo.

Por el amor de la Diosa, él era ampliamente conocido como el Monje de los Puros. No es que él fuera más autocontrolado que el resto de ellos, ya que todos tenían que serlo, al estar sujetos a las Leyes Sagradas. Pero había conocido el amor y la pasión de una buena mujer cuando era humano. Y él se entregó por completo a cambio. Cuando murió y renació, siempre la había amado.

Había visto a su esposa humana envejecer desde lejos, había visto a su pequeña hija convertirse en una joven encantadora, casarse con un hombre amable y diligente, y formar su propia familia. Había visto a su progenie venir a este mundo y dejarlo a medida que pasaban los años, y los había protegido y guiado desde las sombras tanto como había podido.

Simplemente no estaba interesado en encontrar una compañera. Y amaba demasiado a su esposa para mirar, mucho menos incitarse, por los encantos de otra mujer.

Pero hoy, mientras contemplaba a la Reina Vampiro, se sintió encendido. Mucho más que solo encendido.

Estaba verdaderamente ardiendo en las llamas del deseo.





Valerius se despertó para encontrar su cuerpo acurrucado contra el de Rain como un capullo vivo que irradiaba calor.

En algún momento de la noche, después de relajarse con el sonido de su respiración, después de que el agotamiento de su alimentación finalmente lo había vencido, había caído en un sueño sin sueños e inconscientemente acomodó su cuerpo más cerca del suyo, envolviéndose alrededor de ella como si él quería absorberla en sí mismo.

También durante la noche, su vaporosa túnica blanca se había movido y su trasero desnudo ahora estaba presionando firme y tentadoramente contra su ingle, dándole una pista sobre el origen de su furiosa erección.

Y luego estaban las manos invisibles que lo acariciaban por todas partes, las culpables, de hecho, que lo provocaban dolorosamente esta madrugada.

Parpadeó con fuerza, tratando de evitar los últimos vestigios de sueño, y se miró a sí mismo, tratando de determinar si había soñado con las caricias de seda que le prendían fuego.

Su cabello.

Los zarcillos blancos que fluían se curvaban de un lado a otro por todo su cuerpo desnudo, serpentaban como lánguidas serpientes que buscan la comodidad del calor en el fresco amanecer del otoño. Algunas trenzas se agruparon sobre su pecho y bíceps, haciéndole cosquillas en los pezones y la garganta. Otros mechones se deslizaron impudicamente sobre su estómago y muslos, arrastrándose amorosamente a lo largo de los huesos de sus caderas para envolver su hinchada hombría en un guante satinado.

Allí lo atendieron con una suave presión, puntuada con voluptuosos giros que lo ordeñaron lentamente. Podía ver las hebras transparentes surgir con el brillo lechoso de su Alimento mientras fluía a través de las agujas de seda para vitalizar el cuerpo de la Sanadora.

— A veces tienen una mente propia, — la cálida mujer en sus brazos suspiró adormilada. — Lo siento por eso.

Lentamente, la cabellera blanca y plateada abandonó su cuerpo, deteniéndose sobre su entrepierna como si estuviera triste por partir,



obedientemente se entretejieron en una trenza de cola de pez y se acurrucaron como un niño castigado contra el pecho de la Sanadora.

— Yo... — Valerius tragó saliva y se aclaró la garganta. Diosa de arriba, ¿alguna vez se acostumbraría a estas intimidades?

— Te serviré antes de que comiences el día, si te parece bien, — dijo finalmente en un sordo y ronco estruendo.

De forma vacilante y cuidadosamente, él guió una de sus manos hacia su carne hinchada con la suya y envolvió sus dedos alrededor de él. A pesar de que él mismo la había llevado, su cuerpo aún se estremecía involuntariamente de la cabeza a los pies cuando una ola de dolor interno lo invadió.

Ella le dio un apretón largo y perezoso, pero luego retiró su mano, en lugar de eso tomó su mano y acercó sus dedos entrelazados a sus labios, besando sus nudillos ligeramente.

Acurrucando su trasero en su entrepierna, suspiró contenta y dijo:

— No habrá servicio esta mañana, guerrero, necesitas recuperar tu fuerza. Y además, mis trenzas mal portadas ya te han robado descaradamente y me siento mejor de lo que me he sentido en años.

Valerius podía sentir su sonrisa contra el dorso de su mano, y todo su ser se estremeció con algo parecido al placer en respuesta. Haberla satisfecho, incluso por un breve período de tiempo, lo hizo sentir cien veces el hombre que había sido.

— ¿Cuándo debes comenzar tu cacería, Protector?, — Preguntó ella, con una nota de preocupación en su voz.

— No voy a cazar hoy, — respondió Valerius, un lento sonrojo calentando su rostro. — El Circlet me aconsejó que atendiera tus necesidades hasta que puedas construir una reserva suficiente.

Su sonrisa se ensanchó y él se sonrojó aún más.

— El Consejo Real es muy considerado, — dijo Rain. — Lejos está en mí contradecirlos. — Ella giró en sus brazos hasta que estuvieron uno frente al otro, una de sus manos sostenía su mejilla sin afeitar y la otra todavía en un afectuoso abrazo con la suya.

— Pero estoy satisfecha por ahora, *airen*, — le sonrió con una sonrisa deslumbrante. — Has sido todo lo que siempre he necesitado. Me siento honrada por tu sacrificio.

Valerius comenzó a sacudir la cabeza, pero ella lo detuvo con un beso en la nariz.

— No niegues lo difícil que es toda esta prueba para ti. Los dos sabemos la verdad. Ya no me importa por qué decidiste solicitar Servirme. Ya sea porque te sentiste en deuda o porque eres simplemente un héroe. Estoy tan feliz de que estés aquí.

Ella se acercó y lanzó una pierna delgada posesivamente sobre sus caderas.

— No puedes saber lo encantada que estoy de tenerte como mío durante este breve período de tiempo. — Ella frotó su pulgar con ternura sobre su afilado pómulo. — Te he deseado desde la primera vez que nos conocimos, ya sabes.

Valerius parpadeó rápidamente ante su confesión. Su corazón latía más rápido mientras sus palabras fluían.

— Eres el hombre más hermoso que he visto en mi vida. La belleza está en el ojo del espectador, y wow, tú más que satisfaces todos mis requisitos estéticos. Pero la Sanadora que hay en mí te quería por otra razón. — Ella acarició suavemente su rostro con el de ella, el coqueto toque fue sorprendentemente tan excitante para él como sus labios alrededor de su polla.

Ella se encontró con su mirada de nuevo y dijo en un susurro triste:

— Eres una gran herida abierta. Prácticamente puedo sentir el dolor y el tormento que irradia tu cuerpo. ¿Cómo puedo resistirme a querer sanar esa herida? Es el propósito de mi propia existencia.

Valerius dejó caer su mirada y sintió que se retiró, incluso mientras su cuerpo permanecía inmóvil.

— No te escondas de mí, Valerius. — Al usar su nombre, sus ojos volvieron a los de ella una vez más.

Ella sonrió con su sonrisa de Mona Lisa y dijo:

— No puedo hacer promesas, pero realmente siento que esta unión nos ayudará a sanar a ambos. Tú me provees de alimento. Déjame cuidar de ti a cambio. Déjame amarte por un rato.

Valerius se quedó sin aliento y su corazón tartamudeó.

¿Cómo podría él negarla? Pero no era suficiente. Su amabilidad y generosidad no eran suficientes. Él quería...

Diosa, quería una Eternidad.

— Entonces, — dijo ella, ajena a su confusión interna, — esta mañana te serviré. Debes estar hambriento. Solo me llevará un poco de tiempo preparar un dim sum tradicional chino.

Antes de que él pudiera apretar su abrazo para mantenerla con él, ella rebotó en la cama en una ráfaga de seda y saltó ligeramente a la cámara contigua como una ágil ninfa de agua.

Poco después, escuchó el agua correr y las ollas y sartenes sonando, los sonidos extrañamente relajantes en sus asuntos domésticos.

Ninguna mujer, desde su edad humana de catorce años, le había hecho una comida.

Y entonces oyó la voz de Rain tarareando una melodía alegre y brillante, y miró el mural viviente. Tal como lo había prometido, el paisaje había cambiado de la noche al amanecer, con un vibrante disco de color rosa anaranjado que se elevaba detrás de las verdes montañas, jugando al escondite con rizos de nubes que pasaban a la deriva. Los pájaros cantores parecían cantar junto con su hechicera mientras volaban a través de los cielos azules que se reflejaban en un lago brillante.

Y lentamente, verdaderamente, Valerius sintió que su alma comenzaba a sanar.



Leonidas entró en el túnel ferroviario abandonado con el brazo levantado sobre su hombro, listo para desenvainar su *makhaira*, una de las espadas cruzadas aseguradas contra su espalda, ante el más mínimo olor a peligro.

El general Alexandros lo seguía de cerca, con su hacha *sagaris* extra larga lista.

Estaban a unas cincuenta millas al norte de la ciudad de Boston, en un suburbio remoto que se encontraba en el medio de tres condados diferentes. A principio del siglo XIX solía haber una ciudad próspera construida alrededor de los rieles que transportaban productos manufacturados hacia el sur, pero actualmente el centro de la ciudad consistía en una calle principal del largo de dos semáforos. Ni siquiera había un McDonalds cerca.

Pero el recuento de cadáveres en los pueblos circundantes estaba aumentando considerablemente.

El seguimiento de la Horda los había llevado hasta aquí, y si sus fuentes tenían razón, en el fondo del túnel descubrirían un laberinto secreto que los llevaría a una caverna subterránea donde hasta una docena de vampiros dormían durante el día.

Una Horda de este tamaño era inusual. Cuando los vampiros se organizaban bien, formaban nidos o sociedades estructuradas dirigidas por una reina vampiro. Los vampiros rebeldes rara vez viajaban en grandes manadas ya que la posición de *alfa* estaba muy disputada en ausencia de un líder natural, pero aún podían formar grupos por la conveniencia de cazar.

Según la experiencia de la élite, las hordas no eran generalmente mayores de seis a ocho vampiros, e incluso entonces tendían a dividirse en facciones más pequeñas de dos a cuatro. Una docena de vampiros rebeldes descansando en un lugar era extremadamente raro e inaudito.

Cuando Leonidas y Alexandros encontraron la entrada al laberinto y se abrieron camino por el estrecho pasaje que los llevaba más y más bajo tierra, sus sentidos estaban intensamente alertas, ya que ambos hombres sintieron que algo no estaba del todo bien.

Al final del laberinto, entraron en una gran caverna, tal como lo había descrito la fuente. Discos tenues de luces halógenas colocadas en rincones de estalagmitas proporcionaban algo de iluminación, mientras que las estalagmitas de dientes de dragón descendían bruscamente del techo, la combinación proyectaba sombras espeluznantes en las paredes de la caverna. El aire aún se mantenía quieto del viento y del sonido, salvo un metódico goteo de agua.

Y allí estaban, doce grandes sarcófagos, dispersos en diferentes ángulos por el suelo húmedo.

Los dos machos Puros intercambiaron una mirada silenciosa y cada uno tomó posición junto a un sarcófago, con las armas en alto. A medida que lentamente y tan silenciosamente como era posible levantaron las tapas, lo que encontraron les produjo escalofríos de conmoción y temor bajando por sus columnas.

Ambas camas estaban vacías, excepto por dos montones de cenizas de vampiros muertos. Alguien se había ocupado de los negocios antes que ellos.

Pero antes de que pudieran revisar las camas restantes, la trampa en la que habían entrado se hizo demasiado clara.



Gracias a la Diosa, Aella fue su guardia de élite hoy, pensó Sophia mientras se apresuraba a su segunda clase.

Aella no necesitaba esconderse por miedo a que la gente del campus la mirara con recelo. La amazona parecía tan joven como una estudiante universitaria, e incluso se inscribió para auditar las clases que Sophia estaba tomando para poder sentarse en clase con ella en el día, para proteger a la joven reina.

Aella era lo más parecido a una amiga que tenía Sophia.

Sophia siempre había estado demasiado impresionada por Rain y Eveline, tanto por su belleza etérea como por sus alucinantes dones. Y Ayelet se parecía demasiado a una madre. Aella, sin embargo, parecía y actuaba en su mayoría, como si tuvieran la misma edad. Y Aella era la mejor amiga, divertida, moderna y le encantaba hablar de chicos, excepto cuando desempeñaba su papel como una de las élites en las reuniones formales del Zodiaco Real. Entonces se ponía solemne y como Xena - una Princesa Guerrera. Al verla con Sophia, uno nunca adivinaría que tenía casi dos mil quinientos años de edad. A Sophia también le gustaba presumir a su amiga, como hacían los niños pequeños con sus juguetes nuevos y brillantes para ganar popularidad y atención.

Aunque no le hacía ningún favor a Sophia caminar junto al cruce de un tipo de sueño húmedo entre Gisele Bündchen y Doutzen Kroes.

Estaban charlando y riendo cuando entraron al aula, y Sophia no notó que un par de ojos color chocolate seguían cada movimiento.

Encontraron un asiento en la parte posterior de la sala de conferencias, lo suficientemente grande como para albergar a cincuenta o sesenta estudiantes. Pero antes de que incluso se sentaran, tres alumnos del último año, por su aspecto, ya formaban un círculo cerrado alrededor de Aella, dejando a Sophia completamente fuera.

— Hola preciosa, — saludó el más alto de los tres, subiendo la cadera en el borde de su mesa. Sophia puso los ojos en blanco ante la tontería. — ¿Eres una de esas supermodelos de Victoria Secret?

— Oye imbécil, — respondió Aella en el mismo tono, — ¿Alguna vez te han dicho que la forma más rápida de cabrear a una chica es fingir que su mejor amiga no existe? Ahora sal de mi espacio personal y acosa a una mujer en tu propia órbita, porque estoy tan lejos de tu liga que estoy en un universo diferente. — Para completar el cierre, Aella los fulminó con la mirada hasta que los tres chicos palidecieron ante su mirada letal y se alejaron con mucha menos arrogancia que cuando se acercaron.

Sophia sonrió y suspiró con reverencia:

— Te amo, Aella.

— Igual bebé, — la Amazona replicó con una sonrisa descarada.

— Pero ya sabes, — dijo Sophia en voz baja, más en serio, — no tienes que despedir a los hombres solo porque me ignoran. Estoy acostumbrada, estoy bien.

— Sophia, — dijo Aella en ese tono que le advirtió a Sophia de un inminente sermón, — ¿cuántas veces tengo que decirte que eres una chica hermosa? No, no me sacudas la cabeza, señorita. No estoy siendo parcial porque soy tu amiga. — Aella se inclinó para susurrar: — O porque eres mi reina. Tienes todas las cualidades de una belleza deslumbrante, pero primero tienes que madurar. Odio cuando te rebajas.

Sophia se encogió de hombros, sabiendo que discutir era inútil. En cambio, dijo:

— Bueno, hubo un chico que me prestó atención.

Aella se inclinó sobre su puño hacia adelante conspirando.

— Cuéntame.

— ¿No me vas a dar una conferencia sobre no tener citas y novios bajo pena de muerte, etcétera? — Murmuró Sophia con cautela.

Aella parpadeó lentamente, su versión más refinada de rodar los ojos.

— No necesito darte una conferencia sobre cosas que ya sabes bien. Confío en que sabes lo que estás haciendo y que eres lo suficientemente sensata como para no llevarlo demasiado lejos. Y no soy de las que te dicen que evites tener un poco de diversión con los chicos que te gusten. He tenido innumerables “novios” a lo largo de los años, y créeme, he descubierto todas las formas de cumplir con la Ley Sagrada sin romperla. Demonios, yo misma he inventado algunas formas nuevas. Aella sonrió ampliamente ante ese pequeño alarde.

Ella pasó un dedo contra el brazo de Sophia.

— Cuéntame sobre este tipo brillante con un gusto exquisito.

— Bueno, — comenzó Sophia, retorciéndose un poco en su asiento. — Él es sexy.

— Prometedor, — la animó Aella.

— Y... y... él es totalmente y absolutamente caliente.

Aella le dirigió una mirada medio compasiva.

— Cariño, no llegaste demasiado lejos, ¿eh?

Sophia giró las manos en el aire como frustrada porque no podía encontrar las palabras.

— Quiero decir, él está tan bueno que quiero ir a comprar un libro sobre kama sutra y...

— Hola, Sophia.

Ante el sonido de la aterciopelada voz masculina, Sophia se volvió del tono de una langosta hervida.

Sin darse la vuelta para mirar al dueño de esa voz, le hizo una mueca de dolor a Aella y deseó que el suelo se abriera y la succionara a un abismo negro.

Aella le sonrió torpemente a su reina adolescente antes de levantar la vista hacia el hombre que se les había acercado, de pie justo detrás del asiento de Sophia.

Dándole una mirada profunda y agradecida una vez más, Aella dijo cálidamente:

— Hola. — Luego le dio un codazo a Sophia no demasiado suave e instó:
— ¿No deberías presentarme a tu nuevo amigo?

Sophia fantaseó durante unos segundos más que era una avestruz y su cabeza estaba en la arena, luego respiró hondo para reforzar su confianza y se volvió para mirar al "chico ardiente".

— Hola, — saludó en voz baja e hizo un gesto con la mano a su compañera. — Esta es Aella, mi mejor amiga desde siempre. Aella, este es Ere. Él es el profesor asistente para esta clase.

Aella movió sus ojos coquetamente y Sophia podría haberla pateado, excepto ¿cuál sería el punto? No era como si tuviera derechos sobre Ere o algo así.

— Encantado de conocerte, amiga de Sophia, — dijo Ere con una sonrisa afable, aunque sus palabras dejaban en claro en quién estaba enfocado.
— ¿Puedo sentarme a tu lado?, — Le preguntó a Sophia, — tienes la mejor vista de la clase desde aquí.

Sophia se encogió de hombros bruscamente, pero Ere no pareció ofenderse y se sentó a su lado.

Aella abrió mucho los ojos como un búho y le dijo a Sophia:

— ¡Vaya, está muy bueno!

Sophia le dirigió una mirada que decía "te lo dije".

Entonces, Aella frunció el ceño y empujó a Sophia con un dedo, y nuevamente dijo:

— Sé amable con él.

Sophia decidió ignorar la última rrecomendación y miró al frente, tratando de concentrarse en el profesor cuando comenzó la conferencia.

Las cosas se pusieron un poco más tranquilas después de eso, y la postura rígida de Sophia finalmente comenzó a relajarse a mitad de la clase de cincuenta minutos.

Hasta que sintió la rodilla de Ere rozar la de ella debajo de la mesa.

Sophia dejó escapar un pequeño chillido y se golpeó la rodilla en la parte inferior de la mesa como reacción. Lanzó una mirada a Aella y vio a su amiga sacudiendo la cabeza con disgusto.

— Amateur, — la Amazona formó con sus labios.

Sí, pensó Sophia abatida, eso lo cubría. Justo al lado de "debilucha" y "perdedora".

Y entonces vio un trozo de papel deslizarse unos centímetros desde Ere hacia ella. Ella lo levantó y leyó: "¿Qué te parece la clase hasta ahora?"

Extrañamente contenta por el paso de la nota de escuela primaria, rápidamente respondió:

— ¡Me encanta! Ojalá el profesor McGowan también diera un curso sobre historia persa antigua. Pero nadie en la facultad parece pensar que merece su propia clase completa.

Ere respondió:

— Mi tesis doctoral es sobre la antigua historia persa, el surgimiento y la caída de un imperio. ¿Tal vez pueda compartir el progreso contigo en algún momento si está interesada?

Sophia estaba tan encantada con la oferta que rompió la mina mecánica de su lápiz dos veces antes de que pudiera garabatear: — ¡Eso sería tan increíble! ¿Necesitas ayuda con la investigación? Porque soy bastante buena en eso.

— Realmente agradecería tu ayuda, — fue la cálida respuesta que le dio a Sophia poniéndole los pelos de punta.

Pero luego casi se cayó de su silla en la siguiente línea,

— ¿Entonces crees que soy caliente, eh?

La impresión de parecer una langosta hervida había vuelto. Si el escuchó eso... debió escuchar el resto. Oh, ella estaba tan muerta. Probablemente podría freír un huevo en su cara.

Le echó un vistazo a su atormentador y vio que él la estaba mirando con una sonrisa tan radiante que se sintió momentáneamente cegada.

Con cuidado, apartó los ojos nuevamente y pasó los siguientes momentos, mientras el zumbido y el eco en sus oídos del estampido sonoro de su belleza disminuían, doblando minuciosamente las notas en mitades, cuartos y octos, y guardándolas en su bolso para la computadora portátil.

Y justo cuando ella pensó que su equilibrio había sido restaurado, él le escribió una nota final.

— Creo que tú también eres sexy, Sophia.

Posiblemente fue el mejor día de la vida de Sophia.



Rain llevó a Valerius a trabajar con ella este día, ya que su agenda estaba libre. Estaba ansiosa por compartir los aspectos "normales" de su vida con él, además de ser la Sanadora de los Puros.

Decidieron caminar juntos a su clínica en Chinatown a pesar de las protestas de Valerius de que ella estaba demasiado débil. A Rain le encantaba caminar y era un hermoso día de otoño en Boston para no aprovechar todas las ventajas. Wan'er ya se había ido y estaría allí para prepararse delante de ellos. Como en épocas pasadas, se entendió que Rain vería menos a su doncella durante el Ciclo del Fénix mientras La Sanadora y su Consorte formaban su propio vínculo.

Valerius no podía dejar de mirar a Rain con su ropa de civil. Como estaba tan delgada y debilitada, necesitaba capas adicionales para mantener su temperatura alta. Este día ella eligió usar un suéter blanco de cachemir de gran tamaño y pelo de conejo sobre jeans negros ajustados y botas de piel blancas hasta la pantorrilla. Completando su look había una gruesa y lujosa bufanda roja, un abrigo de lana azul brillante, guantes blancos peludos y una gorra tejida a juego para ocultar su sorprendente melena blanca.

Me recordó a un gatito de pelo largo, y parecía tener doce años.

— Tomemos la calle Boylston y pasemos por el Garden y los Commons, — dijo Rain a medida que rodeaban Prudential. — Es mi paseo favorito en Boston.

— ¿Por qué? — Preguntó Valerius. Nunca se fijó en los paisajes o lugares de interés. Tenía un deber, y todo lo demás era irrelevante. Pero al ver el evidente entusiasmo de Rain, sintió curiosidad por el paisaje urbano por primera vez.

— Porque me encanta la arquitectura diferente que puedes ver, — respondió Rain, con el rostro casi oculto por la mullida bufanda, — las anchas aceras y las tiendas, las personas de diferentes tamaños, formas y colores que van y vienen, los Botes en forma de cisne en el pequeño lago, los perros corriendo por el parque... Me encanta. Me hace sentir bien el estar viva.

Al escuchar su conversación, Valerius sintió su alegría indirectamente y no pudo evitar sonreír.

Rain detuvo sus pasos alegres y metió un dedo enguantado y peludo en el surco de su mejilla.

— Vaya, pero si tu sonrisa es impresionante, — exclamó, — deberías hacerlo más a menudo. — Y antes de que Valerius pudiera sentirse cohibido, tomó su mano entre las suyas y empezó a caminar de nuevo.

Tomarse de la mano con Rain, pasear por una bulliciosa calle de la ciudad, como cualquier número de parejas que se cruzaron por el camino, fue una experiencia que Valerius nunca olvidaría. Se sentía tan bien en este momento que temía que fuera solo un sueño y que se despertara en la propiedad de la pareja patricia que lo había comprado en la arena de gladiadores.

— Solía caminar todas las mañanas tres millas alrededor del Lago del Oeste en Hangzhou, — las palabras de Rain trajeron a Valerius de vuelta al presente. — De alguna manera siempre había algo nuevo para ver, un nuevo tesoro que encontrar. — Suspiró con nostalgia por su tierra natal.

— ¿Podrías...? — Valerius no sabía cómo o si podía preguntarle sobre su pasado. Pero tenía un deseo ardiente de saber más sobre ella, por lo que decidió decirlo simplemente: — ¿Me hablarías de tu vida humana? Parece que lo recuerdas con cariño.

— Oh, eso no fue durante mi vida humana, — respondió Rain, — pero si quieres saberlo, entonces te contaré mi historia.

Ella lo miró y él asintió como confirmación.



— Muy bien, — dijo ella, mirando hacia adelante otra vez mientras caminaban sin prisa, uno al lado del otro. — Nací hija de un comerciante de té de la aldea de la montaña Ningluo en el condado de Zhuji lo que ahora es la provincia de Zhejiang en la región sureste de China. En aquel entonces, era parte del antiguo estado de Yue. Mi nombre de pila era Xishi.

Valerius la escuchó atentamente, hipnotizado por su voz suave y melodiosa. Se olvidó de su entorno, se olvidó de la multitud de personas que se apresuraron a pasarlos camino al trabajo. Estaba tan entusiasmado con su historia que se sintió transportado en el tiempo a su antigua patria.

— Cuando era niña, seguía a mi padre en sus viajes siempre que podía. Mi madre estaba muy enferma y me da vergüenza decir que no quería estar cerca de la enfermedad, me sentí asfixiada. Siempre cariñosa, ella me animó a ir con mi padre para que le hiciera compañía, dijo. Pero a medida que crecía, me di cuenta de que no quería que la viera consumirse día tras día.

— Vivíamos una vida simple en las montañas, apenas conscientes de la guerra que se libraba entre nuestro estado y el estado de Wu. Todo lo que sabía era que amaba a mi padre y a mi madre, a mi conejo mascota Momo y a mis amigos de la aldea.

Ella sonrió fugazmente ante el recuerdo. Era una sonrisa triste e inquietante.

— Mi madre sucumbió a su enfermedad cuando yo tenía diez años. Y desde ese día prometí enfrentar la enfermedad de frente, no esconderme cobardemente en el banquillo. Estudié con un curandero local y aprendí a hacer cataplasmas para todo tipo de heridas, preparar medicinas a partir de raras flores y raíces de montaña. Comencé a estudiar el sistema de *qi* con él, aprendiendo sobre los ciclos de energía que crean el equilibrio dentro de nuestros cuerpos. Me apasionaba tanto la curación que apenas podía dormir por las noches por las ideas y teorías que me pasaban por la cabeza.

Rain respiró hondo antes de continuar, y Valerius se preparó instintivamente para lo que estaba a punto de decirle a continuación.

— Entonces, un día, cuando tenía diecinueve años, un hombre vino a visitar nuestra casita. Era el ministro de nuestro Rey Gou Jian, y se llamaba Fan Li. Estaba junto al río lavando sábanas cuando llegó por

primera vez. Y cuando llegué a casa, lo vi en una profunda discusión con mi padre.

Rain recordó haberse escondido detrás de la puerta trasera para espiar su conversación. Había mirado la espalda del ministro sentado, que lucía extravagante en su humilde morada, pero se balanceaba con gracia en una silla de madera tambaleante mientras hablaba en voz baja con mi padre.

Señor, a instancias de nuestro Rey Gou Jian, he venido a pedirle ayuda. Lo que es más, a suplicar la ayuda de su hija.

¿Mi hija? Pero ella es una chica de campo.

Permítanme comenzar desde el principio, amable señor. Como saben, nuestro estado se ha convertido en un afluente para nuestros conquistadores, y nuestro Rey está obligado a servir al Príncipe Fuchai de Wu. La gente de Yue y nuestro Rey están indignados por la pérdida de nuestra independencia y harían cualquier cosa para recuperarla. Y tenemos un plan.

Verás, el Príncipe está enamorado de la belleza femenina. Él... pasa una cantidad excesiva de tiempo en su harén, y dependiendo de quién sea su amante favorita en un momento dado, su estado de ánimo se tambalea. Nosotros, es decir, nuestro Rey y la corte suprema, tenemos un plan para controlar la fuente de su influencia.

Planeamos enviar nuestra propia belleza al palacio de Wu para... encantar al príncipe y desviar su atención. Esta agente de Yue será entrenada en intrigas políticas y etiqueta de la corte real. Además de la belleza necesaria, debe tener inteligencia, fuerza y, sobre todo, coraje.

¿Estás preguntando por mi hija? ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puedo estar de acuerdo?

Señor, la belleza de su hija se ha convertido en una leyenda en todo Yue. Después de su compasión e ingenio. Si usted, - si ella, - aceptara ser nuestro agente en el palacio Wu, podríamos finalmente tener una oportunidad de redimir nuestra libertad de Wu.

No me puedo imaginar enviar a mi hija tan lejos y con tal propósito. Ella es una niña sencilla e inocente. ¿Podré volver a verla?

Cuando se complete la misión, la llevaremos a casa contigo, pero... debes saber que también existe el peligro de fracasar.

No puedo pedirle que haga ese sacrificio. No lo haré. Ella es todo lo que me queda en este mundo...

— Pero entré y me enfrenté al ministro, y acepté su plan, — dijo Rain con una sonrisa triste de nuevo. — Ves, al Príncipe de Wu no le importaba nuestra gente. Aumentó los impuestos y enviaba a los soldados para cobrarlos cuando los aldeanos no podían pagar. Había tratado a muchos pacientes que morían de hambre porque tenían que enviar sus propias reservas de alimentos como pago de impuestos, hombres viejos y jóvenes que fueron golpeados por los soldados cuando se resistieron al pago. En la medicina, se debe encontrar la causa de una enfermedad o lesión y abordarla; calmar los síntomas no era una cura.

La mirada de Rain se endureció con determinación al recordar.

— Tenía la oportunidad de vencer la raíz de la enfermedad de nuestro estado, y tuve que tomarla.

— Así que viajé con Fan Li a la capital, donde me vistieron con túnicas finas y me enseñaron modales cortesanos. Pasé un año aprendiendo historia, cómo escribir poesía, tocar el *konghou*, un arpa china, jugar juegos que solo los hombres debían jugar, como el *weiqi*; en resumen, fui entrenada para ser la compañera perfecta, una artista, una confidente, una amiga y una amante.

Los pasos de Rain se ralentizaron mientras hablaba hasta que se detuvo por completo en medio del puente que cruzaba el lago de los cisnes. Miró a Valerius y buscó en sus ojos por largos y silenciosos momentos.

Finalmente ella preguntó:

— ¿Debo continuar?

En silencio asintió. Él debía conocer el resto de su historia. Sufría por el sacrificio que ella había hecho a una edad tan inocente, incluso mientras se hinchaba de orgullo por su coraje.

Ella le dio una pequeña sonrisa, como si *ella* le estuviera tranquilizando, como si supiera que escuchar el resto de su historia no sería fácil de soportar.

— Cuando estuve lista, Fan Li me llevó ante el Príncipe Fucai como un regalo de homenaje de Yue. Durante nuestro viaje allí, me enamoré del sabio ministro, que había sido mi maestro, mi amigo, mi inspiración. Era

un amor inocente, ahora lo sé, pero soñé con una vida juntos, en mi pueblo, donde cultivaríamos vegetales, frutas y hierbas y tendríamos un par de cabras y pollos para acompañar a mi Momo. Para mi alegría y, lo que es más importante, esperanza, Fan Li me devolvió el afecto y me prometió su amor eterno antes de separarnos.

Involuntariamente, Valerius sintió una punzada de envidia, pero la contuvo. No tenía derecho a sentir posesividad hacia ella. Él no era nada, y ella, ella lo era todo.

— Fui recibida en la capital de Wu con un entusiasmo que superó nuestras expectativas más salvajes. El príncipe Fucái despidió a Fan Li de inmediato y me llevó a su patio interior. Rápidamente vino a adorarme, sospecho que al menos en parte porque retuve lo que más deseaba. Pero lo acogí de todas las otras maneras.

Valerius no necesitaba aclaraciones.

— Poco a poco, comenzó a descuidar sus deberes soberanos, prefiriendo jugar conmigo en su lugar. Me llevaría a pasear en carruajes por toda la ciudad y se jactaba de tenerme entre sus tesoros. — Sus labios se torcieron ligeramente en una sonrisa amarga. — Siempre un hombre de negocios, le cobraba a la gente monedas de oro por mirarme. Pero el ingreso adicional de esas tarifas no lo llevó a reducir los impuestos a los aldeanos.

— Durante cuatro años, tejí mi hechizo a su alrededor. Y aunque logré eludir sus avances durante el primer año... — se rió brevemente, — finalmente logró atraparme.

El ligero énfasis en la palabra "atrapar" atravesó a Valerius como una jabalina. Él la miró fijamente y estaba a punto de detenerla, cuando ella envolvió ambos brazos alrededor de uno de los suyos y se inclinó hacia él, arrastrándolo con determinación hacia adelante.

— Finalmente, sus súbditos se inquietaron con sus distracciones, y sus amigos comenzaron a abandonarlo. Mi jugada asesina fue convencerlo de ejecutar a su asesor más astuto, el gran general Wu Zixu. Se produjo el caos político y nuestro Rey invadió el estado de Wu, derrotó a nuestros opresores y liberó nuestro reino.

— Fiel a su palabra, Fan Li me trajo de vuelta a casa, pero mi padre ya no estaba entre los vivos. Fan Li me pidió que me casara con él, pero yo...

Se detuvo de nuevo y respiró profundamente, un poco quebrada. Sin mirar a Valerius, dijo en voz baja:

— Por favor, no pienses que soy una cobarde.

Valerius la atrajo bruscamente contra él y la envolvió en su calor.

— Nunca, — dijo fervientemente.

Como si su respuesta le diera la fuerza para continuar, ella dijo:

— Me sentía demasiado avergonzada por lo que había hecho, lo que había tenido que hacer para asegurar el favor de Fucai. No podía casarme con un buen hombre y vivir con él y compartir su cama, no cuando sabía lo infiel que había sido.

Se estremeció y olisqueó el pecho de Valerius, su voz comenzó a temblar.

— Entonces, el día de nuestro compromiso, di un paseo por el río que atravesaba mi pueblo. Las corrientes eran rápidas y las rocas afiladas. Entré para enfriar mi piel por el calor del verano y me caí. Yo, yo... me caí.

Valerius la apretó con fuerza contra él, queriendo absorber su dolor. Una mujer tan pequeña, tan enorme su carga.

Después de un largo silencio, Rain respiró más uniformemente.

— Cuando desperté, estaba rodeada de una luz brillante, y la voz de una mujer me preguntó: 'Si pudieras ser cualquier cosa en el mundo, si te dieran un nuevo comienzo, ¿qué serías?' Y respondí que quería ser una sanadora, que quería dedicar mi vida a sanar a otros. Así que ahora estoy aquí.

— Estas aquí, — Valerius estuvo de acuerdo en voz baja. — Mi corazón está contento de que estés aquí.

Ante esas breves palabras, el espíritu de Rain se relajó. Ella abrazó al guerrero con fuerza, queriendo extender este momento todo el tiempo que pudiera.

Una vez más, la había curado.



Cuando Valerius y Rain regresaron al Escudo esa tarde, todo el complejo estaba en alerta máxima.

Sin detenerse a explicar, Ayelet tiró de Rain por el brazo, tan pronto como entró en el pasaje subterráneo, hacia la clínica militar de Pure One a toda velocidad. Valerius lo siguió y no hizo preguntas.

Lo que sucedía era una emergencia de Código Rojo.

Se apresuraron hacia el ala donde alojaban a los caballeros heridos y a los aprendices que se recuperaban de sesiones de combate simuladas particularmente extenuantes y abrieron las puertas para encontrar a Alexandros tirado, pálido e inconsciente en medio de sábanas ensangrentadas en una de las camas. Rain voló a su lado e inmediatamente comenzó a trabajar.

Valerius retrocedió contra la pared adyacente al paciente y a la Sanadora y se cruzó de brazos, apretando los dientes. Sabía lo débil que estaba Rain, sabía lo que le costaba a ella curarlo, y su colega estaba en una condición mucho peor de lo que él había estado. Este proceso de curación le costaría caro. Fue todo lo que pudo hacer para resistirse a alejarla. Pero sabía que no podía interferir.

Este era su poder. Este era su deseo más profundo. Poder sanar a otros, especialmente a los que ella apreciaba.

Tristán se paró a su lado, con los puños cerrados y la mirada sombría.

— Hemos perdido a Leonidas, — dijo bruscamente.

— ¿Muerto o tomado?, — Fue la respuesta estoica de Valerius.

— Xandros lo vio caer, luego desapareció. Tenemos que asumir que se lo llevaron hasta que se demuestre lo contrario.

Valerius asintió sombríamente. — ¿Emboscada?

— Sí, — respondió el Campeón, — diez o más asesinos. Misma raza que los que te atacaron. Al parecer, los mismos trucos también, porque sus armas estaban llenas de veneno. La Horda fue destruida antes de que Leo y Xandros llegaran, por estos asesinos u otra persona, no podemos estar seguros. Eso fue todo lo que Xandros reveló antes de desmayarse.

— Debemos recuperar a Leonidas cuando Alexandros reviva. Quizás recuerde más, — declaró Valerius con determinación.

Tristán puso una mano sobre el hombro de su compañero a pesar de saber cómo Valerius evitaba el contacto físico. Esta vez, al guerrero no parecía importarle.

— Lo recuperaremos, — acordó Tristán, su tono no dejaba espacio para ninguna otra posibilidad.

Valerius escaneó la habitación y encontró al resto de los Doce presentes y lo evaluó. Sophia se mordía los dedos y observaba en silencio con los ojos húmedos en los brazos de Ayelet. Aella y Eveline se sentaron junto a Alexandros y le tomaron de las manos como si trataran de darle su fuerza. Wan'er le dio espacio a su dama para hacer su magia, pero se quedó lo suficientemente cerca como para ayudarla si fuera necesario. Dalair y Orión se apoyaron contra la pared opuesta, con máscaras de estoicismo en sus rostros para ocultar su furia y miedo.

Seth, sin embargo, estaba sentado con la cabeza inclinada sobre una cama junto a la de Alexandros, aparentemente sumido en sus pensamientos. Y si el tic muscular en su mandíbula era una indicación, estaba luchando con algunas decisiones sombrías.

Como si sintiera que lo observaban, Seth levantó los ojos para encontrarse con los de Valerius, y el Protector vio que su amigo estaba profundamente conmovido. De alguna manera, Valerius sabía que no era solo la emboscada y las consecuencias, sino más.

El Cónsul apareció permanentemente cambiado después de su viaje para ver a la Reina Vampiro.

El colapso de Rain, como una muñeca de papel que se dobló sobre la forma de aspecto considerablemente más saludable de Xandros, devolvió el enfoque de Valerius a la Sanadora.

Sin decir una palabra, la alcanzó en dos largas zancadas, la tomó en sus brazos y la sacó de la clínica, sin mirar atrás ni una sola vez.

Cuando llegó a la cámara interior de su Recinto, cerró las puertas dobles y la dejó con cuidado sobre la cama. Con algunas rasgaduras frenéticas y lágrimas, se quitó la ropa y se unió a ella debajo de las colchas, llevando su cuerpo pálido y frágil a su calor intenso.

Él rodó sobre su espalda y la colocó encima de él, sosteniendo su cabeza contra su garganta, presionando sus labios contra su vena.

— Cariño, — suplicó ronca y desesperadamente, — hora de alimentarse.

Él comenzó a entrar en pánico cuando ella se quedó quieta por largos momentos, y apenas podía sentir su aliento contra su piel. Justo cuando se tensó para salir de la cama y encontrar su daga para abrirse una vena para alimentarla, ella se movió ligeramente contra él, sus labios se movieron antes de que las suaves palabras lo alcanzaran.

— Déjame descansar un rato, — murmuró aturdida, — estoy bien. Aunque el general sufrió muchas heridas, el veneno todavía estaba reciente en su sistema. No fue tan difícil neutralizar y eliminar.

Se presionó más cerca de él e inhaló profundamente su aroma en su garganta y suspiró como si la consolara. — Solo necesito una pequeña siesta. Estaré hambrienta cuando me despierte. Podía sentir su sonrisa contra su piel. — Prometo complacerme completamente contigo entonces.

Tranquilizado por el momento, Valerius la abrazó mientras dormía y sintió que se dejaba llevar por un sueño sin sueños mientras su respiración calmaba sus temores.



El vampiro miró el fuego crepitante y metió un trozo de trufa de chocolate francés entre sus llenos labios rojos, coloreados por el añejado vino tinto en la copa, al lado de su tablero de ajedrez.

Por un lado, las piezas de diamantes blancos resplandecían brillantemente a la luz del fuego. Por otro lado, las piezas de obsidiana negra reflejaban un brillo rojo dentro de ellas, como banderas rojas en los ojos de un toro enfurecido.

Pero había algo peculiar en este tablero de ajedrez en particular: el lado blanco no tenía peones en la línea del frente. En cambio, esas ocho posiciones fueron ocupadas por dos caballeros más, tres alfiles más y tres asientos vacíos. Y en la posición del rey, había un peón en su lugar. El lado blanco no tenía rey.

El lado negro, sin embargo, se ensambló en el arreglo tradicional. Parecía como si fuera espectacularmente mal combinado. Seguramente el blanco tenía demasiada ventaja.

Pero entonces el vampiro sonrió con una sonrisa sabia. Los peones tenían sus usos. Y cuando llegaban a la última línea del otro lado, podían volverse tan poderosos como las reinas.

Y además, un caballero y un alfil ya habían sido marginados, y otros dos caballeros blancos habían caído. El vampiro cuidadosamente sacó esas piezas del tablero y las colocó perfectamente en el borde de la mesa entre los lados blanco y negro. Inspeccionó su obra con satisfacción.

De hecho, era un conjunto mal combinado. La ventaja estaba completamente con el negro.

Los ecos de dolor alcanzaron al vampiro desde la distancia, y sus oídos se animaron a escuchar. Los sonidos del tormento resonaban en ondulantes olas desde las paredes subterráneas.

Hmm, ronroneó con una sonrisa tortuosa, la nueva incorporación a su compañía de peones debe estar disfrutando de su inducción. Convertirse en un asesino de vampiros era un asunto desordenado, y no particularmente agradable para el inducido. El vampiro casi se frotó las manos con alegría.

¡Un nuevo juguete para jugar! Y una pieza tan grande y hermosa.

Había tanto que esperar, su risa encantada ahogaba los distantes gritos de dolor.



El cuerpo de Valerius estalló en llamas cuando Rain tomó su vena mientras aún dormía. Inconscientemente, levantó las caderas y arqueó la espalda para ofrecer más de sí mismo, apretando los brazos alrededor de la Sanadora.

Sin querer perturbar su tan necesitado descanso, Rain lo mantuvo dormido al disparar energía relajante en todo su sistema con inserciones selectivas de hebras de *zhen* en sus poros. Ella yacía sobre su pecho y se alimentaba lánguidamente de su garganta, todavía medio dormida.

Aunque Valerius no despertó, la intensa y dolorosa necesidad dentro de su cuerpo encendida por su alimentación floreció oscuramente en inquietantes sueños del pasado...



En algún tiempo antes de 200 a. C. Ciudad de Roma.

La majestuosa mansión romana se alzaba en el corazón de Roma, en medio de un borde circular de olivos, con caminos pavimentados de piedra que conducían a una gran fuente fuera de su entrada, se jactaba de serenidad, encanto y elegancia.

Pero las depravaciones que se llevaban a cabo en el interior avergonzaban a las pruebas del Tártaro.

Los días y las noches de Valerius se encadenaban entre sí con una monotonía predecible que difuminaba el paso del tiempo.

Despertar. Comer. Limpiarse

Ser arrastrado a la cámara de "entretenimiento". Luchar contra los guardias con puños, pies, uñas, dientes y cualquier objeto móvil que pueda usarse como arma.

Ser golpeado y sometido. Que te restrinjan con cualquier instrumento de tortura que fuera el especial del día.

Ser violado durante las próximas horas por el patricio y su esposa, sus amigos, extraños al azar que pagaron para entretenerse, incluso los guardias si sus amos se sentían particularmente generosos.

Ser arrastrado de regreso a su celda aislada. Esperar a que el dolor se vuelva algo manejable.

Comer. Dormir.

Y comenzar de nuevo.

Un mes se convirtió en un año. Un año se extendió a varios.

Valerius se familiarizó íntimamente con todo tipo de degradación, todo tipo de dolor. A medida que su cuerpo crecía, que se convirtió en un hombre, también lo hizo la fascinación de sus amos con él. Eran infinitamente inventivos con sus juegos. Y si Valerius se volvía más difícil de someter con su creciente tamaño, músculos y técnicas de lucha contra la vida y la muerte, sus maestros se acomodaron felizmente a estos cambios con cruel creatividad.

Partes del cuerpo, postes, golpes de espada, incluso fragmentos rotos de cerámica: Valerius había sido brutalizado con más objetos de los que podía contar.

Aprendió a desconectar su mente de su cuerpo desde el principio. Aprendió a distanciar el dolor y los impíos actos de violencia. Solo se enfocó en hacerse más fuerte, luchar más duro y planear su escape.

Un día, cuando Valerius tenía veinticinco años, hubo cierta conmoción en el complejo de los esclavos hacia la parte trasera de la mansión. Dos cuerpos femeninos fueron arrastrados a través de los senderos del jardín con dosel que conectaban los cuartos de los esclavos con la residencia principal. Obviamente estaban muertos, por el color gris de su piel y el hecho de que no emitían ningún sonido mientras los guardias los arrastraban sobre rocas, escalones y escombros.

Valerius observó la progresión de los guardias a través de la ventana del dormitorio de los maestros con una mirada estoica. Estaba demasiado preocupado por su propia lucha como para tener curiosidad por las víctimas femeninas.

Hoy los maestros decidieron cambiar su rutina. En lugar de encadenar su juguete favorito en el centro de entretenimiento debajo de las escaleras, lo llevaron a sus propias cámaras para una orgía grupal. Tenían invitados después de todo, y Valerius era la atracción principal. Pero para asegurarse de que no tenían nada que temer de su esclavo salvaje y problemático, doblaron a los guardias y mantuvieron al semental con apretadas cadenas que le herían desde el cuello hasta las muñecas y los tobillos.

Valerius mantuvo su mirada en los jardines traseros y miró sin ver mientras dos de los invitados salían a admirar y a manosear su cuerpo. En su cabeza calculó la probabilidad de éxito si intentaba luchar contra los seis guardias, cuatro invitados y sus amos patricios. También sopesó las consecuencias en caso de fracaso, que fue, con mucho, el resultado más probable.

No es que le importara.

Un barrido subrepticio de su entorno le dijo a Valerius que dos de los guardias eran nuevos y jóvenes, voluminosos pero torpes. Sus armas ni siquiera estaban atadas adecuadamente, y por algún milagro, fueron los dos que sostenían las cadenas de Valerius. Los invitados no ofrecerían resistencia, ya que parecían ser patricios consanguíneos de las más nobles

familias romanas; ninguno de ellos tenía una onza de músculo o nervio. Sus amos habían estado bebiendo mucho antes de su llegada, porque sus alientos apestaban y sus movimientos eran torpes. Y como era el dormitorio principal, tenía fácil acceso a los jardines exteriores.

Valerius casi sonrió. Sus posibilidades de éxito habían aumentado considerablemente.

Mientras planeaba sus maniobras, llamaron a la puerta de la cámara.

— ¡Ordené que no me molestaran!, — Tronó el maestro desde la cama.

— Mi señor, ¿qué quieres que hagamos con las hembras?, — Llegó una respuesta amortiguada desde el pasillo.

— Simplemente deshazte de ellos sobre el acantilado junto al río, — respondió la maestra, luego se quejó, — esas criaturas tan fatigantes.

Hubo una respuesta obediente desde el exterior y los sonidos de pies que partían con cuerpos arrastrados.

— Espero que hayan valido la pena, — la maestra le lanzó una mirada venenosa hacia su marido, como si estuviera celosa. — No es justo que te hayas divertido sin mí.

— ¿No te gustó mirar, mi amor?, — Reflexionó el maestro con una mirada astuta, — ¿y no te dejé guardar los trofeos?

La maestra acarició un simple collar de oro alrededor de su cuello con un pequeño colgante en forma de pájaro, tallado en algún tipo de piedra. Alrededor de su muñeca brillaba un brazalete hecho de cuentas, dando vueltas alrededor de un pájaro que hacía juego con el collar.

La mirada de Valerius de repente se agudizó, y cuando se dio cuenta de lo que estaba mirando, el suelo debajo de él pareció cambiar.

Los trofeos a los que el maestro aludía eran tan familiares para Valerius como el dorso de sus manos. Porque había hecho las simples joyas para su madre y su hermana con esas mismas manos cuando era un niño. Fueron regalos de despedida para las dos mujeres en su vida antes de que él y su padre se fueran a las arenas después de una breve visita a casa. Fue la última vez que las vio.

La ira desenfrenada y el dolor inundaron a Valerius en olas gigantescas, infundiéndole una fuerza y claridad sobrehumanas.

Antes de que nadie se diera cuenta de lo que había pasado, se inclinó hacia adelante sobre una rodilla, tiró de las cadenas que lo sujetaban con tanta fuerza, que los extremos escaparon de las garras de los dos guardias. Enrollando las secciones cercanas a él alrededor de sus muñecas, balanceó los extremos libres como látigos sobre los guardias e invitados más cercanos, golpeándolos infaliblemente en la carne suave, expuesta y en los ojos, la nariz y la ingle y zonas vulnerables.

Para el momento en que los dos guardias y los dos invitados habían sido golpeados, Valerius ya estaba golpeando su hombro contra uno de los nuevos guardias, empujándolo con fuerza contra la pared y golpeando su cabeza contra la de él. Luego desenvainó hábilmente la daga y la espada corta, y las empuñó con una precisión mortal con las cadenas enrolladas débilmente sobre su hombro, pecho y alrededor de un brazo, fuera de su camino.

Los gritos de sus amos, los gruñidos de dolor de los guardias y los gritos de angustia de los invitados se desvanecieron como un ruido de fondo mientras Valerius se enfocaba en sus siguientes objetivos con letal precisión y habilidad.

Cuatro cuerpos más se desplomaron en el suelo mientras él cortaba un camino hacia la ventana del dormitorio. Pero no tenía prisa por escapar.

No, iba a matar a todos y cada uno, y dejaría a los maestros para el postre.

El resto de los guardias que estaban en la mansión se habían enterado de la masacre y llegaron justo afuera de la puerta de la cámara. En el primer golpe, Valerius exprimió la vida de un guardia cuyo cuello estaba estrangulando entre sus bíceps y el antebrazo mientras tomaba el largo bastón del guardia y lo insertaba en las manijas huecas de la puerta, manteniendo a raya los refuerzos.

En cuestión de minutos, los seis guardias y los cuatro invitados cubrían el suelo en charcos de sangre y una maraña de miembros. Valerius se limpió el labio ensangrentado en el antebrazo y miró las presas que quedaban para el final.

El amo y la maestra se aferraron el uno al otro en su cama, luciendo casi locos de miedo. Para entonces, sus gritos y llantos se habían desvanecido en gemidos, como dos animales arrinconados en espera de ser sacrificados.

Valerius avanzó lenta y deliberadamente sobre ellos, con un spatha listo. Sin decir palabra, arrastró a sus torturadores al suelo y los instó a ponerse de rodillas.

Mientras se preparaba para atacar con la espada en alto, no se dio cuenta de su humillación y lloriqueo. El dolor y la pena acumulados por su familia aumentaron dentro de él, borrando todo lo demás. La muerte era demasiado buena para estos dos demonios del infierno. Y su muerte no le daría ningún consuelo, ninguna absolución.

Pero la muerte tendría que bastar.

Cuando la espada de Valerius alcanzó sus objetivos, asestando el golpe mortal, la puerta de la cámara se abrió de golpe y los guardias y los soldados romanos inundaron la habitación. Valerius no luchó ni habló cuando lo arrastraron lejos. Sería ejecutado por sus actos, lo sabía. Un esclavo que hacía daño mortal a sus amos era un crimen capital. No importaba todas las crueldades que le habían infligido.

Un esclavo no tenía derechos, después de todo. Ni siquiera a su propia humanidad...

Tres días después, Valerius consideró su corta y violenta existencia mientras respiraba superficialmente sobre la cruz en la que había sido clavado desde la noche de su venganza.

Tres días y noches se había podrido aquí, bajo del sol abrasador y los vientos helados de la noche. Extraños le habían arrojado piedras para divertirse. Los buitres habían hurgado en sus heridas y en la piel quemada por el sol. Sintió que su fuerza dejaba su cuerpo, sintió que los últimos suspiros de vida lo abandonaban.

En cualquier momento, finalmente podría descansar. Pero no tendría paz, porque su más profundo pesar era no haber protegido a su familia.

Con un suave aliento, sus ojos se cerraron y su mundo se volvió negro incluso cuando sintió las primeras gotas de lluvia calmante.

Algún tiempo después, cuando se detuvo ante el río Styxx que llevaba a los muertos a través del inframundo, una masa brillante de energía flotó hacia él y bloqueó la oscuridad.

— Antes de irte, guerrero, considera esta opción: ¿qué harías si tuvieras una segunda vida? ¿Qué arrepentimiento abolirías? — Una voz femenina inquietante penetró en su conciencia.

Valerius respondió automáticamente: — Protegería a los que amo. Protegería a los débiles que no pueden protegerse a sí mismos.

— Entonces levántate de nuevo, mi Puro, — la voz se hizo más fuerte y la luz se hizo más brillante hasta que Valerius fue cegado por el resplandor.

— Levántate de nuevo, Protector.



Cuando Valerius se despertó al día siguiente, encontró que Rain ya se había ido, no solo de su cama, sino también del Escudo. Ella y Ayelet habían comenzado temprano en la clínica debido a una incidencia particularmente alta de pacientes que se quejaban de síntomas que sonaban a anemia, que habían llamado para reservar citas el día anterior.

Ayelet quería echar un vistazo y evaluar la situación en busca de signos de manipulación de vampiros. Por lo general, cuando los vampiros tomaban sangre, también tomaban almas, ya que la sangre sola no era suficiente para sostenerlos. Pero los Doce temían que algo siniestro estuviera en el aire, algo que cambiara la biología de los vampiros y, por extensión, el frágil equilibrio que se había mantenido desde la última Gran Guerra para siempre.

Mirando el reloj oriental en la pared opuesta, Valerius hizo una mueca de disgusto. Había dormido la mayor parte del día y, sin embargo, todavía se sentía exhausto.

Y embrujado.

Los sueños habían sido tan vívidos en la noche que sintió como si hubiera revivido la peor parte de su pasado de nuevo. Ocurría tan a menudo, como cualquier noche, abrumado por los demonios de su vida humana, y pasaba sus horas de vigilia luchando por distinguir la realidad de los recuerdos. Era un reflejo involuntario querer cortar cualquier parte

del cuerpo de cualquier persona que lo tocara. Durante los últimos diez años de su vida humana, el tacto equivalía a humillación y dolor.

Con su cuerpo hormigueando por la sensibilidad de los recuerdos y la alimentación de Rain, Valerius se movió con cautela para vestirse. Justo cuando se puso un jersey negro claro, un suave golpe sonó en la puerta del Recinto.

Era Wan'er, y ella parecía vacilante, casi nerviosa, cuando consiguió entrar a la cámara.

Se paró a solo unos metros dentro del umbral y juntó las manos delante de ella.

— Protector, necesito hablar contigo sobre un asunto privado, — comenzó sin preámbulos, sin tonterías, algo de su directa franqueza saltó a la luz a pesar de sus nervios.

Valerius le hizo un gesto para que entrara más y se sentara en cualquiera de las cómodas tumbonas de seda, pero ella negó con la cabeza. Para no alzarse sobre ella, se sentó en un banco cercano y le hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

Wan'er respiró hondo como para reforzar su coraje y espetó:

— Mi señora Rain no se está recuperando lo suficientemente rápido.

Valerius se enderezó y le dio a la doncella toda su atención.

Wan'er se lanzó en un torrente de palabras:

— Usted no se da cuenta de lo que le costó curarlo y ahora al General también tan pronto tiempo después. Y nunca se quejaría de eso. Siempre se esfuerza demasiado para garantizar la salud y el bienestar de los demás. Verás, para el momento de este Ciclo del Fénix, ella estaba más débil que nunca, que en los mil años que he sido su doncella. Los últimos diez años le habían costado demasiado, y el último Consorte no había sido el más fuerte.

Ante esto, Wan'er miró fijamente a Valerius.

Un músculo se tensó en la mandíbula del Protector mientras se reprendía en silencio por su cobardía hace diez años. Daría cualquier cosa por hacerlo, pero también sabía que en aquel entonces, *nada* podría haberlo hecho solicitar estar al Servicio de una mujer que acababa de conocer, sin importar cuán conmovido se sintiera por ella a primera vista.

— ¿Qué debo hacer para revivir su fuerza? — Valerius trató de concentrarse en lo que podía controlar, porque el pasado nunca podría ser cambiado.

— Relaciones sexuales, — dijo Wan'er con naturalidad.

Valerius sintió que la sangre se le escapaba de la cara. No era algo en lo que quisiera pensar, mucho menos hablar con la doncella de la Sanadora.

— Debes liberarte dentro de ella tan a menudo y vigorosamente como sea posible, — continuó Wan'er sin pestañear. — ¿No te explicó el papel del Consorte? Eres esencialmente su Compañero durante este tiempo. La sangre no es suficiente. Y para mí es obvio al observar su estado de salud que aún no te has acostado con ella.

Valerius se puso de pie abruptamente y se alejó de la doncella para tomar aire en sus pulmones. Sintió que las paredes se estaban cerrando y su pulso estaba saltando de pánico.

— No sé por qué no has hecho el acto, pero parece que mi señora se está adaptando a tu línea del tiempo y haciendo caso omiso de la suya. Pero si no cumples con tu deber con la Sanadora, ella no sobrevivirá una semana más.

Valerius permaneció en silencio y cerró los ojos con fuerza, como para dejar fuera la realidad de Rain y sus propios miedos. Asintió una vez al comprender, sintió a la doncella inclinándose ante él y escuchó sus palabras de despedida.

— Dejo a mi señora Rain en tus manos. Por favor cuida bien de ella. No... *no* podemos soportar perderla.

Y tampoco él podría.



En la noche se descubrió que Seth había desapareció con solo una nota garabateada brevemente:

— Estaré fuera indefinidamente. No intenten encontrarme.

Mientras los miembros restantes de los Doce se reunían para reagruparse y elaborar estrategias, la melancolía y la tristeza en la sala del trono eran lo suficientemente espesas como para cortarlas.

Orión y Eveline compartirían los deberes de Seth hasta su regreso; nadie se imaginaría que no lo haría. Aella se haría cargo del entrenamiento de los reclutas, entre lo que se encontraban los tres machos puros que habían solicitado, y no habían conseguido, servir a la Sanadora. Parte del tiempo, ella se beneficiaría de la ayuda de Valerius, pero su deber principal era fortalecer a la Sanadora y garantizar su seguridad. Tristan y Dalair rotarían entre custodiar a Sophia y cazar rogues, así como rastrear el paradero de Leonidas. Aella se asociaría con cualquiera que estuviera de servicio durante la noche.

Mientras tanto, Ayelet continuaría con sus deberes como Guardiana y comenzaría a buscar posibles reemplazos para el Cónsul desaparecido y el Guerrero de élite, según el protocolo cuando uno o más del Zodiaco desaparecían en acción. No era una responsabilidad de la que disfrutaba, ya que esencialmente se estaba protegiendo contra el regreso seguro de sus amigos.

Sophia quería tomar un permiso en la escuela para ayudar, pero ninguno de su Consejo quería hablar de ello. Uno, no había un lugar obvio para ella donde agregara valor. Dos, todos querían protegerla de la infelicidad inmediata de su situación. Su normalidad parecía darle al Zodiaco algo positivo en lo que concentrarse.

Sophia, sin embargo, se sintió impotente y enojada por su protección. Era joven, pero era ingeniosa. Había muchas cosas que podía hacer para aliviar sus cargas, incluso si eso significaba descifrar y sellar documentos oficiales que a menudo le tomaban horas a Seth.

Se dirigió a su habitación en un ataque de temperamento y desesperación, Dalair la siguió unos pasos atrás.

Al entrar en su habitación, irrumpió sin mirar atrás:

— ¿Por qué tienes que seguirme a todas partes? ¡Estamos en el Escudo, estoy tan a salvo como puedo estar, por el amor de Dios!

Dalair aceptaba los pequeños favores donde podía: al menos, ella no le había cerrado la puerta en la cara.

— Sabes que es un protocolo cuando estamos en Código Rojo. Sabes que uno de los Elite debe estar contigo en todo momento — le recordó suavemente, su voz baja y tranquila.

— Pero, ¿por qué tienes que ser tú? — Sophia prácticamente se quejó, levantando las manos con disgusto. — ¿Por qué no puede ser Aella o Tristan?

Dalair no entendía su descontento con él, que había aumentado últimamente a un ritmo alarmante. Sabía por qué ella *debería* detestarlo, pero Sophia no lo sabía. Y haría todo lo que estuviera en su poder para mantenerlo así.

Con calma respondió a su pregunta:

— Tristán y Aella están cazando esta noche.

— Lo sé, — murmuró Sophia, — era una pregunta retórica. — Agarró su pijama y se dirigió al baño, dejando la puerta abierta para que no tuviera que venir a golpearla en caso de que se ahogara en la bañera. ¡Jesús! ¿Cuán estúpida podría ser esta situación?

Dalair se paró contra la pared exterior junto a la puerta del baño con los brazos cruzados. La escuchó mientras se lavaba los dientes, abría la ducha y se quitaba la ropa. Cerró los ojos para magnificar sus otros sentidos y así poder desconectar el ruido de fondo.

— Estás durmiendo en el piso, — gritó Sophia en voz alta para ser escuchada sobre el fuerte rocío del agua. Desafortunadamente, a menudo olvidaba que el Regalo de Dalair eran sus sentidos hiperdesarrollados, por lo que su voz fuerte era como unas uñas contra una pizarra para sus tímpanos.

— Tengo un saco de dormir y un edredón extra que puedes usar, — continuó en el mismo tono, haciendo que Dalair se encogiera ligeramente. Se concentró por un momento y redujo su audición, sin dejar de bloquear el ruido de fondo.

No necesitaría el edredón, pensó Dalair, pero permaneció en silencio.

— Y no quiero que me discutas si dejas las luces encendidas cuando duermo, — se gruñó Sophia un poco más, — así es como me gusta, así que puedes lidiar con eso.

Nuevamente, Dalair no sintió que necesitara comentar. Por supuesto, él se adheriría a sus preferencias. Ella era su reina. Nunca la iba a contradecir.

A menos que fuera por su propia protección.

Pasaron unos minutos de silencio y luego escuchó:

— Será mejor que te quedes con la ropa puesta mientras duermes. No quiero volver a verte desnudo nunca.

Una pausa.

— Entonces, no es que piense mucho en eso, quiero decir, no pienso en ti desnudo en absoluto. Pero en caso de que hagas ese tipo de cosas, ya sabes, dormir desnudo. Es mejor que no lo hagas cerca de mí.

Dalair frunció el ceño ligeramente. En verdad, no la entendía en absoluto. Parecía como si fuera una persona completamente diferente de la reina que una vez sirvió. Pero a veces... a veces sentía un reconocimiento por ella en lo más profundo de su alma.

Unos minutos más y Sophia salió del baño con una bata blanca y esponjosa, los animales bebés en su pijama azul claro se exhibía por completo debajo de su dobladillo. Las zapatillas de cerditas rosadas demasiado rellenas le calentaban los pies y la hicieron andar como un pato en lugar de caminar. Se estaba secando el cabello castaño hasta los hombros mientras se acercaba a la enorme cama tamaño king con 4 postes para retirar las sábanas y apilar las almohadas para leer antes de acostarse.

Mirando su cómoda cama y el duro suelo al lado de la cama cubierto solo por una colorida alfombra de lana delgada, Sophia sintió una punzada de conciencia. Si fuera Aella, o cualquier otro miembro de la élite que le importara, quien estuviera aquí ahora con ella, no dudaría en invitarlos a compartir sus comodidades. Ella había sido criada por el Zodiaco, después de todo. Eran familiares para ella: padres, tías y tíos, hermanos y hermanas mayores.

Al principio, había sentido el mismo afecto familiar y amor por todos, incluido Dalair. De hecho, cuando ella era una niña, él siempre fue su compañero favorito. Pasó la mayor parte del tiempo protegiéndola y cuidándola más que cualquier otro miembro de la Elite, a pesar del papel de Valerius como Protector. Y hasta que Sophia tuvo diez años, a menudo dormía en su cama, buscándolo en medio de la noche cuando las pesadillas la acosaban. En muchos sentidos, él había sido su manta de seguridad.

Y luego descubrió que le gustaban los niños.

Estaba enamorada de varios chicos de su escuela y una pareja la inspiró a componer cartas de amor extremadamente malas. Pero de alguna manera cuando llegó a su casa en el Escudo, una mirada a Dalair y se sintió insatisfecha, frustrada y francamente enojada.

Su actitud hacia él cambió muy gradualmente. Primero fue la separación, hasta que la Élite retomó su horario de rotación normal para cuidarla, y vio a Dalair cada vez con menos frecuencia en comparación con los primeros años de su infancia. Luego fue el distanciamiento, cuando se obligó a sí misma a tomar un interés más activo y constante en los niños de su misma edad, es decir, los niños humanos. Se obligó a mirar a Dalair con la misma indiferencia que uno miraría a un paisaje o al arte.

Un increíble asombroso paisaje o arte. A la misma escala relativa que el Taj Mahal o el David de Miguel Ángel, pero solo un paisaje o arte, sin embargo.

Y finalmente, hubo resentimiento. Por alguna razón, muy recientemente, de hecho, Sophia se sentía inexplicablemente irritada, molesta y frustrada cuando Dalair estaba cerca. Era como si SPM⁸ la golpeará fuerte y rápido solo en su presencia. No podía hacer y decir nada bien.

A veces, incluso lo odiaba.

— Um, mira, — murmuró Sophia de mala gana, como si las palabras le dejaran un sabor amargo en su boca, — no tienes que dormir en el suelo. Puedes tomar el otro lado de la cama y podemos enrollar el edredón y el saco de dormir como una barrera entre nosotros para que no te golpee y te pateen mientras duermo durante la noche. Tiendo a moverme mucho.

— No es necesario, — respondió en un tono uniforme, siempre en ese tono uniforme, — el piso está bien.

— Haz lo que quieras, — dijo Sophia bastante altivamente con una sacudida de su cabello. — No me culpes si te resfrías o te duele la espalda.

Sin responder, Dalair extendió el saco de dormir y el edredón en el suelo, justo al lado de la cama de Sophia, y se tumbó de lado, lejos de ella, usando sus bíceps como almohada. Sabía que no dormiría esta noche, no cuando el peligro aumentaba, pero no quería sentarse o estar

⁸ SPM: Síndrome pre menstrual. XD.

de pie despierto, mirando y haciendo que su presencia pareciera más intrusiva.

Sophia se acomodó en su cama, se recostó contra su alta pila de almohadas y fingió leer. La habitación estaba brillantemente iluminada con una lámpara de techo y su lámpara de noche. Ella aprovechó esta oportunidad para evaluar al Paladín sin ser observada.

Era el guerrero de élite más delgado y más bajo, aunque todavía media más de seis pies de altura. Su constitución le recordó a Sophia a los hombres del Medio Oriente o de América Latina, más delgados en el pecho y especialmente en la cintura que los europeos. Pero proporcionalmente, al menos en la opinión de Sophia, su tipo de figura era la más bella. Los hombros anchos se estrechaban hasta llegar a una cintura estrecha y a las caderas con sus extremidades largas y delgadas, su torso formaba un trapecio perfecto al revés. La única curva en su cuerpo inflexible eran sus tensas y musculosas nalgas, y eso solo lo hacía aún más atractivo en su abrumadora masculinidad.

Sophia era una mujer de culos y su trasero era probablemente el mejor que había visto en su vida. Le picaban los dedos para comprobar su resistencia, sus dientes hormiguearon para hundirse en la carne tentadora. Sin duda, el Paladín tenía un trasero de clase mundial.

Más bien como un semental árabe salvaje.

Dalair no hacía nada para enfatizar sus "encantos", aunque eso no impedía que Sophia se lo comiera con los ojos cada vez que tuviera la oportunidad. Era una reacción involuntaria. A menudo ni siquiera sabía que lo estaba haciendo hasta que alguien o algo la alertaba de que no había parpadeado en un largo período de tiempo.

Cuando se sorprendía a sí misma en el acto, siempre estaba muy molesta. ¿Cuál era el punto de codiciar al Paladín? Como si alguna vez terminarían saliendo. Seguía recordándose a sí misma que tenía que guardar sus hormonas para los niños humanos. La relación riesgo / recompensa era mucho más atractiva en ese caso.

Sophia observaba con gran fascinación cómo su respiración profunda y uniforme levantaba y deprimía su caja torácica. Era hipnótico, realmente, y extrañamente relajante. Si ella podía ver a Dalair respirar así, entonces todo estaba bien en el mundo. Y si no fuera así, lo sería. Porque él estaba aquí, y ella tenía una fe absoluta en que él lo lograría.

Recordando que debía seguir fingiendo leer, hojeó una página de su novela romántica pero mantuvo su mirada pegada en la espalda de Dalair. Y luego se movió codiciosamente por su columna hasta su trasero perfectamente desarrollado.

Sophia se lamió los labios mientras la habitación comenzó a calentarse y su boca se secaba.

Abruptamente se pregunto, como se comparaba con Ere. Ambos eran de cabello oscuro, de estatura similar. Si los ponía uno al lado del otro, Dalair era mucho más masculino con su piel bronceada, músculos magros y una expresión siempre seria, como si llevara el peso del mundo.

Ere, por otro lado, mientras que era intensamente masculino, cuando Sophia no tenía a Dalair con quien compararlo, parecía más refinado, elegante, definitivamente más del tipo académico que del tipo guerrero, lo cual tenía sentido. Era inquietantemente hermoso, mientras que Dalair era...

Bueno, Sophia todavía no sabía qué era Dalair.

Ambos hombres exudaban una poderosa corriente subterránea de magnetismo sexual. Sophia tenía la idea de que Ere estaba bien sintonizado con sus propios poderes de atracción y sabía cómo usarlos. Dalair, por otro lado, no tenía ni idea. Pero la Diosa de arriba, seguramente derramó esa energía sexual en oleada tras oleada, que de alguna manera se hizo más potente por el hecho de que ni siquiera estaba intentando, ni siquiera sabía que lo estaba haciendo.

Como ahora.

Sintió la atracción de él como si la luna se sintiera esclava del sol. Eso le hacía querer *hacer cosas*. Incluso cosas más atrevidas que morderle el trasero. La hizo querer extenderse como una segunda capa de piel sobre su cuerpo desnudo y arrastrarse hacia él. Le hizo desear que tuviera colmillos femeninos Puros para hundirse en esa garganta, en sus bíceps, su abdomen inferior justo encima de su hueso púbico, sus muslos internos, su...

— Duermete, Sophia, — ordenó Dalair bruscamente en un tono sorprendentemente perturbado, sorprendiéndola lo suficiente como para dejar caer su libro al suelo.

No la ayudó a recogerlo, sino permaneció en su posición, acostado de lado. Sophia le disparó puñales a su espalda mientras colgaba a medias de la cama, casi perdiendo el equilibrio, tratando de buscar su novela.

Puso la novela en su mesita de noche e hizo una producción para acomodarse en su capullo de gruesos edredones y almohadas, moviéndose y dando vueltas.

— Buenas noches, — gritó con voz apagada, sonando molesta y haciendo pucheros.

Dalair no respondió de la misma manera, concentrando toda su energía en hacer que su cuerpo se calmara.

No iba a ser una buena noche para él, ni mucho menos. No cuando su cuerpo le dolía tanto por meterse dentro del de ella, que era todo lo que podía hacer para no ahogarse en agonía.

Había sentido su mirada sobre él desde que se había acostado. Él había sentido su creciente excitación al escuchar su respiración acelerada, su corazón latir con fuerza, al inhalar su aroma embriagador, floreciendo densamente con su emoción. Casi podía ver en su mente lo que ella veía en el suyo mientras escudriñaba su cuerpo con interés sexual.

Pero él nunca sería el indicado para ella, pensó Dalair mientras su corazón se encogía de dolor. Nunca había tenido ese derecho y sabía que nunca lo tendría.



Tristán se colocó detrás de su compañera y le rodeó la cintura con los brazos, besando su cuello con pequeños roces ligeros, acurrucándose contra ella e inhalando profundamente su aroma familiar.

— Estás en casa temprano esta noche, — saludó Ayelet, inclinando la cabeza hacia un lado para darle un mejor acceso. Pero mantuvo la mirada fija en la pantalla gigante de doble pantalla frente a ella, con los dedos ocupados tocando las teclas mientras continuaba su búsqueda de los posibles reemplazos de Seth y Leonidas.

— Tenemos algunas pistas, — respondió Tristán, abrazándola de nuevo y colocando su barbilla ligeramente sobre su cabeza como era su costumbre. — Nos encontramos con un vampiro rebelde que solía pertenecer a la facción que fue aniquilada en el túnel del tren. Solían

tener tratos con otro grupo, mucho más antiguo, con miembros mucho más poderosos, para dividir territorios y acordar reglas básicas para cazar humanos. El grupo más viejo quería absorber a esta facción que estaba en el medio de ellos, pero no para construir una Colmena; en cambio, parecía que estaban reclutando para un ejército. La facción se negó.

— ¿Quién es el líder de la Horda del otro vampiro?, — Preguntó Ayelet, mientras continuaba tecleando.

— El vampiro no lo sabía. Nunca la ha visto o escuchado, pero la facción de vampiros más antigua definitivamente estaba actuando bajo órdenes. También estaban notablemente organizados y se comportaban bien, como si fueran soldados entrenados. Sin embargo, su general nunca hizo acto de presencia.

Ayelet lo absorbió asintiendo.

— ¿Y cómo lograste obtener tanta información de un vampiro rebelde?

Sintió a su compañero sonreír contra su cabeza.

— Aella puede ser muy persuasiva. Entre su atracción por ella y terminar el negocio con su daga, el Renegado no podía negarnos lo que sabía.

— ¿En cuánto de lo que divulgó podemos confiar?

— Un poco más de excavación nos lo dirá, — respondió el Campeón. — Pero me inclino a seguir las pistas que nos dio. Parecía estar tratando de reformarse: estaba demacrado por el hambre y profesaba que continuaría evitando dañar a los humanos mientras trataba de encontrar otra forma de sobrevivir. Dice que está enamorado de una mujer humana, si te lo puedes imaginar.

— Puedo, — suspiró Ayelet. — A menudo vemos a los vampiros como monstruos chupadores de sangre, nuestra némesis y la némesis de los seres humanos. Pero no debemos olvidar que alguna vez fueron como nosotros, los Puros dedicados a proteger este mundo y a los humanos dentro de él. Es trágico que se hayan convertido en lo que son simplemente porque perdieron sus corazones por las parejas equivocadas. El anhelo de amar y ser amado a cambio no debería justificar un castigo tan cruel.

— Tus palabras pueden considerarse blasfemas, — comentó Tristan sin calor, — No sabía que simpatizabas con los vampiros.

Ayelet se giró en los brazos de su compañero para mirarlo.

— Simpatizo con ellos como criaturas vivas y que sienten de esta tierra. Si la Diosa consideró apropiado permitirles este camino de vida, seguramente no pueden ser todos malvados. Desde su creación, parecen ser tan parte del equilibrio universal como nosotros. Y la gente cambia, las almas se transforman. Es un ciclo que todos servimos. Quizás los vampiros también están cambiando. Solo mira el creciente número de nidos en todo el mundo. Se están volviendo mucho más organizados, incluso civilizados. Incluso tienen sus propias reinas.

Ella descansó su cabeza contra el pecho de su amante e inmediatamente se sintió satisfecha por el fuerte latido de su corazón. Además, simpatizo porque te tengo a ti. Sé lo raro y especial que es nuestro vínculo. Esto es lo que buscaba un Puro cuando rompieron la Única Ley Sagrada. ¿Cómo puedo recriminarles ese deseo cuando yo misma he sentido lo mismo?

Tristán la abrazó con fuerza contra él y acarició su larga melena rubia con dulzura.

— Recuerdo la primera vez que te vi, — Ayelet murmuró soñadora. — Acababas de ser revivido. Parecías tan desconcertado y con tanto dolor por la transformación. Y todo lo que pude pensar fue “Lo quiero para mí. Haría cualquier cosa por tenerlo, aunque me cueste todo.” Me arriesgué contigo sabiendo muy bien las consecuencias si no devolvías mi amor, pero nunca dudé ni por un momento. Si mi muerte hubiera sido la consecuencia, no me habría arrepentido de haber tomado esa decisión. Mi existencia no habría tenido sentido sin ti.

Ayelet puso sus manos en las caderas de su compañero, luego las pasó codiciosamente sobre su tenso trasero, masajeando y apretando sin prisa, avivando el fuego dentro de él.

— No sé si habría tomado la muerte o la vida como vampiro, y estoy eternamente agradecida de no tener que enfrentar esa elección imposible. Así que no puedo juzgar con rectitud a aquellos que han recorrido un camino similar, les rompen el corazón y luego se enfrentan a una realidad tan brutal. Supongo que mi propia felicidad me ha puesto más en sintonía con la tristeza de los demás.

— Es una de las muchas razones por las que te amo, — respondió Tristán con fuerza y empujó su excitación en la suavidad de su vientre.
— Ven, mi querida, déjame mostrarte la profundidad de mi devoción.



Valerius sostuvo a Rain con fuerza mientras ella dormía, de espaldas a su frente mientras él se curvaba alrededor de ella en su habitual capullo.

Era casi de madrugada, pero había estado despierto toda la noche con pensamientos combativos, luchando entre el imperativo de su cuerpo de Servirla y el terror de su mente ante el verdadero acto de apareamiento. A esto se sumaron las advertencias de Wan'er al principio del día.

No importaba lo que le costara, tenía que intentarlo.

Involuntariamente, se estremeció cuando su corazón se apretó dolorosamente. ¿Y si no pudiera vencer a sus demonios? ¿Qué pasaría si su cuerpo estuviera demasiado contaminado con los horrores y la inmundicia de su pasado para satisfacer sus necesidades? ¿Qué pasaría si su mente le negara la liberación que ella necesitaba?

¿Y si no lograba complacerla?

Nunca lo habían besado. Nunca besó a una mujer de una manera no filial. Los atormentadores en su vida humana siempre habían evitado su boca después de la primera vez que se aventuraron cerca y casi se fueron con una parte faltante de su cuerpo. Nunca había tenido que controlar su cuerpo, siempre lo habían controlado por él, utilizado como sus abusadores lo creían conveniente. Y él era demasiado grande. Si no podía encajar en la maestra a pesar de sus innumerables y cruelmente ingeniosos esfuerzos, ¿cómo podría encajar dentro de la pequeña y frágil Sanadora?

Ella le había mostrado una pequeña idea de cómo darle placer la otra noche. Pero eso era todo lo que sabía. No sabía por dónde empezar ni cómo terminar. Temía hasta los huesos que ella pudiera haber estado en lo cierto: no sabía nada acerca de ser su Consorte.

No sabía cómo ser un macho Puro.

Hubo momentos en que cayó en una profunda desesperación, sintiéndose atrapado nuevamente dentro del niño de catorce años que

había sido brutalizado y traumatizado. Queriendo abrirse camino fuera de su propia piel sin embargo; sintiendo como si fuera a ser arrastrado hacia abajo, más y más hacia el abismo. En un vacío negro de dolor y desesperanza.

Cuando se retiraron a su habitación más temprano en la noche, él se ofreció torpemente a servirla. Ella declinó gentilmente, diciendo que deseaba dormir y que todo lo que quería era que él la abrazara.

Pero podía ver la tensión del agotamiento y la debilidad en sus ojos, en las pequeñas líneas blancas alrededor de su boca, en la forma en que apenas se mantenía erguida, la palidez translúcida de su piel.

Si hubiera algo bueno que pudiera lograr en su larga existencia, Valerius quería asegurar la fuerza y la vitalidad de la Sanadora. La fuerza y la vitalidad de Rain. Siempre había sido solo Rain. No se atrevía a pensar en ella como suya, pero sabía desde la primera vez que se conocieron que era inequívocamente suya. Solo había estado retrasando lo inevitable. Negando la razón misma de su ser.

Tentativamente, deslizó una mano por su costado, sobre su delgada cadera y a lo largo del muslo hasta el borde de su camisón de seda. Levantó el material hacia arriba y sobre su forma dormida, moviendo sus extremidades fácilmente para tirar la bata sobre su cabeza, dejando su cuerpo desnudo contra el suyo.

Se agitó un poco, pero permaneció dormida, curvándose más fuertemente en una bola, con los brazos cruzados sobre sus pequeños senos de punta rosa como si tuviera frío o timidez.

Valerius se acomodó más cerca de su forma acurrucada y deslizó una mano grande sobre su cuerpo, tranquilizándola lo suficiente como para se relajara gradualmente y revelar más de su frente a su delicado toque.

Como ella le había enseñado, él cubrió su área púbica con una mano, acunándola suavemente entre sus muslos. Con el pulgar, comenzó a frotar revoloteando, de un lado a otro a través de su lugar especial, alentándolo a que se convirtiera en un pequeño botón duro.

Rain suspiró profundamente e instintivamente ensanchó sus piernas una fracción para darle un mejor acceso. Lo tomó como bienvenida y hundió un dedo lentamente en su calor húmedo.

Su mano se acercó a la de él, pero no ejerció presión, simplemente se aferró a su muñeca con anticipación. A medida que su excitación y

preparación aumentaron, emitiendo una fragancia embriagadora, su propio cuerpo se tensó increíblemente en reacción, su aroma de apareamiento se unió al de ella.

En poco tiempo, su cuerpo se estremeció de alegría, las paredes de su estrecho canal se apretaban espasmódicamente alrededor de su dedo, haciendo que su polla hinchada se sacudiera de celos y tormento contra su trasero.

Cuando sus temblores disminuyeron lentamente, ella se dio la vuelta en sus brazos sin abrir los ojos.

— Estás haciendo imposible resistirte, — se quejó en un tono burlón. — No digas que no te lo advertí cuando estés adolorido y con moretones después.

— No, — estuvo de acuerdo, — solo déjame hacerte el amor. Déjame darte lo que necesitas.

Vagamente, se le ocurrió al subconsciente todavía dormido de Rain que él había dicho "hacer el amor", no "Servirla". De alguna manera, ella reconoció la importancia de la distinción, pero inmediatamente se olvidó de todo cuando sintió su erección sondeando entre sus muslos.

— Hmmm, — ronroneó, retorciéndose contra él hasta que los labios satinados de su vagina frotaron burlonamente sobre la cabeza hinchada de su pene, humedeciéndolo en un beso íntimo.

Valerius se estremeció ante la sensación, pero se mantuvo quieto, dejándola frotarse lentamente contra él, complaciéndose con la presión de su polla.

Con una mano temblorosa, él levantó su barbilla y acercó su rostro al de ella. Cuando sus labios estaban a no más de un susurro de distancia, inhaló su aroma profundamente como para prepararse, aprovechando la fuerza interior.

Y entonces sus labios se encontraron con los de ella en un roce tan ligero que Rain sintió cosquillas. Ella acercó más su boca y le pasó una mano por detrás del cuello, impidiendo una posible retirada.

Un ligero roce se convirtieron en dos roces. Dos roces florecieron en arduos trazos. Y aun así sus labios permanecieron cerrados contra los de ella ligeramente abiertos.

La estaba volviendo loca lentamente.



Pero ella quería que él se tomara su tiempo, como esperar pacientemente a que se acercara un tigre herido. Dondequiera que él la condujera, ella lo seguiría. Ella quería ser bendecida con el regalo de él en lugar de tomarlo como si tuviera todo el derecho.

El que ella tenía. Como dictaban las reglas del Ciclo del Fénix.

Pero ella nunca vio a sus Consortes como posesiones, o incluso como sus sirvientes, aunque técnicamente lo eran durante la duración del Ciclo. Ella siempre vio su Servicio como un privilegio para ser honrado, incluso apreciado. Cada uno de ellos merecía su afecto, admiración y respeto.

Rain estaba tan atrapada en la generosa boca de Valerius que olvidó por un momento todo lo demás. Sus caderas se detuvieron en su ondulación contra la de él. Con todo su ser, se concentró en su tentativo beso insoportablemente gentil.

Finalmente, su boca se abrió ligeramente y comenzó a tirar de sus labios con más fuerza con los suyos, chupando y soltando, mordisqueando y frotando. Nunca se había sentido tan excitada por un simple beso. Tal vez fue su ternura. Tal vez fue su timidez. O tal vez fue la anticipación de más por venir que se construía con urgencia dentro de ella, encendiendo cada célula y nervio. Porque ella nunca había sido besada con tanto...

Amor.

No había otra palabra para ello. Era como si estuviera vertiendo su corazón y alma en este acto, su cuerpo literalmente vibraba con la intensidad del mismo.

De nuevo, Rain sintió una punzada de alarma. Pero Diosa, esto se sentía tan bien. Muy bien Ella nunca querría que se detuviera.

Y luego sintió que su lengua lamía ligeramente su labio superior. Oh, por favor, por favor, acércate, dijo la araña a la mosca. Inconscientemente, ella apretó la parte posterior de su cuello instándolo. Por favor, por favor, entra.

De repente, lo hizo, insertando su lengua en su boca con un voluptuoso barrido. Ambos gimieron ante la sensación y lucharon por acercarse aún más, aunque ya estaban pegados, frente a frente.

A fondo, metódicamente, exploró su boca con su lengua y labios, entrando y retrocediendo una y otra y otra vez. Ambas caderas imitaban sus bocas, empujándose una contra la otra, ondulando, arqueándose.

Parecía que duraría para siempre. Ella quería que continuara para siempre. Pero aún así ella necesitaba más. Lo anhelaba en su núcleo.

De repente, Valerius se separó con un suspiro tembloroso, el pecho agitado y el corazón acelerado.

— Quiero estar dentro de ti, — susurró, con una voz tan grave, ronca y carnal que a ella se le puso la piel de gallina en respuesta.

— Sí, — respondió ella con exaltado alivio. — *Por favor.*

— Y-yo no... — El cuerpo de Valerius se tensó en un arco mientras luchaba con las palabras. — Muéstrame cómo, — dijo finalmente, una ola de vergüenza y dolor se apoderó de él.

Ella no dudó, la mano en la parte posterior de su cuello se deslizó hasta sus hombros, sobre su pecho y abdomen, vagó posesivamente sobre su cadera y alrededor de sus nalgas, apretando y amasando suavemente como para prepararlo, pero también para demorarse unos momentos para darle tiempo a cambiar de opinión.

Valerius llevó su boca urgentemente a la de Rain, llenando sus labios con pequeños mordiscos desesperados incluso cuando él tomó su mano firmemente en la suya y la llevó hasta su ingle, ahuecando sus dedos alrededor de él. Sin decir palabras, la instó a seguir con su boca, con su cuerpo.

Por favor, Diosa, no dejes que le falle.

Todavía entrelazado con él, ambos de lados uno frente al otro, Rain agarró su gruesa longitud tan firmemente como pudo, sus dedos solo pudieron abarcar alrededor de la mitad de su circunferencia, y lo llevó a su entrada.

Ella lo movió de un lado a otro contra sus labios inferiores, humedeciéndolo con su excitación, mojándolo con su rocío. Ella hizo esto por infinitos momentos, torturándolos a ambos, hasta que Valerius no pudo soportarlo más.

— Hazlo, — jadeó en su boca, — ahora.

Ella movió sus caderas, y con una lenta ondulación, tomó la cabeza regordeta de su pene adentro.

Su cuerpo se sacudió con escalofríos, e hizo un sonido bajo de dolor. Rain inmediatamente se detuvo, abriendo los ojos y vio que tenía los ojos bien cerrados, su cara retorcida por la angustia.

Como si sintiera que ella lo miraba, él volvió la cara hacia las almohadas, escondiéndose de su penetrante mirada. Sin previo aviso, empujó sus caderas en ella, ganando otra pulgada.

Incluso cuando Rain gemía de placer ante la plenitud de él, su cuerpo estirándose para acomodarlo y tomar más de él, era claramente consciente de que sus escalofríos se habían convertido en sacudidas, como si alguien lo estuviera lastimando tan severamente que no podía controlar su reacción. Ella vio los tendones en su cuello tensarse contra su piel y su mandíbula apretarse repetidamente, vio su manzana de Adán sacudirse una, dos veces, mientras tragaba, mientras luchaba por respirar.

Y ella vio una lágrima escaparse por el rabillo del ojo.

Su corazón se rompió.

Nada valía el dolor que sufría. No su alimento, ni su vitalidad, y en este momento, ni siquiera la supervivencia de los Puros.

Ella trató de retroceder, trató de soltarlo, pero él la abrazó con fuerza, con un brazo de acero alrededor de su espalda.

— ¡No!, — Suplicó, con la voz quebrada por la emoción, — necesitas esto, quiero...

— Mírame, *airen*, — ordenó suavemente, pero con fuerza. Levantó la mano para sostener su mejilla, su pulgar frotando la humedad allí.

Se negó a mirarla, empujando de nuevo las caderas. Pero ella lo había anticipado y retrocedió al mismo tiempo que él empujó, frustrando sus esfuerzos.

— Mírame, Valerius, — instó de nuevo, su voz con un profundo dolor de su corazón. — No te hagas esto a ti mismo. Por nosotros. Háblame.

Sus ojos de repente se abrieron de par en par, mirando sombríamente, desgarradoramente a los de ella. Brillando con sus lágrimas apenas



controladas, descubrió su alma ante su escrutinio por un breve momento.

Lo que Rain vio allí la devastó.

Y entonces la visión desapareció. Se apartó de su cuerpo, se levantó torpemente de la cama y se encerró en el baño en dos largas zancadas.

Rain se quedó quieta en la cama, desprovista de su calor, y escuchó los sonidos del baño. La ducha se había encendido. Pero no había nada más. Ella estaba dividida entre ir a él y quedarse. ¿Y si él no quería su consuelo? ¿Y si la rechazaba?

No importaba, pensó con convicción. Ella no podía dejarlo estar solo.

Ahora no.

Con cuidado, se levantó de la cama y caminó silenciosamente hacia el baño, deteniéndose justo afuera. La puerta del baño tenía una rendija abierta, y con cautela la abrió un poco más, revelando al guerrero torturado dentro.

Valerius estaba encorvado sobre el mostrador del fregadero, con la cabeza inclinada hacia abajo, ante la derrota y el cuerpo agobiado por la agonía. De repente levantó la vista hacia su reflejo y desató un poderoso puño contra el espejo, rompiéndolo y atravesando la pared detrás, rompiendo el mortero con los nudillos.

Explotó una y otra vez, golpeando el mismo lugar una y otra vez hasta que todo el espejo de la pared se hizo pedazos, la pared detrás de él se deshizo, los ladrillos expuestos manchados con su sangre.

Habría continuado con la destrucción y el abuso a sí mismo si Rain no se hubiera apresurado para envolver sus brazos alrededor de su cintura, sujetando su espalda al frente de ella. Pero él no prestaba atención a lo que lo rodeaba, demasiado atrapado en sus propias pesadillas, y al sentir a alguien detrás de él, su piel tocando su piel, Valerius enloqueció. Torció la espalda para apartarla y deslizó un brazo debajo del de ella para romper su agarre sobre él.

La fuerza de la acción la hizo volar hacia atrás contra la pared y se dio un fuerte golpe y lanzó un sobresaltado grito de dolor.

Valerius se dio la vuelta de inmediato al oír el sonido de angustia de Rain. La visión de su cuerpo desnudo y arrugado acurrucado contra la pared atravesó la neblina roja de dolor que cegaba su visión.

— ¡No! — Se ahogó, arrodillándose ante ella en el suelo, llevando su cuerpo contra el suyo con manos temblorosas. — No no no no no no, — cantó abatido, acunándola cerca y meciéndose de un lado a otro.

Ella se agitó en su abrazo y le puso su delgada mano en la mejilla.

— No te preocupes, mi guerrero, — susurró débilmente contra su pecho— Estoy bien, estaré bien. Vuelve a la cama conmigo. Háblame.

Valerius obedeció después de revisar minuciosamente el alcance del daño. Al no encontrar huesos rotos o ligamentos torcidos, cerró el agua y la llevó a su cama. Pero él dudó en unirse a ella, y ella vio en su rostro a sí mismo y la desesperación.

No habría más de eso, determinó Rain de una vez por todas. Ella no lo dejaría caer de nuevo en el abismo. Ella le abrió los brazos y esperó.

Durante largos momentos permaneció allí, congelado por el miedo y la duda.

Y ella esperó.

Con un suspiro estremecedor, se unió a ella en la cama y la apretó fuertemente contra él, abrazándola como un niño asustado agarrando su osito de peluche en una noche oscura y tormentosa.

— Háblame, — repitió en un susurro.

Pasó una eternidad, pero él permaneció en silencio.

Aún así esperó, acariciando suavemente los brazos que la envolvían protectoramente, con reverencia y pesar.

Y finalmente, escuchó su voz, cruda y quebrada junto a su oído. Incluso podía escuchar al niño dentro, llorando, lastimado, pero tratando desesperadamente de mantenerse fuerte.

Rain lloró en silencio por ese niño y por el increíble, vulnerable y hermoso guerrero en el que se había convertido a pesar de las tragedias de su pasado. Contra viento y marea, había conquistado a sus demonios. Para mi, Valerius Marco Ambrosio era primero y ante todo un *buen* hombre.

Era el mejor macho que ella conocía.

9

Hace 10 años... Hangzhou, China.

Valerius no quería quedarse un día más de lo necesario.

Durante treinta días estuvo deambulando, presumiblemente vigilando y asegurándose de que el Santuario estuviera seguro. Pero realmente estaba esperando.

Esperando a que Rain tome su alimento de su Consorte elegido. Esperando a que ella tome el cuerpo de otro hombre en el suyo una y otra vez.

No importaba dónde estuviera en el Santuario, Valerius podía oler el aroma de su pasión. Su cuerpo temblaba de simpatía cada vez que el suyo encontraba liberación. Sabía que todo estaba en su enferma y retorcida imaginación. En realidad, no podía escuchar nada proveniente de su Recinto. Las paredes eran demasiado gruesas y estaban demasiado bien selladas para que escaparan los olores. Y sin embargo, de alguna manera lo sintió todo, como si ella estuviera tomando el Alimento de su vena, satisfaciendo sus necesidades con su cuerpo. Estaba dolorosamente erecto la mayor parte del tiempo, reducido a nada más que una erección andante. Así que sí, realmente le gustaría irse lo antes posible.

Como hoy. Como *ahora*.

Pero su preferencia se anuló cuando la pequeña Reina se encendió como fuegos artificiales por la invitación de la Sanadora para que se quedara al comienzo del Festival de Otoño o de la Luna, donde podría probar innumerables variedades de pasteles de luna y ver la deslumbrante exhibición de faroles multicolores flotando en el cielo del mercado nocturno.

Justo lo que necesitaba, pensó Valerius con el ceño fruncido, proteger a tres mujeres en una multitud de extraños en medio de una fuerte y caótica celebración y a través de callejuelas y callejones serpenteantes. Además, el festival tenía lugar en la noche de la luna de la cosecha, la luna llena más cercana al equinoccio de otoño, uno de los períodos de caza favoritos de los vampiros.

Fantástico.

Sophia se levantó de la cama antes del amanecer esa mañana, demasiado excitada por la anticipación para dormir. Ayelet también se levantó para ayudar a la niña a vestirse con túnicas de seda chinas tradicionales, un chaleco rojo y dorado con una falda a juego, elaboradamente decorado con flores y bordados de Fénix.

Wan'er también me pidió que ayudara a los visitantes a comenzar su día, trayendo con ella una gran bandeja de comida y té *longjing*, un manjar de la zona. Ella se rió de placer cuando vio la exuberancia y el adorable disfraz de la pequeña reina, haciendo que Sophia se parara entre sus rodillas mientras se sentaba frente al antiguo tocador chino para peinar el largo cabello castaño de Sophia y procedió a trenzarlo en espirales a cada lado de su cabeza.

Mientras las mujeres charlaban alegremente y se preparaban para el día, Valerius tomó un suntuoso desayuno, pero estaba demasiado concentrado en estudiar los mapas de las calles y terrenos de la ciudad para apreciar el sabor.

Y luego la Sanadora, Rain, entró después de un suave golpe en la puerta de su cámara. Valerius se atragantó abruptamente con su bollo de frijoles rojos y rápidamente se lo tragó con sorbos de té.

La sanadora se veía radiante con su vestido azul claro, un estilo simple en algún lugar entre lo tradicional y lo moderno, pero con cada centímetro de atractivo femenino. La conclusión del Ciclo del Fénix la había dejado con una piel brillante y lechosa, mejillas juveniles sonrojadas, grandes

ojos luminosos de cola de fénix que se inclinaban seductoramente en las esquinas y labios rojos y carnosos.

Valerius tomó la transformación con un corazón salvajemente palpitante. Nunca había visto algo más hermoso. Y luego notó el último detalle...

Se había afeitado todo el pelo.

Podía ver la sombra de raíces negras que ya comenzaban a crecer. Sin la cortina de cabello que protegía su rostro, su belleza etérea era aún más impresionante.

Ella miró en su dirección y lo atrapó mirándola como un tonto. Tímidamente, se pasó una mano por la cabeza afeitada y miró hacia abajo con un sonrojo.

A Valerius se le ocurrió que ella confundió su escrutinio con algo más que fascinación y entusiasmo. En lugar de corregir su error, él permaneció en silencio, dejándola pensar lo que ella quisiera.

Rain volvió a mirar al guerrero y vio que su mirada se había vuelto estoica una vez más, como si estuviera mirando a través de ella en lugar de a ella. Como si no quisiera verla en absoluto. Cuadrando los hombros, decidió acercarse a él a pesar de su expresión impasible, una verdadera máscara de no ser bienvenida.

— ¿Has descansado bien, Protector?, — Saludó cuando se paró a menos de medio metro de él.

Parecía sorprendido de que ella le hubiera hablado. ¿No estaba acostumbrado a que lo saludaran por la mañana?

— Sí, — respondió con esa voz grave y ronca.

Rain se estremeció involuntariamente ante el sonido. Acababa de pasar treinta días y noches en alimentación y orgía con un robusto macho Puro. Normalmente, ella no sentiría ni una pizca de atracción hacia otro hombre hasta estar más cerca del momento del próximo Ciclo del Fénix.

Pero esta vez era diferente. En el transcurso de los treinta días, ella se había Alimentado de un hombre pero soñaba con otro. Cuando cerraba los ojos, todo lo que vio fue *su* rostro en su mente, *su* cuerpo desnudo junto al de ella, dentro de ella, llenándola. Intentó concentrarse en el Consorte que había elegido, trató de darle a ese hombre honorable toda

su atención, afecto y devoción durante el tiempo que pasaron juntos, pero en el fondo deseaba que fuera otra persona.

Ella quería a Valerius. Solo a Valerius.

Pero eso no era probable que ocurriera, Rain se reprendió por tener falsas esperanzas. El Protector dejó en claro desde el momento en que se conocieron que estaba fuera de los límites. No quería hablar con ella, tener contacto con ella, estar en su presencia, y mucho menos registrarse como su Consorte.

Rain nunca había conocido a nadie que la rechazara con tanta fuerza. La gente generalmente gravitaba hacia ella. Ella les daba una sensación de confort y calma. Pero aparentemente no a este guerrero. Su lenguaje corporal prácticamente gritaba que sentía su cercanía inquietante.

Invasora

— ¿Hay lugares que te gustaría ver hoy? — Rain continuó obstinadamente, tratando de atraer al reticente guerrero a la conversación.

Su mirada en blanco fue suficiente respuesta. Claramente, preferiría que ya hubieran regresado al Escudo esta mañana, en lugar de prepararse para asistir al Festival de Otoño.

— ¿No?, — Respondió ella, como si él hubiera hablado, — bueno, te llevaremos por algunos lugares, sin embargo, para que tengas una idea de mi patria. Es especialmente hermosa en esta época del año: el otoño y la primavera son mis estaciones favoritas.

Valerius simplemente continuó mirándola. Sabía que estaba siendo imperdonablemente grosero, pero no podía encontrar su lengua aunque su vida dependiera de ello.

Ella le estaba sonriendo.

Invitante

Sintió que su polla comenzaba a hincharse, y luchó por dominar su propio cuerpo, alejándose a medias de la Sanadora para ocultar la evidencia de su inexplicable excitación. El autodesprecio ennegreció su semblante y su mirada se convirtió en una mueca de incomodidad.

Rain parpadeó rápidamente ante el repentino cambio ominoso en su expresión y miró hacia otro lado torpemente, volviéndose para unirse a Wan'er, Ayelet y Sophia para el desayuno.

— Estoy ansioso por conocer tu tierra natal, — dijo Valerius con la mandíbula apretada, no queriendo que la delicada Sanadora pensara que era un cretino incivilizado.

Volvió la cabeza brevemente como un elegante cisne. Por un momento, pareció confundida e insegura, como si hubiera esperado que dijera algo desagradable, pero escuchó lo contrario.

Y luego ella sonrió.

Una sonrisa radiante, luminosa y resplandeciente. Ella bajó la cabeza ligeramente en reconocimiento, dudó brevemente, luego se acercó para que la tela de su vestido rozara fugazmente contra su muslo.

Valerius contuvo el aliento bruscamente, electrificado por el ligero roce.

Solo cuando volvió a regular sus pulmones se dio cuenta de que ella sostenía algo en su pequeña y pálida mano.

— Hice esto para ti, — dijo tímidamente, en voz tan baja que solo él podía oírla.

Era lo que parecía ser un pañuelo de seda. Pero no era del todo de seda, se dio cuenta Valerius cuando recibió solemnemente el regalo que ella le colocó suavemente en la mano, con cuidado de no tocar su piel. Estaba hecho de algo más fino, más luminiscente, más delicado.

Y cambiaba con la luz, como los pergaminos en las paredes de los pasillos. Representaba una escena tradicional china, con un lago reluciente y olmos chinos. Lo que atrajo su mirada en el centro de la escena, fue una roca solitaria en el medio del lago, que parecía opaca y translúcida, como obsidiana bajo una luz diferente. De alguna manera, mostraba ambas características en el pañuelo, ya que la llovizna veraniega que descendía sobre el paisaje como agujas finas iluminaba el núcleo brillante de la roca a pesar del exterior aparentemente impenetrable.

Un cálido hormigueo se extendió dentro del pecho de Valerius mientras continuaba contemplando el exquisito pañuelo. Casi podía sentir la lluvia curativa bailar sobre su propio cuerpo, cantar para limpiarlo, lavar su pasado, su dolor, pulir la suciedad y la vergüenza.

— Es anticuado, lo sé, — Rain habló vacilante, sintiéndose incómoda. — Ya nadie usa pañuelos, pero pensé... — se detuvo bruscamente. — Bien. Es un pequeño recordatorio de tu tiempo aquí en China.

Y un pequeño recordatorio de mí, agregó en silencio.

Sin palabras ante su generosidad, Valerius solo pudo asentir con gratitud. Tragando el nudo en su garganta, se dio la vuelta hasta que ella se enfrentó a su amplia espalda.

Excepto por su madre y su hermana, fue el primer regalo que una mujer le había hecho.

Descaradamente rechazada por el guerrero una vez más, Rain dio un paso atrás con preocupación arrugando su frente. ¿Lo había ofendido de alguna manera? Su cuerpo irradiaba una fuerte energía emocional, pero no podía discernir qué era. Sacudiendo ligeramente la cabeza, como para disipar la confusión, cuadró los hombros y se unió a las otras mujeres en la cama, rompiendo su ayuno y entablando una conversación animada.

Una vez que se aferró a sí mismo, Valerius también se sentó en el extremo más alejado de la cámara y procedió a afilar su guadaña y su daga. Solo para estar seguro, aseguró un *chakram* que Aella le prestó para el viaje, en su cintura como respaldo. De vez en cuando, tocaba el área donde residía su corazón para asegurarse de que el pañuelo estuviera a salvo dentro del bolsillo interior de su camisa.

De vez en cuando, la risa femenina llegaba a sus oídos, y él podría haber jurado que a veces hablaban de él, ya que se volvían hacia él al unísono durante partes de la charla e inmediatamente se echaban a reír. Lo que encontraron tan divertido sobre su persona, Valerius no podía comenzar a adivinar, pero no le importaba ser el blanco de sus bromas, si eso era lo que era, porque vio la risa de Rain iluminar toda la habitación.

Sin embargo, ni una sola vez pensó en unirse a ellas. No tenía el encanto diplomático de Seth, ni la fácil afabilidad de Tristán. No era alegremente extrovertido como Aella, y no tenía la confianza de Alexandros. Estaba incómodo con la gente y odiaba ser tocado.

En verdad, no tendría amigos a los que llamar si no fuera por el puesto para el que fue reclutado. Al principio era un deber, su deber elegido para proteger a los débiles. Los miembros de la Elite y Circlet eran sus camaradas que tenían el mismo propósito y creencia. Pero poco a poco

se hicieron más. Se hicieron amigos. Y luego familia. Valerius no dudaría en dar su vida por cualquiera de ellos.

Sobre todo por su nuevo miembro: la Sanadora.

Rain.

Para cuando se dirigieron a la superficie, solo había pasado una hora después del amanecer. Tomaron un ascensor para subir a los terrenos verdes de una de las islas en el medio de West Lake. El sol todavía estaba bajo en el cielo, escondiéndose detrás de un manto de nubes, estirando lentamente sus cálidos rayos hacia afuera en rizos naranjas y rosas. Una ligera niebla cubría el paisaje como una cortina de humo de dragón. La belleza que lo rodeaba era tan irreal que Valerius solo podía quedarse boquiabierto de admiración y asombro.

Dos niñas de no más de doce años con trenzas en espirales a cada lado de la cabeza saltaron para llevarlos a los barcos que esperaban. Una chica se aventuró tímidamente a Valerius y le tendió una pequeña mano en invitación.

Sin palabras, la tomó y fue recompensado con una sonrisa de alegría, dejando al descubierto un diente frontal que le faltaba y en el que empezaba a crecer uno nuevo.

Tiró de él hacia el bote y le hizo un gesto para que se sentara en la parte trasera, mientras que Ayelet, Rain, Wan'er y Sophia se sentaron en dos bancos acolchados en el medio.

— Están distribuyendo nuestro peso, — le explicó Rain. — Probablemente peses más que esas dos chicas juntas, pero si nos sentamos más cerca de la parte delantera del barco, deberíamos estar relativamente equilibrados.

Las dos chicas se pararon en la parte delantera del bote con largos remos el doble de su altura. Empujaron suavemente la bonita embarcación con dosel fuera de la costa y comenzaron a mover los remos sin prisa en sincronía, aprovechando la fuerza de la brisa que los empujaba hacia el continente.

Valerius se sintió avergonzado de estar sentado de brazos cruzados mientras dos niñas pequeñas hacían todo el trabajo duro. Pero tomó nota de su técnica experimentada y se dio cuenta de que probablemente estaría más avergonzado si intentaba remar. Tal vez incluso los hundiría a todos en medio del lago.

Después de unos momentos de silencioso disfrute, cada pasajero absorbiendo la elegante salida del sol sobre el brillante Lago del Oeste, las chicas comenzaron a cantar con una resonancia cristalina que hasta los ruiñeñores envidiarían.

— Les gustas, — le susurró Rain a Valerius con un cálido brillo en los ojos. Ella se sentó más cerca de él hacia la parte de atrás, su frente mirando hacia el suyo, su espalda contra la de Ayelet, que estaba de frente a la parte delantera del bote.

Sorprendido, Valerius solo parpadeó sin comprender.

Rain le sonrió con su sonrisa de Mona Lisa y asintió con la cabeza a las chicas de ferry:

— Quieren impresionarte con su canción porque nunca han visto a un hombre tan guapo como tú.

La cara de Valerius se encendió en llamas, y luchó por mantener la compostura, aunque sabía que ella solo le estaba tomando el pelo. La gente, las mujeres, simplemente no se burlaban de él. Intentó responder con practicada indiferencia, pero le pareció que sonaba simplemente estúpido.

— ¿Por qué dices eso?, — Preguntó, luego hizo una mueca. Parecía que estaba buscando cumplidos.

La Sanadora se rió entre dientes detrás de su mano. Ella le citó:

— 'Oh, corazón mío, mi corazón está quieto, ¿es ese mi amante que está en esa colina verde? Ah, mi corazón, mi corazón canta, qué feliz ocasión trae este día. Porque nunca he visto a un muchacho de tan buen cuerpo, y nunca he visto tanta belleza como la que él tiene, oh corazón mío, que mi corazón esté tranquilo, que sea mi amante sobre aquella colina verde.

Valerius ya no podía mirar a los ojos centelleantes de la Sanadora cuando terminó de traducir la canción. Se dio la vuelta para ver el paisaje alrededor del lago, pero sabía que su mirada todavía estaba clavada en él, porque sintió el peso de su lánguido calor en la fría mañana de otoño.

Pasaron la mayor parte de la mañana paseando por el lago, Wan'er actuando como guía turístico y presentándoles a los habitantes del Santuario, la historia detrás de los diversos monumentos y la arquitectura, y los mitos sobre el propio Lago del Oeste. En una de esas leyendas, se decía que el lago era una reencarnación de una famosa

belleza china de la antigüedad. Mirando subrepticamente a Rain, Valerius pensó que la historia podría haber sido sobre ella, ya que ninguna otra belleza podría igualar el encanto y la serenidad del Lago del Oeste.

Para el almuerzo, hicieron un picnic debajo de la pagoda Leifeng. A mitad de la comida, sin embargo, la Sanadora se levantó para saludar a una larga fila de niños que se acercaban, unidos con una especie de cuerda de seda alrededor de cada una de las cinturas. Al final de la procesión en forma de serpiente había una anciana con un hábito de monja budista que sonrió a modo de saludo. Ella y Rain conversaron en voz baja en chino mientras Wan'er también terminó su *boazi*⁹ y se unió a ellos.

— Es el día del chequeo anual de los niños, — explicó Ayelet a Sophia y a Valerius, quienes observaron los procedimientos con curiosidad. — Wan'er me dijo que todos los años en este día, los huérfanos de las aldeas cercanas viajan aquí para ver a Rain para que ella pueda mejorar su salud y librarse de cualquier dolencia. No pueden permitirse el lujo de ir a las clínicas de la ciudad, ni tienen tiempo de esperar a veces durante días para que un médico los vea. Entonces vienen al Santuario para ver a Lady Rain, que reparte besos mágicos que los hacen sentir mejor.

Valerius la miró incrédulo por el comentario de los "besos mágicos", pero Ayelet solo sonrió.

— Para los niños, el beso de una madre está imbuido de poderes mágicos. Para estos huérfanos, Rain es como una madre de cuento de hadas por la amabilidad y el afecto que les brinda. Y casualmente, sus besos realmente sanan, si aprovecha su Don para transferir energía a través de él.

Valerius podría relacionarse con eso. Le vendría bien un billón o un trillón de besos mágicos.

Mientras los niños se alineaban de manera ordenada antes de la pagoda, Rain y Wan'er establecieron su "clínica" dentro. Valerius observó a la Sanadora cumplir su deber con amoroso cuidado, tan generosa con su tiempo y paciencia como lo fue con los besos mágicos con los que asfixió a los niños, haciendo reír a muchos con alegría.

Y por primera vez desde su infancia humana, el guerrero encontró que

⁹ Boazi: pan chino al vapor.

su corazón se apretaba de anhelo. Lo que daría por ser sofocado en los tiernos besos de Rain. Demonios, lo que *no* daría solo por un beso.

Dedos diminutos y pegajosos que tiraban de la tela de sus pantalones desviaron su atención de la hermosa Sanadora. Sentado en la hierba al lado de la pagoda, con las largas piernas estiradas ante él, los codos sobre las rodillas ligeramente dobladas, estaba a la altura de los ojos de una niña pequeña que se chupaba el pulgar, con lo que parecía ser una cabeza desproporcionadamente grande sobre un cuerpo delgado como un hueso. Se sacó el pulgar de la boca con un ruido húmedo y sostuvo ambos brazos expectantes hacia él.

Valerius la miró inmóvil, sin saber qué debía hacer.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado como si pensara, luego pareció tomar una decisión. Si la montaña no llegaba a ella, ella iría a la montaña. Se movió valientemente entre las piernas abiertas del guerrero y se arrastró sin ceremonias en su regazo. Agarró uno de sus brazos con ambas pequeñas manos, sorprendentemente fuertes en su agarre pegajoso, tirando de algunos de sus pelos en el proceso, y tiró de su brazo alrededor para sostenerla con seguridad en su regazo, donde se retorció hasta encontrar una posición cómoda y rápidamente metió el pulgar en su boca.

De vez en cuando ella lo miraba para ver si él le prestaba atención, y se encontraba brevemente con sus ojos consternados. Satisfecha de que él estaba concentrado en ella, ella le acariciaba el brazo con pequeñas palmadas húmedas como si acariciara a un perro que se portaba bien.

Antes de que Valerius se diera cuenta, dos niños más del tamaño de una pinta se unieron a ella en su regazo, y luego dos más, sentados junto a sus botas, aparentemente fascinados con su calzado utilitario. Muy pronto, estaba lleno de niños, como una colina conquistada por un ejército de hormigas.

— Veo que los niños también han caído bajo tu hechizo, — le llegó la voz cálida y burlona de la Sanadora.

Valerius evitó su mirada para ocultar su vergüenza. Que guerrero poderoso, macho puro, debería parecer.

— A ti también te deben gustar, — dijo, su voz cada vez más suave, — porque dejas que te toquen libremente.

Valerius la miró con sorpresa y casi se sorprendió por sus siguientes palabras:

— Cómo los envidio.

Sin esperar a ver su respuesta, ella regresó a la clínica improvisada dentro de la pagoda.

Sí, pensó Valerius con asombro de sí mismo, le gustaban mucho los niños. Siempre le habían gustado los niños, y ellos parecían sentirse naturalmente atraídos por él a cambio. Quizás lo veían como un niño más, aunque mucho más grande. Le representaban la inocencia que había perdido. Representaban todas las cosas buenas y puras de la vida.

La risa de los niños era lo que él luchaba para proteger.

Y los protegió, literalmente más tarde esa noche, cuando su grupo de cuatro Puros acompañó a Sophia y a los veinte huérfanos junto con la anciana monja al festival callejero en una parte antigua de la ciudad de Hangzhou.

Las fiestas estaban en su apogeo cuando llegaron, miles de linternas iluminaban la noche que se acercaba. Linternas en las torres, afuera de cada ventana de cada casa, colgadas en postes telefónicos y cables para que parecieran flotar en el cielo oscuro. Cada hombre, mujer y niño llevaban una linterna propia, el séquito de Valerius llevaba linternas en forma de animales. Mientras paseaban por las concurridas calles del mercado nocturno, todo lo que se podía ver era un desfile serpenteante de tortugas felices, conejos, pájaros, pandas y otras criaturas más míticas de la antigüedad.

Valerius se sintió particularmente orgulloso de haber ayudado a Rain y a Wan'er a hacer estas linternas a mano durante la mayor parte de la tarde. Terminó pegando más sus gruesos dedos que el delicado papel de arroz del que estaban hechas las linternas, pero a los niños no parecía importarles si a los animales que había hecho les faltaba una oreja o la cola. Aceptaron sus torpes creaciones con alegría efervescente, abrazándolo y besándolo con entusiasmo y gratitud.

Fue de lejos, el mejor día de su existencia.

Mientras los niños corrían para explorar la multitud de tiendas y puestos, y probar las golosinas que se preparaban ante sus ojos, Valerius se quedó atrás para obtener una mejor visión de su entorno y posición. Tomó todas y cada una de las caras y formas con habilidad práctica,

mediendo las posibles amenazas y peligros con una experiencia incomparable.

Como si los residentes humanos y los visitantes sintieran la energía poderosa y letal alrededor del guerrero, sin darse cuenta le dieron un lugar más amplio para que, a pesar de la multitud de personas, Valerius permaneciera casi solo, intacto, sin molestias, contra la pared lateral de una dulcería.

Hasta que la Sanadora decidió unirse a él.

— ¿Tienes una celebración como esta de donde vienes? — Rain le preguntó mientras se acercaba a su lado, obligándolo a dar un paso atrás para mantener al menos, un metro de distancia entre ellos.

— No, — respondió con asombro, — nunca he visto algo así.

— Espera hasta que veas la danza del dragón de fuego, — le dijo, sonando como si la exhibición valiera la pena la espera.

— ¿De qué se trata el festival?, — Preguntó, más para distraerse de su cercanía que por pura curiosidad.

— Oh, muchas cosas, — respondió ella. — Es una celebración por una cosecha fructífera, un tiempo para estar con la familia y agradecer a los dioses por nuestra fortuna. Un tiempo de reencuentro y de hacer el amor.

— ¿Qué? — Valerius se sobresaltó ante sus últimas palabras y casi perdió el equilibrio.

Ella mantuvo su mirada en los niños y sonrió.

— Hay una leyenda detrás del Festival de la Luna, como a veces se le llama, de ahí todos los *yuebing* que ves, los pasteles en forma de luna con relleno de frijoles rojos y una yema de huevo de pato salada adentro. — Hizo un gesto hacia la tienda que estaban al lado, y Valerius vio a qué se refería con las hileras de pasteles de luna dorados en una tentadora exhibición.

— La leyenda dice que hace más de cuatro mil años, había una joven pareja que servía al Emperador del Cielo. El esposo, Houyi, era un arquero de habilidades inigualables, y su esposa, Chang'e, era una dama de belleza incomparable. La tierra en ese momento prosperó con el calor

de diez soles en forma de *pájaros de tres patas*¹⁰ que residían en un árbol de morera en el mar oriental. Cada día, un pájaro volaba por el cielo, bañando la tierra con su luz y calor. Pero un día, las diez aves volaron por el cielo, rodeando la tierra en un anillo de fuego. Para acabar con la devastadora sequía que siguió, el Emperador del Cielo ordenó a Houyi que derribara a todas las aves menos a una, y el arquero llevó a cabo su tarea con éxito.

Ya no escuchando sólo para distraerse, Valerius descubrió que estaba fascinado por su historia, por su suave voz melodiosa. Inconscientemente, él se acercó un paso más, hasta que ella pudo sentir el calor de su cuerpo en la fría noche.

Rain se inclinó ligeramente hacia él, aunque con cuidado de no tocarlo. Ella no quería ahuyentar a este niño perdido solitario bajo la apariencia de un poderoso guerrero. Lo había visto jugar alegremente con los niños en la tarde, había visto la fascinante luz de sus raras sonrisas e incluso había escuchado el sonido de una risa aún más rara. Si hubiera podido, se habría contentado con mirarlo todo el día.

— Como recompensa por su servicio, el Emperador le otorgó un palacio en el sol y una píldora mágica, — continuó Rain con la historia, — que escondió debajo de sus vigas esa noche. Pero cuando estaba de servicio al día siguiente, la luz de la píldora mágica hizo señas a su esposa, que se la tragó por error. La píldora la hizo extender las alas y volar, y para su susto y pánico, las alas la llevaron a la distante luna. Houyi regresó esa noche para encontrarla desaparecida, trató de ir tras ella, pero los fuertes vientos lo derribaron. Y así Chang'e permaneció en la luna, anhelando cada día y noche a su amada pareja.

Valerius se preguntó vagamente por qué Houyi no estaba enojado con su esposa por devorar la píldora mágica que había ganado, pero pensó que entendía la perspectiva del arquero, porque si hubiera sido el marido, y Rain la esposa, le habría dado cada regalo, cada recompensa, todo lo que tenía a su compañera. Y no habría sido tan estúpido como para dejarla volar lejos de él.

— Había una liebre que vivía en la luna, una liebre que podía hacer pociones mágicas con las hierbas que florecían allí. Chang'e le pidió a la



10

liebre que convirtiera las hierbas en una píldora para su esposo, para que él también pudiera volar y visitarla. La liebre logró hacer tal poción, pero los poderes mágicos solo duraban una noche de cada año. Así que, en el Festival de la Luna todos los años, Houyi vuela desde su palacio en el Sol para visitar la torre de su esposa en la Luna, y en previsión de la llegada de su esposo, la luna se pone su vestido más seductor, resplandeciente con plenitud y luz.

Ante eso, Valerius levantó la vista hacia el cielo nocturno y contempló a la brillante luna llena que parecía estar al alcance. De hecho, parecía relucir con un brillo inusual, como una hermosa mujer que brilla con amor.

Luego miró a la mujer a su lado, el exquisito perfil de su rostro grabado para siempre en su mente. La historia de Chang'e le recordó a la Sanadora, que brillaba resplandeciente esta noche con renovada fuerza y vitalidad. Su Houyi era su Consorte, que la visitaba durante treinta días durante el Ciclo del Fénix una vez cada década.

De repente deseaba poder liberarla de esta cadena interminable, de alguna manera asegurarse de que la fuerza y la vitalidad residieran siempre en ella, que su belleza brillara como lo hacía esta noche, que nunca se desvaneciera, que nunca se debilitara.

Haría cualquier cosa para ser su fuerza.

Casi.

No se atrevía a mostrarle su verdadero ser, no se atrevía a exponer sus demonios.

Permanecieron en silencio durante un rato, observando el comienzo de la danza del dragón de fuego juntos mientras un desfile de hombres vestidos con pantalones de brillantes colores pintados para parecer escamas de dragón se abrían paso entre la multitud, con sus cuerpos y cabezas cubiertos en un largo y fluido dosel hecho para parecerse al cuerpo de un dragón chino.

Los hombres se sumergieron y se levantaron, se retorcieron y giraron en sincronía, siguiendo el ritmo de un tambor antiguo, hipnotizando con su danza serpenteante, como un dragón gigante que escupe fuego flotando tranquilamente a través del mar de personas, mirando de un lado a otro, la gigante cabeza decorada elaboradamente con su amplia mirada observando los alrededores como una deidad descendiente del cielo.

Los niños, escoltados por Ayelet, Wan'er y la monja, siguieron el ejemplo de Sophia y saltaron alegremente junto al dragón danzante con su linterna animal en una mano y largas varitas de incienso en la otra. El incienso era para la Diosa de la Luna, Chang'e, deseándole una feliz reunión con su esposo Houyi para que bendijeran a la tierra con continua generosidad y buena fortuna.

Rain agarró la manga de la camisa de Valerius y tiró de él mientras seguían el progreso de los niños entre las multitudes, manteniéndolos a la vista. En el camino, consiguió dos palitos de arándanos confitados y le dio uno a Valerius, indicándole que lo mordiera. Lo hizo y saboreó la combinación distintiva de la cobertura crujiente azucarada y la fruta agria picante en su interior. Él miró su pequeña mano agarrando su manga y tuvo el impulso inexplicable de tomar su mano entre las suyas, para unir sus dedos.

Se abrieron paso a través de las calles llenas de gente, pasando casas, tiendas y puestos con hileras de linternas coloridas colgando de postes de bambú en sus puntos más altos, desde tejados y terrazas, vigas y antenas. Las linternas ondeaban y flotaban como luciérnagas gigantes en la brisa, iluminando la noche con un resplandor multicolor.

Se detuvieron debajo de una torre improvisada, construida con largas y pesadas vigas de madera y zancos de bambú con el propósito explícito de colgar linternas. El dragón de fuego había comenzado su danza ceremonial, dando vueltas alrededor de su cola y moviendo sus bigotes largos y rizados en medio de la multitud que había formado un amplio anillo alrededor de los artistas. Sophia y los niños estaban en la primera línea de la multitud, obteniendo una vista cercana y personal de la espectacular exhibición.

Aunque ahora estaban parados, Rain mantuvo un agarre suelto en la manga de Valerius, no queriendo que su conexión se rompiera. Ella trató de concentrarse en las festividades que tenía delante, en lugar del guerrero que estaba a su lado, pero tuvo muy poco éxito. Quería acercarse más al calor que su gran cuerpo irradiaba en ondas reconfortantes, quería envolver un brazo alrededor de su delgada cintura y apoyar su cabeza sobre su pecho. A pesar de haber tenido cientos de Consortes en su existencia como Pura, nunca se había sentido tan atraída por un hombre en particular.

No era la primera vez que ella deseaba que él fuera suyo. Y poder mantenerlo con ella más allá de un solo Ciclo del Fénix. Era pura locura

ese deseo en particular. Ella sabía muy bien que no podía darse el lujo de arriesgarse al apego.

En ese pensamiento, soltó lentamente la manga de Valerius, dejando que su mano colgara vacía a su lado. Este guerrero nunca debería ser suyo. Sería demasiado peligroso, especialmente para él. Se conocía a sí misma y sus propios deseos y límites. Ella rápidamente se volvería adicta a su Alimento y fuerza y lo anhelaría como una mujer muerta de hambre. Y estaría tentada a romper su propia regla cardinal: nunca tomar el mismo Consorte dos veces.

Érase una vez que había cometido ese error. Se encariñó con un hombre durante su primer Ciclo del Fénix como la Sanadora. Las intimidades que compartían la engañaron para que sintiera algo más que atracción sexual, necesidad básica y afecto. Pensó que tal vez podrían llegar a ser como compañeros, aunque solo se reunirían durante treinta días cada diez años. Ella pensó que lo amaba lo suficiente como para hacerlo funcionar.

Y él se enamoró sinceramente de ella, suspirando por ella y esperando impacientemente el segundo Ciclo del Fénix cuando pudieran estar juntos de nuevo. A lo largo de los años, vivieron separado, por temor a la tentación de estar demasiado cerca. Finalmente, se acercaba el momento para que la Sanadora eligiera un Consorte, y como se habían prometido, Rain nuevamente lo eligió.

Pero el segundo ciclo fue diferente del primero. En lugar de sentirse satisfecha cuando se unieron, cuanto más se alimentaba Rain, más hambre sentía. Pero su Consorte solo se debilitó, su fuerza se agotó rápidamente.

Hacia el final de los treinta días, se dieron cuenta de que el Consorte estaba de hecho muriendo, porque él le había ofrecido todo: su cuerpo, sangre, corazón y alma, pero ella no fue capaz de corresponder. A pesar del profundo afecto y cariño que sentía por él, a pesar del dolor y la culpa que su Declive le provocaba, ella no podía darle en la misma medida incluso cuando usaba sus poderes para tratar de curarlo.

Al final del ciclo, él murió pacíficamente en sus brazos, dándole lo último de su fuerza y poder para que finalmente sintiera que su vitalidad regresaba. Lloró hasta que no hubo lágrimas, hasta que solo secos sollozos sacudían su cuerpo. Era una lección que nunca olvidaría:

Una sanadora no podía enamorarse.

No importaba cuánto ansiara y cuidara a un hombre, ella no era capaz de dar; ella solo tomaba. Su energía y poder se los daba solo a sus pacientes como la Sanadora designada de los Puros. No le quedaba nada para darle a un hombre de su elección.

Ella nunca podría tomar un compañero.

Para servirla por un Ciclo de Phoenix era manejable si un hombre era fuerte. Eventualmente, sanaría y recuperaría su fuerza. Pero Servirla más de una vez era un riesgo increíble, uno que engañaba tanto a la Sanadora como a su Consorte al pensar que su vínculo podría ser más permanente, más verdadero.

Ahora sabía que nunca podría formar el vínculo de apareamiento con un macho Puro, sin importar su fuerza y devoción, sin importar la profundidad de sus sentimientos y determinación. Ella nunca lo amaría lo suficiente.

Quizás porque amaba más curar. No podía priorizar el amor personal sobre un regalo que beneficiaba a toda su raza.

Valerius percibió más que sintió la retirada de la Sanadora. Casi podía sentir su dolor y arrepentimiento y tenía la inexplicable necesidad de consolarla.

Pero antes de poder actuar con ese capricho, se puso rígido al sentir el peligro un momento antes de que la torre contra la que se apoyaban comenzara a crujir y a moverse.

Al levantar la vista, vio que una linterna caída había provocado un incendio, pero la brisa se había llevado el ardiente olor lejos y enmascarado el peligro inminente. Cuando las pesadas vigas de madera se balancearon hacia ellos, Valerius se arrojó sobre la Sanadora, tirándola al duro suelo, justo antes de que una de las vigas se derrumbara sobre Valerius.

Rain se quedó sin aliento, y se preparó para un mayor impacto, pero se dio cuenta tardíamente de que no hubo ninguno. El cuerpo de Valerius sirvió como una barrera protectora sobre el suyo, su ancho torso a un cabello del de ella, sus brazos y piernas como columnas piadosas que evitaban que los cielos se derrumbaran. Su cara estaba apartada de la de ella, sus labios rozando ligeramente los músculos de su garganta.

Antes de que ella pudiera recuperar su ingenio, él soltó en un tono bajo y urgente:

— Sal de debajo de mí. De prisa.

Ella se recuperó lo suficiente como para retroceder con sus manos y pies, saliendo lentamente de la cavidad que hizo con su cuerpo. Ayelet y Wan'er la ayudaron el resto del camino y la sacaron de sus brazos.

Cuando fue apartada de manera segura, Valerius tensó sus músculos en un gran impulso, empujando las vigas colapsadas una fracción hacia arriba antes de ejecutar un giro para sacarse a si mismo del bloqueo mortal. Mientras se alejaba, la torre se derrumbó por completo, los escombros de las linternas y el bambú y las vigas rotas apenas lo rozaron en su camino hacia abajo.

Se quedó tendido en el suelo después de eso e inclinó la cabeza hacia atrás para verificar la seguridad de los niños, los espectadores y Rain. Al ver que ya estaban a una buena distancia, la adrenalina salió de su cuerpo, dejando una agonía hasta los huesos a su paso.

Ser aplastado por una torre de treinta pies que pesaba una tonelada tendía a dejar una sensación como una cucaracha que acaba de ser aplastada por una roca particularmente pesada.

Y entonces Rain estaba a su lado, con las manos sobre su cuerpo palpitante. Inmediatamente un tipo diferente de dolor se desencadenó, y Valerius apretó los dientes contra el ataque.

— No me toques, — siseó, haciendo un esfuerzo monumental para alejarse.

— Pero tengo que... — ella trató de seguirlo, sus manos rozando su pecho y bíceps.

— ¡No me toques!, — Casi gritó, tratando desesperadamente de escapar. Se tambaleó hasta una posición media, sosteniendo su hombro izquierdo con una mano, y cojeó tan rápido como pudo al establecimiento de ladrillos más cercano.

Ella lo vio irse pero no lo siguió, con los ojos llenos de dolor y preocupación.

Antes de que ella supiera de qué se trataba, él golpeó su lado izquierdo contra la pared, y el ruido que hizo su hueso y su carne cuando su hombro volvió a su sitio, la hizo estremecerse por el dolor ajeno. Sin embargo, Valerius no emitió ningún sonido. Simplemente se deslizó por

la pared en un montón exhausto y se sentó con las piernas estiradas ante él.

Rain sintió las gentiles manos de Ayelet en su hombro.

— Déjalo en paz, — dijo la Guardiana, — su cuerpo sanará en la noche. Puede que le duela mucho cuando partamos hacia el Escudo mañana, pero estará bien muy pronto.

Luego agregó, después de dudar un momento,

— No te ofendas por rechazar tu ayuda. Así es como es él. No te lo tomes como algo personal.

Rain asintió, aunque ella no entendía. Por primera vez, su Don como Sanadora fue rechazado firmemente. Por primera vez, se sintió insegura y perdida. Porque si había una criatura viviente en todo el mundo, a lo largo de toda la eternidad que anhelaba sanar, era a este hombre.

El Protector.

10

— Diosa, esos nuevos reclutas me están *matando*, — se quejó Aella mientras se arrojaba sobre un profundo diván en la antecámara contigua a la sala del trono. — No sé cómo lo soportó Alexandros.

Ayelet sonrió levemente ante las quejas de Aella y preguntó, sin levantar la vista de su investigación,

— ¿Supongo que el entrenamiento de los Caballeros no va tan bien como esperabas?

— Para decirlo suavemente, — respondió rápidamente Aella. — Esos muchachos apenas conocen la punta de un *spatha* y mucho menos cómo defenderse cuando los vampiros atacan en Hordas. Un par de machos humanos se muestran mucho más prometedores que sus contrapartes puras, a pesar de ser físicamente más débiles y lentos.

— No estoy sorprendida, — dijo Ayelet, — nuestros reclutas Puros son en su mayoría civiles, amantes de la paz que no están acostumbrados a combatir. Pelear es algo contraproducente para ellos. Causar daño a otros no es bien recibido. Pero los humanos que hemos reclutado son elegidos en gran medida por sus inclinaciones guerreras. Supongo que uno de los dos humanos de los que hablaste es el ex SEAL de la Marina y el otro es el campeón de artes marciales mixtas.

— Sí, — acordó Aell, — Me estoy divirtiendo lanzando a esos dos. — Ella sonrió beatíficamente, luego abruptamente se puso seria y suspiró. —

Pero no soy tan natural en esto como el General. Tengo un aprecio completamente nuevo por su paciencia y su habilidad innata para ser un líder de hombres. Rezo fervientemente por la pronta recuperación de Xandros.

Ante eso, Ayelet se volvió para mirar a la Amazona.

— ¿Cómo está él por cierto? Cuando miré anoche, todavía estaba profundamente dormido, su cuerpo exhausto por la pérdida de sangre y el proceso de curación.

Aella se puso seria.

— Casi lo perdemos, así de graves eran sus heridas. También es un cabrón difícil de vencer. Demonios, él fue quien me entrenó y azotó mi culo más veces de las que me gustaría contar.

— Lo sé, — estuvo de acuerdo Ayelet, sabiendo hacia dónde se dirigían los pensamientos de Aella, — si quien está orquestando estas emboscadas puede derribar a dos de nuestros más feroces y experimentados, — y no olvides que casi tuvieron éxito también con Val, — no soporto pensar en lo que harán después.

— Creo que estos eventos pasados eran escaramuzas, — reflexionó Aella contemplativamente. — Es como si nos estuviera probando, probando nuestras fuerzas, buscando nuestras debilidades y esperando el momento adecuado para explotarlas.

— No sabemos si es ella, — le recordó Ayelet.

— Cierto, — acordó Aella, — pero nunca he conocido a un vampiro masculino que esté tan bien organizado y sea tan metódico y tortuoso. Los machos son más propensos a dejar que sus instintos los gobiernen, la necesidad de comer, follar, reclamar territorio. Las hembras son mucho más manipuladoras. Siento que sea quien sea le gusta jugar con su presa antes de tirar a matar.

— ¿Qué tan débiles son nuestras defensas? — Ayelet temía la pregunta, pero debía saberlo. ¿Qué tan preparados están los caballeros?

Aella respiró hondo y soltó un suspiro frustrado mientras pasaba una mano por su salvaje melena dorada.

— Primero, nos faltan números. Solo hay una docena de caballeros completamente entrenados en el sitio después de que perdimos algunos buenos soldados en la batalla con las Hordas el año pasado. Los nuevos

reclutas son pocos y distantes entre sí. Los machos Puros de clase guerrera son cada vez más difíciles de encontrar. Dalair y yo tenemos que considerar a más humanos para llenar el vacío, y no quiero exponer nuestra raza a otros más de lo absolutamente necesario. Segundo, de los Caballeros que tenemos, pocos son guerreros experimentados. Puede que estén listos para la batalla, pero no han aprendido a través de miles de años de guerra cómo ser astutos, cómo sobrevivir. El mayor tiene solo unos pocos cientos de años y no es de la clase guerrera.

Ayelet hizo una mueca. Todavía eran bebés comparados con los antiguos vampiros asesinos que los amenazaban.

— En tercer lugar, debemos dejar de cojear con menos de la docena completa, — continuó Aella, refiriéndose al Zodiaco Real. — O encontramos y traemos a Leonidas y a Seth o seguimos adelante sin ellos. — Aunque odiaba decir las palabras, y Ayelet odiaba escucharlas, ambas sabían que era la verdad.

— Ya, la rotación de guardia alrededor de Sophia y nuestros patrones de caza son menos que ideales. Y con Val en su mayor parte fuera de las rondas debido a su Servicio, estamos aún más expuestos a nuestros enemigos cada vez que salimos. Este nuevo oponente no solo tiene la ventaja, sino también todos los vampiros de las Horda que quieren asesinarlos.

Ayelet asintió y agregó preocupada:

— Mientras tanto, la Sanadora no está recuperando su fuerza como debería.

— ¿Qué? — Aella no creía que pudiera soportar más malas noticias.

Ayelet suspiró profundamente y volvió a mirar las pantallas de su computadora.

— Han pasado casi quince días desde que comenzó el Ciclo del Fénix. Ella debería estar empezando a recuperar su color y vitalidad, pero sólo continúa debilitándose. Es cierto que curar a Val y a Xandros le quitó mucho, especialmente en su estado debilitado, pero la Nutrición debería haberla revigorizado, o al menos detener el declive.

— A menos que Val no esté proporcionando el alimento completo, — dijo Aella en voz baja. — A decir verdad, me sorprendí cuando descubrí que había aplicado para Servirla. Nunca pensé que sería voluntario para

ponerse en esa situación. En cualquier situación en la que tenga que tener intimidad con alguien.

— Estoy menos sorprendida, — admitió Ayelet. — Desde la primera vez que se encontraron, noté un cierto impulso y atracción entre ellos. Que se convirtiera en su Consorte era inevitable. Era solo una cuestión de cuándo. Y si él puede cumplirle o no depende de si puede conquistar sus demonios internos.

— ¿Conoces su pasado entonces?, — Preguntó Aella, sintiendo que era la única que quedaba fuera de un secreto bien conocido.

Ayelet sacudió la cabeza.

— No sé los detalles. No creo que ninguno de nosotros lo sepa. Los once hemos vivido juntos, luchado uno junto al otro durante siglos, algunos de nosotros, por milenios. Además de Xandros, podría decir que conozco mejor a Valerius. E incluso entonces no puedo admitir que lo conozco muy bien. Todo lo que puedo decir es que está profundamente preocupado por su pasado. Y a veces... —Ayelet cerró los ojos — es como si le doliera el corazón.

— A veces veo sombras de angustia y tormento en sus ojos.

— ¿Por qué se puso en tal posición?, — Preguntó Aella, sonando bastante frustrada ante Valerius por presionarse demasiado.

— Supongo que porque encontró algo más importante en lo que centrarse que en su propio dolor sustancial, — respondió Ayelet. — Aunque la Sanadora solo puede curar nuestras heridas corporales, quizás en este caso también pueda hacer su magia en el alma del Protector.



Valerius aceleró su Hayabusa en una curva cerrada y luego se desvió en el último segundo para esquivar un camión que se aproximaba, apenas evito al camión de dieciséis ruedas que sonó la bocina al pasar.

Tristán se esforzó por mantenerse en su Lamborghini Murciélagos, los giros y vueltas de las carreteras montañosas le daban ventaja a la hábil Hayabusa.

El Campeón maldijo por lo bajo cuando Valerius dio otro giro brusco sin preocuparse por su seguridad, cabalgando por el borde de un solo carril, a un pie del tráfico opuesto para pasar a un coche más lento frente a él. Si Tristan tuviera un accidente o fuera detenido por la policía por el hecho de que *Tron Legacy*¹¹ quería ir allí, arrastraría al romano de su motocicleta y lo golpearía hasta que fuera carne picada por preocupar a Ayelet.

Si es que Tristán podía atrapar al maniaco suicida que era.

Regresaron al Escudo después de un día entero de caza y búsqueda de Leonidas. Al principio, Tristán se sorprendió de que Valerius lo acompañara en lugar de Dalair o Aella, ya que el Consorte rara vez abandonaba el lado de la Sanadora para atender mejor sus necesidades. Al menos, eso era lo que Tristán entendía de los Consortes anteriores, que incluía a cada uno de los Elite masculinos, excepto a sí mismo, ya que se apareó con Ayelet poco después de su renacimiento.

Dejando a un lado el deber y el servicio, Tristan asumió que cualquier hombre guerrero de sangre completa preferiría quedarse con la mujer que necesitaba su alimento solo para el sexo y liberar esta pequeña escapatoria que las Sagradas Leyes proporcionaban. Después de haber tenido más que su parte justa de mujeres en su vida humana, y luego tener sus días y noches llenos con Ayelet, Tristán se consideraba extremadamente afortunado, ridículamente afortunado, por no haber tenido que vivir ni siquiera un año de celibato. Le gustaría pensar que no era un hombre débil, un hombre sin cierta apariencia de autocontrol, pero en lo que respecta al sexo, bueno, era un hombre de apetitos voraces. La Diosa, en su infinita sabiduría, lo bendijo con Ayelet, que era su igual, y algo más.

Así que tener al Protector asociado con él este día fue profundamente desconcertante para el caballero medieval. Era como si Valerius estuviera evitando a propósito su deber como Consorte, lo que simplemente no tenía sentido para Tristán.

Tristan le mostró sus luces antiniebla al loco bastardo cuando Valerius realizó otra maniobra kamikaze que hizo que Tristan luchara para evitar que su Murciélago hiciera un giro de cola mientras se alejaba de las



¹¹ *Tron Legacy*: película de ciencia ficción.

ruedas de un Tahoe que se había desviado hacia su carril para evitar la Haybusa.

En respuesta, vio a Valerius levantar el dedo medio, luego aceleró la Hayabusa en un rugido y dejó a Tristán para que se comiera su polvo.

Oh, sí, iba a haber una gran pelea en la sala de entrenamiento esta noche. Tristán chasqueó los nudillos con anticipación.



Ayelet estaba delante de dos monitores digitales gigantes con el Escriba y la Vidente a cada lado.

Sacó la primera imagen de su compilación de búsqueda final y recitó:
— Nombre, Cloud Drako. Residencia actual, Condado de Lushui, Prefectura Autónoma de Nujiang Lisu en la frontera suroeste de China, provincia de Yunnan. Ocupación actual, artista local y calígrafo. Probablemente alrededor de dos mil años de edad. Tomó algo de búsqueda y de pedir favores para encontrarlo. Ciertamente no parece que quiera ser encontrado.

— ¿Por casualidad está relacionado con Rain?, — Preguntó Orión con la cara seria.

Ayelet le lanzó una rápida mirada y se dio cuenta de que no estaba bromeando. Sospechaba que él no reconocería el sarcasmo aún si le mordiera el culo. El Escriba era tan serio y seco como ellos.

Ella le respondió con una expresión similar de solemnidad.

— No que yo sepa. Cloud es solo su nombre elegido como Puro. No he podido determinar su nombre real.

— Entonces, ¿cómo puedes estar segura de que es de la clase guerrero?, — Preguntó Eveline.

Ayelet a menudo se preguntaba por qué el Escriba y la Vidente no se juntaban. Parecían muy adecuados el uno para el otro. Por otro lado, sus personalidades eran tan similares que también podían pasar por hermanos.

— Mis fuentes me dicen que hay leyendas sobre él en toda China, o al menos, sobre el guerrero humano que solía ser. De hecho, esas leyendas

se han extendido ampliamente por todo el mundo, aunque cuánto es verdad y cuánto ficción no lo puedo decir.

Ayelet hizo clic con el mouse para abrir un video que muestra al guerrero en cuestión concentrándose en crear una obra particular del arte de la caligrafía china.

— Esto fue filmado hace unos días por una de mis fuentes humanas haciéndose pasar por turista en Kunming. Aparentemente, había una feria anual de arte y el trabajo de Cloud era una de las principales atracciones. Rara vez se aventura a salir de su pueblo en las montañas, pero para esta feria, decidió hacer una excepción. ¿Ves la forma en que sostiene el pincel?

Orión y Eveline miraron atentamente la pantalla, notando el musculoso y magro antebrazo que se tensaba con gracia debajo de la delgada tela de la manga del guerrero mientras sostenía un pincel largo y grande de caligrafía cuya cabeza era tan grande como un puño. La forma en que acariciaba el pincel por el pergamino hasta el suelo era engañoso en su poder, elegante y fluido en una técnica bien practicada, y de alguna manera de estilo militarista.

Ayelet hizo clic en otro video que se abrió al lado del anterior.

— Esto fue tomado por el mismo turista temprano a la mañana siguiente. Drako aparentemente se dirigió a Kunming a caballo, evitando los modos modernos de transporte. Dicen que su caballo, un semental blanco distintivo, también es inmortal y es su compañero constante.

Ella amplió la imagen de video.

—¿Ven cómo se sienta a horcajadas sobre el caballo? ¿Como si hubiera nacido encima? ¿Como si sus cuerpos fueran uno? Eso no es algo que un artista de caligrafía escondido en las remotas colinas del condado de Lushui deba saber hacer. Esa postura y poder solo se pueden lograr a partir de años de montar y el estado de alerta de su lenguaje corporal, de años de cabalgar hacia la guerra.

Mientras observaban, el guerrero se volvió hacia la cámara oculta y los miró directamente. Casi podían sentir la intensidad de su mirada dentro del monitor.

— ¿Sabe que lo estamos buscando? — Eveline susurró, hipnotizada por los sorprendentes ojos azules, una sorpresa verlos en una cara asiática.

La imagen fue tomada demasiado lejos para que pudieran ver su rostro claramente, pero ella todavía podía *sentir* sus ojos hechizantes.

— Estoy segura de que sí, — respondió Ayelet. — No te quedes mirando mucho tiempo. — Cerró abruptamente los videos, y Orión y Eveline tuvieron que parpadear rápidamente como para despejar la niebla que descendía en sus cabezas.

— Aunque es solo una captura de video, su poder es tan grande que aún se puede sentir la intención detrás de su mirada, — explicó Ayelet. — Creo que su regalo es la telepatía. Cuando vi por primera vez el video y llegué a este cuadro, miré fijamente la pantalla durante varios minutos antes de que Tristán me despertara. Luego sentí que quería borrar las imágenes y el archivo por completo y casi lo hice, excepto por la ayuda de Tristan. Me apartó del monitor y rastreó conmigo lo que estaba haciendo y pensando antes de ver el video, y me di cuenta de que este guerrero había estado tratando de convencerme de que dejara de buscarlo con su mirada.

— Yo también lo sentí, — dijo Orión, todavía sacudiendo las telarañas de su cabeza. — Es increíblemente fuerte si puede forzar su voluntad sobre nosotros con solo un video que fue tomado hace días. — Esto hará que nuestros esfuerzos para reclutarlo sean mucho más difíciles de lo que esperábamos.

— De hecho, — Ayelet estuvo de acuerdo. — Pero él es mi primera opción para... — vaciló con una punzada de tristeza, pero se lanzó resueltamente, "para reemplazar al Centinela.

Ella leyó las expresiones en las caras de Escriba y la Vidente. — ¿Parece que ambos estarían de acuerdo conmigo?

Orión y Eveline asintieron a coro. — Este guerrero se ajusta definitivamente a la descripción de los Pergaminos y Profecías del Zodiaco, — dijo Orión, — pero muéstranos los otros que has descubierto. Debemos asegurarnos de considerar todas las posibilidades.

Ayelet procedió a mostrarles los archivos de un guerrero vikingo que residía en Suecia como profesor universitario de mitología e historia nórdica y un ruso que vivía en San Petersburgo como director ejecutivo de una compañía local de petróleo y gas.

Al final acordaron que necesitaban acelerar el proceso de reclutamiento, sin un momento de demora. La Vidente y el Escriba partirían inmediatamente hacia Europa, mientras que Aella llevaría a

Rain y Valerius a China, dada la familiaridad de Rain con el paisaje y la gente.

Era un movimiento arriesgado ya que el Escudo solo se quedaría con cuatro guardias Elite, uno aún recuperándose de sus lesiones extensas, una doncella en cuyos pequeños hombros descansaba la salud de un campamento completo, y la Vidente y el Escriba viajarían sin escolta protectora.

Pero Orión y Eveline insistieron en que sus habilidades no se limitaban simplemente al cerebro. El Escriba tenía el poder de la telequinesis y la Vidente tenía la capacidad de ver los eventos cinco minutos antes de que ocurrieran. Aunque no estaban entrenados en combate, tenían fuertes instintos de supervivencia y podían cuidarse a sí mismos y a los demás.

Y así se decidió. Al día siguiente se embarcarían en su viaje.



Valerius clavó su hombro izquierdo contra el vientre tenso de Tristán y lanzó el puño derecho contra las costillas del Campeón, empujándolo contra la pared con fuerza desgarradora.

Tristán recibió el impacto con un gruñido pero no perdió el ritmo. Clavó la rodilla en el esternón de Valerius y golpeó el cuello del guerrero donde se unía a su hombro con un codo bien dirigido, lo que le hizo retroceder medio paso para girar fuera de su alcance.

Continuaron en una andanada de puños, codos afilados, rodillas y pies. La fuerza bruta de Tristán fue asombrosa cuando recibió un golpe, mientras que las maniobras más ágiles de Valerius dieron como resultado golpes en lugares más importantes. Finalmente, ambos machos detuvieron su lucha sin límites para mirarse con cautela, con el pecho agitado y el sudor corriendo como ríos por sus caras y cuerpos.

— Joder, — Tristán soltó, sacudiendo la cabeza como un perro mojado, enviando disparos de sudor en todas las direcciones. — ¿Quién te enseñó a pelear así? Estoy bastante seguro de que esos movimientos no son legales. Al menos Xandros y Leo nunca sacaron algo así cuando luchamos.

— La necesidad, — respondió Valerius sombríamente. — No hay reglas en el ámbito de los gladiadores. — O cuando intentabas escapar de más de una década de brutalidad y encarcelamiento.

Tristán asintió con respeto.

— Más poder para ti, mi hermano. Debes enseñarme algunos de esos movimientos. — Luego, rápidamente descendió sobre su trasero y se tumbó contra la pared de puro agotamiento. Valerius lo miró por un momento, decidió que habían solucionado sus frustraciones lo suficiente por un día, y se unió al Campeón contra la pared, manteniendo un pie de distancia entre ellos.

— ¿Entonces quieres decirme por qué estás empeñado en suicidarte?,
— Preguntó Tristán sin preámbulos.

— Sé hasta dónde puedo llegar, — respondió Valerius en voz baja que vibró con el mensaje "retrocede carajo".

— Sí, está bien, — dijo Tristan, — pero no solo tienes que preocuparte por ti mismo ahora, sino también por la Sanadora. ¿Qué sería de ella si algo te sucediera?

En este momento, en medio del Ciclo del Fénix, no valía la pena pensar, pero Valerius sabía que después de que ella sobreviviera a él, habría otros Consortes. No era como si su longevidad dependiera únicamente de él. La idea de futuros Consortes Alimentando a la Sanadora hizo que su corazón se encogiera y su alma retrocediera, por lo que volvió a concentrarse en el presente. Por mucho que odiara admitirlo, el caballero tenía razón. Pero con las cosas como estaban, apenas era de utilidad para la Sanadora.

Era una excusa lamentable como consorte.

Durante los últimos días, Rain apenas se había alimentado de él. Y luego, solo de su muñeca cuando obviamente estaba muerta de hambre y no podía evitarlo más. Pasaba sus días como si nunca hubieran estado unidos, como si estuviera perfectamente bien y la Nutrición fuera más un lujo que una simple necesidad. Había tratado de tentarla para que no solo tomara su sangre, pero ella se resistió gentilmente, siempre con una excusa lista, siempre con una tierna sonrisa, como si fuera un animal frágil y herido que no podría soportar más heridas.

Y era tan inútil que constantemente se flagelaba con burla y odio. Sabía que cualquier macho Puro que valiera la pena sería capaz de provocarla con una seducción para romper su reticencia, pero no sabía nada sobre la seducción. Estaba tan abrumado por la incertidumbre y la mortificación cada vez que intentaba ofrecerse a ella, y luego se revolcaba en el dolor y el auto-asco tan agudo por su suave rechazo que su sangre

se convirtió en hielo en sus venas y las lágrimas en ácido que corroían su garganta...

No se engañaba a sí mismo con la verdad: ella ya no lo quería.

Después de que él le contó los horrores de su pasado, ahorrando los detalles pero aún revelando la sórdida realidad, ella le dejó abrazarla fuerte, encontrar la redención y la comodidad en el calor y la suavidad de su cuerpo, como un pequeño y perdido niño abrazando su manta de seguridad.

Pero todo cambió después de esa noche. Ella ya no lo miraba con ojos codiciosos y deseosos. Apenas lo miraba. Sintió que la distancia entre ellos se extendía hasta un verdadero abismo, y un vacío insoportable creció dentro de él en igual proporción. Él la asqueaba ahora, lo sabía. Ella era demasiado amable para expresarlo. Sentía su lástima por el suave tono de su voz. La veía retroceder cada vez que intentaba acercarse.

Lo estaba matando lentamente.

Todo el dolor y el tormento de su pasado palidecieron en comparación con lo mucho que le dolía ser rechazado por ella, saber que ella nunca lo volvería a querer. Por primera vez en su existencia, deseó nunca haber nacido. Siempre había luchado contra los demonios en su infierno privado sin quejarse, su único arrepentimiento fue no poder proteger a su familia. Con su Don y su poder para defender a los débiles, había aceptado su pasado como pago para un bien mayor.

Pero ahora su piel se sentía demasiado tensa para su carne, sangre y huesos. Cada vez que respiraba en su presencia sentía como si estuviera aspirando ácido sulfúrico en sus pulmones en lugar de aire. Se sintió derrotado.

Destruído.

Como si su alma se hubiera astillado en un millón de fragmentos y él fuera un cascarón vacío que realizaba los movimientos de una rutina bien practicada.

Y lo peor de todo era que él sabía que ella se estaba debilitando constantemente. A este ritmo, su locura de postularse para ser su Consorte la llevaría a la muerte. Había estado en lo cierto desde el principio.

Nunca podría satisfacer sus necesidades.

— Despierta. — Tristán golpeó la cabeza de Valerius contra la pared con suficiente fuerza para hacer que las estrellas brillaran ante los ojos del Protector. — No sé a dónde se fue tu mente, pero no me gusta esa mirada en tu cara.

Valerius decidió no responder a los golpes en la cabeza con igual violencia, pero en su lugar comenzó a levantarse. Tristán tiró de él hacia abajo con un fuerte tirón.

— No he terminado de hablar contigo, — dijo el Campeón, manteniendo una mano restrictiva sobre el brazo de Valerius.

Valerius se resistió a romper la mano por el bien de Ayelet, pero le lanzó una mirada de advertencia al caballero.

— Sí, sí, me vas a meter mi propio puño por el culo si no te dejas ir, lo entiendo, — dijo Tristán sin mucha preocupación, aunque aflojó su agarre en el brazo de Valerius. — Solo siéntate un minuto y escúchame. Entonces puedes revolcarte en la autocompasión hasta que tu corazón esté contento.

Valerius frunció el ceño ferozmente ante las palabras del Campeón, pero se volvió a sentar, la determinación y, extrañamente, la comprensión en la mirada del otro hombre hizo que su cuerpo obedeciera a pesar de la rebelión de su mente.

— Mira, no te conozco desde hace tanto tiempo como Leo o Xandros. Uno podría decir que apenas te conozco en absoluto —comenzó Tristán en un tono grave y bajo—. — No eres exactamente del tipo amistoso. Probablemente somos polos opuestos en lo que respecta a nuestras personalidades y preferencias. Pero confío en ti como camarada. Me preocupo por ti como hermano. Sé que te incomoda oírlo, pero tienes que saberlo.

Tristán esperó el reacio asentimiento de Valerius.

— Y como hermano, incluso cuando no lo entiendo, puedo sentir tu dolor. También es mi dolor, — continuó Tristán, su mirada se centró en la pared de armas en el otro extremo de la sala de entrenamiento.

— Incluso puedo reconocer la fuente de la misma, la verdadera fuente, — agregó cuando sintió la mirada dudosa de Valerius. — Solo hay una fuente para tal profundidad de sentimiento, mi hombre, y se llama mujer.

Valerius volvió a mirar al frente, dándose cuenta de que Tristán veía más de lo que dejaba ver.

— Tienes esa misma mirada hipnotizada de ojos vidriosos en tu cara que yo solía tener, y todavía la tengo en muchas ocasiones, cuando encontré a Ayelet por primera vez, o más bien cuando ella me encontró a mí. Se llama amor.

Valerius estaba bien familiarizado con esa bestia en particular. Había luchado contra eso todos los días durante diez años.

— Y cuando un hombre Puro se enamora, demonios, cuando cualquier hombre se enamora, es esclavo de los viejos instintos para conquistarla, protegerla, proporcionarle, nutrirla, — dijo Tristan con pasión. — No tiene nada que ver con ser su Consorte, mi hermano, y tiene todo que ver con ser su Compañero.

Tristán miró a su camarada silencioso y suspiró.

— Veo que has aceptado lo obvio. Ahora la pregunta es qué vas a hacer al respecto. En el amor, no hay vuelta atrás, — le dijo Tristán con una perspicacia repentina e inusitada. — Tienes que poner al descubierto, todo lo que eres a sus pies, y rezar para que te saque de tu miseria y te acepte.

— Y si no lo hace, — continuó Tristan, — no tiene relación con lo que tienes que hacer. Eres suyo independientemente de su elección. Es tu deber, tu propio propósito para existir, asegurar su fuerza y vitalidad. Tienes lo que ella necesita, Val.

Cuando los ojos de Valerius se cerraron con dudas sobre si mismo, Tristán puso una mano tranquilizadora sobre su hombro.

— Tienes lo que ella necesita, — dijo de nuevo. — Y eres capaz de darle más de lo que ella esperaba porque la amas. Ya sea que ella lo quiera o no, es tu regalo para ella. El verdadero amor no requiere reciprocidad. El verdadero amor es incondicional.

Valerius apenas podía sentir la mano del hombre sobre su hombro mientras absorbía las palabras y se daba cuenta de la verdad de ellas. Vagamente, sintió a Tristán ponerse de pie, pero no levantó la vista.

— Ve con ella, Valerius, — oyó decir al Campeón. — Antes de que sea demasiado tarde.



— ¡No es justo! ¡Hiciste trampa!, — Exclamó Sophia, empujando a Aella a un lado con una mano, la otra todavía apretando locamente los botones del control remoto. Al ritmo que iba, su nueva consola de juegos no iba a durar una semana.

Aella deslizó tranquilamente sus pulgares sobre los botones de acción y tiró una patada giratoria doble y un golpe mortal letal sobre el personaje de Sophia, tirándolo al suelo con un fuerte gemido de muerte.

Juego terminado.

Sophia arrojó el control remoto con más fuerza de la necesaria y lo pateó contra la pared en buena medida.

— *Esta mal* que una antigua amazona me patee el culo en Dynasty Warrior, — hizo un puchero.

— Oye, mira a quién llamas antigua, — respondió Aella, estirando sus brazos sobre su cabeza con gracia felina. Permaneció sentada en el suelo con las piernas cruzadas, casi como Buda, maestra zen de los juegos de lucha que era.

— ¿No puedes al menos elegir un personaje diferente para jugar?, — Se quejó Sophia. — Siempre juegas con Zhao Yun. Al menos lo intento con todos los demás y soy equilibrada en mis tácticas de combate, pero solo sobresales con un personaje.

Parecía una uva agria, pero Aella no lo señaló. En cambio, ella dijo:

— ¿Por qué meterse con la perfección? Zhao Yun es mi personaje de lucha favorito. No voy a confiar en una campaña militar contra las fuerzas enemigas con un general no probado. Y resulta que también es uno de los personajes más poderosos. En mis manos, al menos, es invencible.

— Al menos puedes enseñarme los trucos, — insistió Sophia. Nunca iba a vencer a Aella en el juego a este ritmo.

— No es como si guardara secretos, — respondió Aella. — Te mostré los movimientos combinados y los movimientos de poder, pero tus dedos no son lo suficientemente ágiles. No es mi culpa.

Sophia entrecerró los ojos. — Amañaste la consola, ¿no es así?

Aella se rió ante la escandalosa acusación.

— Vamos, cariño, ten la gracia de admitir la derrota. No puedo evitarlo si Yun y yo estamos así, — dijo, cruzando los dedos para indicar la estrechez de su vínculo virtual. — Apenas tengo que tocar los botones y él pateaba traseros como si no fuera asunto de nadie. Hacemos un equipo imbatible. ¿Qué puedo decir?

Renunciando a su diatriba con un resoplido, Sophia se sentó de nuevo junto a la Amazona, cambiando la pantalla a un nuevo juego, un juego de carreras para un solo jugador en el que Aella no podía vencerla.

— Entonces, ¿qué te está comiendo, chica?, — Preguntó Aella en voz baja, notando las líneas de frustración alrededor de la boca de la joven Reina.

— No sé de qué estás hablando, — dijo la negación de rutina.

Aella hizo su elegante movimiento sin rodar los ojos.

— Oh, solo que pareces un poco estresada últimamente. Un poco más propensa a hacer berrinches. ¿SPM?

— ¡No hago berrinches!, — Replicó Sophia casi gritando, luego bajó la voz y dijo: — Estoy un poco enojada.

— Hmm. ¿Problemas de chicos?

— ¿Hay algún otro tipo?

Aella se encogió de hombros. Ella no lo sabría. Ella nunca tuvo problemas con los chicos. Cualquier hombre que quisiera, lo conseguía. No todo el camino, por supuesto, pero lo suficientemente cerca.

El coito estaba sobrevalorado.

Los delgados hombros de Sophia cayeron una pulgada.

— Estoy un poco confundida, — admitió. Luego preguntó sin volverse hacia Aella: — ¿Alguna vez te han gustado dos chicos a la vez?

Aella lo pensó un par de minutos. Finalmente ella dijo:

— Soy una mujer de un solo hombre. Al menos, solo estoy interesada en un hombre a la vez. Ahora, la atracción puede que no dure más de un día o dos, o a veces incluso un par de horas, pero mientras estoy con un hombre, estoy completamente concentrada en él. No veo a otros.

— Huh, — Sophia absorbió eso mientras sus hombros caían un poco más. — Supongo que soy más bien infiel. — Sonaba muy molesta consigo misma ante la revelación.

Aella sonrió ante la mirada disgustada de Sophia. — Ere tiene competencia, ¿verdad?

La reina suspiró dramáticamente.

— No lo sé. Quizás es porque no lo he visto en mucho tiempo. El profesor dice que realizó un breve viaje de investigación y que volvería en unos días más. Probablemente solo lo extraño.

De repente, Sophia cuadró los hombros.

— No es que tenga derecho a extrañarlo. Quiero decir, él es solo mi asistente de enseñanza, y es muy amable y todo. No es que tengamos ninguna relación más allá de la clase.

Aella no discutió. ¿Cuál sería el punto? Más bien, se enfocó en el tema del misterioso hombre con el que Sophia confesó estar siendo infiel a Ere.

— Entonces, ¿quién está detrás de la puerta número dos?, — Preguntó casualmente, asegurándose de que no sonara demasiado curiosa.

Sophia se encorvó de nuevo, ocultando un lado de su cara con su hombro y brazo.

— Nadie que conozcas.

Aella olió la gran mentira desde una milla de distancia.

— No señalaré que es asunto mío conocer a todos los que conoces, — le recordó a la niña. — Solo diré que este tipo debe ser bastante increíble para que lo compares con Ere. Ese hombre era un buen pedazo de...

— Sí, gracias, — Sophia la interrumpió antes de que se pusiera demasiado gráfica. Nunca antes se sintió amenazada por la belleza y la sexualidad de Aella, pero en este momento se sintió inexplicablemente posesiva y protectora de sus dos hombres. No es que fueran suyos, se agregó. — Y no estoy realmente comparándolos. Son solo... diferentes. Polos opuestos, casi. No son comparables.

— Pero te gustan los dos, — dijo Aella, su tono no era de una pregunta.

— No sé si me gusta alguno de ellos, — respondió Sophia. — Simplemente me siento... confundida cuando estoy con ellos. No es la gran cosa.

Mientras la joven Reina se concentraba en aumentar su puntaje en las carreras, Aella supo que la conversación había terminado. Sophia no iba a revelar más esta noche.

Ah, el amor juvenil, pensó Aella. No había nada como la embriaguez de un primer flechazo. O los primeros enamoramientos, más bien. Todo estaba bien.

Ella entrecerró los ojos ante el perfil de Sophia.

Todo estaba bien mientras la Reina no se enamorara en serio.

11

Rain se arrastró cansada al Recinto Fénix alrededor de la medianoche. Sentía que sus piernas pesaban una tonelada, y estaba tan mareada que sintió que su cabeza estaba a punto de caerse de sus hombros. A pesar de su determinación de ahorrarle a Valerius tanto como sea posible sus necesidades, ella debería aprovechar su Alimento esta noche. El cómo, ella tendría que ser creativa. Quizás mientras él dormía, quizás ella simplemente usaría su *zhen*...

De repente, Rain se detuvo justo cuando cruzaba el umbral de la cámara interior del Recinto. Al igual que la noche de su unión, Valerius estaba frente al tapiz de la pared, mirando en silencio el paisaje de su tierra natal.

Completamente desnudo. Esperándola.

Cada vez que lo miraba, su corazón amenazaba con salirse de su pecho. Solo verlo la vigorizaba.

Ante el sonido de la puerta de la cámara cerrándose, Valerius se volvió hacia la Sanadora, revelando su estado de excitación y disposición para Servirla.

— Te alimentaré esta noche, — dijo en voz baja y ronca.

Rain empezó a protestar, él podía verla aferrándose a sus excusas, pero él la interrumpió antes de que pudiera hablar, — Me aceptarás, — dijo con firmeza. — Me aceptarás en tu cuerpo.

Rain estaba sin palabras, sus palabras la hicieron destellar caliente y fría. Parecía que estaba el mando, y Valerius nunca lo estuvo. No con ella. No de esta manera. Él siempre cedía a sus deseos, incluso cuando ella se estaba torturando a sí misma con la negación.

Mientras lo miraba boquiabierta, él cerró la distancia entre ellos en tres largas zancadas y antes de que ella pudiera parpadear, su boca estaba caliente e insistente sobre la de ella.

¡Oh, el macho podría besar!

Rain arqueó su cuerpo reflexivamente hacia arriba y se puso de puntillas para igualar mejor su asalto apasionado. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura y estiró sus manos posesivamente sobre su musculoso trasero, sus uñas clavándose en la carne inflexible mientras trataba de obtener una mejor recompensa.

Puso su boca caliente una y otra vez contra la de ella, su lengua barriendo en voluptuosos golpes, apareándose con la suya. Él succionó sus labios regordetes con un enfoque único, como si cada acción fuera calculada para lograr el máximo impacto, para despertarla fuera de control.

Rain se regocijó al sentir su erección masiva pinchando exigentemente en su vientre, negándose a ser ignorada.

No esta noche.

Oh Diosa, había esperado tanto tiempo por esto. Demasiado tiempo para sentirlo contra ella así. Apenas se atrevió a imaginar que pronto su sangre fluiría por sus venas, su cuerpo se uniría íntimamente al de ella, llenándola, alimentándola, dándole un placer incalculable.

Ella le apretó los glúteos con una fuerza sorprendente, y él gimió profundamente ante la incitación sin palabras para aparearse.

Ante el sonido gutural, la neblina de pasión sin sentido se levantó lo suficiente como para que Rain se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Lo que ella lo empujaba a hacer. De repente, ella se soltó de su abrazo y dio un par de pasos apresurados hacia atrás, luego uno más por si acaso, hasta que estuvo fuera del alcance de su brazo.

Con el pecho agitado y los oídos zumbando, ella lo miró horrorizada, furiosa consigo misma por perder el control.

— No creo que sea una buena noche para mí, — mintió entre dientes.

— Y además, tenemos que partir temprano mañana a China, — tartamudeó, buscando desesperadamente en su cerebro agotado una excusa plausible. — Tuve un largo día y solo necesito un poco de sangre. Pero no tiene que ser ahora mismo, — agregó. — Puedo tomarla mañana por la mañana antes de que estés despierto. — Como había estado haciendo durante los últimos días.

Valerius se obligó a quedarse quieto, a pesar de que su corazón y su alma retrocedieron como heridos de muerte por la crueldad de su rechazo.

Una vez más.

Forzó su expresión a permanecer estoico, aunque el músculo de su mandíbula se tensó involuntariamente como el único signo externo de su aflicción, y declaró en voz baja,

— Nos *vamos a* aparear esta noche. Me vas a aceptar en tu cuerpo.

— Valerius, por favor, — comenzó a decir, sacudiendo la cabeza, — no tienes que hacer esto. No tienes que...

— ¿No es este el deber del Consorte?, — Interrumpió, — ¿no es esto lo que compartiste con todos los demás Consortes que has elegido? Deben haber sido cientos, has dicho que has admirado y respetado cada uno. No te estoy pidiendo eso. No espero tanto.

En una voz tan baja que casi no podía oír, agregó:

— Sé que no valgo nada.

Y en ese momento, Rain entendió la fuente de su dolor. Había estado completamente equivocada todo este tiempo. Tenía la intención de darle espacio y no exigirle su Servicio cuando supo la forma en que había sido brutalizado en el pasado, los recuerdos que aún deben perseguirlo cada vez que siente el toque de otro. Pensó que estaba siendo amable, pensó que mantenerse alejada compensaría el egoísmo y la codicia que la habían llevado a elegirlo como su Consorte.

Pero ahora vio que su negativa a tomar su alimento solo lo lastimaba más. Y su corazón se rompió al ver a este valiente, fuerte y bello guerrero inclinando la cabeza avergonzado.

Sin decir una palabra, ella se arrojó sobre él, envolviendo sus brazos fuertemente alrededor de su espalda, presionando su rostro manchado de lágrimas contra su pecho, sacudiendo su cabeza para refutar su

autocondena. Sollozaba tan fuerte que no podía respirar lo suficiente, para hablar, así que lo abrazó con más fuerza, deseando que sintiera su disculpa, su empatía, su deseo ilimitado por él.

Con los brazos llenos de la mujer llorando, Valerius no sabía qué hacer. ¿Había ido demasiado lejos al exigirle que lo aceptara?

— Yo... —forzó a bajar el nudo en su garganta e intentó nuevamente, — Te serviría de la forma en que quisieras, solo dime cómo. Haría todo lo que quisieras, — tragó saliva y salió, — Cualquier cosa.

Rain continuó sacudiendo su cabeza, el poder del habla más allá de ella. Las crudas palabras que le arrancaron solo lo empeoraron. Podía sentir cuánto le costaba decir estas cosas, rendir tanto de sí mismo, en esencia poniéndose completamente vulnerable ante ella, para hacer lo que quisiera.

Pero Valerius no podía leerla tan claramente como ella podía leerlo. Asediado por la duda, ni siquiera podía comenzar a adivinar cómo se sentía ella. ¿Tenía miedo de su tamaño? Tal vez la había lastimado la última vez, temía, una ola de náuseas lo abrumaba, tal vez la había presionado demasiado.

— Puedes atarme si te alivia la mente, — ofreció con una nota de desesperación, la idea misma casi lo mata. — Hay cadenas que... — apretó sus ojos mientras los horribles recuerdos lo asaltaban, haciendo que su cuerpo temblara de tormento, pero se obligó a continuar, — puedes mantenerme atado. Puedes tener todo el control. Solo... *por favor...* toma mi alimento. Tómame.

Incapaz de soportarlo más, Rain agarró la parte posterior de su cuello y tiró de su cabeza hacia ella, silenciándolo con un beso desgarrador. Ella le dijo con su cuerpo y con su boca cuánto lo quería, cuán infinitamente lo ansiaba, cuán hermoso y puro era para ella.

— No habrá restricción, — finalmente pronunció contra su boca. — No para ninguno de nosotros. Quiero perderme en tu cuerpo. Quiero llenarme hasta rebosar de tu alimento.

Valerius lanzó un largo suspiro tembloroso que no se dio cuenta de que había estado conteniendo. Ella lo aceptaba. Ella lo *quería* a él.

La tomó en sus brazos y la llevó a la cama en dos zancadas. Cuando él se inclinó para acostarla sobre las sábanas de seda, ella se escabulló, envolvió sus brazos y piernas alrededor de su cuello y caderas y lo colocó

encima de ella. Cuando él se empujó sobre sus codos para mantener un poco de peso sobre ella, ella hundió sus colmillos vorazmente en la vena a lo largo de su garganta.

Valerius siseó ante la sensación de su primera calada profunda y la transformación que lo cegó, despertando e infundiendo sus músculos con el impulso irresistible de Acoplarse. El aroma de su esencia floreció en el aire, rodeándolos a ambos con su embriagadora fragancia. Luchó por mantener su peso fuera de ella, trató de evitar que su cuerpo la abrumara. Y casi tuvo éxito, excepto por el persistente empuje de su pene mientras se enterraba infaliblemente entre sus pliegues hasta su núcleo.

Rain se abrió inmediatamente a su posesión. Ella soltó su garganta y arqueó la espalda como un arco, empujando sus caderas adelante en un fluido movimiento para llevar la cabeza hacia dentro.

Ambos jadearon por el increíble placer, pero para Valerius, también fue dolor, porque la presión dentro de él lo hizo sentir que iba a explotar fuera de su propia piel.

Las manos de Rain se movieron hacia abajo para agarrarle los hombros, sus uñas clavándose en sus trapecios mientras ella abría las piernas y flexionaba las caderas para llevarse más de él adentro. De nuevo empujó una ondulación voluptuosa y ganó dos pulgadas más de acero caliente.

Valerius no pudo controlar el temblor de su cuerpo, pero se obligó a sí mismo con todo lo que tenía a quedarse quieto, para que ella marcara el ritmo, para ella tomara el control. Cada instinto le decía que la embistiera el resto del camino, pero él se contuvo.

Moriría antes de lastimarla.

Como si sus huesos se hubieran derretido y su carne se hubiera vuelto líquida, Rain continuó estirándose y abriéndose, llevándolo más de él dentro de su cuerpo, en un lento y entusiasta grado. El proceso en sí mismo de llevarlo completamente dentro de su cuerpo había provocado tanto placer que sus músculos internos se contrajeron repetidamente en pequeños estallidos de orgasmos.

Valerius apretó los dientes al sentir a sus paredes vaginales ordeñándolo, alimentando la presión y el fuego dentro de él a alturas insoportables.

Después de lo que pareció una eternidad, él estaba asentado dentro de ella hasta el fondo. Rain se abrió debajo de él como una mariposa clavada en una pared, y luego ella apretó lentamente sus extremidades alrededor de él, enlazando sus manos alrededor de su espalda baja, cerrando sus tobillos alrededor de sus nalgas.

Esa acción en sí misma, envolviéndolo completamente en su abrazo, frotó su cabeza deliciosamente contra su centro de placer en el fondo. Y mientras ella se había estirado para acomodar su tamaño, su lugar de placer se había alargado, junto con sus paredes internas, hasta que sintió que todo su canal vaginal era un clítoris gigante volteando todo al revés. Incluso la fricción más pequeña, el más mínimo roce de su vara satinada dentro de ella provocaba torrentes de placer en todo su cuerpo.

En un gemido largo y roto, ella alcanzó un orgasmo tan intenso que todo su cuerpo lo apretó como una prensa de acero.

Valerius no pudo evitar su gemido de respuesta, vibrando a través de su cuerpo torturado y humedecido por el sudor. Levantó la cabeza para mirarla. La vista de su cabeza arrojada hacia atrás en éxtasis, sus mejillas brillando por el calor y la excitación, su cuerpo suave y flexible temblando ante la intensidad del placer que él la llevó casi lo envió al borde.

Pero no podía dejarlo ir. Su cuerpo no se soltaría. Y le dolía tanto que apenas podía respirar. Luchando contra el increíble dolor, Valerius cerró los ojos con fuerza, apretando la mandíbula contra los gritos cobardes que amenazaban con escapar.

Cuando la larga y eufórica cresta de su orgasmo disminuyó, Rain miró al Protector y sintió que su corazón tartamudeaba. Conociendo la profundidad de su angustia, la fuente de su tormento, Rain alzó ambas manos para ahuecar su rostro.

— Ven conmigo, *airen*, — le suplicó, — mírame.

Lentamente, Valerius relajó sus ojos fuertemente cerrados y miró dentro de los brillantes orbes de la Sanadora. En ellos vio comprensión, aceptación, admiración y gratitud.

Y luego ella sonrió.

Esa lenta sonrisa de Mona Lisa que incendió cada célula de su cuerpo. Ella bajó su rostro hacia el de ella y le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja. Al mismo tiempo, la parte inferior de su cuerpo lo apretó

lánguidamente, húmeda y sedosamente, atrayéndolo más profundamente dentro de ella, luego soltándolo un poco solo para atraerlo de nuevo.

Valerius jadeó ante los inexorables tirones de su núcleo sobre su sexo. Toda su energía y poder se unieron en el lugar donde estaban íntimamente unidos. Todo lo que quería hacer era liberar su fuerza vital en ella.

Era el alimento que ella necesitaba. Era la liberación lo que la curaría.

Con los labios junto a la oreja, Rain comenzó a susurrar suavemente en su lengua materna. Sus manos recorrieron su espalda para agarrar sus nalgas posesivamente, con urgencia.

No sabía lo que ella le decía, pero captó la única palabra que ella repetía una y otra vez.

Airen.

Amante. Amado.

Valerius soltó sus deseos más profundos y se permitió imaginar, por un momento, que ella realmente lo amaba. Y cuando su mente y su corazón se abrieron, sintió que sus testículos pesados se contraían bruscamente una fracción de segundo antes de que un orgasmo explotara por todo su cuerpo, llenándola con su semilla, el alimento que ansiaba, en grandes olas ondulantes.

Gimió profundamente ante la indescriptible sensación de ser liberado.

Finalmente, después de una eternidad de infierno, después de milenios de moderación, su cuerpo, mente y espíritu se elevaron. Por primera vez en su existencia demasiado larga, sintió un placer sin diluir. En el abrazo de Rain, probó su primer trozo de felicidad y paz.

Rain sollozó de alivio y alegría al sentir que Valerius la llenaba de Alimento. Su cuerpo lo bebió sediento en tragos estremecedores. Inmediatamente, ella fue infundida con fuerza y vitalidad. Su sangre prácticamente cantaba al regreso de su poder. En su cuerpo, ella encontró el cielo. Nunca había conocido tal dicha.

Parecía continuar para siempre, las ondas de choque que lo atormentaban, el intenso dolor de placer que lo atravesaba, y ella parecía absorber todo en sí misma, su núcleo chupaba y tiraba de él aún más hambriento. Ya no podía mantener su peso equilibrado sobre ella. Todos

los músculos parecían destellar fuego, luego entumecerse, para luego destellar otra vez.

Y entonces ella susurró:

— Lo siento — mientras envolvía sus miembros con más fuerza alrededor de él, las agujas de su cabello penetraban sus poros.

Justo cuando su orgasmo comenzó a disminuir, una explosión de dolor impresionante siguió tan de cerca, que Valerius se tambaleó por el impacto. Era el mismo dolor astillante que había sentido durante el segundo día del Rito cuando lo había probado para resistir. Ella estaba liberando la acumulación de dolor de las heridas que había curado en los últimos diez años en él. Incluso disipado y difuso, el ataque lo puso de rodillas.

Valerius tragó saliva, su pecho dolía con su corazón que latía con fuerza, su cuerpo entero reducido a una herida gigante.

Pero antes de que él pudiera prepararse remotamente, ella gimió roncamente:

— Otra vez.

A la orden, el cuerpo de Valerius se tensó de pies a cabeza cuando otra embestida orgásmica lo abrumó, lanzando pulsos de Nutrición hacia ella.

El éxtasis de la liberación fue seguido rápidamente por el dolor alucinante que ella canalizó hacia él, haciendo que sus venas resaltaran contra su piel demasiado apretada.

Con los jadeos rotos del guerrero sobre su oído, Rain esperó a que los temblores desaparecieran y rodaron hasta que fue envuelta como una muñeca de trapo sobre el magnífico torso de Valerius. Sabía que era una glotona, sabía que lo estaba empujando peligrosamente hasta el borde. Sabía que debía *mantener el ritmo*, pero Diosa, se sentía tan *bien*.

Su alimento era como ningún otro que ella hubiera tenido. Era su propia ambrosía, su adicción incurable. Y la forma en que su cuerpo se ajustaba al de ella, estiraba el de ella, llenaba el de ella: no había placer mayor en toda su existencia. La sensación de él, el olor de él, el sabor de él... sus colmillos le dolían tanto que se hundieron en él, que cedió a la compulsión y se aferró a su garganta una vez más.

— Otra vez.

Con un gemido tan gutural y profundo que físicamente vibró con el sonido primitivo, el cuerpo de Valerius entró en erupción una vez más en la Sanadora.

Continuamente, él dio y dio y dio.

Se sentía exprimido, pero tan lleno que explotaba en las costuras. Se sentía agotado, pero poderoso y vigorizado al mismo tiempo. Sintió un placer tan maravilloso que le llenó los ojos de lágrimas, pero nunca había soportado un dolor tan agudo y devastador.

Durante horas, ella se alimentó. Horas interminables, ella lo ordeñaba. Hasta que la cama estaba pegajosa y húmeda por sus fluidos, su sangre y sudor. Y aun así ella festejó con él, los llevó al clímax una y otra vez.

A medida que el mural cambiaba de la noche a la madrugada, Valerius ya no podía moverse, su cuerpo estaba tan adolorido y pesado que todo lo que podía hacer era respirar.

Debido a que había dado tanto de sí mismo, incluso con su capacidad mejorada de curación no podía borrar la evidencia de su alimentación. Contusiones púrpuras azuladas cubrían todo su cuerpo: el cuello, las muñecas, el pecho, la parte inferior del estómago justo por encima de su hueso púbico, el interior de los muslos... donde había una vena que le llamaba la atención, se alimentaba con insaciable apetito.

Rain ahora se extendía alrededor de sus piernas, su cara a la altura de su todavía palpitante e hinchada hombría mientras Valerius yacía echado de espaldas. Como una mujer hambrienta saboreando el último bocado de pastel, ella meticulosamente bañó su pene con su lengua, recorrió la cabeza regordeta y corrió sus colmillos a lo largo de la vena oscura que pulsaba contra la piel satinada.

Valerius estaba tan agotado y tan malherido, tanto por el Acoplamiento como por el persistente impulso de mantenerse en el Apareamiento que un profundo gemido de rendición salió de sus labios.

El sonido pareció elevar aún más su excitación, y ella cerró la boca alrededor de su cabeza llorosa al mismo tiempo que sus colmillos se hundían en la vena más gruesa de su polla.

Valerius gritó roncamente en agonía y éxtasis, su cuerpo arqueándose en lo alto de la cama mientras su sangre y semen se disparaban en su boca.



Para mantenerlo atrapado dentro de su red, el cabello de Rain envolvió sus zarcillos de seda alrededor de su cuerpo, insertando unas pocas agujas en las áreas donde ya lo había mordido. Valerius se quedó sin aliento ante la invasión, en la profundidad sin fondo de su penetración en su cuerpo indefenso.

Ella estaba en todas partes. Ella tomó todo. Sus colmillos, sus manos, su *zhen*, su boca.

Rain lo bebió con avidez, chupando más fuerte, dibujando más rápido. Una de sus manos se cerró alrededor de la base de su pene y se apretó al tiempo que ella tiraba de su polla, y la otra se dirigía magistralmente a su escroto, haciendo que su orgasmo continuara.

Valerius apretó los dientes contra la súplica para que se detuviera. Era demasiado. Se sintió destrozado, roto, reducido a carne y huesos crudos. A pesar de todo el alimento que le dio, a cambio no recibió ningún sustento ningún intercambio igualitario de satisfacción espiritual. Al mismo tiempo, su mano acunó la parte de atrás de su cabeza, instándola a que continuara tomando de él. Incluso si no quedara nada de él, incluso si ella tomara todo, él se entregaría a ella sin quejarse.

Ella era su dueña, cuerpo, sangre y alma.

Pasó una vida antes de que ella finalmente se separara de él, arrastrándose por su cuerpo propenso a acurrucarse contra su pecho.

Usando la última onza de fuerza, giró su rostro hacia el de ella, sus labios rozaron su sien con exquisita ternura.

Ella suspiró larga y profundamente y murmuró una pequeña palabra que llenaron a Valerius de reverencia y paz.

— Gracias, — susurró antes de que el sueño finalmente la tomara.

Valerius yacía despierto a pesar de su agotamiento mental. Todo había cambiado. Sabía que no había vuelta atrás. Tan seguro como la amaba con todo su ser, se enfrentó y aceptó una segunda verdad irrefutable:

Con esta unión, con la rendición de su fuerza vital en la mujer que amaba, había entrado en su Declinación.

Valerius había comenzado a morir.



Sophia encontró un sobre manila sin dirección en su buzón del campus.

Curiosa, rápidamente rompió el sello y miró dentro. Había un disco rosado y un papel doblado. Sin sacar ninguno de los elementos, vio la firma masculina en la parte inferior de la hoja.

Ere.

Sorprendida, cerró el sobre y lanzó una mirada a Dalair, que estaba de guardia este día para acompañarla en la escuela.

Aunque él estaba a unos quince pies de distancia y completamente discreto, ella siseó,

— ¿Te importa? ¿Un poco de privacidad, por favor?

Un pequeño fruncir del ceño juntó las cejas oscuras del guerrero, pero no discutió, dándose la vuelta hasta que se enfrentó a Harvard Yard en lugar de los corredores internos del aula.

Con una sonrisa involuntaria de alegría que iluminó su rostro, Sophia cuidadosamente sacó la nota doblada y leyó:

Sophia

Mis más sinceras disculpas por abandonarte a la desorganización y la confusión que es el compañero constante del profesor McGowen. El hallazgo soñado de un investigador surgió en el último momento y tuve que partir inmediatamente hacia el Louvre.

No es que espere que pienses en mí cuando estoy fuera, pero no pude evitar plantar la semilla. En el USB hay una canción que espero te guste. (Me di cuenta de que nunca estás sin tu iPod). Supongo que es antes de tu tiempo, no estoy seguro de qué está escuchando tu generación en estos días, pero es una de mis canciones favoritas.

Espero que pienses en mí cuando la escuches. La letra se adjunta a continuación.

Ere.



"Creep" - por Radiohead

*Cuando estabas aquí antes / No podías mirarte a los ojos
Eres como un ángel / Tu piel me hace llorar
Flotas como una pluma / En un mundo hermoso
Desearía ser especial / Eres tan jodidamente especial...*

*No me importa si duele / Quiero tener el control
Quiero un cuerpo perfecto / Quiero un alma perfecta
Quiero que te des cuenta cuando no estoy cerca
Eres tan jodidamente especial / Desearía ser especial...*

*Lo que sea que te haga feliz / Lo que quieras
Eres tan jodidamente especial / Desearía ser especial*

*Pero soy un asqueroso / Soy un bicho raro
¿Qué demonios estoy haciendo aquí?
No pertenezco aquí / No pertenezco aquí*

Sophia agarró la nota hasta que sus palmas comenzaron a sudar. Un escalofrío le hizo poner los pelos de punta.

Oh Diosa de arriba, ¿qué significaba esto? Nunca antes había recibido una carta personal de un chico, mucho menos un regalo.

¡Le dio una canción! ¡Le escribió una carta con su propia mano!

No es un correo electrónico, mensaje de texto o publicación de Facebook. Escribió palabras reales en inglés en papel con lo que parecía una pluma estilográfica si las pequeñas señales rizadas y las elegantes barras eran alguna indicación.

Sophia estaba tan mareada que apenas podía contener el chillido que amenazaba con salir de sus labios de manera indigna. Se llevó el papel a la nariz e inhaló profundamente para ver si aún podía percibir su olor, ¡lo hizo! Había una leve fragancia de especias oscuras, chocolate y... pura decadencia. ¡Se iba a desmayar de euforia!

Ella leyó y volvió a leer la nota con la letra de la canción abreviada tres veces más, apenas notando que los estudiantes habían comenzado a entrar en la sala de conferencias a su lado.



¿Qué quería decir él al compartir esta canción con ella? ¿Era algún tipo de mensaje para ella? ¿Alguna representación de sí mismo y de cómo la veía?

Pero eso no podía ser, pensó con confusión. ¿Quién en su sano juicio se describiría como un "asqueroso" y a Sophia como un "ángel"? Tenía más sentido si cambiaban las descripciones. Pero entonces ella debería darle esta canción a él, no al revés, ¿verdad?

¿Qué significaba todo esto?

— Sophia, tu clase está comenzando.

Dio un salto al oír la voz de Dalair cerca de ella y rápidamente escondió la nota y el sobre en la espalda.

— ¿Por qué me estás espiando?, — Lo acusó con el ceño fruncido.

Su expresión permaneció suave.

— Simplemente te estoy recordando que la puerta de la sala de conferencias está a punto de cerrarse.

Sophia metió el pie en el umbral antes de cerrarse y lo miró altiva. Voy a entrar. Tú quédate aquí y fuera de la vista. Y mantén tu distancia cuando salga. Podría hacer un amigo o dos hoy y no quiero que se asusten contigo merodeando por ahí.

La declaración era tan ridícula que Sophia casi hizo una mueca cuando lo dijo. En todo caso, la presencia de Dalair atraería a "amigos" hacia ella como las abejas a la miel, en lugar de repelerlos. Pero ella no estaba dispuesta a admitir eso ante él.

— Como desees, — replicó con un leve asentimiento y la observó entrar en el aula.

Dalair entrecerró los ojos cuando la Reina estuvo dentro de la sala de conferencias. Había echado un vistazo a la nota cuando ella la desdobló por primera vez. Incluso a quince pies de distancia, su vista mejorada tomó una palabra como si estuviera parpadeando en una valla publicitaria gigante.

Ere.



Ayelet, Rain y Valerius se hundieron en sus asientos de primera clase en American Airlines a las tres horas de su vuelo transatlántico desde Boston a Kunming, China.

Harían una transferencia en Beijing a Air China, tomarían un vuelo de conexión de Kunming a Shangri-La, luego un tren a las afueras del condado de Lushui, luego alquilarían una camioneta local para conducirlos por los senderos montañosos y finalmente caminarían. El resto del camino lo harían a pie hasta el remoto pueblo donde Cloud Drako se aisló.

Si tenían suerte, probablemente podrían hacer autostop en un carrito de burro.

Ayelet echó un vistazo a sus dos compañeros al otro lado del pasillo. La transformación tanto del Protector como de la Sanadora aturdió su mente. Después de más de seis horas en su presencia, desde el momento en que tomaron el desayuno hasta llegar al aeropuerto y acomodarse en sus asientos designados, Ayelet aún no podía acostumbrarse a sus apariencias cambiadas.

Rain parecía más fresca y vital de lo que Ayelet la había visto nunca, y solo estaban a medio camino del Ciclo del Fénix. Su tez había adquirido un tono rosado, sus ojos brillantes y luminosos, sin sombras azuladas debajo de ellos. De la noche a la mañana, su rostro parecía un poco más redondo, sus mejillas rellenas en lugar de demacradas, y en realidad había carne debajo de su piel, que parecía más resistente y saludable en lugar de su fragilidad anterior como de papel. Incluso su cabello brillaba como diamantes en lugar de cristal semitransparente.

Y luego estaba su expresión.

Ayelet nunca había visto tal expresión de completa dicha y felicidad en el rostro de la Sanadora. En verdad ella parecía una mujer completamente diferente.

Valerius, por otro lado, parecía haber sido aplastado por un tren de carga, atropellado por un camión Mac, y arrojado a un barranco por el mero hecho de hacerlo.

Estaba cubierto de pies a cabeza con un cuello de tortuga negro de manga larga y pantalones negros sueltos, por lo que no era como si las innumerables contusiones que Ayelet sabía que llevaba fueran visibles para el ojo público. Pero ella sabía que su cuerpo estaba perdido. Cualquier cosa que pudiera hacer que el guerrero estoico hiciera una

mueca de dolor cada vez que se movía, demonios, cada vez que respiraba estaba más allá del conocimiento de Ayelet. Ella no habría captado sus fugaces expresiones de dolor si no lo hubiera estado observando de cerca, o si no hubiera sabido qué buscar.

Pero Ayelet estaba muy familiarizado con el Ciclo del Fénix y los efectos que tuvo en sus Consortes. Leonidas, Alexandros y Dalair, entre otros hombres puros de la clase guerrera, habían servido a la Sanadora antes durante los dos mil cien años que había estado en su papel. Si bien se habían visto exhaustos y agotados durante los treinta días, también parecían extrañamente relajados, deshuesados, probablemente debido a la liberación de la tensión sexual.

Valerius, sin embargo, parecía más tenso que nunca, como si todo su cuerpo fuera un resorte firmemente enrollado. Su cabeza afeitada magnificaba la agudeza de sus pómulos, los huecos debajo de ellos, el ángulo agudo de su mandíbula. Las venas se destacaban en el dorso de sus manos grandes y delgadas, y su pecho se alzaba y deprimía como si estuviera luchando por respirar, como si le doliera respirar.

Pero la expresión de su rostro estaba en desacuerdo con el evidente dolor que irradiaba su cuerpo. Su concentración y determinación habituales parecían duplicarse. Pero junto con eso, había una paz subyacente e incluso orgullo. Y cuando el Protector miró a Rain, sus ojos brillaron con reverencia, anhelo, posesividad y, sobre todo,...

Amor.

Era tan privado, carnal y desgarrador que Ayelet se sonrojó al presenciarlo. Se sintió obligada a mirar hacia otro lado, era como si hubiera mirado algo que no debería haber visto, como si estuviera vislumbrando los rincones más profundos y escondidos del alma del guerrero.

La interacción entre la Sanadora y su Consorte también se había metamorfoseado desde un punto de vista distante y reticente hacia una relación cercana que superaba la mayoría de los lazos apareados. Sus cuerpos parecían tan sintonizados entre sí, era como si fueran uno y lo mismo. Cuando ella se movió a su izquierda para acceder mejor a su luz cenital, él la siguió como si fuera jalado por una cuerda invisible. Cuando se acostaron en sus asientos, el reposabrazos se dobló hacia atrás para que no hubiera barrera entre ellos, sus cuerpos y rostros se inclinaron inconscientemente entre sí, hasta que ambos brazos abrazaron con

fuerza uno de los suyos, su rostro se volvía hacia su pecho, los labios de él rozando la parte superior de su cabeza.

Ayelet poseía el don de la empatía. Era más que simplemente ponerse en el lugar de otra persona; Era la capacidad de sentir verdaderamente las emociones que otra persona sentía, como si las emociones fueran suyas. Ayelet rara vez lo usaba, porque las repercusiones en sí misma eran impredecibles, y siempre sentía como si estuviera entrometiéndose en el mundo privado de otra persona sin su permiso. Pero incluso sin eso, podía ver cómo el cuerpo de Rain zumbaba de deseo cada vez que Valerius estaba cerca, y cómo su cuerpo vibraba para satisfacer el de ella a cambio.

Era como si los dos estuvieran interesados, nadie más existía. Solo estaban conscientes el uno del otro. Todo lo que querían y necesitaban era el uno al otro.

Con una punzada, Ayelet pensó en su compañero. Ella no vería a Tristán en los próximos días, con suerte no más de una semana. Pero parecía una eternidad cuando el vínculo que Rain y Valerius compartían era un recordatorio constante de la ausencia de su caballero. Rezó por la seguridad de Tristán junto con todos los demás que quedaban en el Escudo, así como por el éxito de la misión de Orion y Eveline.

Ayelet miró una vez más, con mucha envidia y un poco de preocupación, a la pareja entrelazada en la fila central de asientos al otro lado del estrecho pasillo. No sabía qué hacer con el vínculo exponencialmente creciente entre la Sanadora y el Protector, pero incluso si tuviera ese conocimiento, no sería su lugar interferir.

Detestando molestar su conexión exclusiva, Ayelet se colocó los auriculares y prendió la pantalla de su televisor, mirando los videos a pedido que AA almacenó en su sistema para distraerse en este largo, largo vuelo. Ella eligió *Red Cliff*, una película sobre la Guerra de los Tres Reinos en la antigua China. Tal vez crearía el ambiente para el viaje por delante. Si su investigación fue una indicación, estaban a punto de entrar en uno de los rincones más remotos de China, donde el paisaje permaneció en gran medida sin cambios, donde la industria y la modernización aún no habían dejado su huella.

Y donde con suerte encontrarían al guerrero de élite destinado.



12

Alexandros balanceó sus piernas como plomo sobre el costado de la cama y se quedó quieto durante largos momentos, orientándose mientras el mareo de estar de pie por primera vez en días se desvanecía gradualmente.

Gracias al toque de la Sanadora, sus huesos rotos se habían tejido correctamente, sus órganos internos se regeneraron y las heridas en su carne se cerraron sin cicatriz. Todavía estaba débil como un bebé, sin embargo, sus músculos estaban enervados y doloridos. Lo que no daría por la habilidad mejorada de curación de Valerius en este momento. Le mataba estar por ahí, tirado, inútil, una responsabilidad para los Doce, cuando debería estar afuera buscando a Leonidas y poniendo de rodillas a las Hordas de vampiros.

Enfocando sus ojos, examinó el orden y la blancura desinfectada de la clínica. Estaba solo excepto por un pequeño bulto azul claro en una cama junto a la suya. La figura estaba tan fuertemente acurrucada que no se veía ningún signo de su cara detrás de sus brazos y piernas dobladas. Todo lo que Leonidas pudo distinguir fue un largo cabello negro y unas rodillas y pies delgados, un tobillo adornado con una simple cadena de oro con pequeñas campanas.

Reconocería esa tobillera en cualquier lugar. Pertenecía a la doncella de la Sanadora, Wan'er.



El general trató de ponerse de pie con un tembloroso empujón de ambos brazos sobre la cama, pero sobreestimó severamente la fuerza de sus músculos y cayó al suelo en un montón indigno junto a la cama.

Antes de que pudiera gruñir de dolor, una mancha de seda azul apareció a su lado, unas pequeñas manos fuertes lo agarraron alrededor de uno de sus bíceps.

— Usted no debería estar fuera de la cama, General, — dijo Wan'er en un tono de regaño pero preocupado.

Alexandros sacudió la cabeza como para aclararla y se apoyó ligeramente en la doncella mientras se ponía de pie.

— No puedo quedarme ni una hora más como un inválido. Cuanto más rápido regrese a la acción, más rápido recuperaré mi fuerza.

La doncella frunció el ceño pero decidió no discutir. Era su experiencia con los guerreros que uno tenía que elegir cuidadosamente las batallas: estos machos Puros no tomaban que los dirigieran bien.

Una vez que se estabilizó y se sintió relativamente seguro de que no se caería sin el apoyo de Wan'er, Alexandros le quitó casualmente las manos de su brazo y se apoyó contra la pared de la clínica.

— ¿Cuánto tiempo he estado fuera? ¿Donde están los otros? ¿Dónde está Leonidas?, — Preguntó en un rápido torrente.

A pesar de su obvio deseo de evitar su toque, Wan'er se acercó con calma y le pasó las manos por el torso y las extremidades, comprobando metódicamente el estado de sus heridas. Para distraerlo de su ligero toque como plumas, ella respondió:

— Has estado inconsciente durante más de una semana. Fue un milagro menor que regresaras al Escudo con la extensión del daño a tu cuerpo. Estabas a una pulgada de la muerte, y a pesar de la infusión de energía curativa de Rain, tu cuerpo necesitó cada gramo de fuerza para regenerarse. Me sorprende que puedas levantarte tan pronto, para ser honesta.

Esquivando sin éxito, las manos persistentes de la doncella, Alexandros finalmente cedió y se quedó quieto debajo de su lectura. Esperaba que estuviera demasiado débil para excitarse, pero con Wan'er, no tenía mucha confianza en su auto control inquebrantable.

De repente, su pulgar presionó una de sus costillas y Alexandros casi se dobló de dolor.

— Hmm, — reflexionó, — el pulmón derecho no está completamente regenerado, la fractura de costilla todavía está sensible. Si bien no puedo evitar que entres en acción, te recomiendo que te limites a una caminata tranquila y no te muevas demasiado repentinamente.

Ella le lanzó una mirada fulminante:

— En aras de una pronta recuperación, será mejor que prestes atención a mis palabras, de lo contrario me aseguraré de que te arrepientas.

Alexandros se encontró incapaz de contener la intensidad de su mirada y miró hacia otro lado incómodo.

— ¿Y los otros?

Wan'er continuó con su gentil sondeo y respondió:

— Ayelet, Rain y Valerius se dirigen a China; Orion y Eveline a Europa para reclutar. Creo que Tristan y Aella encontraron una pista de la ubicación del Centinela, pero están esperando su recuperación para consultar.

Cuando él se habría movido fuera de la jaula de seda de sus brazos y cuerpo, ella lo sostuvo con una mano alrededor de su tobillo, mientras se balanceaba sobre las puntas de sus pies, inclinada ante él, examinando la parte inferior de su cuerpo.

— No he terminado, — afirmó con autoridad, dejando a Alexandros preguntándose quién era el general y quién era la doncella.

Al presionarlo, él levantó un pie, balanceando su peso contra la pared. Ella giró su tobillo de un lado a otro, asintiendo con la cabeza al progreso de curación realizado, luego deslizó su mano por su pantorrilla, apretando sistemáticamente alrededor de su rodilla y hacia arriba a lo largo de su muslo.

— Basta, — Alexandros agarró su mano cuando ella habría llenado su mano con su vara erecta.

Wan'er fácilmente liberó su mano del agarre del guerrero y se levantó para mirarlo.

— Bastante mojigato para ser un macedonio, ¿verdad?, — Lo miró con curiosidad.

— Solo estoy tratando de preservar tu doncellez, — respondió el general.

Ella le dio una sonrisa de lado.

— Lo he visto y aguantado todo, guerrero, — respondió ella sin siquiera un toque de vergüenza, incluso cuando el calor le subió por el cuello y le llenó las mejillas.

Cambiando de tema fácilmente, dijo:

— Ven, te llevaré con Aella y Tristán. Están conversando en la sala del trono.

A Alexandros se le ocurrió que si ella realmente lo había examinado mientras estaba inconsciente, ya debería haber sabido que, en lo que respecta a su hombría, él estaba completamente intacto. Entonces la mano errante fue para...

Sorprendido, dirigió su mirada hacia su espalda justo cuando ella miraba detrás de ella y le lanzó otra sonrisa torcida y traviesa. Se dio la vuelta y salió de la clínica hacia la sala del trono con el descarado balanceo de sus caderas.

Zorra, pensó el general, incluso cuando una sonrisa de respuesta curvó sus propios labios.

En la sala del trono, encontró a Aella y Tristan ya completamente armados y listos para salir. Al verlo, Aella se apresuró a abrazarlo de todo corazón y Tristan golpeó su espalda con demasiado gusto, haciendo que los hombros de Alexandros crujieran en protesta.

— Bienvenido de nuevo a los vivos, general, — saludó Tristán con una carcajada.

— Te ves bien, — agregó Aella, mirándolo de arriba abajo, — como carne cruda calentada bajo el sol del mediodía.

Alexandros hizo una mueca ante la imagen gráfica que le vino a la mente. Desafortunadamente, también se sintió como la descripción de la Amazona.

— Solo dame cinco minutos y estaré listo para unirme a ti, — dijo Alexandros, pero incluso antes de terminar de hablar, los tres estaban sacudiendo la cabeza.

— Sin movimientos bruscos, — le recordó Wan'er, — eso incluye la caza de vampiros.

— Lo siento, general, pero es demasiado peligroso llevarlo con nosotros, — dijo Aella. Implícito en su declaración era que, mientras no estuviera completamente curado, sería una carga en la caza.

Alexandros detestaba enfrentar la verdad, pero sabía que ella tenía razón.

— Además, — comentó Tristan, — te necesitamos aquí. — Le entregó a Alexandros una memoria USB. — Esto contiene imágenes que tomamos de las últimas cacerías alrededor del Gran Boston, incluida una visita al túnel en el que tú y Leonidas fueron emboscados. Míralos y dinos si algo te provoca un recuerdo o un sentimiento. Planificaremos nuestro próximo curso de acción a nuestro regreso esta noche.

Alexandros no discutió con esta asignación de responsabilidades. Su don era la capacidad de rastrear a cualquier presa, bajo cualquier circunstancia.

Podía ver, tocar, escuchar, oler cualquier cosa con la que su objetivo había entrado en contacto, e incluso si nunca se hubiera encontrado con él mismo, podría determinar en qué momento el objetivo lo había pasado, usado, así como determinar la dirección en la que se dirigió el objetivo después. Mientras hubiera tres objetos de este tipo a los que reaccionar, podrá triangular la ubicación exacta del objetivo con precisión láser.

Si el USB contuviera tres imágenes relevantes, al anochecer podrían localizar a dónde se habían llevado a Leonidas. Muerto o vivo, traería a su camarada a casa.

Por el bien de sus enemigos, será mejor que el Centinela esté vivo.



Cuarenta y ocho horas después de que despegaron del Aeropuerto Logan de Boston, Ayelet y Valerius esperaban frente a una estación de tren abarrotada para que Rain comprara sus boletos de Shangri-La a las afueras del condado de Lushui.

— Me siento un poco como un espectáculo de circo, — murmuró Ayelet cuando varios viajeros chinos pasaron junto a ellos con interés no disimulado y, a veces, con absoluta consternación en sus expresiones.

Con su largo cabello oscuro y rizado, sus proporciones voluptuosas y sus cueros ajustados, Ayelet parecía una diosa bizantina antigua que

descendió a la tierra. Valerius, por mucho que lo intentara, simplemente no podía mezclarse con ningún fondo en Yunnan, China. Muy por encima de la cabeza y los hombros de los demás, y más ancho de pecho, por encima del promedio chino, sus bíceps eran más grandes que los muslos de la mayoría de los hombres, sus hombros más anchos que el doble de su longitud, era un verdadero Goliat.

Se sabía que los chinos del norte eran más altos, después de todo, produjeron personajes como Yaoming, la leyenda de la NBA. Pero Ayelet y compañía viajaban por el suroeste de China, donde las personas eran generalmente más pequeñas, más oscuras, más propensas a mirar boquiabierta a los extranjeros, por los monolitos vivos que parecían ser.

— Pero eres una atracción muy hermosa, — dijo Rain, sonriendo mientras caminaba de regreso a sus amigos que esperaban sus boletos de tren. — Estoy segura de que los hombres se preguntan cuál es la mejor manera de acercarse a una diosa así. No es común que las personas de por aquí vean a personas como tú y Valerius.

— Se ven más aterrorizados que excitados, — respondió Ayelet con ironía. Mis brazos son más grandes que las piernas de esos hombres. — Ella asintió a un grupo de lo que parecían ser trabajadores de la construcción sentados en los escalones del tren, mirándola descaradamente.

— Oh, pero son mucho más fuertes de lo que parecen, — le aseguró Rain. — Tienen que serlo para vivir en estas montañas. Tanto los hombres como las mujeres tienen que llevar más del doble de su peso a veces, para transportar bienes y necesidades desde el pueblo más cercano a sus hogares en las montañas. Pronto lo verás. Se movió para pararse junto a Valerius y envolvió ambos brazos alrededor de uno de los suyos, inclinándose hacia él.

— ¿Estás cansada, Sanadora?, — Preguntó el guerrero con preocupación, preguntándose si Rain estaba lo suficientemente fuerte como para emprender el viaje que tenían por delante.

Ella sacudió la cabeza y lo miró, cegándole momentáneamente con su sonrisa deslumbrante. — Solo quiero hacer mi reclamo para que esas chicas sepan que eres mío, — dijo alegremente, haciendo que Valerius mirara a su alrededor, observando a algunas jóvenes riendo asomándose por las ventanas del tren, mirándolo y gesticulando.

Valerius rápidamente miró hacia otro lado, incómodo con la atención, solo para escuchar la risa divertida de Rain. — Y me gusta estar cerca de ti, — agregó, haciéndolo sonrojarse más. — Si pudiera, envolvería tu cuerpo como una segunda capa de piel.

Aunque las palabras susurradas eran solo para sus oídos, la cara de Valerius ardía como si las hubiera gritado para que todo el mundo las oyera. A pesar de su vergüenza, sin embargo, se sintió ridículamente satisfecho. Era increíble para él que esta criatura angelical deslumbrante, etérea, lo quisiera, incluso lo codiciara.

— También compré sustento para nuestro viaje en tren de cuatro horas, — dijo Rain en voz más alta para incluir a Ayelet en la conversación. Levantó un puño que contenía una bolsa grande, cargada de comida.

Ayelet salió a examinar su contenido y levantó la cabeza con una expresión dudosa. — ¿Qué hay aquí?

— Huevos de té, — respondió Rain, señalando seis huevos grandes que nadaban en lo que parecía salsa de soja y hojas de té en una bolsa de plástico transparente, las cáscaras de color oscuro y agrietadas en pedazos. Rain explica que es mejor dejar que los jugos se absorban por ejemplo.

— Bollos de cerdo, *mantou*¹² puro y mandarinas. Todo por diez yuanes, — anunció la Sanadora con orgullo. Había suficiente comida allí para alimentar a media docena de personas, y era menos de dos dólares estadounidenses.

— Y te conseguí esto, — dijo Rain, sosteniendo en alto un cartón de papel para Valerius con algo que se movía por dentro. — Es gelatina de sangre. Mucho hierro. Es bueno para ti, para mantener tu fuerza.

Ayelet hizo una mueca incluso cuando Valerius aceptó la comida con un amable gesto de agradecimiento. Le gustaba la comida china, pero cualquier cosa que tuviera que ver con la sangre de cerdo congelada la dejaría pasar.

Después de abordar el tren y acomodarse en sus asientos, no eran más que dos largos bancos duros separados por una mesa de madera, Ayelet le preguntó a la Sanadora:

¹² Mantou: pan chino.

— ¿Alguna vez has visitado esta parte de China? ¿Conoces a Cloud Drako?

Rain asintió en respuesta a la primera pregunta.

— Sí, he estado por aquí unas cuantas veces. Después de dos mil quinientos años, he estado en casi todos los lugares de China más de una vez. Cuando quiero alejarme por un tiempo de la civilización moderna, vengo aquí o me voy hasta el Tíbet, Mongolia Interior, lugares todavía relativamente inaccesibles, apartados de todos los turistas, excepto para los más aventureros. Pero no creo haber conocido a Cloud.

Ella pensó en las imágenes que Ayelet le había mostrado en el vuelo.

— Realmente no debe querer ser encontrado. Es raro que los Puros que residan en el mismo país, incluso en el mismo continente, no conozcan a todos los Puros de los alrededores. Y como él es de la clase guerrera, si tus fuentes están en lo cierto, es doblemente raro que no lo hubiera conocido a través de los Ritos del Fénix.

Valerius se puso rígido imperceptiblemente al lado de la Sanadora cuando mencionó los Ritos. Necesitaba encontrar una manera de superar la sangrienta territorialidad de sangre en lo que a Rain se refería. Los Ritos eran parte de su vida, escritos en su destino. Sabía desde el principio que no era su primer Consorte y que no sería su último, pero de todos modos era una píldora amarga.

Sin darse cuenta de los problemas del Protector, Rain continuó:

— Quizás lo conozca por su nombre humano. ¿Lo sabes?

Ayelet sacudió la cabeza.

— Es difícil rastrear su nombre humano original. Su alma tiene casi dos mil años, pero creo que esta encarnación actual no es su cuerpo original.

— Eso explicaría por qué no lo reconozco, — dijo Rain. — Quizás conocí su alma en una encarnación anterior o incluso en la original, pero no conozco esta cara y su forma actual. Se ve solo parcialmente Han.

Ayelet sabía que Rain se refería a la raza que constituía a la mayoría de la población china y que le daba a la gente el aspecto tradicional "oriental".

De hecho, Cloud Drako, con sus ojos azules como un rayo, una altura de seis pies y cuatro pulgadas, hombros anchos y constitución ligeramente musculosa, parecía ser una mezcla entre ascendencia asiática y posiblemente rusa, lo que no era raro en las fronteras del oeste de China.

— ¿Sigue siendo humano entonces?, — Preguntó Rain. Solo los Puros resucitados directamente en su forma humana original tenían la garantía de ser inmortales. Los Puros reencarnados tendrían que tener un Despertar antes de poder abrazar su inmortalidad. Hasta ese momento, envejecerían y vivirían como cualquier otro humano. Sophia era uno de esos ejemplos.

Ayelet entrecerró los ojos al pensarlo.

— No estoy segura. Es posible que ya haya pasado su Despertar. Su don es tremendamente poderoso. No puedo imaginar que sea capaz de manejarlo con tanta fuerza siendo humano.

— ¿Un don de telepatía?, — Preguntó Valerius, sus instintos protectores aumentaron.

Ayelet asintió con la cabeza.

— Creo que tiene la capacidad de hipnotizar a los demás. Puede empujar su voluntad hacia las personas que se encuentran con su mirada. Casi dejé la búsqueda antes de que comenzara, sintiendo de repente que no había nada que encontrar a pesar de que tenía la evidencia de su existencia en mis manos.

— ¿Cómo podemos evitar su don cuando lo encontremos? — Rain se preocupó. — Si él no quiere venir con nosotros, ¿cómo podemos convencerlo?

— He considerado esto *ad nauseum*¹³, — respondió Ayelet, con las cejas arqueadas en concentración. — Primero, debemos evitar su mirada a toda costa. Hacer uso de todos nuestros otros sentidos y no confiar en nuestra vista. — Brevemente, deseó que Dalair estuviera aquí, pero durante el Ciclo del Fénix, la Sanadora no podía estar muy lejos de su Consorte, y no podían permitirse el lujo de tomar dos guardias de élite del Escudo.

— Segundo... — vaciló, lanzando una mirada a Rain y luego a Valerius.

¹³ Ad Nauseum: es una falacia en la que se argumenta a favor de un enunciado mediante su prolongada reiteración hasta la saciedad.

Valerius se preparó, sabiendo que no le gustaría las siguientes palabras que vinieran de la Guardiana.

Ayelet se dirigió a la Sanadora,

— Segundo, si te acercas lo suficiente a Drako, Rain, puedes calmar sus defensas con tu *zhen*, — refiriéndose a las agujas del cabello de Rain.
— Quizás si él siente tu energía positiva, bajará la guardia y nos dará algo de tiempo para al menos defender nuestro caso. Siempre puede rechazar nuestra oferta más tarde, pero necesitamos que nos deje entrar el tiempo suficiente para que nos escuchen.

Rain asintió con la cabeza incluso cuando Valerius dijo:

— Es demasiado peligroso. No sabemos si podemos confiar en él.

Rain tomó una de sus manos entre las suyas y entrelazó sus dedos para tranquilizarlo.

— Valerius, lo mismo se puede decir de nosotros, ¿no es así? ¿Por qué debería confiar en nosotros? Lo estamos buscando en su propia casa, que se ha esforzado mucho por ocultar. Estamos planeando sacarlo de una existencia pacífica y simple a un mundo de violencia y peligro. Tiene todos los motivos para intentar frustrarnos en nuestra misión.

Valerius abrió la boca para objetar, pero ella lo silenció con un dedo contra sus labios.

— Ayelet tiene razón. Entre los tres, tengo la mayor posibilidad de atravesar sus barreras. Él es Puro, no lo olvides. Está usando sus poderes para protegerse, no para dañarnos. No te preocupes por mí. Soy poderosa por derecho propio. Lo has presenciado personalmente, ¿no?

Su sonrisa le quitó algo del aguijón a su reprimenda, pero Valerius no estaba listo para ceder.

— Debe haber otra forma,— insistió. — También podrías lanzarles unos cuantos *zhen* para forzarle a cerrar los ojos y podemos convencerlo a distancia.

— Difícilmente es una forma de generar confianza, — Rain rechazó la idea de inmediato. — Y si él es un guerrero tan superior como esperamos, habría interceptado mis agujas antes de que lo alcanzaran. Luego interpretaría la acción como una agresión y no hay forma de saber cómo respondería. Podríamos estar escalando el encuentro a una batalla completa.

— Estoy de acuerdo, — intervino Ayelet, tratando de ignorar la mirada penetrante que el Protector le lanzó. — No podemos permitirnos incitar la desconfianza incluso antes de que comience la conversación, y Rain es la única, de nosotros a quien dejaría acercarse, si no fuera por otra razón, que por su ascendencia compartida, el idioma y el hecho de que ella parece ser la menos amenazadora de nosotros tres.

Rain sonrió con ironía.

— Mi pequeñez tiene sus usos.

Valerius conocía la derrota cuando la veía. No podría cambiar la mente de la Sanadora. Como uno de los Dozen, respetaba su decisión, así como su capacidad para cuidarse. Pero como su Consorte... no, admitió para sí mismo, era más que eso.

Como el hombre que la amaba. Todo su ser se rebeló ante la idea de que su mujer se estaba poniendo en riesgo. Cada nervio, cada célula gritaba para protegerla.

Pero él no tenía ese derecho, lo sabía. Él era simplemente su Consorte durante el resto del Ciclo Fénix. Estaba lejos de ser su compañero eterno. Ni siquiera se atrevía a imaginar que sus deseos fueran importantes para ella.

Valerius no estaba al tanto de que la Guardiania lo observaba de cerca mientras intentaba sistemáticamente de frenar sus impulsos masculinos apareados para proteger a su hembra. Pero Ayelet vio la verdad.

El Protector había caído.

De repente, todo tenía sentido. La severidad de su semblante. Las sombras debajo de sus ojos. El tremendo dolor que lo agobiaba, tan penetrante, que casi podía verlo carcomiendo su carne y sus huesos. Esta no era la apariencia de un Consorte, sin importar cuánta fuerza extrajera la Sanadora de él, a su propio cuerpo. Esta era la apariencia de los Caídos, un Puro que amaba, pero que no recibía de la misma manera.

Este era el rostro de los moribundos.

Ayelet apartó la cara y miró por la ventana del tren hacia el paisaje exterior. Las lágrimas llenaron sus ojos al ver a su amigo consumiéndose. Ella sabía que él debía estar en un dolor constante e inimaginable. Ella sabía lo que le costaba cubrir los signos de su Declinación a la Sanadora, a ella. Si no lo hubiera observado tan de cerca, si no supiera qué buscar...

Si no hubiera visto la angustia profunda en sus ojos cuando miraba a la mujer que amaba con tanto anhelo y desesperanza...

Tristán debe haberlo sabido, se le ocurrió. Antes de partir en su viaje, su Compañero le había advertido que no interfiriera, refiriéndose a la Sanadora y la relación con su Consorte. Ayelet se había quedado perpleja porque tendría alguna causa para interferir en primer lugar. Pero Tristán no la había iluminado más. Él solo la abrazó con fuerza y le dijo que tuviera fe en los caminos de la Diosa.

Ahora sabía lo que Tristán había querido decir. Y no, ella no interferiría, no podría interferir, incluso si quisiera.

El Protector había hecho su elección. Había caído por la única mujer Pura que nunca podría enamorarse. Para hacerlo, tendría que renunciar a todo lo que era: su Don como Sanadora, su propia identidad como Pura.

Ayelet rezó a la Diosa por un milagro mientras se preparaba para lo inevitable.



Alexandros llevó su cuerpo al límite en la sala de entrenamiento después de horas.

Aella ya había despedido al último de los Caballeros, y él se había sentado inútilmente en los bancos contra la pared y la observaba mientras entrenaba a los reclutas con un dominio que le impresionó incluso cuando involuntariamente la resentía por hacerse cargo de su trabajo.

Ella le dirigió una mirada de advertencia antes de dirigirse a las duchas, aconsejándole sin palabras que no se sobreextendiera con las armas de entrenamiento en su ausencia. Él había levantado una ceja en respuesta, diciéndole efectivamente que empujara su preocupación donde el sol no brillaba. Ella arqueó una esquina de su boca en respuesta y se encogió de hombros.

No había forma de detener a un guerrero si estaba empeñado en la autodestrucción.

Ahora Alexandros le dolía de los pies a la cabeza, apenas podía recuperar el aliento, y el sudor le caía en riachuelos. Estaba volviendo a

familiarizarse con su cuerpo con movimientos de lucha, pero también estaba exorcizando su frustración.

Todo un día de concentración y no fue capaz de determinar a dónde los asesinos vampiros habían llevado a Leonidas. Solo había sido capaz de concentrarse en dos puntos de las imágenes que Aella y Tristan habían tomado en sus cacerías. Pero los puntos tenían varios días, si no semanas, de edad. Necesitaba al menos un tercer punto para darle cierta confianza a las coordenadas. Tal como estaban las cosas, enviaría al equipo a buscar una aguja en un pajar, si adivinaba a lo loco basandose en las dos viejas pistas.

Sentado contra la pared con las piernas extendidas ante él, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados mientras se concentraba en recuperar el aliento, Alexandros no se dio cuenta de que la doncella había entrado en la sala de entrenamiento con una cesta de bálsamos.

Su mano se sacudió reflexivamente cuando sintió a alguien cerca. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba agarrando la muñeca de Wan'er con casi la fuerza suficiente para romperle los huesos. Inmediatamente, la liberó pero frunció el ceño en lugar de disculparse por el fuerte agarre que debe haberla lastimado.

— ¿Qué estás haciendo aquí? No necesito una niñera, — se quejó.

Wan'er se resistió a frotar su muñeca para aliviar el dolor del agarre del guerrero. En cambio, ella respondió con calma:

— No estabas en tus habitaciones cuando te busqué antes. Recuerda que aún te quedan algunos días de tratamiento. Y dado que ignoraste mi consejo de no esforzarte físicamente, tengo que asegurarme de darle a tu cuerpo la oportunidad de recuperarse del escurridor por el que te hiciste pasar.

Ella le entregó una toalla y le hizo un gesto para que se limpiara antes de que pudiera administrar los bálsamos. Alexandros hizo más o menos lo que ella le pidió, tomando una segunda toalla húmeda y caliente de sus manos después de limpiar su sudor con la primera. La segunda toalla tenía una especie de menta o mentol porque le abrió los poros mientras se la frotaba sobre la piel. Inmediatamente respiró más fácil y sus músculos parecieron relajarse.

— Ahora los bálsamos, — dijo la doncella mientras abría un frasco grande y sacaba una porción con los dedos.

— Lo haré yo mismo. — Alexandros rápidamente tomó el trozo de gelatina de su mano y la frotó entre las suyas, luego comenzó a colocarla sobre sus brazos y pecho. Le gustaba demasiado la idea de que ella frotara sus manos por todo su cuerpo. Era más seguro para ambos que él mismo se ocupara de sus negocios.

Wan'er observó al guerrero frotar metódicamente el bálsamo en su piel lo más rápido que pudo, como si corriera para hacerlo y así poder apartarse de su presencia. No pudo evitar la sonrisa que curvó sus labios.

— ¿Me tiene miedo, general?, — Preguntó burlonamente.

De repente, Alexandros movió sus ojos para encontrarse con los de ella, pero rápidamente apartó la vista de la diversión y la atracción que vio allí. Él gruñó en respuesta, esperando que ella dejara caer al absurdo tema.

Wan'er se rió suavemente de su desconcierto, y no lo pinchó más. Sin palabras, ella le quitó el bálsamo cuando él terminó con todo su cuerpo, excepto la espalda, en la que ella comenzó a trabajar. Él no peleó con ella por eso, se alegró de notarlo. Quizás se dio cuenta de que ella no era tan peligrosa después de todo.

— Eres experta en esto, — dijo el general bruscamente después de unos momentos. Luego se aclaró la garganta y agregó: — Curar, quiero decir. ¿Siempre has sido la doncella de la Sanadora?

Él sintió, en lugar de verla, asentir.

— Conocí a Rain poco después de revivirme como Pura. Ya había establecido la Jade Lotus Society para entonces. Escuché de sus buenas obras y de su santuario y decidí unirme. Verás, mi deseo cuando la Diosa me ofreció una segunda oportunidad fue salvar vidas, especialmente las vidas de mujeres perseguidas durante mi tiempo.

Se detuvo ante eso y Alexandros esperó pacientemente a que continuara. Después de un rato, sus manos comenzaron a recorrer su espalda nuevamente.

— Aparentemente, tenía un don para las artes curativas, aunque siempre pensé que estaba destinada a ser una mujer de literatura o tal vez una escriba real. — Ella se encogió de hombros delicadamente. — Por así decirlo, fui una de las mejores estudiantes de Rain.

— ¿Una de ellas?, — Preguntó Alexandros, notando el ligero énfasis en las palabras de la doncella.

— Sí, me destaqué en medicina china y remedios naturales. Era competente en acupuntura y otras curas físicas, pero de ninguna manera era una experta. — Wan'er se detuvo nuevamente como si luchara con un recuerdo perturbador.

Vacilante, dijo:

— Había otra estudiante que dominaba la técnica de aprovechar la energía dentro de las criaturas vivientes, aunque fue antes de mi tiempo en el santuario. Algunos dicen que manipuló la energía para sus propias ganancias, que ella abusó de sus poderes. Si no hubiera desaparecido el año antes de que me uniera a la Sociedad, sin duda habría sido la favorita para ser la doncella de Rain.

— Eres la mejor candidata para el papel, — le aseguró el General en voz baja, — Nunca he conocido tanta dedicación a un oficio como usted a la curación.

Wan'er le dio un apretón extra a los hombros del guerrero, y sintió que la tensión allí se disipaba como la niebla por una fuerte brisa cálida.

— Probablemente seas parcial. No atiendo a todos mis pacientes con la misma dedicación que te atiendo a ti, General, — dijo con su voz suave, el tono burlón volvió con toda su fuerza.

Alexandros estaba preparado para sus espuelas verbales esta vez y tomó una de sus manos sobre su hombro.

— Me alegra oírlo, — murmuró en un barítono retumbante, enviando escalofríos de placer bailando por la columna de la doncella.

Oh, ella sabía que estaba jugando con fuego, pero qué deliciosa era la quemadura.

13

Aella hizo un gesto silencioso a Dalair para avanzar desde la izquierda mientras tomaba el camino correcto.

Estaban siguiendo el rastro de tres asesinos vampiros en los suburbios de Worcester, a casi cincuenta millas de la ciudad de Boston. Se habían dado cuenta de que los vampiros los seguían cuando realizaban tareas de vigilancia cerca de South End, la ubicación del ataque anterior de Valerius. A medida que se acercaba el amanecer, decidieron no enfrentarse a sus enemigos, sino más bien jugar el juego del gato y el ratón. Esperaban mantener a su presa ocupada en la persecución hasta que la noche se erosionara con los primeros rayos de sol, cuando los vampiros tendrían que retirarse a su guarida.

Entonces los cazados se convertirían en los cazadores.

Los vampiros no trajeron su propio medio de transporte. En cambio, viajaron a pie o se subieron a la parte superior de los camiones o autobuses, por lo que era extremadamente difícil hacer un seguimiento de sus movimientos. Aella sospechaba que ese era su objetivo, confundir y desorientar cualquier cola que pudieran tener, para que no pudieran rastrearlos hasta su Horda. Pero los dos guerreros de élite se mantuvieron al día con sus objetivos, saltando de un vehículo a otro a una distancia suficiente para no ser detectados.

Los vampiros volvieron a pie dentro de los límites de la ciudad de Worcester, desapareciendo como sombras en un túnel subterráneo.



Mientras Aella y Dalair lo seguían, se toparon con un pasaje bifurcado que conducía en dos direcciones. No había otra opción que separarse, aunque sintieron una trampa. Dos de los vampiros bajaron por el túnel izquierdo y uno bajó por la derecha. Dalair hizo un gesto para señalar que los túneles eventualmente se encontrarían, ya que trazó el sonido del agua goteando y los ecos a través de los pasillos por delante. Si se separaran, al menos no se perderían en el laberinto subterráneo.

Si se mantenían con vida, por supuesto.

Aella sacó dos chakrams¹⁴ y los unió para formar una sierra corta. Tenía un tercero en su otra mano para dejarlo volar ante el primer olor de peligro. Sus sentidos no eran tan agudos como los de Dalair, así que se movió más lentamente, no queriendo precipitarse en una emboscada. Cuando iba a lo largo del pasadizo casi negro, encontró limo, ratas, escombros y agua que goteaba del techo y corría a lo largo de los ladrillos. También había el olor acre de la descomposición y la basura, confirmando su sospecha anterior de que estaban en un sistema de alcantarillado.

Había una luz tenue delante, filtrada desde arriba a través del canal de drenaje. Aella se acercó con más cuidado, sabiendo que exponería su posición, aunque fuera brevemente, cuando pasara por el punto de iluminación.

Entonces escuchó un ruido metálico no muy lejos, seguido de un gruñido y golpes que sonaron como un cuerpo siendo golpeado contra la pared y el suelo. Dalair debe haberse enfrentado a los dos vampiros que había estado rastreando, y si podía escuchar los sonidos de su batalla tan claramente, los dos pasadizos deben fusionarse cerca.

Aella rompió en una carrera silenciosa.

La Diosa prohíba que los tres vampiros se hayan acercado a Dalair a la vez. En circunstancias normales, ella no tendría tanta prisa por ofrecer ayuda, pero estos no eran vampiros promedio y no luchaban limpio.

Efectivamente, cuando dio la vuelta a la esquina donde los tentáculos fantasmales de luz se filtraban a través de las barras, vio a los vampiros que rodeaban a Dalair como tiburones atraídos por el olor a sangre.

¹⁴ Chakrams:



El Paladín trató de mantener a raya a sus enemigos con sus dos cuchillas de media luna gigantes, una en cada mano. Sus sentidos hiperdesarrollados lo ayudaron a anticipar los movimientos de los vampiros, manteniéndose siempre un paso por delante de ellos.

Aella evaluó la situación con una mirada fugaz. Pronto los vampiros descubrirían la mejor manera de atacar. Podrían atacar a Dalair a la vez, o los dos probablemente sacrificarían a sí mismos contra sus cuchillas en el proceso, pero el tercero seguramente podría ejecutar un golpe letal. Por lo que sabía sobre estos asesinos después de estudiar las tácticas que usaron con Valerius, luego con Leonidas y Alexandros, sabía que un movimiento tan kamikaze sería lo mejor para ellos.

No tenían miedo a la muerte. Se concentraban en un objetivo, en un solo objetivo. Exterminar a los Puros.

Aella saltó a la refriega con dos zancadas mientras dejaba volar su chakram con fuerza mortal.

Ante el chirriante torbellino del acero, el vampiro más cercano a ella levantó la vista y entrecerró los ojos, que era exactamente lo que ella quería que hiciera, porque el chakram se estrelló contra la pared a su izquierda, rebotando en un ángulo de setenta grados con una llamarada de chispas metálicas y cortó a través del cuello del vampiro desde un lado.

Y no demasiado pronto, ya que Dalair tenía las manos ocupadas luchando contra los otros dos vampiros que redoblaron sus esfuerzos en concierto. Fue todo lo que pudo hacer para detener y desviar sus variados golpes, y ellos empezaron a avanzar hacia él con creciente velocidad.

— ¡Salta!, — Gritó Aella una fracción de segundo antes de dejar volar sus otros dos chakrams en direcciones opuestas en un ángulo de ciento veinte grados desde una profunda postura, de rodillas en cuclillas.

Dalair obedeció sin dudarle y también uno de los vampiros, pero el otro vampiro no fue lo suficientemente rápido y sufrió las consecuencias cuando uno de los chakram le cortó la espinilla y se llevó a una pierna al instante.

Mientras caía con un grito de dolor, soltó dagas gemelas en el camino hacia Aella. Desvió una con las muñecas cruzadas juntas frente a ella y no habría podido esquivar la otra si no fuera por su Don: velocidad sobrehumana.

Dalair hizo retroceder al vampiro restante haciendo girar las cuchillas de media luna tan rápido que se convirtieron en las ruedas letales de la muerte en sus manos. A pesar de cómo el vampiro atacó y golpeó al guerrero con su hacha larga, las sierras de Dalair no vacilaron, hasta que finalmente el vampiro no pudo moverse más, su espalda contra la pared del túnel.

Con un giro de su muñeca, Dalair separó el brazo del hacha del chupasangre desde su hombro y presionó hacia adelante con la otra espada, ahora inmóvil una vez más, contra la garganta del vampiro. Detrás de él, escuchó a Aella hacer un pequeño trabajo con el vampiro caído y recoger sus chakrams en segundos.

Cuando Aella se acercó a su compañero, pudo ver que el vampiro aún luchaba a pesar del filo de la espada de Dalair contra su garganta. Se estaba cortando en el proceso, pero no cedió.

— No está hablando, — dijo el Paladín sombríamente, tratando de mantener al vampiro vivo el tiempo suficiente para cuestionarlo. Quizás Aella tendría mejor suerte.

Aella inclinó la cabeza para ver mejor la cara del vampiro, manchada de sangre y oculta por mechones de cabello empapado en sudor. Un hormigueo helado comenzó en la base de su cuello, enviando escalofríos por su columna vertebral.

— Lo conozco, — pronunció con sorpresa y horror.

— Tolya, — susurró el nombre del vampiro.

Involuntariamente, el chupasangre se volvió hacia ella, revelando más de su rostro, y Aella jadeó en pleno reconocimiento.

Él fue una vez su amante, hace cientos de años. Ella había pasado más tiempo con él que cualquier otro novio. Habían sido tan decadentes y carnales en su creatividad en torno a la Ley Sagrada que el coito no era más que una indulgencia sobrevalorada. De todos sus amantes, Tolya era el único con el que consideró dar el salto. Y si ella realmente no lo amaba, ciertamente se preocupaba profundamente por él.

Pero los ojos del vampiro inyectados en sangre que la miraban no tenían el mismo reconocimiento. En cambio, Tolya descubrió sus colmillos y siseó, alcanzando sus espaldas.

Antes de que pudiera sacarle lo que fuera que buscaba, Dalair terminó su vida presionando la cuchilla media luna a través de su cuello en un golpe contundente.

— ¡No!, — Gritó Aella, apresurándose para alejar a Dalair solo para ver el torso de Tolya deslizarse contra la pared hacia el suelo mientras su cabeza rodaba hacia adelante y caía por separado con un ruido sordo. En segundos, se desintegró en la nada gris.

— Lo siento, pero no podía arriesgarme, — dijo Dalair detrás de ella, con arrepentimiento en su voz.

Aella asintió mientras las lágrimas de tristeza se deslizaban por sus mejillas. Se agachó ante las cenizas del vampiro caído y examinó el objeto que había dejado atrás: un pequeño cuchillo arrojadizo, con la punta ennegrecida por el veneno.

Dalair le había salvado la vida. Estaba inmovilizada por el shock. Dudaba que se hubiera dado cuenta si alguien la hubiera golpeado en la cabeza con un dos por cuatro.

— Lo conocías, — dijo Dalair, sabiendo por la forma en que Aella permanecía de rodillas junto a los restos del vampiro que no había ningún error.

De nuevo ella asintió.

— Era un amigo, — susurró, — más que un amigo. Era un buen hombre, un macho Puro. Solía vivir en lo que ahora es Ucrania durante un período en el siglo XVI. Durante un tiempo fue mi familia.

Dalair se agachó a su lado y le puso una mano reconfortante en el hombro.

— Era de la clase guerrera, supongo.

— Sí, — respondió Aella. — Cuando Ayelet me reclutó para unirme a la élite, quería que se uniera a mí. Él... él se negó.

Se pasó un brazo por los ojos y volvió a enfocarse.

— Dijo que no podíamos permanecer juntos en el mismo lugar porque él no podría mantener la distancia.

Ella se rió brevemente, abatida.

— Se imaginaba enamorado de mí.

— Ya no era Puro, — observó Dalair, frunciendo el ceño por el hecho.

Aella también frunció el ceño, incapaz de darle sentido. ¿Podría ser que Tolya cayó por una mujer Pura en el momento en que habían perdido el contacto? ¿Y la hembra no correspondió a sus sentimientos?

Brevemente, Aella sintió una punzada de pérdida. Hubo un tiempo en que ella quería ser esa mujer. Finalmente, no pudo dar el salto de fe. Ella no lo amaba con todo su corazón y alma. Le entristecía que Tolya pudiera haberse dedicado a una mujer solo para que su amor no fuera correspondido. Había sido un hombre de valor. Se merecía la felicidad con su Compañera Eterna.

Sin embargo, había muerto como un vampiro. Uno que no reconoció a Aella.

No podía entender por qué él no la recordaría, aún si había caído y fallado. En el instante en que sus ojos se encontraron, él parecía sin sentido, un caparazón vacío de su antiguo yo.

Sin alma.

Él no la reconoció, y en ese momento, mientras ella miraba sus ojos de vampiro inyectados en sangre, ella tampoco lo reconoció.

— Fue cambiado.

Dalair miró a Aella de cerca ante ese pronunciamiento. Sabía que las palabras no fueron elegidas al azar. Ella no dijo "él cambió" o "cayó". Lo que dijo implicaba que el cambio fue forzado sobre él, probablemente en contra de su voluntad.

Siempre sospecharon que había una nueva forma de crear vampiros. Ahora tenían las pruebas irrefutables de que era cierto.

Que la Diosa les ayude.



El vampiro miró el juego de ajedrez ante él con una sonrisa de diversión. Las cosas empezaban a ponerse interesantes.

Movió a la reina negra en diagonal para desafiar a la reina blanca, luego se recostó en el cómodo sillón y juntó los dedos contemplativamente.

Su movimiento.

El único sonido que rompía el pesado silencio en las catacumbas era un pequeño fuego de llamas azules que crepitaba en el hogar, proporcionando una iluminación fantasmal para el campo de batalla que se extendía ante el hermoso vampiro.

¿Qué harían las tropas blancas? ¿Sacrificar a un caballero? ¿Un alfil? ¿Una torre? Las posibilidades dejaron al vampiro ante la expectativa sin aliento.

Deben hacer un sacrificio, de eso estaba seguro. El lado blanco haría cualquier cosa para proteger a su preciosa reina.

¿Qué pieza exquisita sería? ¿*Quien* sería?

El vampiro estaba tan mareado que se retorció un poco en su asiento mientras una risita de deleite gorgoteaba.

Y luego una pálida mano se extendió desde la figura con túnica sentada frente al vampiro, el cuerpo de su invitado casi engullido en los lujosos y profundos cojines del sillón de terciopelo rojo y dorado.

Con dedos elegantes, el único peón blanco fue recogido y depositado entre la reina blanca y la reina negra.

Los ojos del vampiro se abrieron una fracción cuando su alegría se convirtió en fascinación.

Para cualquiera que estuviera observando el juego, parecía que el peón se estaba sacrificando para proteger a la reina. Pero el vampiro lo sabía mejor.

Si la reina negra tomaba el peón, la reina blanca la tomaría inmediatamente. En cambio, el movimiento más lógico sería permanecer inmóvil y mantener el desafío mientras un peón negro continuaba avanzando.

Así decidido y actuado, el vampiro se inclinó hacia adelante para esperar el próximo movimiento de su oponente.

Mientras esperaba, dijo sedosamente con un destello de colmillos blancos y brillantes, — Debes estar demasiado caliente, querida. Esas túnicas deben ser sofocantes.

Sin palabras, la figura en el sillón se encogió de hombros, y la túnica cayó para revelar la piel pálida y desnuda a la mirada avariciosa del vampiro.

— Qué hermosa, — murmuró mientras se levantaba de la silla y flotaba al lado de la figura.

Una elegante mano se extendió para posarse sobre el vientre liso del vampiro, revelado por la apertura de su kimono de satén. La mano se deslizó constantemente hacia abajo, rozando el interior de los muslos del vampiro, finalmente curvándose alrededor de su sexo.

Qué juego tan delicioso, pensó el vampiro mientras se inclinaba hacia adelante, por la cintura, sus labios buscando la larga y pálida garganta del invitado.

Unos pocos sorbos de sangre Pura completarían la velada.



Al anochecer, después de otro día de escalar una montaña cuyos caminos apenas existían, eran demasiado empinados y estrechos para que los vehículos pudieran pasar, Ayelet, Rain y Valerius llegaron a un barranco que tenían que cruzar para llegar al pueblo de Cloud Drako en el otro lado.

— Tienes que estar bromeando, — murmuró la Guardiana cuando llegaron al borde del barranco.

Mirando hacia abajo, muy abajo, vio los rápidos de Nujiang (traducidos directamente como Furious Ford, que apropiado) abajo, chocando contra rocas afiladas. Estaban tan arriba en la montaña, que las nubes giraban a sus pies. El viento era tan fuerte si no se agarraban, serían empujados fuera de la repisa resbaladiza. No había barandilla de seguridad, ni cuerdas, nada para evitar una caída mortal.

Y ellos iban a cruzar el barranco de un cuarto de milla colgando al final de una cadena que se enganchaba alrededor del trasero de una persona para formar un asiento improvisado. Con el impulso ganado por el pasajero que se empujaba desde la cornisa con los pies, la cadena se deslizaría a lo largo de una gruesa cuerda que colgaba entre los dos lados del barranco hasta un punto más bajo en una cornisa de la montaña opuesta, transportando a su pasajero a través de ella.

Los tres viajeros observaron cómo la gente local se acercaba sin miedo a la cuerda, se frotaba las manos con los jugos de las hojas de las plantas que crecían cerca para evitar que se resbalaran y se deslizaban sin esfuerzo por la cuerda que colgaba hacia el otro lado como si se tratara de un simple paseo ventoso en el parque.

— ¿Cuánto peso puede soportar la cuerda?, — Preguntó Valerius, y Rain tradujo la pregunta a uno de los aldeanos.

— Hasta ciento diez kilos más o menos, alrededor de doscientas cuarenta libras, — respondió la Sanadora.

Lo suficiente para su peso, pensó Valerius. Esperaba que "más o menos" no significara diez kilos menos que el estimado, porque entonces las cosas se pondrían un poco precarias.

— Terminemos con esto, — dijo Ayelet, unos minutos después de que el último aldeano se había ido, el sol de otoño acababa de ponerse y se ofreció como voluntaria para ser la primera en cruzar. Nunca fanática de las alturas, no estaba ansiosa por esta montaña rusa en particular, pero tenía una misión que cumplir y nunca había dejado que el miedo la superara.

Con la respiración contenida, llegó al lado opuesto más suavemente de lo que esperaba. Usando una polea improvisada, hizo retroceder la cadena hacia sus compañeros a través del barranco.

Valerius aseguró la cadena alrededor de las caderas de Rain y a la parte posterior de sus muslos para hacer un asiento. Mientras él se demoraba en los cierres, ella acercó una mano a su mejilla y acercó su rostro al de ella.

Ligeramente, ella le dio un beso en los labios y murmuró:

— Estaré bien. Ya he hecho esto antes.

Valerius dudó por un momento antes de acunar la parte posterior de su cabeza y besarla con fuerza. No dijo nada mientras se alejaba de ella, pero sus ojos transmitieron su preocupación por su seguridad.

Rain sonrió con su deslumbrante sonrisa y se empujó de la cornisa con los pies antes de que pudiera cambiar de opinión y mantenerla con él. Sin esfuerzo, se deslizó hacia el otro lado como una paloma blanca flotando con el viento debajo de sus alas.

El alivio que se apoderó de Valerius cuando ella pisó con seguridad tierra firme con la ayuda de Ayelet casi le dobló las rodillas. Casi de inmediato, se sintió obligado a hacer un breve trabajo de su propio arnés y unirse a la Sanadora lo más rápido posible. La separación del barranco entre ellos lo acosó con inquietud.

La cuerda crujió siniestramente con el peso de Valerius, lo que indica que había alcanzado su límite. Al probarlo con un pequeño rebote, Valerius se sintió seguro de que la cuerda podría sujetarlo sin incidentes. Se empujó del borde y se deslizó con velocidad vertiginosa hacia el lado opuesto.

Y entonces oyó el zumbido de una flecha cuando rompió un trozo de cuerda a unos metros delante de él. Una segunda flecha siguió de cerca, atravesando otra sección de la cuerda. Todo sucedió tan rápido, los hilos de la cuerda se rompieron, se desenredaron con rápidos giros, Valerius solo tuvo un segundo para reaccionar antes de que la cuerda se rompiera por completo a tres cuartos del camino a través del barranco.

Agarró la cadena por encima de él, balanceó sus piernas sobre su cabeza, se enroscó y rodó con el impulso del deslizamiento hacia abajo y con la fuerza de su balanceo, luego se estiró en un arco en el aire, y lanzó la guadaña encadenada de sus manos hacia el trozo de cuerda roto que estaba unida al otro lado justo cuando comenzaba a balancearse hacia atrás.

La cadena de su guadaña se envolvió alrededor de la cuerda gruesa, la cuchilla misma proporcionó el peso de anclaje, y Valerius apoyó los brazos cuando la cuerda se tensó con su peso. Aumentó el impulso del balanceo pateando con las piernas y liberó la guadaña de la cuerda en el último segundo posible. Girando dos veces en el aire para romper su velocidad, aterrizó con fuerza a cuatro patas en la cornisa opuesta a unos metros de distancia de Ayelet y Rain.

Cuando las hembras corrieron hacia él, las empujó hacia atrás con el brazo extendido.

— ¡Regresen!, — Ordenó, luego cubrió sus cuerpos con el suyo contra la ladera de la montaña rocosa justo antes de que una serie de flechas zumbaran en su camino.

Esperando que las flechas le perforaran la espalda, Valerius se sorprendió al encontrarlas desviadas de su rumbo un momento antes de ser impactado, por un objeto de acero que regresó a su invisible dueño.

Un silbido penetrante siguió inmediatamente, y un semental blanco galopó hacia ellos con asombrosa agilidad y velocidad.

El gigantesco caballo levantó la cabeza y luego la bajó, como si les hiciera un gesto para que se subieran. Actuando por instinto, Valerius se puso en acción e impulsó a Ayelet y Rain en la espalda del corcel, luego se colocó detrás de Rain, al mismo tiempo que la levantó para sentarla en sus muslos para que los tres pudieran caber.

Sin una orden, el semental se dio la vuelta rápidamente y galopó por el sendero de la montaña a medida que pasaban más flechas, que les fallaban por un pelo.

Pronto llegaron a una meseta, y el semental se apresuró hacia los bosques que le esperaban. A estas alturas, ya no le perseguían más flechas, aunque su corcel mantuvo su increíble velocidad hasta que los árboles a su alrededor se volvieron borrosos en la noche cada vez más oscura.

Valerius se inclinó hacia adelante para proteger a las hembras con su ancha espalda por si los perseguían por detrás. Una revisión rápida le dijo que tanto Ayelet como Rain estaban ilesas. Sin aliento, pero enteras.

Finalmente, el semental se detuvo ante una cabaña de madera con techo de paja. Sacudiendo la cabeza, hizo ruido para que sus pasajeros bajaran. Valerius se bajó primero y ayudó a las dos mujeres a bajar.

Las empujó detrás de él y examinó sus alrededores con una vista de trescientos sesenta. Bosques densos atrincherados en un lado, un barranco al otro lado, y una empinada pendiente rocosa se extendía detrás de la sencilla cabaña. Solo había una forma de llegar a la cabaña y era a través del bosque. Quienquiera que viviera aquí sería alertado al acercarse con mucha anticipación.

Valerius asumió que el dueño de la cabaña tenía listas las rutas de escape, pero al mirar la ladera de la montaña y el agudo barranco, no se le ocurrió nada. Sintiendo confianza de que no había peligro en el área circundante, Valerius se acercó a la cabaña aislada, manteniendo a Ayelet y a Rain a su alcance.

La puerta de madera de la cabaña, aparentemente la única entrada y salida, estaba abierta. Con un ligero empujón, la puerta se abrió con un crujido de bisagras.

Una rápida exploración del interior le dijo a Valerius que había tres habitaciones pequeñas, la más grande justo delante de él, una especie de sala de estar, dormitorios a la izquierda, expuestos por una cortina de tela que estaba atada, y una pequeña cocina a la derecha, también expuesta por una cortina tirada hacia atrás. Anteriormente, había visto una pequeña choza ligeramente separada de la cabaña hacia la esquina trasera, y asumió que era la letrina.

Detrás de él, escuchó al semental resoplar y sacudir la cabeza, luego se dirigió al lado oeste de la cabaña, donde había un establo improvisado con un techo de paja similar.

Valerius revisó rápidamente las tres habitaciones interiores y, al no encontrar signos de ocupantes, dio la señal a Ayelet y Rain para que lo siguieran al interior.

— Bueno, eso fue más que suficiente aventura para un día, — comentó Ayelet secamente cuando cruzó el umbral.

— ¿Estás bien? — Rain tiró suavemente de la manga de Valerius, notando que la tela en la parte superior del brazo estaba cortada.

— Estoy ileso, — respondió el Protector, mostrándole que su piel no estaba arañada por la flecha que atravesó su camisa.

El cabello de Rain se extendió automáticamente para determinar la situación por sí misma, pero Valerius se alejó.

— No hay necesidad, Sanadora, — dijo con brusquedad, evitando los zarcillos buscadores. No podía permitirse el lujo de dejar que ella lo investigara con su *zhen*. Existía el riesgo de que ella descubriera su Declinación.

Sorprendido por el abrupto rechazo del guerrero, el cabello de Rain lentamente se relajó. Aunque la Sanadora no discutió, sus ojos recorrieron su cuerpo con preocupación.

— Mira este lugar, — dijo Ayelet con asombro, llamando su atención. — Está lleno de rollos de caligrafía china. Nunca había visto una escritura tan bella.

Los tres inspeccionaron la sala de arriba a abajo. Cubriendo la mayoría de las paredes había rollos de arte caligráfico. Apilados en mesas y bancos y sobre el borde de la pequeña chimenea había pocillos de tinta y pinceles de caligrafía de todas las formas y tamaños, sostenidos en

posición vertical por varios soportes hechos de metal y bambú. Las tres habitaciones estaban bien iluminadas por lámparas de aceite, linternas y velas. En un rincón de la sala había una estera extendida, un largo pergamino estaba desplegado en blanco. Debe ser donde el artista hacía su trabajo.

Aunque Ayelet y Valerius no podían distinguir los estilos de escritura, podían apreciar el dominio artístico y el estilo, el poder y la elegancia de los trazos, el sentimiento del artista cuando ponía los personajes en papel.

— Esta debe ser la morada de Drako, — Ayelet observó en voz alta lo que los tres habían concluido. — El semental también debe ser suyo, lo reconozco por los videos de vigilancia. Supongo que deberíamos agradecerle por nuestro rescate.

— A menos que haya organizado el ataque, — Valerius expresó una posibilidad.

— Hay maneras más fáciles de acelerar su partida, — dijo una voz suave detrás de ellos desde la habitación.

Valerius extendió sus brazos para evitar que Ayelet y Rain se dieran la vuelta, recordando evitar la mirada hipnótica de su anfitrión.

— Había dos vampiros, — explicó la voz, saliendo lentamente de la habitación, rodeando la espalda de Valerius. — Raro para estas partes remotas. Ustedes tres atraen un sequito.

— Nuestras disculpas por las molestias, — dijo Ayelet sin volverse hacia la voz a pesar del instinto de hacerlo. — Y nuestra gratitud por el rescate.

Hubo un suave suspiro de resignación. — Tu determinación para encontrarme es tan molesta como admirable.

Su anfitrión se movió para que Valerius pudiera verlo por el rabillo del ojo derecho. Sabía que Drako se estaba posicionando a propósito a la vista. Estaba estableciendo una tregua tácita, para que Valerius bajara la guardia.

— Puedes estar seguro de que no intentaré forzar mi voluntad sobre ti, — dijo Drako en voz alta. — No hay mucho que pueda hacer para evitar este encuentro. Al final tengo derecho a rechazar su invitación, ¿no es así?

A pesar del brazo de contención de Valerius, Rain se volvió completamente hacia su anfitrión. Ella lo saludó en chino y se inclinó formalmente.

Drako le devolvió el gesto, luego se inclinó ante Ayelet y Valerius.

Atados por la cortesía y el protocolo, la Guardiana y el Protector se volvieron para mirarlo y también se inclinaron.

Al enderezarse, Valerius miró directamente a los ojos del guerrero.

Curiosas, ligeramente divertidas luces gemelas, azul hielo destellaron hacia él. Aunque Valerius no podía sentir ninguna imposición sobre su voluntad, aún sentía el impacto desconcertante de la brillante mirada color aguamarina.

— Tus movimientos al cruzar el barranco fueron impresionantes, Protector, — reconoció Drako con un gesto de respeto.

Valerius inclinó la cabeza brevemente a cambio. — Tu corcel es valiente y firme, guerrero. Te agradezco por prestarnos su ayuda.

Drako sonrió levemente y estuvo de acuerdo,

— Sí, él es mi amigo y compañero de toda la vida. Me sacó de muchas situaciones difíciles. Ha estado esperando siglos por mi encarnación actual, supongo. Sin él, no podría haber sobrevivido a mi Despertar.

Drako miró a Ayelet y a Rain.

— Permíteme mostrarte sus aposentos. Sospecho que se quedarán al menos tres días. Un día para hacer su propuesta. Otro día para considerarlo, porque no puedo rechazarlo sin más, ¿verdad?

Ayelet arqueó los labios en una sonrisa casi de disculpa.

Drako le devolvió la sonrisa de buen humor.

— Y un día para darte mi respuesta y ayudarlos a preparar el viaje de regreso.

— *Nuestro* viaje de regreso, — dijo Ayelet con énfasis.

— Eso queda por ver, Guardiana, — respondió Drako alegremente, luego hizo un gesto a todos los invitados para que lo siguieran. — Vengan, deben estar cansados de su viaje. Un baño caliente, una cena hecha y un largo descanso, en el orden que prefieran, aliviará todas sus dolencias.

Curioso por saber exactamente dónde conseguirían tales alojamientos dado el tamaño de la cabaña, Valerius siguió a su anfitrión hasta la habitación.

Cuando cruzaron el umbral, Drako tiró de una cuerda invisible y uno de los pergaminos del techo al piso se alzó como una persiana enrollable. Drako se acercó a la pared de roca detrás del pergamino y presionó las puntas de tres dedos contra ella al nivel de sus hombros. Con un gemido y un clic, la roca comenzó a moverse.

La montaña detrás de la cabaña estaba hueca.

Valerius siguió directamente detrás de Drako pero mantuvo a Ayelet y Rain cerca. Cuando la roca se movió hacia atrás, las antorchas en las paredes irregulares se encendieron automáticamente con brillantes llamas anaranjadas.

El pasadizo por el que Drako los conducía era sorprendentemente ancho y lo suficientemente alto como para que Valerius permaneciera de pie con unas pocas pulgadas de sobra. Después de algunos giros y vueltas, llegaron a la apertura de una gigantesca caverna subterránea.

Un anillo circular de antorchas alrededor de una piscina oscura de más de treinta pies de diámetro iluminaba una gran cascada desde abajo. Otras antorchas ubicadas estratégicamente en los recovecos y grietas en las paredes de la caverna iluminaban sus alrededores con un cálido y suave resplandor. A su izquierda y derecha había cuatro corredores brillantemente iluminados, colocados simétricamente a ambos lados de la cascada. En esta área central, a lo largo de las orillas, estaban estructuras parecidas a carpas envueltas en una tela pesada y transparente, con lujosos asientos acolchados y mesas con frutas y carnes secas en su interior.

Un campamento bastante lujoso, para un humilde artista de caligrafía en medio de la nada, en el condado de Lushui, Yunnan.

— ¿Cenamos primero o prefieren el baño y descansar? — Drako les preguntó cortésmente.

Los tres votaron por la comida.

Su anfitrión rápidamente se puso a trabajar para preparar su cena, con Rain ofreciéndole su ayuda voluntariamente, mientras Valerius y Ayelet se relajaron debajo de una de las carpas y comieron los víveres proporcionados.

Ayelet estaba charlando amigablemente a su lado, pero Valerius solo le prestaba suficiente atención a lo que estaba diciendo para asentir y murmurar en los momentos apropiados. La mayor parte de su atención se centró en Cloud Drako y Rain, moviéndose en armonía alrededor de un pozo de fuego de piedra en el centro de la caverna, preparando las verduras y las carnes para su cena.

Charlaban fácilmente como dos amigos perdidos en su lengua materna. A lo largo de la conversación, Rain sonrió con su sonrisa deslumbrante y sincera, y a menudo Valerius captó ecos de su risa cuando los sonidos de campanillas se dirigieron hacia él a pesar del chapoteo de la cascada.

Cloud Drako era un poco más bajo que Valerius, pero todavía medía más de seis pies. De pie junto a la pequeña Sanadora, parecía un verdadero gigante.

Valerius se preguntó cómo él y Rain se veían juntos porque la diferencia en sus alturas era aún más dramática. La parte superior de su cabeza apenas alcanzaba su esternón.

Rain y Drako estaban parados juntos en una mesa de picar, aparentemente clasificando quién cortaría en dados qué ingrediente. Ella se rió de algo que él dijo y le dio un codazo juguetón en las costillas, mientras él le sonrió cálidamente y le dio un codazo en la espalda. Parecían que se conocieran desde hace años. Se veían cómodos, familiares y domésticos de pie cadera a cadera, cortando la comida y burlándose mutuamente en un idioma que Valerius no entendía.

Se veían... apareados.

La idea atravesó a Valerius con un destello cegador de dolor. Involuntariamente, todo su cuerpo se tensó y sus manos se aferraron al banco en el que estaba sentado hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

— ¿Estás bien? — Escuchó a Ayele preguntarle a su lado, como en un eco distante, su voz amortiguada por el rugido en sus oídos, la neblina de posesividad y la furia descendiendo sobre su mente.

Se obligó a asentir, remotamente consciente de que el movimiento era rígido y desigual. Sin embargo, ella guardó silencio, por lo que no se molestó en mantener la pretensión de estar bien.

No estaba bien. No estaba ni cerca de estar bien.

¿Estaba Rain tan sonriente y alegre con él? La había visto sonreír y reír más en el cuarto de hora con Drako, de lo que había presenciado en los diez años que la había conocido.

¿Lo había mirado alguna vez con tan despreocupado deleite? ¿Tal comodidad y facilidad?

La respuesta fue un rotundo y desgarrador *no*.

Valerius se dio cuenta de que nunca había visto este lado de la Sanadora. La hembra por la que había caído. Incluso hace diez años en el festival del Otoño, no la había visto tan relajada y feliz. En lo que a él respectaba, ella siempre parecía esconderse detrás de una barrera, sus emociones apagadas, sus expresiones controladas.

Este era el lado de ella que compartía libremente con otros, incluso cerca de extraños, pero muy raramente, si es que alguna vez, verdaderamente con él.

Y, sin embargo, Valerius nunca había compartido más de sí mismo con nadie más. Había expuesto a los demonios de su pasado, abrió su corazón, su mente.

Desnudó su alma a ella.

Para él nunca hubo, y nunca habría, otra. Pero para ella, siempre hubo y siempre habría un Consorte tras otro.

Quizás Drako sería el próximo.

Incapaz de soportar el dolor de verlos juntos un momento más, Valerius se levantó abruptamente y se dirigió ciegamente a la cámara que Drako les había señalado anteriormente para que fuera suya y de Rain.

Rain observó la partida del Protector con preocupación. Ella vio el aura de tormento moverse en ondas alrededor de su cuerpo, pero no pudo diagnosticar la fuente. Estaba bastante segura, a pesar del rechazo de su sondeo anterior, de que no sufría heridas físicas. Al menos, ninguna que fuera aparente.

¿Pensó en algo inquietante? Cada fibra de ella anhelaba ir tras él y darle consuelo.

— Terminemos de cocinar primero, — le dijo Drako a su lado, como si le leyera la mente, — tal vez la comida caliente que le llesves ayudará a satisfacer sus necesidades.

Rain asintió aturdida, cortando lentamente las verduras delante de ella sin mirar sus acciones, su mirada se centró en el corredor por el que Valerius había desaparecido.

— Él significa mucho para ti, tu Consorte, — observó Drako en voz baja, atrayendo la mirada sorprendida de Rain hacia él.

Miró las verduras en la tabla de cortar y aceleró sus movimientos con facilidad.

— Como lo hacen todos mis Consortes, de una forma u otra. Pero Valerius es más que un Consorte, — corrigió.

— Ah, — reconoció el guerrero y no dijo nada más.

— Él lo es todo, — Rain susurró ferozmente para sí misma, tratando de concentrarse en completar sus tareas rápidamente para poder ir a Valerius.

No sabía por qué, pero sabía que él la necesitaba ahora. La necesitaba desesperadamente.

14

Tarde para su clase de la tarde, Sophia abrió su casillero a toda prisa y casi no se dio cuenta del sobre manila que cayó al suelo.

Tristán lo recogió y dijo:

— ¿Esto es tuyo?

Al ver el sobre familiar sin dirección, el corazón de Sophia comenzó a acelerarse. Se lo arrebató a su guardia de élite y se apresuró a entrar al aula mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

Una vez en su escritorio, abrió su libro de texto y sacó los artículos fotocopiados que se suponía que había leído para la conferencia de hoy y los dejó al lado de su libro. En su regazo, ella subrepticamente abrió el sobre de papel manila mientras mantenía su mirada en el profesor McGowen al frente de la clase.

Pasó lentamente la nota por encima de la apertura del sobre y miró hacia abajo para leer las líneas garabateadas elegantemente una por una.

Sophia

¿Me has extrañado?

Permíteme el placer de imaginar que lo has hecho. Mañana volveré a Boston. No puedo esperar.

Escribo esto desde un brasserie frente a la Catedral de Notre Dame. El sol apenas comienza a ponerse, incendiando el cielo con salpicaduras de oro, morados y rojos.

Desearía que pudieras ver esto conmigo. He pedido un chocolate caliente con mi expresso en tu nombre. Tiene un sabor dulce, rico y reconfortante.

Al igual que tú, ¿te apetece?

Sophia se sonrojó furiosamente mientras leía y releía la última línea. Su corazón latía tan fuerte que pensó que toda la clase lo escucharía.

Me gustaría invitarte a mi casa este sábado para celebrar el botín de mi viaje conmigo. También hay algo de ayuda que esperaba que pudieras proporcionarme con la investigación que se avecina. Creo que lo disfrutarás.

Por favor di que vendrás.

310 Marlborough Street, Back Bay. 5pm.

Ere.

PD Incluye otra canción para ti. Letras traducidas del idioma coreano original adjuntas a continuación.

"Ese hombre", de Hyun Bin

*Un hombre te ama
Ese hombre te ama con todo su corazón
Todos los días, como una sombra, te sigue a todas partes
Cuando ese hombre sonríe, está llorando por dentro
Cuanto tiempo más
¿Tengo que mirarte solo?
Este amor como el viento
Este amor sin valor
Si sigo intentándolo, ¿te enamorarás de mí?
Acércate un poco más
Solo un poquito
Yo soy el que te ama
Ahora mismo a tu lado
Ese hombre esta llorando*

*Ese hombre es muy tímido
Así que aprendió a reír
Hay tanto que no se puede decir incluso entre amigos cercanos
El corazón de ese hombre está lleno de cicatrices.
Entonces ese hombre
Te amó porque eras igual
Solo otro tonto
Solo otro tonto
¿Está mal pedirte que me abrases una vez antes de irte?
Quiero ser amado... es verdad
Todos los días dentro... dentro de su corazón... gritaba y
Ese hombre está a tu lado otra vez hoy
¿Sabes que soy ese hombre?
No actuarías de esta manera si supieras
No lo sabrías porque eres una tonta
Cuanto tiempo más
¿Tengo que mirarte así solo?
Este estúpido amor
Este amor sin valor
Si sigo intentándolo, ¿te enamorarás de mí?
Acércate un poco
Solo un poquito
Si doy un paso adelante, das dos pasos atrás
Yo soy el que te ama
Ahora a tu lado
Ese hombre está llorando*

Con manos temblorosas, Sophia desabrochó su iPad de su funda y lo encendió. Sin mirar hacia abajo, navegó a iTunes, conectó el disco rosa y subió la canción a su biblioteca de música. Ella sincronizó su iPod con el dispositivo e insertó sus auriculares con cuidado.

Durante el resto de la clase, no escuchó nada sobre Faraones, tumbas y dioses del inframundo.

Todo lo que escuchó fue la inquietante melodía y la voz del cantante. Aunque no entendía ni una pizca de coreano, siguió todas las líneas de las letras en su regazo, anotadas para ella con la elegante letra de Ere.

Al final de la clase, ella había memorizado la melodía y cada palabra traducida.

Sábado. Pasado mañana. 5pm.

Un ejército de vampiros no podría detenerla.



Valerius abrió los ojos cuando el olor de la Sanadora la precedió en su habitación.

— Traje conejo asado y salteado de espinacas silvestres con cebollas verdes y hongos de la huerta, — dijo mientras se acercaba, equilibrando una gran bandeja de comida, agua y vino de arroz caliente.

Sin darse la vuelta para mirarla, Valerius se tomó unos minutos para asegurarse de que su semblante fuera una máscara de estoicismo antes de saltar y salir de la piscina de aguas termales humeante que se extendía hasta su cintura con los brazos empujando hacia afuera.

Con su amplia espalda hacia ella, giró la cabeza hacia un lado para reconocer su acercamiento mientras sus suaves pasos se acercaban. Levantó las rodillas y casualmente se cubrió el regazo con un brazo para ocultar su desnudez y excitación ante su cercanía, mientras ella dejaba la bandeja en el piso de piedra y se sentó con las piernas cruzadas a su lado.

— Debes estar hambriento, — observó Rain, — Por favor, cómelo todo. Ayelet, Cloud y yo ya hemos cenado. Decidimos no llamarte en caso de que estuviera descansando.

Sin responder, Valerius tomó un plato de arroz, usó hábilmente los palillos para dividir una pata de conejo y un montón de espinacas encima y comenzó a palear su comida, apenas masticando antes de tragar.

O se estaba muriendo de hambre o no quería hablar, pensó Rain mientras lo miraba comer. Desde que ella entró, él no la había mirado. El aura de dolor todavía brillaba intensamente a su alrededor, y ella no sabía qué hacer, ni qué decir. ¿Deseaba estar solo o estaba contento con su compañía? Todo lo que sabía era que quería estar cerca de él. Tan cerca, que quería meterse debajo de su piel.

— Espero que te guste, — trató de mantener una conversación ociosa, — usé una pizca de anís estrellado para darle sabor a la carne.

Haciendo una pausa para tragar y tomar un trago de vino de arroz para bañar la comida, Valerius dijo, aún sin mirarla a los ojos:

— Te agradezco por la comida. Es gratificante.

Y luego cavó en otro muslo de conejo y lo que quedaba de las verduras, demasiado ocupado por consumir su comida para hablar más.

Rain sintió inquietud ante el tono distante y formal del Protector. ¿Había hecho algo para molestarlo? ¿Sufrió una herida física que le ocultó? Ella decidió simplemente preguntar.

— ¿Estás... disgustado conmigo?, — Preguntó ella tentativamente, su voz sonando un poco molesta.

Valerius disminuyó la velocidad de su masticación y tragó el último bocado. Levantó su mirada hacia la de ella brevemente y respondió:

— No te preocupes por nada, Sanadora. Estaba simplemente perdido en mis pensamientos.

La intuición de mujer le dijo que él estaba mintiendo, pero Rain no se atrevió a presionarlo más. En cambio, extendió una mano hacia él, queriendo una conexión física para tranquilizarse, pero justo cuando sus dedos rozaron su rodilla, él se apartó como la primera vez que lo había tocado hace diez años.

— Lo siento, — tartamudeó, tratando de disimular su dolor por su rechazo, y cuando hubiera continuado excusándose, interrumpió con:

— Parece que conoces bien a Cloud Drako.

Sorprendida, Rain parpadeó confundida ante la repentina introducción del tema. Reuniendo su ingenio, cruzó las manos una vez más y dijo: — Sé de él. Resulta que compartimos amigos comunes, y disfruté de nuestro paseo por el carril de la memoria, ya que recientemente había recuperado la conciencia de sus vidas pasadas. Su alma eterna apenas ha despertado. Era, es, un muy buen hombre.

— También sería un Consorte superior, — dijo Valerius, y probó el ácido mientras las palabras salían imprudentemente de su boca. Inconscientemente, tocó el anillo del Ojo de Tigre en su mano izquierda con su pulgar, dándole vueltas y más vueltas. Quizás Drako sería el próximo hombre en usarlo.

El prolongado silencio de Rain ante su pronunciamiento lo hizo mirarla de mala gana.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos y doloridos.

— ¿He dicho una mentira?, — Insistió Valerius, aunque parte de su alma le gritó que cesara, que desistiera. Incluso la idea de que Rain tomara a otro Consorte, compartiendo su cuerpo, su vida, aunque fuera brevemente con otro hombre, destrozó el corazón de Valerius en sangrientos pedazos.

Rain mantuvo su mirada indescifrable durante largos momentos, luego se volteó para mirar a la piscina.

— ¿Por qué mencionas esto?, — Preguntó ella, su voz sonó un poco demasiado controlada, un poco demasiado tranquila. — ¿Ya te cansaste de tu Servicio? ¿He hecho demasiadas exigencias?

Valerius también se quedó en silencio por un momento, luchando por controlar sus emociones, luchando por su orgullo.

Finalmente, con resignación, respondió con su profundo y ronco tono de barítono:

— No hay nada que puedas pedirme que no te daría fácilmente, si estuviera en mi poder hacerlo.

Hizo una pausa y luego dijo:

— Por favor, perdona mi impertinencia. No tenía derecho a interrogarte.

Él se movió para levantarse, pero la mano en su antebrazo lo detuvo.

Con voz tranquila pero poderosa, Rain dijo, aún mirando hacia el agua,

— Eres todo lo que veo, Valerius. No noto a nadie más cuando estás cerca. En este momento, eres mi mundo entero. No tengo pasado, ni futuro, solo el presente. Contigo. Solo contigo.

Se giró para mirarlo directamente, con el corazón en los ojos.

— No me vuelvas a hablar de Consortes, — susurró. — Eres mi *airen*. Solo te necesito a ti. Te *quiero* a ti.

Querer. No amor

Sin embargo, en su momento de debilidad, Valerius no distinguió entre los dos. Abrumado por el poder de sus palabras, por la profundidad de sus sentimientos, él se levantó y levantó a Rain también. Con un tembloroso aliento, la envolvió en su abrazo, presionando su rostro contra su pecho.

Desesperadamente, suplicó:

— Muéstrame.

Rain dio un paso atrás y levantó los brazos. Valerius siguió su ejemplo y tiró de la blusa ligera sobre su cabeza. Le desabrochó el sencillo sujetador blanco y se lo quitó de los hombros, revelando sus pequeños y palidos pechos y sus grandes aureolas rosadas a su mirada hambrienta.

Mientras tomaba un seno con reverencia, Rain deslizó los pantalones por sus delgadas caderas y los dejó caer junto con sus bragas alrededor de sus pies. Tan desnuda como él, ella se apoyó en él una vez más y repitió su caricia, poniendo una mano sobre su pectoral de acero, haciendo que el músculo saltara debajo de su palma.

— Eres la visión más hermosa que he visto en mi vida, — dijo Valerius en voz baja, como si tuviera miedo de despertarse de un sueño dulce y evasivo.

— Estaba a punto de decirte lo mismo, — dijo Rain a cambio, con una sonrisa tímida brillando en su rostro. — Eres todo lo que me he atrevido a soñar. Y mucho más.

Valerius la atrajo hacia él hasta que sus frentes estaban al ras y su virilidad sobresalía insistentemente contra su estómago, rogando por su atención.

— Tómame, — se ofreció a ella, deseando darle todo lo que tenía, todo lo que era. — Toma mi alimento. Libera tu reserva de dolor.

Resueltamente, ella negó con la cabeza, moviéndose para sostener su mano sobre su pecho. — No esta noche, *airen*. No habrá dolor. Solo liberación y sastifacción.

Cuando él habría protestado, ella tomó su otra mano y la sostuvo contra su mejilla, girándola y presionando un tierno beso contra su palma.

— Y placer, — prometió con voz ronca. — Todo lo que quiero es hacer el amor contigo. Todo lo que quiero es a ti.

Temblando por el esfuerzo de mantenerse bajo control para no abrumarla con su tamaño y su aterradora necesidad, Valerius bajó lentamente la cabeza para trazar con sus labios a lo largo de la sien, la frente, la mejilla y la nariz. Con una mano inclinó su cara hacia arriba para darle un mejor acceso; con el otro, masajeó suavemente su seno,

frotando su pulgar sobre el pezón, enviando chispas de placer a través del duro brote.

Como si supiera que se estaba conteniendo, Rain deslizó una mano a lo largo de su brazo y bajó por la espalda para extenderse sobre su glúteo e impulsó sus caderas más hacia las de ella.

— Valerius, no te detengas, — alentó, atrapando su labio inferior entre sus dientes. — Déjate llevar, mi guerrero. Quiero conocer todo de ti.

Con un fuerte aliento, Valerius volvió su boca sobre la de ella, devorándola con sus labios y lengua. Mientras entraba en su boca húmeda y acogedora una y otra vez, la agarró por la parte posterior de los muslos y la levantó del suelo hasta que sus piernas se enrollaron fuertemente alrededor de su cintura y el núcleo caliente de ella se abrió contra su dolorosa excitación.

Rain se aferró a él con ambos brazos alrededor de su cuello y se elevó sobre su firme cuerpo, deslizándolo sus labios inferiores, húmedos con los jugos de su excitación, a lo largo de todo su pene de abajo hacia arriba en una larga y lujuriosa lamida. Una vez colocada sobre la regordeta y deliciosa cabeza, ella bajó en un gracil giro y llevó la mitad dentro de su cuerpo.

Sin estar preparado para el increíble placer que excitó sus nervios en una oleada volcánica, Valerius se tambaleó con un profundo gemido, la parte posterior de sus pantorrillas tocó el borde de la gran cama, a unos pasos de la piscina climatizada.

Con otro giro de sus caderas, Rain tomó más de su longitud, dobló sus rodillas para hacerlo caer hacia atrás y sentarse sobre el grueso colchón. El descenso repentino efectivamente empujó al resto de él completamente dentro de su cuerpo, y la fricción electrizante provocó el primer orgasmo explosivo de Rain.

Su sexo se apretó con increíble fuerza alrededor de él en largos y profundos tirones mientras ella arqueaba su cuerpo hacia atrás y se deleitaba en éxtasis.

Valerius se inclinó sobre su torso arqueado y apretó su boca sobre uno de sus senos, chupando fuertemente el suave montículo y el pezón regordete, al mismo tiempo que sus contracciones vaginales, provocaban un orgasmo sin fin.

Sin separar sus cuerpos entrelazados, él se puso suavemente sobre sus rodillas, manteniéndola extendida frente a él en la cama, sus piernas todavía estaban apretadas alrededor de su cintura. Su pene latía tan profundo y grueso dentro de ella, en un ángulo tan perfecto, que se frotaba a lo largo de toda su zona erógena interna, ella se vino de nuevo con un gemido ronco, su cuerpo tratando desesperadamente de extraerle la liberación que aumentaría su éxtasis por diez. Nutriéndola con su fuerza vital al mismo tiempo.

La transpiración humedeció la piel de Valerius mientras luchaba por contener su propia liberación. Aunque sabía la satisfacción que traería tanto a la Sanadora como a él mismo, también conocía los límites de su propio cuerpo.

Cuanto más diera de sí mismo, más rápido sería su Declive.

Con el peligro intensificándose, el número de ataques de vampiros siempre en aumento, necesitaba reservar la fuerza suficiente para verlos a todos a salvo en casa.

Por otro lado, a pesar del dolor constante de su declive, su cuerpo anhelaba nutrirla. No se había alimentado de él desde la noche anterior a su viaje, y aunque su unión la había revitalizado considerablemente, su fuerza solo había sido restaurada a medias. Con menos de una quincena restante en el Ciclo del Fénix, Valerius debía asegurarse de que ella tomara todo lo que necesitaba, todo lo que tenía que dar, mientras equilibraba su deber de proteger, su capacidad para defender a sus seres queridos de manera efectiva.

Así que se contuvo, apretando los dientes, mientras su cuerpo se apretaba con fuerza sobre el precipicio del orgasmo, pero se negó la satisfacción por la fuerza.

En cambio, Valerius se centró en el placer de Rain, extendiendo sus grandes e callosas manos a cada lado de su caja torácica, alisando sus pulgares sobre la piel satinada de su estómago, moviéndolas suavemente hacia abajo hasta que él le abría las caderas y llegaba a los pliegues de su vagina, estirándose alrededor de su longitud erecta.

Ligeramente, frotó las yemas de estos pulgares a lo largo de los labios húmedos de su sexo, sacando un gemido gutural de su garganta. Él movió un pulgar hacia arriba para cubrir su clítoris y movió la otra mano para agarrar su cadera y poder tener el control total de su cuerpo, aún sin poder hacer nada se inclinó indefenso hacia atrás.

Y luego comenzó a flexionar las caderas. Despacio. Inexorablemente.

Devastadoramente.

En esta posición, sentía la menor fricción de sus movimientos, pero ella sentía cada fracción infinitesimal de forma aguda contra su centro de placer. La presión implacable de su pulgar presionando contra su clitoris intensificó la sensación de que su pene besaba su punto G, frotándolo, masajeándolo, amándolo.

Fue demasiado. El placer era tan aterrador, tan abrumador que Rain ya no podía respirar. Sus manos agarraron sus antebrazos desesperadamente, sus dedos cavando en los músculos acordonados. Cada nervio, cada célula, cada fibra de él está enfocada completamente en la contracción metódica y la liberación de sus poderosas caderas. Un orgasmo como nunca había soñado con su mucha menos experiencia se extendió como lava fundida por todo su cuerpo.

Se le cortó la respiración cuando comenzó a venirse. Pero aún no era el clímax: todavía se estaba construyendo, el placer estaba creciendo constantemente, alucinantemente.

Valerius apretó la mandíbula cuando Rain comenzó a tener un orgasmo, las paredes de su vagina apretaron su sexo torturado hasta que el dolor fue tan intenso que el sudor corrió como riachuelos por su rostro, por el surco profundo de su espalda. Seguía manteniendo la flexión precisa de sus caderas, la presión perfecta de su pulgar contra su clitoris.

Cuando ella comenzó a agitarse y a resistirse, cuando se vio reducida a sollozos de éxtasis indefensos, él gradualmente aumentó su velocidad hasta que también se vio esclavizado por la impresionante fricción, por los hambrientos tirones de su sexo y su propia necesidad hasta los huesos para satisfacerla.

Alcanzaron el nirvana en el mismo momento y cada mitad gritó el nombre del otro mientras se estremecían con el éxtasis, solo para volver a unirse y explotar de felicidad una vez más. Su semilla bañó su útero en Nutritivas olas lechosas, llenándola hasta el borde. Pero su cuerpo lo bebió con avidez, absorbiendo todo lo que tenía para dar y siempre luchando por más.

Después de un período de tiempo interminable, los temblores que sacudieron sus cuerpos se redujeron a pequeños temblores sensibilizados, y su respiración volvió a inhalar y exhalar profundamente en lugar de jadear de pasión.

Valerius jaló el cuerpo deshuesado de Rain hacia arriba, contra él y enterró su rostro en la curva de su cuello.

Te amo.

Silenciosamente derramó su corazón y su alma, incluso cuando su cuerpo se tensó con un dolor insoportable cuando no recibió el intercambio de energía espiritual de ella como un signo de su amor en respuesta.

No lo esperaba. Su amor.

Era suficiente que ella se preocupara por él, lo necesitara, lo quisiera. Era suficiente que en sus brazos, él fuera solo un hombre. Los demonios de su pasado no tenían lugar aquí.

Él era simplemente suyo.

Durmieron juntos durante unas horas, sus cuerpos permanecieron íntimamente unidos. Ella bebió un poco de su garganta en medio de la noche, y se despertaron dos veces antes del amanecer para volver a hacer el amor.

Cada vez, hizo todo lo posible para prolongar su placer, sacrificando el suyo. Cada vez, él se entregaba a ella al final, nutriéndola con su liberación. E invariablemente, cada vez, un dolor devastador siguió a la dicha orgásmica a medida que su resistencia y su fuerza vital disminuía.

Como había prometido, ni una sola vez durante toda la noche liberó su dolor almacenado en él. Y si no hubiera sido por su amor no correspondido, solo habría sentido el embriagador placer de su unión.

Era suficiente, cantaba una y otra vez en su mente. Incluso cuando su corazón sangraba ante la irrefutable y aniquilante verdad de que ella no lo amaba a cambio.



— ¿A dónde vas? — Preguntó Dalair mientras seguía a Sophia a su habitación, pero permaneció al otro lado del umbral.

— No es asunto tuyo, — llegó la respuesta desagradable. Cogió una muda de ropa de su armario y desapareció en el baño.

Dalair notó que había elegido un vestido de suéter azul brillante y medias negras salpicadas de pequeños corazones rosados. Una desviación dramática de su sudadera y pantalón habituales. Dalair estaba un poco sorprendido de que ella incluso tuviera un vestido.

— Es mi deber conocer cada uno de tus movimientos, mi Reina, — respondió Dalair, agregando el discurso formal porque sabía cómo la irritaba. Odiaba que le recordaran su posición y rango, odiaba recordar que no era la adolescente promedio.

— Bien, — gritó con molestia desde el baño, su voz alta irritaba su audición hipersensible. — Voy a la casa de un amigo para ayudarlo con una investigación. Es para la escuela. Cosas aburridas. No tienes que venir conmigo.

— Sabes que sí, — dijo pacientemente. — Estás bajo mi protección hoy.

Antes de que ella pudiera discutir, y él sabía que ella se estaba preparando para eso, continuó:

— Estamos en alerta máxima, como bien sabes. Los vampiros asesinos con los que estamos tratando son mucho más poderosos y organizados de lo que inicialmente evaluamos. Más que nunca, debes mantener el más alto nivel de protección.

— Eso significas tú, supongo, — se quejó Sophia desde el baño. Ella se estaba maquillando, Dalair podía escuchar los clics de las cajas y el estallido del cepillo rímel al salir del tubo.

— Después de todo, ¿no estás en el segundo puesto en el número de cadáveres después de Val? — La joven Reina casi gruñó.

— No llevo la cuenta, — respondió Dalair de manera uniforme, — pero estoy de acuerdo con usted en que soy la mejor protección que puedes tener en ausencia de Valerius.

Sophia salió del baño medio vestida, con la cremallera trasera de su vestido todavía alrededor de su cóccix, para enfrentarse a él con el ceño fruncido, su cabello castaño ondulado en un halo de leona alrededor de su cabeza.

— ¡Ese no era mi punto y lo sabes! No quiero que vengas conmigo hoy y eso es todo. ¡Ser Reina tiene que significar algo más que solo tener un título y tener mi vida al revés por los vampiros y reglas estrictas! ¡Necesito una vida social y tú eres un grano en el culo!

Sin inmutarse por su arrebató, el Paladín siguió mirándola fijamente, aunque decidió no responder.

Sophia pasó con saña un cepillo a través de su melena enredada, tan molesta con su situación que ni siquiera hizo una mueca por el dolor por jalarse el cabello mientras se peinaba con fuerza gruñendo.

— ¿Y bien?, — Preguntó ella cuando él continuó en silencio.

— Mi deber de protegerte supera tus deseos en este caso, mi Reina, — dijo finalmente Dalair. — Y es demasiado tarde para cambiar de guardia ya que Tristan y Aella están en una misión. Sabes que Xandros aún no está a plena capacidad. Soy tu única opción hoy, y debes tener una escolta protectora.

Cuando Sophia inhaló profundamente, ya sea para prepararse para gritar de frustración o para gritarle más argumentos, Dalair rápidamente intervino antes de que pudiera cargar completamente sus pulmones,

— Quizás podamos llegar a un compromiso entre nosotros. Te acompañaré al lugar de reunión y me quedaré en la calle y fuera de la vista. Te prometo que tu amigo no me verá ni escuchará, no sabrá que te escolté hasta allí. También prometo desconectar mi audición para las palabras habladas para que no pueda entender tu conversación, pero aumentaré mi audición en todos los demás sonidos, así como en el resto de mis sentidos, para detectar y anticipar cualquier peligro.

Sophia exhaló sin explotar sus oídos, pero su rebelde ceño fruncido se mantuvo.

Dalair presionó para cerrar el caso,

— ¿Tenemos un trato? ¿Me dirás ahora a dónde vas?

Sophia quería acusarlo de hacer falsas promesas solo por ser una perra, pero sabía que eso sería imprudente. Con un guerrero como Dalair, nunca insinuarías y mucho menos cuestionarías su honor, no te atrevería a decir que no respetaría, ni cumpliría sus promesas una vez que las hiciera. Así que se tragó los comentarios cáusticos que tenía en la punta de su lengua y admitió la derrota.

Estaba atrapada con él hoy y no había nada que pudiera hacer al respecto.

No era solo que su presencia pusiera un freno a su vida social de adolescente normal, o al menos su mejor imitación de ella, era más,

simplemente no quería que él, de entre todas las personas, la escoltara al departamento de Ere.

Simplemente se sentía mal.

Hacía que Sophia se sintiera excesivamente culpable. Como si estuviera engañando a su novio con alguien más.

¡Pero eso era ridículo! Dalair no estaba ni cerca de ser material de novio. No para Sophia de todos modos. En todo caso, debería sentirse culpable hacia Ere por presentarse en su casa con otro chico sexy. Ella todavía no había puesto el dedo en la descripción perfecta para Dalair, pero definitivamente era doblemente sexy. Calor al cuadrado. Caliente hasta el infinito.

Ugh Estaba tan disgustada consigo misma. Qué patético codiciar a tu guardaespaldas que te ve como su hermana menor malcriada en el mejor de los casos, molesta e incompetente en el peor. ¿Cómo podía enamorarse de alguien que le había cambiado los pañales?

Tenía que aguantar y ser responsable. Al menos estaba dispuesto a darle algo de margen.

— Back Bay, — finalmente le respondió, mientras se daba la vuelta para darle la espalda. — ¿Puedes subirme la cremallera por favor?

A Dalair se le presentó una tentadora vista de la espalda suave y esbelta de Sophia, de la curva de su columna vertebral que conduce con gracia hacia al borde de encaje de sus bragas de altura baja. Era rosa.

Apretando la mandíbula, Dalair cumplió con eficiencia, con cuidado de no rozar su piel.

Sophia apartó su cabello del cuello del vestido y envió una nube de su fragancia personal para asediar los sentidos de Dalair. Inmediatamente trató de bloquear su sentido del olfato, pero fue un instante demasiado tarde e inhaló su combinación única de lavanda e inocencia.

Después de todos estos milenios, incluso en una forma diferente, todavía olía igual.

¿Ella también sabría igual?

Dalair inconscientemente retrocedió dos pasos mientras su cuerpo se endurecía en reconocimiento.

Sin darse cuenta de la potente reacción del guardia de élite ante su cercanía, Sophia volvió al baño para terminar sus preparativos. Al final, optó por poner su melena rebelde en una coleta regordeta, dejando mechones de cabello enmarcando su rostro con delicadeza, a pesar de su estilo casual.

Completó su atuendo con unos botines UGG peludos que Aella le había regalado la última Navidad en un intento de llevarla a un territorio más de moda. No era una combinación perfecta para su conjunto, pero eran el calzado más elegante que poseía. Todo el resto de sus zapatos eran zapatillas de deporte, con un par de botas de lluvia de color rojo brillante.

Se echó la mochila al hombro y miró a Dalair con los ojos entrecerrados, advirtiéndole en silencio que cumpliera sus promesas.

— Vamonos.

15

— Necesitamos regresar un día antes, — dijo Ayelet sombríamente mientras descifraba los mensajes cifrados del Escudo.

— ¿Qué ha pasado? — Rain levantó la cabeza para preguntar, sorprendida y preocupada. Estaba comenzando los preparativos para la comida del mediodía mientras Valerius y Cloud estaban vigilando. Cloud había frustrado a los dos vampiros durante su ataque ayer, pero podría haber más.

— Dalair y Aella creen que alguien está convirtiendo a la fuerza a los Puros en vampiros, — respondió Ayelet, exhalando profundamente preocupada y frustrada.

— Y no cualquier Puro, sino guerreros antiguos altamente entrenados. Mientras tanto, Orión y Eveline ya están regresando al Escudo. Su búsqueda de los dos guerreros en Rusia y Suecia ha quedado vacía, y apenas escaparon de una trampa. Si Aella no se equivoca, el asesino de vampiros con el que luchó recientemente era el guerrero ruso que estábamos tratando de reclutar. Debemos considerar la posibilidad de que el guerrero vikingo también haya sido convertido.

— Diosa de arriba, — susurró Rain, dejando caer el cuchillo de cortar.
— Necesitamos que Cloud regrese con nosotros más que nunca.

— De acuerdo, — asintió Ayelet, cerrando su mini computadora.

Se encontró con los ojos de Rain y dudó, insegura de cual era la mejor manera de abordar la cuestión. Finalmente, preguntó:

— ¿Cuál es tu nivel de confianza de que Cloud consentirá unirse a nuestras filas?

Rain parpadeó y frunció un poco el ceño. ¿Por qué supondría Ayelet que leería mejor las intenciones del guerrero cuando Ayelet era la que tenía el don de la empatía?

— No estoy segura, — respondió lentamente. — Claramente prefiere su reclusión y este estilo de vida pacífico. Sin embargo, también sé que es extremadamente honorable y que le costaría negarse a nuestra solicitud de ayuda. Si presentamos nuestro caso ante él, lo ponemos al día sobre los acontecimientos recientes, seguramente él prestará su fuerza.

— ¿Y no habría otro incentivo además de una apelación a su honor? — Ayelet presionó suavemente.

El ceño de Rain se profundizó.

— ¿Qué estás implicando?

Ayelet suspiró y fue a pararse frente a Rain en el otro de la mesa de piedra donde trabajaba en los ingredientes para el almuerzo.

— Me disculpo por la indirecta, — dijo Ayelet, — Solo que pensé, que ayer hubo una conexión más íntima entre tú y Cloud a partir de sus interacciones. Quizás una vieja amistad, quizás un vínculo cultural. ¿Y tal vez algo... de atracción mutua también?

Las mejillas de la Sanadora enrojecieron, ya sea por vergüenza o por enojo, Ayelet no podría decirlo. Rain bajó la mirada y dijo:

— Estás equivocada. Cloud y yo no tenemos una relación previa, ni imagino que seremos más íntimos que con cualquier camarada en el futuro. Valerius me preguntó lo mismo ayer.

Al darse cuenta, Rain volvió a mirar a Ayelet.

— ¿Por qué los dos me preguntan estas cosas? No hay nada fuera de lo común entre Cloud y yo.

Ayelet sostuvo la mirada de Rain y, a pesar de la advertencia de su compañero, no pudo resistir interferir solo un poco.

— Drako parece el principal candidato para tu próximo Consorte, Rain. Cualquiera puede ver eso. Él está más que calificado para Servirte, y parece que realmente se gustan el uno al otro. Si Cloud piensa de la misma manera, tal vez sería un incentivo adicional para conversarlo de regresar con nosotros.

Antes de que Rain pudiera objetar, ya que claramente se estaba preparando para hacerlo, frunciendo el ceño, Ayelet levantó una mano para retrasarla.

— Pero claramente, estás absorta con tu actual Ciclo del Fénix, y has invertido mucho en tu actual Consorte. Rain...

El gran énfasis que Ayelet puso en su nombre hizo que Rain se quedara quieta y escuchara atentamente lo que la Guardiana tenía que decir.

— Exactamente, ¿qué significa Valerius para ti? — Ayelet hizo una pausa por unos momentos para dejar que la pregunta calara.

Cuando la combatividad pareció desinflarse en la Sanadora mientras consideraba sus sentimientos, Ayelet continuó suavemente:

— Me parece que él es más que solo tu Consorte. Incluso cuando se conocieron, parecían excesivamente atraídos el uno al otro. Aunque al principio pensé que era una tensión negativa, no se me escapó cómo llamaba tu atención cada vez que estaba cerca, a pesar de que en ese momento, tenías un Consorte diferente.

Ayelet se inclinó y agarró una de las manos de Rain entre las suyas.

— Te conozco desde hace siglos, amiga mía. Nunca te había visto tan involucrada con un hombre.

Rain desvió la mirada, incapaz de negar la verdad de las palabras de Ayelet. La Guardiana conocía su pasado. Conocía la calamidad que causó con su primer Consorte. Sabía por qué ella siempre se contenía, protegiendo sus emociones de cerca, con todos los demás Consortes y los hombres después de eso.

Pero Valerius era diferente. Y ella era diferente cuando estaba con él.

— ¿Lo amas?

Rain jadeó ante el repentino dolor que explotó en su corazón cuando escuchó la pregunta de su amiga. Involuntariamente, su barbilla comenzó a temblar y las lágrimas inundaron sus ojos.

¡Sí! Ella quería gritar, declarárselo al mundo. Amaba a Valerius más que a su propia vida. Más que a nadie que hubiera conocido.

Pero ella no se atrevió a emitir un sonido. Ella no sabía si era suficiente. Pensó que había amado a su primer Consorte, así como a Fan Li durante su vida humana, ninguno de esos amores fue lo suficientemente grande como para cambiar su destino.

Es cierto que sus sentimientos por Valerius eran mucho más profundos, mucho más extensos. ¿Pero era porque él era el único Compañero verdadero para ella, o porque ella estuvo hambrienta por décadas y él era el Consorte más fuerte que había tenido? ¿Se había vuelto adicta a su Alimento? ¿La adicción era igual que el amor?

Nunca había conocido a nadie como el Protector. Lleno de dolor, moderación, siempre plagado de los demonios de su pasado, que conoció tan poca alegría en su larga existencia. Sin embargo, tan fuerte, tan desinteresado y valiente para ganar sus batallas contra la oscuridad y la desesperación. Un hombre menos digno no habría sobrevivido al sufrimiento que había soportado. Y no solo sobrevivió, sino que sigue siendo *bueno* y puro de alma.

Rain sentía mucha admiración por él. Sentía lujuria por él. Estaba embelesada por él.

Por supuesto que ella lo *amaba*.

Pero había muchas formas de amor. Sabía lo que Ayelet preguntaba, y no importaba cómo Rain buscara dentro de sí misma, la respuesta no llegaría.

La Guardiania suspiró y apretó la mano de Rain.

— Perdona mi intrusión. Olvida que dije algo. No es mi lugar preguntar. Eso es entre Val y tú. Yo solo...

Ella inclinó la cabeza hacia un lado para llamar la atención de Rain y se encontró con los ojos de la Sanadora.

— Solo quiero lo mejor para los dos. Y solo diré una última cosa. Confía en ti misma, Rain. No dejes que el pasado confunda tus sentimientos. No dudes de ti misma. Y confía en Valerius. Es un hombre de pocas palabras y menos expresiones. Pero lo *conoces*. En el fondo, lo conoces.

Mientras Rain sostenía la mirada compasiva de su amiga, las lágrimas cayeron silenciosamente por sus mejillas. Imponiendo disciplina sobre sí misma, ella las apartó y enderezó su columna.

Resueltamente ella asintió. Cueste lo que cueste, no repetiría los errores de su pasado.

— Han regresado, — dijo Ayelet, girando hacia la entrada de la caverna al oír la puerta secreta que se abría. — Debemos estar listos para partir.



Sophia subió los pocos escalones de ladrillo hasta la entrada principal de la casa de piedra de Back Bay con cierta inquietud.

Ella se estaba reuniendo con un *hombre*.

Un hombre por quien ella se sentía atraída. Y él estaba tan fuera de su alcance que bien podría ser de un universo alternativo.

Miró subrepticamente a su alrededor antes de tocar en el apartamento de Ere. Como lo había prometido, Dalair se hizo invisible. Según todas las apariencias, Sophia había caminado sola a la calle Marlborough desde el Christian Science Center.

Pero en todo el camino ella supo que él estaba allí, su protector designado.

Su némesis.

Sophia respiró hondo y presionó el timbre un poco más fuerte de lo que pretendía mientras trataba de bloquear a Dalair de sus pensamientos. Ella estaba aquí para ver a Ere. Ella estaba aquí para ayudarlo con la investigación.

Y mirarlo cuando él no estuviera prestando atención.

No dejaría que Dalair la distrajera o le quitara el gusto.

La puerta se abrió. Sophia cuadró los hombros y entró.

El apartamento de Ere estaba en el sótano de la casa de tres pisos. Compartía la residencia con otras dos familias, dedujo Sophia, mirando rápidamente los buzones del primer piso. Cuando se preparó para llamar a su puerta, se abrió antes de que tuviera oportunidad.

Y allí estaba el hermoso ángel, sonriendo cegadoramente hacia ella.

— Bienvenida, Sophia, — dijo Ere con su melodiosa voz. — Por favor, entra y siéntete como en casa.

Él hizo pasar a Sophia adentro con una mano en la parte baja de su espalda, enviando un hormigueo de placer a través de su torso por la cálida y suave presión.

— ¿Puedo tomar tu abrigo?, — Preguntó solícito.

Sophia se lo entregó de inmediato, porque el apartamento estaba sorprendentemente cálido, casi demasiado, debido a un fuego que ardía en el hogar y las luces brillantes que la hacían sentir como si estuviera bañada por la luz del día, en lugar de en un sótano casi sin ventanas.

— ¿Te gustaría algo de beber? ¿Agua, zumo, té?

— Uhn.

Ese fue el primer sonido que salió de sus labios. Ella tuvo un comienzo fantástico.

Ere inclinó un poco la cabeza ante su dominio del idioma inglés y la etiqueta. Pero parecía más divertido que decepcionado, ya que dijo con una sonrisa,

— Jugo será. Espero que el mango sirva.

Sophia asintió tímidamente y cambió su peso de un pie a otro. Ella lo observó verter su jugo en la pequeña pero moderna cocina y estaba demasiado hipnotizada por su forma ágil y sus movimientos elegantes para tomar en cuenta su entorno. Sus ojos estaban clavados en su persona.

Volvió a ella en breve con su jugo, rozando sus dedos casualmente cuando le entregó el vaso. Sophia no creía que su corazón pudiera soportar mucho más de estas cosas delicadas y sensibles, no cuando cada pequeño roce de piel contra piel enviaba descargas de electricidad a través de ella.

Ella se apartó torpemente de él y casi tropezó con una silla adornada con cojines de terciopelo detrás de ella. Afortunadamente, sus rodillas se doblaron de manera oportuna y su trasero logró encontrar la silla en lugar del piso de madera. El jugo se salpicó peligrosamente en su vaso,

pero por pura fuerza de voluntad, lo miró fijamente y logró evitar que se derrame.

— Si no te importa, voy a tomar un poco de vino, — dijo Ere, con los labios fruncidos mientras la veía caer.

Sophia le hizo un gesto para que hiciera lo que quisiera y regresó a la cocina.

Fue entonces cuando los alrededores de Sophia finalmente la alcanzaron: el departamento de Ere era un verdadero tesoro.

Con asombro, miró alrededor de las paredes llenas de apliques antiguos, pinturas, murales, rollos de seda. Había estantes sobre estantes de libros, esculturas y lo que parecían ser artefactos genuinos de varios lugares del mundo y de épocas a lo largo de la historia. Los muebles eran cómodos y, acogedores, pero hermosos en diseño, una colección ecléctica de piezas vintage. Frente a la chimenea había una alfombra de piel de oveja grande, esponjosa y desgastada. En el centro había una pequeña mesa de piedra lo suficientemente grande como para soportar un exquisito juego de ajedrez. Sophia casi podía escuchar la invitación de sentarse al lado del fuego y disfrutar de un juego íntimo.

Se escuchaba música de fondo, la melodía relajante llegaba a sus oídos desde una habitación al otro lado de un corto y estrecho pasillo. Se reclinó ligeramente en la silla para ver mejor, pero estaba demasiado oscuro para distinguir algo.

Debe ser su habitación, pensó bebiendo un trago nervioso del jugo. Mejor enfocar el resto de su lectura en sus habitaciones inmediatas.

Ere salió de la cocina una vez más con una copa de vino tinto y una bandeja con quesos y frutas. Puso la bandeja en una pequeña mesa de café al alcance de Sophia.

Doblando casualmente sus largas y delgadas extremidades sobre un chaise lounge victoriano de caoba con cojines y almohadas a rayas doradas y rojas, Ere parecía un ave de rapiña exótica en su propio paraíso. Sophia, por el contrario, se sentía como una criatura monótona, fuera de lugar, inferior, potencialmente de la variedad de roedores.

Ere tomó un sorbo lento de vino e hipnotizó al desafortunado ratoncito gris con su mirada brillante. Sonriendo un poco, dijo: — ¿Me extrañaste?

Sophia solo le devolvió la mirada sin parpadear en respuesta, trató de tomar otro trago de su jugo, solo para descubrir que ya lo había bebido todo. Ella dejó el vaso sobre la mesa y, con un esfuerzo, apartó los ojos de él.

— Tienes un lugar realmente agradable, — pronunció su primera oración coherente, ignorando su pregunta. — ¿Es todo genuino o son réplicas?

— ¿Crees que puedo permitirme artículos genuinos con el salario de un asistente de enseñanza?, — Preguntó Ere a cambio.

— Supongo que no, — murmuró Sophia, — pero de seguro que son muy parecidos a los reales.

Vagamente, se le ocurrió que no había respondido su pregunta directamente.

— ¿Pudiste encontrar esta dirección fácilmente? — Ere se inclinó hacia adelante para recoger un par de deliciosas uvas verdes de la bandeja de té.

Sophia asintió con la cabeza.

— Vivo bastante cerca.

— ¿De Verdad? ¿No vives en el campus como la mayoría de los estudiantes de primer año?

Tentada por la forma en que Ere parecía disfrutar de sus uvas, Sophia arrancó algunas para ella.

— No, vivo en Boston en la ciudad con amigos.

— Ah, — dijo, girando el vino en su copa antes de tomar otro pequeño sorbo. — ¿Uno de tus amigos te escoltó hasta aquí?

Sophia se sobresaltó ante la pregunta. Curiosamente, sintió casi como si la estuvieran interrogando.

Pero luego Ere sonrió y agregó con una expresión entrañable de vergüenza,

— Es solo que nunca pareces estar sola. El primer día de clase estabas con tu amiga Aella, y la primera vez que nos vimos, un hombre vino a tu mesa para reunirse contigo justo cuando me iba. Las veces que te vi

caminando por el campus siempre estabas con alguien. Debo admitir que tomó un poco de coraje acercarme a ti ese día en la cafetería.

Sophia se sonrojó y miró su regazo.

— No entiendo por qué habría sido difícil para ti acercarse a alguien, — dijo con sinceridad.

Ere se inclinó hacia adelante con los codos sobre las rodillas y esperó hasta que Sophia lo miró de nuevo.

— Tal vez soy tímido, — le dijo, — especialmente con una chica tan encantadora como tú.

Sophia se puso roja como una remolacha. Incómoda, ella bajó la mirada y cambió de tema.

— Entonces, ¿qué tesoros trajiste del Louvre?

Ere suspiró y se recostó. Aparentemente era demasiado temprano para conversaciones más íntimas con su ratoncito. De alguna manera, la reticencia de Sophia solo la hizo más atractiva para él.

— Ven, te mostraré los grabados que hice.

Sophia estaba en su elemento después de eso, leyendo detenidamente las notas de la investigación de Ere y los grabados de símbolos y dibujos milenarios. Pasaron horas haciendo una lluvia de ideas, buscando a través de la considerable biblioteca de investigación que Ere tenía en el departamento de la antigua Persia, charlando, comiendo, incluso bromeando y riendo.

Sophia superó su asombro por la belleza física de Ere y se centró más en el encuentro de las mentes. Era excepcionalmente conocedor y agudo, rápido para plantear posibilidades alternativas a las teorías establecidas y los registros escritos. Ella estaba cautivada por la forma en que le dio vida al mundo antiguo con sus bocetos y descripciones. Se sentían tan reales, parecía como si él hubiera estado en los lugares y tiempos que estudiaba.

Era casi medianoche cuando Sophia ya no podía ignorar la vibración contra su muñeca en la parte inferior de su brazalete turquesa, que servía como joya y como un canal de comunicación oculto entre ella, su guardia y el Escudo. Durante la última hora, vibró cada diez minutos, luego cada cinco.

Dalair debe estar impaciente.

Lentamente, Sophia se estiró para sentarse desde su perezosa posición extendida sobre la alfombra de piel de oveja, luego se levantó y abrazó su torso.

— Mejor me voy a casa, — dijo con pesar. — Es muy tarde y mis amigos me están esperando.

Ere se puso de pie también. Apenas había medio pie separándolos, y mientras que la Sophia que entró en el apartamento, habría retrocedido automáticamente para distanciarse, después de pasar las últimas horas con Ere, la actual Sophia se mantuvo firme.

Ella lo miró a los ojos y le dijo sinceramente:

— Lo pasé muy bien. Eres un brillante investigador y profesor.

Ere sonrió un poco ante su cumplido.

— ¿Eso es esto lo que soy para ti?

Parpadeó un par de veces y sintió un sonrojo que le subía por el cuello, pero se negó a dejar que la aceleración de sus latidos la pusiera nerviosa como antes.

— Me gustaría pensar que eres mi amigo, — respondió ella, sosteniendo su mirada penetrante. — Me gustas mucho.

Sorprendentemente, fue Ere quien retrocedió un poco. Él apartó la mirada brevemente, luego regresó a ella con una sonrisa diferente, una sonrisa más oscura, casi irónica.

— También me gustas, Sophia. Mucho. — Comenzó a decir algo más, pero luego pareció cambiar de opinión, sacudiendo un poco la cabeza.

— Ven, recuperaré tu abrigo y te acompañaré a la salida. ¿Puedo llevarte casa?

— No, gracias, — respondió ella rápidamente. — Un amigo viene a recogerme y, en realidad, está a solo unas cuadas de distancia.

— Ah, — murmuró en el mismo tono que antes.

Ella trató de no leer demasiado en esa pequeña palabra, pero podría haber jurado que sonaba decepcionada.

Se separaron en la parte inferior de los escalones delateros de piedra rojiza. Antes de que ella se fuera, él la sorprendió al abrazarla y rozarle la frente con los labios.

— Hasta que nos volvamos a ver, — dijo suavemente.

— Te veré en clase el próximo jueves, ¿verdad? — Sophia no pudo evitar el entusiasmo en su voz. Cuatro días enteros, le parecieron una eternidad antes de que ella lo volviera a ver de nuevo.

— Por supuesto, mi encantadora Sophia.

La liberó de su abrazo a regañadientes y la envió en su camino, se quedo inmóvil observándola hasta que dio la vuelta en la esquina y estuvo completamente fuera de su vista.



— Whoa, amiga, ¿a dónde vas tan furiosa?, — Preguntó Aella, obligando a Sophia a parar con una mano en el brazo de la joven reina.

— ¡Es imposible!, — Prácticamente gritó Sophia, lanzando su brazo hacia atrás con un furioso tirón.

Miró más allá de ella, hacia el Paladín que seguía a Sophia al Escudo, que se mantenía unos pasos atrás, Aella solo pudo asumir que él era el blanco de la ira de la reina.

— ¿Te gustaría explicarlo, Dalair?, — Preguntó Aella con una ceja arqueada y una expresión levemente divertida. En los últimos años, se había convertido en un hecho cada vez mayor que Sophia estaba molesta por una razón u otra con este guardia de élite en particular.

— Simplemente estoy tomando precauciones, — dijo el Paladín con severidad, deteniendo su acercamiento a unos pocos metros de ellos, como si deliberadamente se mantuviera fuera del alcance de las patadas y escupitazos de Sophia.

— ¡Cuántas veces tengo que decirte que no hay nada malo con Ere!, — Tronó Sophia, levantando las manos. — Es humano, no vampiro. Lo viste tú mismo, que era perfectamente normal durante el día. Sí, está un poco pálido, ¡pero dale un respiro al chico! ¡Vive en un sótano! Y no sentí malas intenciones en él. No estoy tan absorta así, para dejarme engañar por su cara bonita y abandonar mi propia seguridad, por el bien de la diosa. De

hecho, creo que podría tener un alma Pura. Definitivamente siento algo especial en él.

— ¿Estás segura de que no estás influenciada por los desequilibrios hormonales? — Dalair respondió con calma. — Puedo oler el inicio de tu ciclo mensual.

— Oh, no acabas de decir eso, — murmuró Aella por lo bajo, luego extendió un brazo reflexivamente para contener a Sophia mientras la reina se lanzaba hacia Dalair con un gruñido.

Dalair observó a Sophia luchar enérgicamente contra el control de la Amazona, pero en vano, con la misma expresión tranquila. Finalmente, Sophia se agotó y empujó el brazo de Aella.

Resoplando por sus esfuerzos, lanzó a Dalair una mirada feroz y dijo:

— Realmente te odio.

Con eso, ella giró sobre sus talones y se marchó, presumiblemente a sus habitaciones.

Aella negó con la cabeza al Paladín y chasqueó la lengua,

— Tienes una forma tan suave con las damas, Dalair.

Su expresión decidida no cambió.

— Cada instinto me dice que algo sobre este *Ere* está mal. Si es inocente y legítimo, una verificación exhaustiva de antecedentes no puede hacer daño. No veo por qué la reina se ofende por meras precauciones.

— ¿Hablas en serio? — Aella resopló. — No me parecías tan tonto antes, mi amigo.

Finalmente, un pequeño ceño frunció las cejas del guerrero. Aella no sabía si él frunció el ceño ante su insulto o porque todavía no se daba cuenta de lo que había hecho o dicho mal.

Con un suspiro, ella echó un brazo alrededor de su hombro.

— Vamos, viejo amigo, necesitas descansar. Todo se aclarará por la mañana. Esta noche me quedaré con Sophia, no hay cacería, ya que esperamos que Ayelet y su cohorte regresen de China temprano mañana y haremos que un grupo se reúna después del desayuno.

Juntos comenzaron a caminar hacia los cuartos privados.

— Haz lo que tengas que hacer, Dalair, — continuó Aella, — pero no se lo tires a la cara a Sophia. Y si fuera tú, me mantendría alejado de nuestra vigorosa y pequeña reina por un tiempo, al menos hasta que ya no te dispares dagas y te escupa clavos.

Cuando Dalair estaba a punto de objetar, Aella le apretó el hombro y lo silenció.

— Xandros se recuperará completamente en un par de días más y Valerius también regresará. Si tuvieron éxito en China, estaremos dando la bienvenida a un nuevo guerrero de élite en nuestro medio. Para que puedas rotar fuera de la protección de Sophia por un tiempo. Creo que les hará bien a los dos.

El espíritu de lucha salió de Dalair. Aella tenía razón. De alguna manera, no pudo evitar tratar a Sophia de la manera incorrecta, sin importar cuánto intentara no hacerlo. Sintió una cierta irracionalidad en sus propias acciones cuando pasaba demasiado tiempo con ella, como si su cercanía causara que su razón y sentido común tomaran vuelo. Se sentía irritable, enojado y asustado cuando ella estaba con Ere.

Dalair conocía bien ese sentimiento, aunque no lo había encontrado desde su vida humana. Se encogió de hombros para ponerle un nombre a la emoción, pero sabía muy bien de qué se trataba:

Celos.

16

— Bueno, que me jodan.

El susurro explicativo de la alta, voluptuosa belleza de cabello dorado atrajo la mirada de Cloud directamente a la suya.

A los pocos minutos de su llegada al Escudo, Ayelet le presentó formalmente al Zodiaco Real cuando se reunieron en la sala del trono.

Cloud no conocía a ninguna de las nuevas caras, ni reconocía sus almas. Quizás incluso en sus vidas pasadas nunca los había encontrado. Pero mientras miraba a los ojos violeta claro de la guerrera ante él, sintió una punzada de...

Inquietud no era la palabra correcta. Reconocimiento, eso era demasiado fuerte.

Conciencia.

Era conciencia. Como si todos los nervios de su cuerpo saltara en atención. Desorientadamente, Cloud se dio cuenta.

Al lado de la rubia, la joven Reina Pura, Sophia, expresó su consternación y emoción compartida, en palabras más coherentes.

— Te ves como uno de los personajes de Dynasty Warrior, mi videojuego favorito, — dijo sin aliento. — Excepto que eres *mucho* más *genial*.

Y *muuuuchoo* más rico, pensó Aella para sí misma. La Diosa la ayudara,



pero no se sorprendería si realmente estuviera babeando sobre el costoso piso de mármol italiano.

Tal vez fue el glorioso contraste de las características asiáticas y occidentales del macho. La forma de sus ojos era claramente oriental, larga e inclinada hacia abajo en las esquinas interiores, inclinada hacia arriba en las esquinas exteriores, recordándole los ojos de un lobo. El toque de sus cejas negras y el cabello largo negro, que lo tenía recogido con una banda ancha metálica en la nuca y una banda a juego alrededor de la frente, para mantener los mechones más cortos fuera de su cara, que parecían gruesos y sedosos, y ella se moría de ganas por pasar sus dedos a través de su melena hasta la cintura. Su mandíbula y barbilla también eran más asiáticas que occidentales, muy angulosas, lisas y sin barba.

Pero luego estaban los penetrantes y fascinantes ojos azul hielo, enmarcados por gruesas pestañas negras y puntiagudas, que nuevamente le recordaban a Aella al Lobo Gris de Montana. Su nariz era larga y estrecha, sus pómulos afilados y altos. Su labio inferior estaba más lleno que el superior y la forma en que tenía la boca la hizo querer morderlo. Su estructura ósea y musculatura le recordaban más un italiano, español o griego, con hombros anchos y caderas muy estrechas. Y por lo que podía ver, sin rodearlo como una leona alrededor de su presa, estaba en posesión de una muy buena parte trasera.

Se preguntó si su piel dorada era suave y sin vello por todas partes.

Aella se despertó de su exploración mental clasificación X del cuerpo del guerrero al oír el sonido de una garganta aclararse a su lado.

— Aella, — susurró Sophia en voz alta, dándole un codazo en las costillas, — estás mirando a nuestro nuevo recluta y has ignorado la presentación.

Parpadeando rápidamente para quitar de su mente la versión de fantasía sin ropa del guerrero, rápidamente reemplazó su expresión estupefacta con una sonrisa acogedora y segura de sí misma.

— Un honor, — dijo y le devolvió la reverencia formal al guerrero, aunque algunos latidos se retrasaron. Sus ojos brillaron con diversión y placer cuando levantó los ojos nuevamente para encontrarse con los suyos.

Cloud se sorprendió por la repentina transformación en el semblante de Aella. No sabía cuál de sus expresiones lo hacía sentir más incómodo,

la que lo miraba como si fuera una comida succulenta después de años de hambre o la que le estaba dando ahora, como si ya hubiera probado cada centímetro de él y estaba insaciable por más.

Debería haberse quedado en las aldeas montañosas de Yunnan, pensó con retraso, donde la única criatura que lo veía regularmente era su devoto corcel. Desafortunadamente, tuvo que dejar atrás su paz y tranquilidad para tomar su lugar como uno de la Elite. Al menos su compañero equino lo seguiría al Escudo en una fecha posterior, cuando Tristán completara los establos subterráneos para acomodar a su miembro de cuatro patas.

No quiso hacerlo, pero como si la mente de Cloud estuviera erigiendo barreras protectoras, trató de empujar la blancura en la conciencia de Aella, o al menos atenuar cualquier emoción o fantasía que la hacía mirarlo como si estuviera desnudo y vulnerable ante ella.

Sin embargo, quedó atónito por la reacción violenta que resultó de su acción. Su cabeza se sacudió ligeramente hacia atrás como si hubiera recibido un golpe físico. Por primera vez desde que había entrado en su Don, no podía empujar su voluntad a otra persona.

Aella frunció un poco el ceño y se frotó distraídamente la sien cuando sintió una punzada aguda pero breve. Había llegado y desaparecido tan rápido que era como si se lo hubiera imaginado. Mentalmente encogiéndose de hombros, se concentró de nuevo en el guerrero cuando él se volvió para saludar a Orión y Eveline. Remotamente, escuchó que le habían otorgado el título formal Élite de – el Valiente. –

La intrigaba, ya que cada título, además de ser indicativo del papel de un miembro del círculo interno, tenía una historia detrás, así como un presagio para el futuro. Cloud Drako debe haber sido espectacularmente valiente en sus vidas pasadas para ganarse ese apodo.

— Ahora a los negocios, — anunció Alexandros cuando se completaron las presentaciones. — Te volvimos a llamar porque la situación ha empeorado. Como todos saben, tenemos razones para creer que hay una nueva forma de hacer vampiros, y que quien está detrás de esto, está apuntando a los Puros de clase guerrera para que se conviertan. Además, él o ella es lo suficientemente viejo y poderoso como para controlar a estos vampiros asesinos recién creados, que están apuntando al Zodiaco Real a propósito. Con qué fin, todavía tenemos que determinarlo. De todos modos, debemos detenerlos antes de que avancen más.

Miró a Tristán, que asintió y dio un paso adelante, llamando la atención de todos.

— Lo que no sabes es que recientemente recibimos una proyección de Seth.

Esta noticia provocó algunos jadeos de los Doce. Que recibieran noticias de Seth significaba que todavía estaba vivo; el hecho de que envió una proyección significaba que era lo suficientemente fuerte como para usar su Don, parte del cual implicaba la capacidad de proyectar su imagen y voz a través del tiempo y el espacio a cualquier persona o ubicación de su elección.

— Nos aseguró que estaba a salvo y fuerte, aunque no reveló su misión o ubicación. Nos advirtió sobre los asesinos de vampiros y confirmó que, al menos, Jade no está detrás de la trama en nuestra contra. Según el conocimiento de Seth, debemos suponer que Leonidas está perdido para nosotros. Si no está muerto, se ha convertido en asesino.

Tristán dejó que el grupo absorbiera las implicaciones de sus palabras.

Alexandros miró hacia otro lado, apretando los puños con furia y frustración. Aunque ya había presenciado la proyección de Seth, y temía en privado que lo peor le hubiera pasado a su compañero, sintió el dolor de la pérdida más aguda porque lo vio como su propio fracaso, que Leonidas les hubiera sido arrebatado.

— Para prepararse para las batallas por venir, — continuó Tristán sombríamente, — Alexandros nos entrenará a cada uno de nosotros, incluido el Circlet, en las mejores formas de combatir al Centinela. Si él realmente ha sido convertido, la amenaza para todos nosotros se ha multiplicado por diez. Él conoce nuestros estilos de lucha, nuestras fortalezas y debilidades. Podría estar entrenando vampiros asesinos mientras hablamos.

— Excepto Cloud, — intervino Ayelet. — Él no conoce a Cloud.

— Exactamente, — respondió Aella. — Drako es nuestra ventaja. — Ella miró al guerrero en cuestión y se sintió extrañamente tranquilizada por la calma y la tranquilidad del nuevo recluta. En su presencia, sintió que todo saldría como la Diosa quería, y que Su voluntad incluiría su triunfo.

Cuando volvió a mirar al resto del grupo, la sensación de paz se levantó bruscamente y entrecerró los ojos.

— Sin embargo, no me sorprendería si lo hubieran estudiado a fondo, ya que sin duda han estudiado a todos los demás. Tenemos mucho que hacer para ponernos al día. Hemos comenzado a compilar todos los perfiles de los Pure Ones conocidos de clase guerrera en todo el mundo, basados en el trabajo de Ayelet. Necesitamos familiarizarnos con su historia, entrenamiento, armas y técnicas. No se sabe cuáles se han convertido y debemos prepararnos para todas las posibilidades.

— Mi reina, — dijo Dalair, dirigiéndose a Sophia, que captó la fuerza de su solemne mirada como un conejo asustado ante un depredador felino, — necesitamos que aproveches todo el poder de tu Don para comenzar a identificar y reducir las almas puras entre los humanos, especialmente aquellos en la cúspide de su Despertar. Esta es otra ventaja que tenemos sobre nuestros enemigos invisibles. Solo pueden apuntar a los Puros existentes conocidos, pero podemos duplicar nuestros esfuerzos para educar, reclutar y capacitar a nuevos miembros. Al hacerlo, podemos estar un paso por delante de nuestro enemigo.

Sophia casi juntó los talones y saludó al Paladín, sintiéndose como una joven soldado que recibe una responsabilidad crucial de su Comandante, pero se conformó con deglutir y asentir. Solo esperaba no decepcionarlos, a todos ellos.

— Los problemas se están gestando a un ritmo acelerado, — dijo Aella y miró al Escribano y a la Vidente cada uno por turno.— No solo tenemos la advertencia de Seth, sino también los Pergaminos del Zodiaco y las Profecias han confirmado una batalla inminente, que será crítica para decidir nuestro curso futuro. Todos necesitamos entrenamiento intensivo de combate, especialmente Sophia y el Circlet. Necesitamos determinar rápidamente sus habilidades naturales y combinarlas con las armas apropiadas.

Ella miró al Protector.

— Valerius, eres el más adecuado para entrenar a la Elite. Eres el más fuerte entre nosotros.

Luego se volvió hacia el General.

— Alexandros, entrenarás y educarás a todos sobre el estilo de lucha de Leonidas y cómo piensa estratégicamente para que podamos anticipar sus movimientos.

Finalmente, miró al paladín.

— Dalair, entrenarás al Circlet y a Sophia en maniobras básicas de ataque y defensa personal, aprovechando el regalo de cada persona en la medida de lo posible. Aunque nuestros miembros que no son de combate no son presa fácil de ninguna manera, como Orion y Eveline han demostrado en su reciente viaje, necesitamos subir varias muestas. Si hay una batalla total, nadie será un lastre; nadie se quedará atrás.

— ¿Debería darme de baja en la escuela?, — Preguntó Sophia. Dada la urgencia de la situación, pensó que ese podría ser el mejor curso de acción.

— No, — respondió Aella con firmeza. — No debemos hacerle saber a nuestros enemigos que hemos captado su olor. Hasta ahora, nos han traído la lucha, y ahora es nuestro turno de convertir la defensa en ofensiva. Pero debemos mantener el elemento sorpresa. Mi sensación es que se están volviendo demasiado seguros de sí mismos, demasiado engreídos, a pesar de sus intentos fallidos de asesinato. Es casi como si estuvieran jugando con nosotros, probando nuestras fortalezas y debilidades. Debemos mantener todas las apariencias de que no somos los más sabios.

— Además, — dijo la Amazona después de una pausa reflexiva, — tus clases son durante el día, cuando los vampiros no están activos. El riesgo es relativamente bajo.

Dalair miró con escepticismo a la estratega, discrepando silenciosamente con su evaluación del nivel de amenaza para Sophia. Aella lo miró tranquila y significativamente.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Aella había mentido.

El riesgo para la seguridad de Sophia no era bajo. De hecho, Aella contaba con un movimiento contra la Reina. Ella debía ser un cebo.

Cuando Dalair cambió su cuerpo agresivamente, a punto de increpar a Aella con sus sospechas, la Amazona sacudió lentamente la cabeza hacia él. Ella prometió con sus ojos que explicaría sus razones.

Fuera de línea. En privado.

Así acordado, los Doce se separaron en grupos más pequeños para analizar detalles, horarios y estrategias.

Antes de que Dalair pudiera arrinconarla, Aella agarró a Valerius y lo llevó a un pasillo lateral.

— ¿Cómo te sientes?, — Le preguntó al Protector con cierta preocupación, — Te nombré como el entrenador de combate intensivo para la Élite porque eres el mejor candidato para el trabajo, pero puedo inscribir fácilmente a uno de los otros, incluso a Cloud si es tan bueno como tiene fama de ser.

Valerius frunció el ceño.

— ¿Dudas de mis habilidades?

Aella hizo su maniobra de poner los ojos en blanco y lo atravesó con una mirada de "no seas obtuso".

— Acabo de decir que eres el mejor candidato, ¿no? Pero seamos honestos el uno con el otro, Val. A, no estás en tu mejor momento. Esperaba que exhibiera signos de disminución de la fuerza a medida que progresaba el Ciclo del Fénix, pero te ves peor por el desgaste. Y B, tienes un deber más importante que cumplir con la Sanadora hasta que se complete el Ciclo. Ella necesita estar cien por ciento lo antes posible. Antes de que termine esta batalla, habrá muchas bajas, y creo que es solo el comienzo. Habrá muchas más batallas por venir antes de que ganemos la guerra.

Valerius apretó la mandíbula y miró hacia otro lado.

Aella dijo la verdad, y él estaba muy consciente de las limitaciones de su cuerpo. Entrenar a la Elite tendría un alto costo en su fuerza ya agotada. Mientras tanto, todavía tenía que cumplir sus deberes como Consorte. Ambos roles eran cruciales para su supervivencia, pero él sabía sin deliberar qué responsabilidad necesitaba priorizar.

— Cloud y yo podemos compartir la tarea de entrenar a la Elite, — respondió finalmente. — Y sí, por lo poco que he visto, el Valiente se merece su reputación.

Aella asintió con un brillo evaluador en sus ojos.

— Ustedes dos se unieron durante el viaje, ¿verdad? Interesante.

Valerius entrecerró los ojos.

— ¿Qué quieres decir?

La Amazonas se encogió de hombros en respuesta.

— No puedo esperar para ver por mí misma si él es tan bueno como parece.

Valerius sabía que ella no dijo lo que realmente estaba pensando, pero no tenía ningún interés en continuar con el tema. En cambio, se despidió y fue en busca de Rain.

Desde su noche en la caverna, no pudo escapar de la idea de que ella lo estaba evitando a propósito. Aunque ella permanecía cerca de él físicamente, a menudo tomando su brazo o acurrucando su cuerpo contra el suyo durante su viaje de regreso, parecía distante emocionalmente. Rara vez se encontraba con su mirada y a menudo miraba a lo lejos como si estuviera perdida en sus pensamientos. Les tomó más de dos días hacer todos los arreglos y regresar al Escudo, y durante ese tiempo, apenas intercambiaron dos oraciones.

Le dolía el corazón.

Sabía lo que significaba entregarse completamente a ella sin esperar nada a cambio. Había anticipado el dolor y el tormento del amor no correspondido, pero había subestimado la intensidad de su agonía y la velocidad de su declive. Si se enfrentaba con algún miembro de la élite como estaba ahora, solo sería cuestión de tiempo antes de que también supieran su condición. Sus técnicas de combate a distancia podrían ayudarlo a ocultar su fuerza menguante.

Pero, ¿cómo iba a mantener su declive de Rain misma?

A medida que avanzaba el Ciclo, ella se volvió más insistente en sondearlo con su *zhen* para evaluar su condición. Sabía que ella se preocupaba constantemente por sobrecargarlo, tomando demasiado Alimento de él. Había podido distraerla de una evaluación exhaustiva de salud y energía hasta este punto, pero ella estaba cada vez más preocupada. Y cuanto más se sintonizaba con su cuerpo, más difícil resultaba ocultarle la verdad.

La buena noticia fue que su vitalidad había regresado a un ritmo mucho más rápido que en los Ciclos anteriores en todos los sentidos. La mayor parte de su cabello ya se había vuelto negro intenso en las raíces. Solo quedaban unas pocas rayas blancas. Necesitaba que ella tomara el resto de su alimento y creara una reserva profunda para el futuro.

Necesitaba que ella se lo llevara todo.

Valerius encontró a la Sanadora esperándolo ante el mural en la cámara interior del Recinto que compartían.

Sabía que estaba esperándolo a propósito porque lo miró a los ojos con

solemnidad y determinación en el momento en que entró y cerró la puerta detrás de él.

— Te libero de tus deberes como Consorte, — anunció sin preámbulos, con las manos cruzadas delante de ella, la espalda recta, la cabeza en alto.

Las palabras fueron como un golpe físico, y Valerius apenas logró mantenerse firme, aunque su alma se tambaleó por el impacto de lo que dijo.

— ¿Por qué? — Se forzó a decir, aunque no podía escuchar su propia voz por el zumbido en sus oídos.

— Ahora tienes un deber más importante y urgente, y se necesitará toda tu fuerza para cumplirlo, — respondió plácidamente, como si hubiera ensayado sus palabras de antemano. — Me siento mejor que en siglos. No hay necesidad de completar el ciclo. Puedo más que acomodar mis responsabilidades como Sanadora con la reserva de energía que ya me has dado.

Cuando Valerius iba a objetar, ella levantó una mano para detenerlo.

— Además, me encuentro en necesidad de soledad. — Sus ojos parpadearon muy ligeramente, pero su voz no dudó. — Ya no deseo tu servicio.

Esta vez, Valerius se tambaleó. Un dolor abrumador lo envolvió en olas negras y despiadadas. Sintió que la sangre se le escapaba de la cara, de las extremidades. No podía respirar y su visión comenzó a nublarse.

¡Seguramente no quiso decir lo que acaba de decir! Seguramente él podría hacerla cambiar de opinión. Si él pudiera tomarla en sus brazos, si pudiera...

— Por favor, abandona el recinto.

— Se dio la vuelta para mirar el mural una vez más.

Valerius tragó saliva.

— Rain...

— Por favor, vete ahora. Estoy cansada.

Valerius ya no podía ver por la gruesa pared roja ante sus ojos. Ausentemente, se frotó un ojo y se dio cuenta de que el líquido viscoso y

resbaladizo en sus dedos era sangre, no lágrimas. Sintió que los rastros gemelos se escapaban lentamente por las esquinas de sus ojos y corrían por sus mejillas.

Pero antes de que pudieran gotear desde el borde de su mandíbula, giró sobre sus talones, abrió la puerta de la cámara y salió del Recinto sin hacer ruido.

Rain sintió su partida con cada fibra de su ser. En el momento en que su presencia se alejó de la habitación, ella se desplomó como una muñeca de papel en el suelo.

¡Fue por su propio bien! se dijo a sí misma. Tanto por su salud como por satisfacer la situación actual. Sería egoísta de su parte mantenerlo a su lado, y lo destrozaría físicamente llevar a cabo ambas responsabilidades de Entrenador de la Elite y Consorte. No había mentido sobre cómo se sentía físicamente. De hecho, era mucho más fuerte de lo que había sido en muchos Ciclos Fénix, a pesar de que aún no habían alcanzado los treinta días completos. Estaba lo suficientemente cerca de toda su fuerza que, técnicamente, ya no necesitaba su Alimento.

¡Pero cómo lo quería ella!

Y ahí estaba el peligro. Cuanto más lo deseaba, mayor era el riesgo de tomar demasiado de él. Además, ya no podía distinguir el deber del deseo. Ayelet le había preguntado si amaba a Valerius.

¡Ella lo hacía!

Hasta el punto de que estaba obsesionada con él. Ella ansiaba su cuerpo, su sangre, su amor constantemente. Ella no podía mirarlo, oírlo, olerlo sin quererlo con una urgencia e intensidad que la sacudieron hasta el centro. Se estaba volviendo tan dependiente de él, tan adicta, que estar separada de él incluso por breves momentos la hacía querer llorar.

Nunca se había sentido así antes, ni remotamente cerca. Toda la pasión que había sentido por su primer Consorte parecía un mero amor de cachorro, pero recordó la devastación que dejó su muerte con intensa claridad. Ella todavía tenía las cicatrices en su alma.

¿Pero amaba a Valerius lo *suficiente*? ¿La amaba a cambio? ¿Podría ella arriesgar su vida y su cordura para descubrirlo?

Ella no pudo.

Incluso si la odiaba por rechazarlo tan fríamente, incluso si ella tuviera



que vivir con la agonía de su relación dañada para siempre después de esto, mientras él estuviera sano y vivo, mientras estuviera en este mundo, ella podría soportarlo...

El tiempo curaba todas las heridas, ¿no? Tal vez ella era demasiado sensible, tal vez él no estaba herido por su despido en absoluto. Por lo que ella sabía, él podría sentirse aliviado de ser liberado, para cumplir su deber con la Élite al máximo. Nunca había querido servirla. Era una obligación salvarle la vida.

Y ella superaría esta adicción. Ella tenía que hacerlo.

Diez años más tarde, ella estaría en los brazos de otra persona, tomando alimento del cuerpo de otro hombre. No quería ver a Valerius en su mente, ni soñar que era él quien la besaba, la llenaba, la completaba. Ella no podía permitírselo.

Acurrucada en una pequeña bola, la Sanadora sollozó hasta quedarse dormida.



— Otra vez.

El sudor le caía por la cara como si su propia nube de tormenta la envolviera y la siguiera con su sofocante lluvia, los brazos y las piernas le temblaban por el esfuerzo, los músculos estaban tan adoloridos que prácticamente gritaron en protesta, Sophia lanzó a su oponente una mirada llena de odio.

Dejando escapar un fuerte rugido que desmintió su agotamiento hasta los huesos, cargó contra Dalair con su *spatha de* entrenamiento, su ligero escudo de cuero desechado y olvidado en algún lugar detrás de ella.

Fácilmente, Dalair evitó su empuje inclinándose una pulgada hacia un lado. Sin interrumpir el movimiento, movió su cuerpo y usó la rotación de su torso para acercar a Sophia mientras aprovechaba su impulso para aumentar la velocidad de su caída hacia adelante.

Sin un cuerpo para absorber la fuerza de su ataque, Sophia se encontró lanzada hacia adelante a una velocidad alarmante. Antes de que pudiera prepararse para el impacto, el suelo se levantó para encontrarse con su cara.

Splat Ruido sordo. Lloriqueo. Gemido.

Estaba tan harta de esa secuencia particular de sonidos.

— Levántate, — dijo la implacable y antipática voz de su atormentador.

— Vete a la mierda, — murmuró Sophia contra el suelo frío y duro, su mejilla aplastada haciendo que sus palabras salieran en un caos. Pero él entendió la idea.

Dariel se puso en cuclillas frente a su cara, su entrepierna estaba a poca distancia, pensó Sophia perversamente. Lástima que ella no tuviera la fuerza para ni siquiera intentar desarmarlo.

— Mi Reina, — dijo el Paladín con su tono cada vez más serio, no sea que Sophia pensara que estaba siendo golpeada por mierdas y risitas, — eres la más débil entre los Doce. Tienes mucho que aprender en muy poco tiempo. No podemos comenzar desde el principio para enseñarte la técnica, solo podemos perforar las respuestas en usted a través de la fuerza bruta y la repetición.

Hizo una pausa y luego dijo:

— Por cada hematoma y golpe que recibas, puedes poner ese dolor en mí dos veces, cuando y como elijas liberarlo. Te prometo justicia. Pero en este momento, debes levantarte.

Fortalecida por la fantasía de su eventual venganza contra el Paladín, Sophia se puso de pie, cogió su espada y escudo y adoptó la postura de combate que él le enseñó.

Dalair también tomó su posición y torció la mano.

— Otra vez.

Dos horas después, Sophia se dejó caer en la cama como un trapo escurridos. Estaba tan exhausta que apenas podía respirar, pero el cansancio no adormecía sus innumerables dolores, algunos en músculos que nunca supo que tenía.

Aella entró silenciosamente en su habitación y cerró la puerta. La amazona empujó a Sophia a un lado ya que la niña no podía moverse aún si lo intentaba, y se tumbó en la enorme cama a su lado.

— ¿Día difícil?

— Uhn, — fue la respuesta incoherente.

— Lo odias, ¿eh?

Gruñido.

Aella se rio suavemente.

— Él solo está haciendo su trabajo, solo está tratando de prepararte a fondo para las batallas por venir.

— E vil.

—¿Qué? — Aella volvió la cabeza hacia la joven reina.

— El malvado. Le gusta la tortura.

La amazona volvió a mirar al techo y mantuvo la sonrisa para sí misma.

— ¿Crees que le gusta tirarte y marcarte con moretones azules y negros?

— Uhn.

— Pero tendrás tu venganza, ¿verdad? Dalair no es nada, sino es imparcial. Seguramente él te permitirá tu retribución.

Algunos sonidos extraños salieron de la adolescente, medio sibilancias medio carcajada.

— Entonces, piénsalo de esta manera, — razonó Aella, — cuanto más fuerte te vuelvas, más poderosa será tu venganza.

Más carcajadas y sibilancias.

— Puedo enseñarte algunos trucos geniales mañana, — dijo Aella, — cosas que garantizan que cualquier hombre caerá de rodillas.

— Te umu.

Aella rodó hacia un lado para mirar a Sophia, extendiendo una mano para alisar los rebeldes mechones marrones de su rostro. La culpa y la preocupación la consumieron al pensar en el peligro en el que colocó a su Reina, a proposito. Estaba jugando con la vida de Sophia y ella y Dalair lo sabían. El Paladín apenas se resistió a arrancarle una de sus extremidades, cuando habían tenido su feliz confrontación antes de la sesión de entrenamiento de Dalair con Sophia. No estaba de acuerdo con sus métodos, no apoyaba su plan, pero entendía por qué ella ponía a su Reina en una posición tan precaria.

Aella moriría antes de dejar que le pasara algo a Sophia. Dalair conocía la profundidad de su devoción. Solo eso lo hizo retroceder al final.

— También te amo, cariño, — susurró Aella y se consoló con los sonidos de la profunda respiración de Sophia, incluso mientras el sueño reparador reclamaba a la joven Reina.



Algo en el aire había cambiado.

El vampiro estaba inquieto y ansioso por la anticipación. ¿Podría ser que sus pequeños compañeros de juego Puros comenzaron a comprender las reglas del juego?

El pensamiento fue estimulante.

Habían sido presas tan fáciles hasta ahora, moviéndose de un lado a otro según su voluntad. Incluso el gato más paciente, se aburriría de jugar con ratones estúpidos, que simplemente no *entendían*, sin importar cuántas pistas les arrojabas.

Pequeños roedores inútiles.

Pero el vampiro sintió el cambio en el posicionamiento y la energía de sus compañeros de juego, como si se estuvieran preparando para la diversión que vendría.

Supongo que enviar al Vikingo finalmente despertó a los caballeros blancos a la acción.

Valió la pena el sacrificio. Después de todo, ¿con qué frecuencia tres peones lograban sacar un batallón completo de guerreros de élite?

El vampiro miró su juego de ajedrez con avaricia. ¿Qué caballeros blancos serían eliminados? ¿De qué manera? Había tantas posibilidades deliciosas.

Pero el vampiro debía hacer el primer movimiento. Como siempre. Estarían esperando su salva inicial.

El vampiro se aseguraría de que valiera la pena la espera.

17

Sophia prácticamente cojeó a clase el jueves por la tarde.

Tristán, su guardia de élite designado para el día, parecía que se sentía dos veces más mal que ella. Sophia no le envidiaba el dolor que debía estar sufriendo.

El entrenamiento de Valerius a la Élite en los últimos tres días había sido duro, implacable y brutal. Sophia se sintió aliviada más allá de las palabras de no tenerlo como entrenador. Al lado del Protector, las instrucciones de Dalair eran un paseo.

Sophia evitó a Valerius lo más que pudo. Sabía de buena fuente de que cada élite también lo haría, si pudieran, pero el entrenamiento de combate no era algo en lo que pudieran optar por no participar. Alexandros, en particular, parecía estar menos que en pleno rendimiento. Quizás todavía se estaba recuperando de sus heridas, pero Sophia sintió un problema más profundo, aunque no pudo determinar exactamente qué era eso.

Solo Cloud parecía salir de las agotadoras sesiones relativamente ileso, e incluso comenzó a entrenar a los demás de antemano, para que estuvieran mejor preparados para la ira del romano. Quizás fue porque Cloud también se especializaba en combate a distancia. Por lo tanto, fue más capaz de anticipar los movimientos de su oponente.

Sophia no sabía qué hacer con el aura negra alrededor del Protector. Se irradiaba de su piel como una sombra ominosa. Más que una sombra, parecía tener vida propia. Era miseria, desesperación, ira y odio, todo envuelto en uno. Y en el fondo de todo, había pura angustia.

Lo extraño era que los tentáculos de energía negativa parecían enfocados hacia adentro, en lugar de proyectarse hacia afuera. Las ondas de obsidiana consumían su cuerpo como un agujero negro personal, o al menos lo que Sophia imaginó que serían los agujeros negros.

Sin fondo. Insondable. Sin luz

Sin vida.

Al principio se sorprendió de que Valerius pasara tanto tiempo entrenando. Parecía ser todo lo que hacía durante el día. Por la noche, o estaba con una pareja de otros guerreros de élite cazando o estaba hablando con Ayelet, Orión y Eveline. De hecho, Sophia no lo había visto con la Sanadora juntos en un solo lugar desde su regreso de China.

Mientras tanto, Rain rara vez se veía, excepto con Wan'er en la clínica del Escudo, para atender las heridas más graves a altas horas de la noche. Durante el día, atendía a sus pacientes humanos con su doncella en Chinatown. Los tiempos de sus idas y venidas le permitieron evitar a la Docena perfectamente. Cuando estaba en el Escudo, se mantenía en el Recinto. Solo Wan'er la atendía.

¿No seguía el Ciclo del Fénix?

Sophia estaba confundida. Durante un tiempo, la Sanadora y su Consorte parecían inseparables a pesar de los diez años de tensión entre ellos desde la primera vez que se vieron. Y ahora la tensión había vuelto.

Pero era mil veces peor.

Cuando Sophia vio a Rain, sintió que la misma aura sombría que consumía a la Sanadora, era la que rodeaba a Valeriusus. No era tan obvio, pero sin embargo estaba allí. Que la Sanadora estuviera tan inquieta y deprimida era algo que Sophia nunca había visto y nunca había esperado. Rain era la ecuanimidad y la calma personificada. Aunque su Don solo le permitía curar heridas físicas, su compasión, dulzura y alegría interior también magnificaban su impacto en lo espiritual.

Solo una persona pudo ponerla nerviosa, solo por estar en la misma habitación.

Valerius

¿Pero no había terminado todo eso? ¿No forjaron un vínculo profundo y permanente a través del Rito y el Ciclo del Fénix?

Sophia lo atribuyó a una "pelea de amantes". No es que ella supiera personalmente lo que eso significaba, pero de alguna manera parecía apropiado. Deseaba que Valerius y Rain simplemente se besaran y se reconciliaran y tuvieran algunas orgías alucinantes y superaran cualquier malentendido que los hacía comportarse como adolescentes melodramáticos. Especialmente porque su tarjeta de "salir de la cárcel" estaba a punto de expirar en poco más de una semana.

Pero ¿qué sabía ella? Tal vez los adultos (especialmente los de miles de años) experimentaban emociones más profundas, que estaban más allá de la capacidad de comprensión de Sophia.

Con Tristan esperándola en el patio de Harvard, Sophia entró en su clase de Civilización egipcia antigua y ocupó su lugar habitual en el fondo de la sala.

Ere ya estaba allí esperándola.

— Hola Sophia, — le sonrió a modo de saludo.

Sophia se resistió a suspirar en voz alta por el placer al escuchar su voz. Le encantaba escucharlo decir esas dos pequeñas palabras. Secretamente, pensó en grabar su voz cada vez que estaban juntos para poder reproducirla por la noche y adormecerla.

Pero eso era un poco espeluznante, incluso para los adolescentes melodramáticos.

— Hola Ere, — saludó a cambio. Después de las horas que pasó ayudándolo a investigar en su departamento, ahora estaba lo suficientemente cómoda en su presencia como para formar oraciones coherentes. No muy elaboradas, ni articuladas, pero al menos ella se elevó por encima de los gruñidos y los galimatías.

— ¿Me extrañaste?, — Preguntó con una burlona sonrisa en sus labios.

— Solo han pasado cuatro días, — respondió ella con un ligero giro de sus ojos, pero por dentro se deleitó con esta investigación casi ritualista.

Estaba coqueteando con ella. Le encantaba cuando él coqueteaba con ella. Ahora que no se volvía roja como una langosta cada vez que él lo hacía, disfrutaba mucho más las burlas.

— Un día, — predijo en un susurro tan delicado que hizo que Sophia temblara de anticipación, — me dirás lo que quiero escuchar.

Y luego se volvió hacia el frente de la clase donde el profesor McGowan se lanzó a su monólogo sobre el Valle de los Reyes.

Sophia escuchó las palabras del profesor, pero su vista y pensamientos se centraron en la hermosa criatura sentada a su lado, su rodilla tocando casualmente la de ella debajo de la mesa.

Le recordaba el hielo.

Con la belleza indefinible y siempre variable de los copos de nieve. El exterior perfecto, liso, brillante del vidrio. Había una tranquilidad refrescante en él que intimidaba y reconfortaba. Sin duda podría congelar a cualquiera con una mirada ártica. Pero cuando sus ojos color chocolate se derretían, brillaban con un calor líquido, de una manera tal que haría que cualquiera cayera bajo su hechizo.

De repente Sophia recordó el fuego que ardía en su sala de estar, haciendo que la cámara estuviera casi demasiado caliente. Qué extraña idea que un hombre de hielo adore el calor.

Del mismo modo, Sophia observó un aura blanca apagada a su alrededor, como si él mantuviera sus verdaderas emociones congeladas. Pero debajo del resplandor blanco pálido había una llama naranja incandescente, sus chispas lamían los bordes del caparazón fantasmal, como si tratara de derretir su armadura helada.

Más alerta que nunca por su responsabilidad de descubrir y ayudar a reclutar almas puras, Sophia evaluó a Ere con nueva concentración. Él tenía un alma Pura, ella estaba casi segura de ello.

Pero algo estaba mal.

Hubo momentos, tan raramente, que pensó que podría haberlo imaginado, que él parecía resentido, antagónico, perdido.

Ella captó solo un destello de oscuridad en su aura cuando pasó junto a Dalair el primer día que se encontraron en la cafetería de la escuela. Pero causó una impresión lo suficientemente fuerte como para que Sophia lo recordara. Si no lo supiera mejor, habría leído el peligro y el

daño en sus intenciones en ese momento hacia el Paladín. Hacia sí misma, nunca había sentido una sola emoción negativa de él.

Al principio había curiosidad. Luego hubo atracción y diversión. Y sincera amistad.

A ella le gustaba Ere. Mucho. Y ella sabía sin lugar a dudas que a él también le gustaba.

Tal vez ella plantearía la posibilidad de que él pudiera ser reclutado con Ayelet y Aella. Sin embargo, definitivamente no por Dalair. La animosidad que Ere proyectaba hacia el guerrero parecía completamente mutua.

— Ven a mi departamento después de la escuela, — Ere se inclinó para susurrarle, sacando a Sophia de sus pensamientos.

Parpadeando rápidamente, Sophia luchó para formular una respuesta. La mitad de ella realmente quería ir, pero la otra mitad estaba agobiada por sus deberes. Tenía entrenamiento diario con Dalair y Aella por las tardes, y se sentiría mal por disfrutar con un chico hermoso en su acogedora morada, incluso si todo lo que hacían era estudiar, cuando todos en el Escudo estaban nerviosos, preparándose para el Armagedón..

— No puedo, — dije después de un rato. — Estoy un poco ocupada con algunas cosas en este momento, pero tal vez las cosas mejorarán después de un par de semanas.

Sophia estuvo a punto de caerse de espaldas en su silla, cuando sintió que Ere tomaba su mano derecha y la unía a la izquierda y colocaba las dos manos sobre su dura mano.

— Solo por una o dos horas, — Ere persuadió con su voz pecaminosa, su pulgar frotando sensualmente sobre su palma.

Para un hombre de hielo, ciertamente sabía cómo derretir a los demás, pensó Sophia, tratando de alejar su mano del calor tentador y la fricción de su toque.

— Realmente no puedo, — repitió desesperadamente, sin estar segura de cuánto tiempo podría apegarse a su negativa si él mantenía su seducción.

Milagrosamente, se calmó. Pero en lugar de soltar su mano, él se la llevó a los labios y le dio un beso caliente y con la boca abierta sobre su palma sensible.

Sophia estaba tan encantada con su acción y los sentimientos que él evocaba, que no le importaba si estaban en la mitad de la clase. No se habría dado cuenta si todos los estuvieran mirando boquiabiertos. En este momento, sentía como si ella y Ere estuvieran completamente solos, en su propio mundo invisible.

— Te extrañaré, — dijo con resignación y desilusión, incluso un toque de tristeza. Pero luego, como si volviera a colocar una fachada en su lugar, sus labios se arquearon en una pequeña sonrisa divertida.

— Hasta la próxima, encantadora Sophia.

Antes de que Sophia pudiera reaccionar, Ere se había levantado de su asiento y había salido del salón de clases a pasos agigantados. Ni siquiera se dio cuenta de que la clase había terminado. De repente, ella estaba estirando el cuello para vigilarlo mientras su figura se oscurecía por la multitud de estudiantes que salían de la habitación.

Ella ya lo extrañaba.



— Tu cabello está tan saludable ahora, — dijo Wan'er mientras acariciaba la larga y sedosa masa negra con el peine favorito de Rain esa noche. — Se ilumina bastante con los reflejos azules.

— Hmm, — murmuró la Sanadora, sin prestar realmente atención.

Se preguntó si Valerius había terminado el entrenamiento del día y si había vuelto a su habitación o había salido a cazar. Todas las mañanas, antes de los primeros rayos del amanecer, ella permanecía de pie durante largos minutos fuera de su habitación, con la mano lista para llamar a su puerta.

Solo quería saber si él se sentía bien, se dijo. Si estaba comenzando a recuperar su fuerza. Por lo que ella había visto y escuchado de la élite, él había estado empujando a cada uno a sus límites. Ella solo esperaba que él no se excediera demasiado. Sabía que sus demandas sobre él lo habían agotado considerablemente.

Y ella quería verlo. Preferiblemente cuando no pudiera verla. No podía soportar lo que vería con seguridad en sus ojos. Confusión. Resentimiento. Heridas.

Sabía que debería haberle explicado su corazón con más claridad. Ella sabía que existía el riesgo de que él la malinterpretara al dejarlo ir, como un rechazo, pero no podía encontrar las palabras. Ella no tenía la compostura ni el coraje para expresar sus sentimientos por él.

¿Y si decirle cómo se sentía ella instigaba sus propios sentimientos? ¿Qué pasaría si él se enamorara de ella por sus propios deseos y antojos egoístas?

¿Qué pasaría si él se riera de ella o, peor aún, la compadeciera por amar a su Consorte cuando ella le había hecho prometer que no la amaría?

— Todavía digo que deberías haberte quedado con el Protector durante todo el curso del Ciclo del Fénix, — la reprendió su doncella. Era una frase que repetía con frecuencia, y Rain ya no se molestaba en explicarse. — Todavía no estás completamente recuperada, y es obvio que Valerius es capaz de proporcionar más alimento. Si incluso solo la mitad de la energía que gasta en el entrenamiento fuera para ti...

— Puedes retirarte, — Rain la interrumpió abruptamente. — Quiero estar sola.

Wan'er se detuvo en medio del pase setenta y siete.

— Pero no he terminado con tu cabello, — protestó ella.

— Yo haré el resto, — respondió Rain, tomando suavemente el peine de su doncella. — Ve a la cama. Estás agotada de atender la clínica humana y la Pura desde el amanecer hasta el anochecer. No debería apoyarme tanto en ti.

Wan'er ordenó algunas cosas y dobló la colcha de seda de Rain sobre su cama.

— Solo desearía tener la mitad de tu regalo, — dijo melancólicamente, — desearía poder compartir tu carga de manera más equitativa.

La doncella le dio las buenas noches y salió del Recinto silenciosamente.

Y a veces desearía no tener este papel, pensó Rain para sí misma. Desde que conocí a Valerius, desearía ser como cualquier otra mujer, capaz de amar a un hombre con todo su corazón y espíritu.

Pero en realidad, ella no sabía si era su papel como Sanadora o un defecto innato lo que no le permitía amar a un hombre por completo. ¿Era su voluntad contenerse o era una disposición inherente?

Ella pensó que había amado a Fan Li en su vida humana. Cuando el príncipe enemigo finalmente se impacientó, con la persecución sexual al que ella lo había conducido, él la tomó por la fuerza. Brutalmente. Abrumadoramente. Varias veces al día. Parecía obsesionado con ella y sintió que ella le ocultaba algo, así que trató de dominarla físicamente y exprimirla su rendición.

Que ella nunca se rindió, fue probablemente la razón por la que él seguía fascinado por ella a lo largo de los años. Pero eso solo le hizo redoblar sus esfuerzos para obligarla a someterse.

A pesar de todo, mantuvo la cordura y mantuvo su alegría y sensualidad de cortesana al pensar en Fan Li. Imaginando volver con él cuando todo terminara, casarse como habían planeado y formar una familia.

Pero cuando ese día finalmente había llegado, su amor por él no había sido suficiente. Había elegido una muerte cobarde. No había sido lo suficientemente fuerte como para vivir con su dolor, humillación y autocrítica.

Y luego estaba su primer Consorte. Hasta el día de hoy no podía pronunciar su nombre, ni siquiera en su propia mente. Ella no había estado buscando amor; era lo más alejado de su mente en ese momento. Todo lo que quería hacer era cumplir con su deber como Sanadora. Usar el regalo que la Diosa le había otorgado al máximo. El amor que tenía quería darselo a su gente y a todos los heridos, enfermos y maltratados.

Pero él la había tentado como mujer. Ella había estado fascinada y asustada a su lado, porque sacó a la luz algo que ella nunca supo que poseía.

Un lado carnal. Sexual, avaro, codicioso.

Un lado caprichoso. Juguetón, burlón, risueño.

Había pensado, seguramente, que ese era el hombre con el que estaba destinada a estar. La había ayudado a crecer y sanar mucho. Y la amaba. La quería para siempre.

Pero ella le había fallado. Después de que él le había dado tanto, ella lo había traicionado por completo. Aunque intentó todo para canalizar su energía curativa hacia él durante su Decadencia, nada funcionó. Él no era un paciente que ella pudiera arreglar. Lo que sea que él necesitara de ella no podía encontrar una manera de dárselo.

Tal vez estaba rota, pensó Rain aturdida mientras dejaba el peine. O tal vez ella era simplemente una cobarde egoísta.

Moviéndose como si su cuerpo tuviera una mente propia, se levantó de su asiento ante el tocador y abandonó la cámara, avanzando rápidamente por los recovecos de los pasillos hacia la habitación de Valerius.

Era solo medianoche, pero ella no podía esperar, incluso a riesgo de toparse con él.

Deteniéndose brevemente frente a su puerta, ella no se molestó en tocar antes de girar el pomo y entrar.

Él no estaba allí.

Soltó un suspiro de alivio y bajó la velocidad de sus pasos, caminando alrededor de la habitación más pausadamente, observando el mobiliario escaso pero rico y masculino, la cama gigantesca que empequeñecía todo lo demás en la habitación, la pared de armas, el armario de ropa completamente negro, con ocasionales grises oscuros.

Después de examinar minuciosamente su espacio personal, ella se detuvo junto a su cama. Cariñosamente, acarició la colcha azul oscuro, tan oscura que casi desaparecía. Extendió los dedos, luego los volvió a apretar en puños, luego los extendió una vez más como si finalmente estuviera decidiendo, y quitó una almohada grande del colchón.

Sabía que era la almohada con la que dormía más a menudo, basada en su experiencia con sus preferencias del lado de la cama. Él siempre dormía en el lado izquierdo de la cama, mientras que ella usaba el derecho. Pero la mayoría de las veces, cuando dormían juntos, estaban tan entrelazados que no importaba de qué lado estuvieran.

Su corazón se contrajo dolorosamente ante la idea y abrazó la almohada con fuerza contra su pecho, bajando la cabeza para enterrar la nariz en la cubierta satinada. Ella inhaló profundamente su aroma embriagador, y su cuerpo inmediatamente respondió con deleite gozoso, enviando una oleada de líquido caliente a su núcleo.

¡Cómo lo extrañaba!

¿Sería siempre una tortura? Después de sus experiencias compartidas, no podía imaginar estar tan cerca de él, bajo el mismo techo, y no tenerlo. ¿El tiempo realmente desgasta todos los bordes? ¿Serían sus emociones menos intensas, más controlables?

Y luego sus ojos se posaron en lo que estaba debajo de la almohada. El pañuelo que ella le había dado diez años atrás.

— ¿Por qué estás aquí?

Rain se giró hacia Valerius con un jadeo sobresaltado y escondió el pañuelo en su puño detrás de su espalda. Había estado tan envuelta en sus propios pensamientos y deseos, que no se había dado cuenta cuando él entró en la habitación y cerró la puerta detrás de él.

Involuntariamente, su rostro se iluminó de felicidad al verlo, pero con la misma rapidez cayó cuando notó que la sangre y el sudor le corrían por la cara y los brazos.

— Estás herido, — soltó, tropezando en su prisa por alcanzarlo.

— No lo hagas.

Con una brusca palabra, detuvo su movimiento. Alejando su mirada, se quitó la camisa rasgada, revelando más sangre, sudor y moretones, y se dirigió al baño, ignorándola por completo.

Tentativamente, ella lo siguió hasta el umbral del baño y miró dentro. Había abierto la ducha y se estaba quitando el sudor.

La preocupación anuló el deseo, cuando su cuerpo golpeado se le reveló por completo. ¿Por qué insistía en llevar las cosas demasiado lejos? ¿Seguramente el entrenamiento no requería que él pusiera una libra de carne todos los días junto con su energía y tiempo?

De pie debajo de la ducha, Valerius cerró los ojos y dejó que el chorro completamente frío de la regadera empapara su piel caliente y demasiado tensa. Estaba completamente excitado por el mero aroma de ella. Pero verla abrazar su almohada de la forma en que solía abrazar su cuerpo hizo que cada uno de sus nervios gritara por estar con ella.

— Valerius... — su suave voz envolvió su polla como manos amorosas, y el bastardo hinchado se sacudió ansiosamente en respuesta. ¡No podía soportar más de esto!

— Si quieres sangre, ven a buscarla. Si estás aquí para follarme, solo nombra tu lugar y posición. De lo contrario, vete.

Rain retrocedió como si la hubiera abofeteado. ¿Por qué estaba diciendo cosas tan feas? ¿Por qué estaba siendo tan cruel?

Pero antes de que ella pudiera formular una respuesta, él repentinamente se giró para mirarla, aunque su mirada se centró en algo más allá de la puerta del baño.

— ¡Abajo!, — Gruñó, un segundo antes de saltar sobre ella y llevarlos a ambos al suelo duro.

— Qué...

Antes de que pudiera terminar su pensamiento, la pared del baño explotó en una explosión de ladrillos, vidrio y escombros. Ella jadeó cuando una pequeña astilla de espejo le atravesó el antebrazo, pero sabía que Valerius soportaba la mayor parte del daño, ya que él estaba inclinado sobre ella como un capullo protector de músculo sólido.

Apenas capaz de respirar, Rain se encontró bruscamente en posición vertical y empujada a través de la habitación mientras Valerius se vestía en el siguiente segundo.

— Necesitamos salir de aquí y encontrar a los demás, — dijo con urgencia mientras agarraba su brazo, — el Escudo está bajo ataque.

Deteniéndose para sacar algunas armas de su pared, Valerius tiró de Rain detrás de él mientras avanzaba por el negro corredor. Estaban inmersos en un apagón. Los circuitos principales probablemente estaban cortados y la alarma central había sido desactivada. Solo alguien de dentro sabría lo suficiente como para infiltrarse en el Escudo.

Rain luchó por mantener el ritmo rápido de Valerius, y luego se concentró en la fuerza y el calor de su agarre en su antebrazo y en respirar profundamente. Ella aprovechó toda su energía para poder igualar su velocidad y determinación; ella juró que no sería una carga.

Un par de giros y vueltas por el pasillo, y habían llegado al centro de entrenamiento, donde unos pocas antorchas le proporcionaron suficiente luz para ver. Aella estaba acurrucada junto a la pared con Alexandros, cada uno con sus armas y escudos desenfundados.

Valerius y Rain se unieron a ellos a lo largo de la esquina adyacente, y él preguntó:

— ¿Daño?

— Explosiones en todo el ala oeste y el atrio central, — informó Aella. — Deberíamos esperar que nuestra salida a través de la sala del trono fuera cortada y probablemente destruyeron la mayoría de nuestros vehículos y sellaron la salida a través del garaje.

Su Hayabusa podría estar a salvo, pensó Valerius, porque la mantuvo en el ala este donde residía la fragua, justo encima de la Bóveda. Esa parte del Escudo estaba actualmente en construcción para los establos que Tristán estaba construyendo al lado de la fragua. Su única opción de salida ahora era en esa dirección.

Sus enemigos conocían bien las debilidades del Escudo. Salir por el ala este requería bajar dos niveles a la biblioteca y entrar en túneles estrechos. Tendrían poco espacio para maniobrar y Valerius apostaría su vida a que habría un comité de bienvenida de vampiros esperándolos en el camino. Sin iluminación, los vampiros tenían una ventaja adicional, ya que su visión nocturna era muy superior a la de los Puros y los humanos. Después de todo, vivían por la noche.

— ¿Los otros? — Valerius espetó.

— Dalair, Cloud y Tristan están buscando a Sophia, Orion y Eveline. Ayelet ya está con ellos, — respondió Alexandros. — Si el Escriba y la Vidente están en la biblioteca, deberían estar protegidos de las explosiones. Creo que la Reina está con ellos. Él frunció el ceño ante eso. Sophia nunca debería estar sin un guardia de élite. De hecho, Aella debería haber estado cuidándola, pero la Amazonas estaba aquí en su lugar.

— A menos que los vampiros ya se hayan infiltrado en la biblioteca, — Aella declaró sombríamente.

— ¿Qué pasa con Wan'er y los humanos?, — Preguntó Rain, una chispa de alarma la atravesó.

— Los aprendices y sirvientes humanos ya se han ido a casa, estoy bastante segura de que no queda ninguno, — respondió Aella. — En cuanto a la doncella...

— La encontraré, — dijo Valerius. Empujó a Rain hacia los brazos de Aella. — Toma a Rain y dirígete a la Bóveda. Me reuniré contigo cuando tenga a Wan'er.

— ¡No! — Rain se acercó a Valerius, tratando de mantenerlo con ella, o hacer que la llevara con él, pero ya se había ido, desapareciendo sin un sonido en la oscuridad que los rodeaba.



Sophia cojeó tan rápido como pudo a lo largo del estrecho pasadizo que conducía desde la biblioteca a la salida tres niveles más arriba en una calle lateral detrás de la Torre Prudencial.

Ella trató de borrar el dolor de su tobillo, pierna, hombro y costado. Si Orión no la hubiera empujado con fuerza fuera del camino del lanzamiento de estrellas y dagas, probablemente estaría muerta en este momento.

No tenía tiempo para el dolor. Tenía que salir y buscar ayuda. Ella no sabía a quién llamar, pero no pensó mucho. No le importaba si tenía que gritar por el maldito vecindario, encontraría a alguien.

Orión y Eveline todavía estaban allí, tratando de evitar que los vampiros la siguieran. Sabía que lucharían hasta su último aliento para mantenerla a salvo, aunque no eran rivales para asesinos entrenados. Ella había querido quedarse atrás y luchar junto a ellos, pero seguían empujándola hacia atrás. Argumentaron que solo los distraería, debía salir y esconderse. Que hiciera lo que fuera necesario para mantenerse viva.

Sophia se secó las lágrimas y se negó a ceder ante la desesperación que la invadía. ¡No dejaría que su sacrificio fuera en vano! Por pura fuerza de voluntad, avanzó penosamente, subió un largo tramo de escaleras de piedra y rodeó una estrecha esquina.

Y luego golpeó una pared de ladrillos.

Pero no era una pared, porque unas manos grandes, con la fuerza de unos grilletes de acero, se cerraron sobre sus hombros, haciéndola estremecer ante el dolor instantáneo en su lado herido.

— Te he estado esperando, mi Reina, — una voz profunda y familiar la alcanzó a través de la oscuridad.

Sophia jadeó en reconocimiento.

Leonidas

18

Un silencio opresivo descendió sobre el Escudo mientras los Doce restante asimilaba el alcance del daño y la pérdida.

Habían eliminado a todos los infiltrados vampiros y restauraron la electricidad y la conectividad a la fortaleza subterránea, pero no sin graves bajas y sacrificios.

Orión fue uno de esos sacrificios.

Eveline fue la última en ver su cuerpo en esta tierra, ya que con su último aliento, utilizó toda su fuerza y concentración para enviar una ola de armas antiguas, que eran simples decoraciones en la pared de la biblioteca, en un aluvión mortal contra la horda de vampiro asesinos que avanzaban sobre ellos. Dos de los enemigos vampiros restantes perdieron la cabeza en el ataque imparable. Un vampiro resultó tan gravemente herido que Eveline puso en acción sus extremidades heridas, tomó un hacha cercana descartada y puso fin a su miserable existencia.

Había alcanzado a Orión justo cuando sus ojos comenzaron a cerrarse. Lo último que vio fue su triste y sincera sonrisa de despedida. Sosteniendo su cabeza en su regazo, ella vio como su cuerpo se aflojaba, mientras su peso comenzaba a levantarse. A medida que su alma se alejaba de su forma corporal, su ser físico comenzó a perder sustancia y se deshizo lentamente en el polvo de estrellas que flotó como dientes de león en el aire a su alrededor.

Hasta que finalmente, no quedaba nada para sostener.

Eveline apenas tuvo unos momentos para llorar y recuperar la compostura antes de que los demás se unieran a ella. Justo antes de perder el conocimiento por sus heridas, les informó:

— La reina fue tomada.

Sin esperar a que nadie más reaccionara, Dalair inmediatamente despegó por el estrecho túnel que conducía a la única salida restante del Escudo.

— Iré con él, — dijo Alexandros, saltando detrás del Paladín, — Tengo suficiente para rastrear su ubicación exacta. Sin duda eso es lo que quieren nuestros enemigos, pero no hay otra opción. El tiempo es esencial.

Rain se arrodilló ante el cuerpo arrugado de Eveline y comenzó a evaluar el daño, iniciando el proceso de curación con su *zhen*. Afortunadamente, la Vidente no había sido envenenada además de sus heridas físicas. Le tomaría al menos un par de semanas curar completamente los huesos rotos y el sangrado interno, pero ella se recuperaría por completo.

A distancia, Rain estaba al tanto de Tristan, Ayelet, Aella y Cloud debatiendo su próximo curso de acción. El subgrupo de Rain con Alexandros y Aella solos, había encontrado y sometido a media docena de asesinos vampiros en su camino a la biblioteca. Se imaginaba que los otros debían de haber lidiado con las mismas probabilidades. Tal invasión a gran escala con un verdadero ejército de asesinos vampiros entrenados, no tenía precedentes y lamentablemente fue inesperada. Deberían haber reforzado la seguridad del Escudo en el momento en que sospecharon que Leonidas había sido convertido. O bien, deberían haberse trasladado a una nueva base, una de las cuales el espartano no hubiera tenido conocimiento previo.

Pero había sucedido muy rápido. Y quizás parte de su error en el cálculo, se debió al hecho de que ninguno de ellos quería aceptar, que Leonidas se había perdido para siempre.

Todos sabían que Alexandros y Dalair se dirigían a una trampa. Solo la Diosa sabría lo grande que era la Horda vampirica que les esperaba. Quienquiera que estuviera detrás de estos ataques quería que todo el Zodiaco Real fuera demolido. Metódicamente, sus enemigos estaba cazando a todos y cada uno de ellos. Si solo quisieran a Sophia, tuvieron

muchas oportunidades de obtener a la Reina sin el asalto total, sin perder muchos de los suyos en el proceso.

Rain tenía la sensación de que la malvada mente maestra no le importaba cuántos vampiros enviaba a su muerte. De alguna manera, ella sabía que su némesis no renunciaría hasta que fueran eliminados, sin importar el costo. Era como si el vampiro estuviera apuntando a toda la raza Pura, como si quisieran poner de rodillas a la antigua civilización.

Mientras sus camaradas debatían cerca su plan de acción, un destello de luz estalló en el centro de la biblioteca, justo frente al caído Orbe de las Profecías. La luz blanca se fusionó rápidamente en un núcleo de energía, luego se alargó en la forma de un hombre.

Seth

— Tenía miedo de que esto sucediera, — les habló en su forma proyectada y transparente, — Estoy profundamente entristecido de llegar dos pasos demasiado tarde. — Sus ojos escanearon el daño que cubría la antigua biblioteca real y se cernieron sobre la forma inconsciente de Eveline.

— Pero la batalla crítica aún está por venir, — continuó con intensa determinación. — Sin duda saben que llevarse a Sophia es una estratagema para atraernos a su campo de juego. Para algunos de nosotros, — miró brevemente a Aella, — esto probablemente era de esperarse, incluso anticipado. Con la destrucción aquí, pretenden separarnos en grupos más pequeños, somos más fáciles de atrapar como rezagados que como un rebaño.

— Sin embargo, debemos actuar, — dijo Tristán con gravedad. — No nos dejan otra opción.

— Quizás no, — admitió el Cónsul, — pero tenemos algunas sorpresas bajo la manga. — Se volvió para mirar al nuevo miembro de Elite. — A pesar de que han experimentado un poco de tus habilidades letales, Cloud Drako, apuesto a que ningún vampiro quedó vivo aquí para contarlo.

El guerrero parpadeó una vez como confirmación.

Seth asintió con admiración.

— Seguirás siendo una de nuestras armas más afiladas. Pero no estarás solo. El cónsul se encontró con cada par de ojos en la habitación uno por

uno. — Combatiremos fuego con fuego. Tendremos nuestra propia Horda de vampiros para derrotar a nuestros enemigos.

Jadeos de asombro y desconcierto se encontraron con sus atrevidas palabras. Aella fue la primera en recuperarse.

— ¿Qué quieres decir? ¿Por qué nos ayudarían los vampiros? ¿Cómo es eso posible?

Un destello de dolor cruzó la máscara estoica del Cónsul, pero desapareció tan rápidamente que parecía que nunca estuvo allí.

— No puedo responderte en este momento, — respondió en voz baja, su expresión tranquila y confiada. — Solo puedo pedirte que confíes en mí en esto. Cuando hayas localizado la base de los asesinos, cuando irrumpas en su recinto y enfrentes a sus números, debes saber que si ves vampiros con bandas de satén rojas alrededor del cuello, no son tus enemigos, sino más bien tus amigos.

— Qué... —Tristan y Ayelet comenzaron a hablar al mismo tiempo, haciendo preguntas candentes que tenían en la punta de sus lenguas, pero la proyección de Seth ya se estaba atenuando cuando retiró su presencia del Escudo.

— También alertaré a Dalair y Alexandros, — dijo mientras su figura se volvía tan aireada que era como la sombra de un fantasma, — recuerda las bandas rojas alrededor de sus cuellos.

Con eso, el Consul desapareció, dejando a los Doce con un montón de preguntas sin respuesta pero también con una nueva esperanza.

Cuando Aella convocó a la élite para reagruparse y planear su inminente invasión de las filas enemigas, Valerius se tambaleó hacia la biblioteca llevando a Wan'er en sus brazos.

— ¡Estás a salvo! — Rain dejó su curación *zhen* lejos de Eveline y corrió hacia su guerrero tan rápido como sus piernas podían llevarla.

Ella se detuvo a un pie de distancia de Valerius cuando él puso a Wan'er suavemente sobre sus pies. La doncella cojeó levemente, pero se enderezó sobre una de las columnas de mármol del piso al techo que sostenían la entrada a la biblioteca.

— ¿Estás bien?, — Preguntó Rain con preocupación a su fiel compañera.

Wan'er sacudió la cabeza,

— Es solo un esguince. No desperdices tu energía curativa en mí. Puedo hacerlo yo misma.

Asintiendo con alivio, Rain volvió a concentrarse en Valerius y se habría arrojado a sus brazos si su ceño fruncido no la hubiera hecho dudar con incertidumbre. Debajo de riachuelos de sangre, sudor y mugre de innumerables heridas, todo su cuerpo vibró con tensión, palpitando con un letrero de neón silencioso advirtiéndole "retrocede".

— No hay tiempo que perder, — dijo a sus camaradas, mirando más allá de la pequeña forma de la Sanadora. — Debemos llevar esta lucha a ellos. Aella, ¿cuál es el plan?

— Alexandros ha descubierto su escondite. Nos está enviando sus coordenadas mientras hablamos. Si conseguimos un automóvil, podemos estar allí dentro de quince minutos. Puedes llegar allí en doce en la Hayabusa, suponiendo que todavía esté intacta.

— Lo esta.

— Explicaré el resto en el camino, — dijo Aella mientras se convertía en un borrón en movimiento. — Tristan, conmigo. Valerius, te llevas a Cloud. Ayelet, sabes el protocolo de emergencia. Espera en la habitación segura hasta que regresemos.

La Guardiana asintió con firmeza.

Mientras los cuatro guerreros de élite reunían sus armas y equipo de protección, preparándose para partir en cuestión de minutos, Rain se acercó a Valerius, luchando por aplastar su egoísmo. Pero al final, no pudo contener su súplica:

— No te vayas, — le rogó al Protector. — Por favor, quédate conmigo, con nosotros, — corrigió después de una pausa. — Estás gravemente herido, tanto por la explosión anterior protegiéndome, como ahora por atacar a los asesinos. No necesito sondearte para saber que estás a una pulgada del colapso... por favor...

Ella trató de agarrar su antebrazo, pero él se encogió de hombros fuera de su alcance.

— No es nada, — dijo bruscamente, evitando su toque y sus ojos escrutadores, asegurando metódicamente el triple de la cantidad de armas a su persona. — Cuida a Wan'er y a Eveline y mantente fuera de la vista. — Él le dio la espalda y dio el primer paso para irse.

Tragando su orgullo, sus miedos, sus inseguridades, Rain se arriesgó con el Destino. Se arrojó a su espalda y cerró los brazos alrededor de su cintura, abrazándolo con fuerza desde atrás, abrazándolo como una segunda capa de piel.

— Me equivoqué, lo siento, — gritó contra su espalda cubierta de cuero. — No quise decir nada de lo que dije. Te quiero a ti para siempre. Sólo tu. Por favor no te vayas. Por favor, *por favor*, no te vayas. No sorportaría perderte. ¡No quiero vivir sin ti!

Sus camaradas hicieron una pausa en sus movimientos como si estuvieran suspendidos en el tiempo, observando el intercambio entre Rain y Valerius con asombro y compasión.

A Rain no le importaba quién fue testigo de su arrebató en este momento. Ella no le importaba si ella parecía la tonta más grande del mundo. Sabía con cada fibra de su ser que si la dejaba ahora, no volvería a ella. Sabía que debía poner a su gente, a su Reina por encima de sus propios deseos egoístas, pero no podía dejarlo ir. No cuando le había tomado miles de años encontrarlo.

Valerius se giró lentamente en sus brazos hasta que su mejilla manchada de lágrimas se presionó contra su pecho. Con ternura, él levantó su barbilla para poder mirar a los profundos ojos marrones.

— Es demasiado tarde, — dijo en voz baja para que solo ella pudiera oír, absorbiendo más el rumor de su voz en lugar del sonido de sus palabras, — no puedes salvarme incluso si me quedara.

Tomando un respiro, Rain lo miró más alerta, las agujas de su cabello rozando cada milímetro de su piel.

Había sido envenenado, se dio cuenta cuando su corazón cayó a las plantas de sus pies. Y en su estado ya debilitado por su Servicio, los viles tentáculos de la muerte se extendían por su sistema a un ritmo acelerado. Incluso si fuera a usar toda su energía para tratar de curarlo ahora, no tenía garantizado el éxito.

Pero también había algo más, algo que hacía inevitable la muerte.

Incluso antes de que algunos de sus *zhen* se insertaran en sus poros, ella se encontró cara a cara con la verdad: Valerius estaba en las etapas finales de Declive.

¡No! La palabra rebotó en un grito resonante dentro de su cráneo.

— Escúchame bien, mi corazón, — le habló con la voz más profunda, gentil y tranquila, — Te he amado y te amaré siempre, solo a ti. — La envolvió en sus brazos cuando ella trató de apartarlo, manteniéndola firmemente en su cálido abrazo.

— Fue mi elección entregarme a ti, — continuó inexorablemente, — tal como fue la elección del primero.

Ella sabía que él se refería a su primer Consorte, le estaba diciendo que nada de esto era su culpa. Su respiración comenzó a enredarse húmedamente, sus manos arañando el cuero a su espalda.

— Lamento profundamente no haber podido cumplir mi Servicio hasta el final, — dijo con voz ronca, — Quería darte todo. Dejé que mi orgullo se interpusiera, dejé que mis demonios me alejaran de ti. — Él se estremeció un poco e inclinó los labios hacia su oído.

— Sé que no soy digno, — dijo, sosteniéndola con tanta fuerza contra él que ni siquiera podía mover la cabeza. — Estoy honrado y agradecido de haberte servido... mi lluvia sanadora.

Y luego, antes de que ella pudiera prepararse, él se había ido. En un momento sus brazos rodeaban el calor de su cuerpo y al siguiente solo había un vacío frío y silencioso.

Los gritos resonantes en su cráneo aumentaron en volumen y fuerza hasta que Rain ya no pudo contener el aullido de pérdida que estalló a través de su cuerpo.



Sophia estaba sentada con las rodillas dobladas delante, sus brazos envueltos alrededor de ellas, la barbilla apoyada en sus manos unidas.

Cuando entró en la prisión, su jaula dorada era bastante lujosa, como si fuera un pájaro exótico para acariciar y mimar. Había una cama acogedora en una esquina, cubierta con sábanas de olor fresco y colmada de gruesas mantas y almohadas de plumas de ganso. Un pequeño escritorio y una silla ocupaban la esquina opuesta, con bolígrafo y papel cuidadosamente dispuestos en la parte superior.

¿Se suponía que debía estar escribiendo una nota de suicidio? Sophia pensó sombríamente. Sí, buena suerte si quieren conseguir eso de ella.

Si tan solo supiera cómo hacer una maniobra de Jason Bourne y usar el bolígrafo para sacar uno de los globos oculares del guardia vampiro que se encontraba más allá de los barrotes de su jaula. Pero, por desgracia, probablemente no podría llegar muy lejos antes de que el Cíclope le quitara la cabeza en represalia.

¿Cómo pudo Leonidas hacer esto? Pensó inútilmente por centésima vez. ¿Incluso si se hubiera convertido en uno de los enemigos, seguramente recordaba lo suficiente de ella, de sus amigos, para abstenerse de la pelea?

A Sophia no se le dio la oportunidad de hacerle entrar en razón, ya que él la había amordazado durante toda su abducción. Y luego la había arrojado sin ceremonias en esta jaula dorada y la había dejado sola sin decir una palabra. No vio ningún remanente del hombre que solía hacerla rebotar sobre sus rodillas cuando era niña, o burlarse de ella sin piedad por sus enamoramientos juveniles, cuando comenzó a gustarle los niños.

Esta Leonidas tenía los ojos rojo sangre que parecían mirar a través de ella en lugar de ver su persona. Y luego estaban sus largos colmillos blancos. En realidad la había mirado de forma extraña durante unos segundos cuando la había metido en la jaula como si tuviera sed y ella fuera un vaso grande de limonada.

Sophia se estremeció de asco ante el recuerdo. Su secuestrador ya no era el Centinela de los Puros. Se había convertido en un chupador de sangre sin conciencia.

Hablando de eso, Sophia alzó la barbilla una fracción cuando la criatura que asumió que era su anfitrión flotó silenciosamente en la cámara. El aura alrededor de su visitante era tan poderosa que Sophia perdió el aliento por un momento, como si la criatura hubiera absorbido todo el aire de la habitación con su presencia dominante.

El vampiro era alto y majestuoso, ágil y delgado. Sophia no podía decir si era una mujer o un hombre, ya que su figura estaba oculta en una túnica larga y suelta, su cara estaba oculta por una gran capucha adjunta. Sin embargo, podía ver el largo y ondulado cabello cayendo en cascada a ambos lados del pecho y los hombros del vampiro, pero de nuevo, con criaturas tan antiguas, uno no podía asumir si una lujosa melena la equiparaba al sexo femenino.

— Qué honor tener a la Reina Pura entre nosotros, — dijo el vampiro con voz cantarina, frágil y fuerte al mismo tiempo. Había un tono masculino con un tono femenino más alto en capas.

Qué criatura tan confusa, pensó Sophia para sí misma. No se sorprendería si tuviera un trastorno de personalidad dividida.

— ¿Estás a gusto y cómoda? — Preguntó el vampiro solícito.

— No planeo quedarme mucho tiempo, — respondió Sophia.

El vampiro se rió con deleite, realmente divertido por su precioso invitado.

— No, — respondió, — No me imagino que lo harás. No cuando tus amigos ya están en camino para rescatarte.

— ¿Supongo que es demasiado pedirte que dejes que me lleven de vuelta sin pelear?, — aventuró Sophia.

El vampiro sacudió la cabeza casi lamentablemente.

— Me temo que no puedo aceptar tu solicitud, encantadora. Pero no temas, incluso si el último de tus rescatadores cae, permanecerás ilesa.

Un hormigueo de reconocimiento revoloteó por la columna de Sophia. Casi sintió que conocía a este vampiro.

Pero entonces su anfitrión reveló su rostro, bajando la capucha mientras se acercaba a la jaula de Sophia.

Era una mujer auténtica, pero también era un hombre impresionante. En verdad, Sophia no podía decir en absoluto su género. Grandes ojos negros con largas pestañas, con el centro rojo la miraron con curiosidad y avariciosamente. Elegantes cejas negras, una nariz delgada y de puente alto, pómulos afilados y labios rojo sangre completaron el rostro pálido y fascinante. El ondulado cabello castaño oscuro, casi negro, borró aún más los límites del sexo. Aún más confuso, usaba rímel pesado y delineador de ojos, recordándole a Sophia los antiguos faraones egipcios y reinas.

Y luego estaba el pecho plano y la manzana de Adam que se balanceaba en la garganta de la criatura, Sophia lo notó con una inspección más cercana. ¿Entonces era un hombre?

— Soy lo que sea y quien quieras que sea, — dijo el vampiro con una sonrisa sensual, como si leyera la mente de Sophia. — Si me convirtiera en tu deseo más profundo, ¿te quedarías conmigo?

Sophia parpadeó abruptamente su confusión. Casi había sido hipnotizada por la belleza fantasmal del vampiro.

— No me quedo con los monstruos que lastiman a mis amigos, — respondió con total naturalidad, sin calor, como si estuviera teniendo una conversación informal en una mesa de té. — No importa cómo te muestres a ti mismo.

— Tú juzgas sin saberlo, — dijo el vampiro, acercándose cada vez más, hasta que estuvo casi al ras contra los barrotes de la jaula de Sophia. — ¿Quién puede decir qué son los monstruos? Tus amigos han matado a muchos de los míos durante milenios. ¿Por qué no los llamas monstruos? ¿Por qué solo yo?

— Los Vampiros iniciaron la guerra, — dijo Sofía con convicción, — enviastes asesinos a uno de nosotros primero.

El vampiro asintió a la última parte de la proclamación de Sophia.

— De hecho, puse una prueba al guerrero romano. Lo llamas el Protector, ¿no? Pero en cuanto a quién comenzó la guerra... no estés tan segura de lo que crees que sabes.

— Invadiste y destruiste nuestra casa, — acusó Sophia, ignorando las últimas palabras del vampiro. — Tomaste a mi amigo y lo convertiste en un monstruo como tú.

— Daño colateral, — respondió el vampiro rápidamente, desestimando su mano en el destino de Leonidas. — Y no te preocupes, tus amigos ahora tendrán la oportunidad de invadir y destruir mi hogar también y probablemente eliminarán la mayor parte de mi Horda en el proceso. Así que pronto estaremos a la par con ese puntaje.

Sophia miró a su anfitrión con consternación.

— ¿No te importa lo que les pase a los tuyos? Actúas como si solo fuéramos soldados de juguete, con los que puedes jugar, hacerlos chocar juntos y romperlos a voluntad.

El vampiro inclinó la cabeza como un niño curioso.

— Más como piezas de ajedrez, — corrigió la analogía de Sophia en consideración. — Me gusta jugar con mis bonitas piezas de ajedrez.

— La vida y la muerte no es un juego, — dijo Sophia con vehemencia.

— Oh, pero lo es, — dijo siseando el vampiro, — todo es un gran juego. Y todos somos soldados de juguete prescindibles al final. No temo a mi muerte y tú tampoco deberías.

— Entonces, ¿por qué no te matas ahora mismo? — Sophia se animó, — O dame una espada y estaré feliz de hacerlo por ti.

El vampiro se rió detrás de su mano con delicada diversión, el sonido de su risa tintineando como campanadas.

— Qué niña sedienta de sangre eres, — dijo después de recuperar el aliento, — qué adorable compañera de juegos serás.

Inclinándose más cerca hasta que su inquietante rostro presionó muy suavemente sobre las barras de oro de la jaula, el vampiro amplió su mirada hasta que las llamas rojas bailaron dentro de sus orbes negros sin fondo.

— Hagamos un trato ahora mismo, — dijo en un oscuro y venenoso susurro. — No es divertido jugar cuando no tienes control de las piezas, así que te daré una opción. Mientras hablamos, los seis guerreros de élite se dirigen a mi humilde morada para rescatarte. Si pudieras salvar cuatro y sacrificar dos, ¿cuáles serían?

— No sacrificaría ninguno, — respondió rápidamente Sophia, — ellos matarán primero a todos.

El vampiro se presionó aún más cerca, hasta que las barras de la jaula se frotaron contra sus labios, levantándolos hasta que revelaron sus afilados colmillos blancos.

— Tan sedienta de sangre, — murmuró con deleite. — Qué diversión podríamos tener juntos... pero esa no es la opción que te di, encantadora Sophia. Elige los dos amigos que morirán, o todos perecerán.

Sophia se levantó de su posición y se paró inmediatamente ante los barrotes en el interior de la jaula, frente a su enemigo casi nariz a nariz. Desafiante, intrépida, con una voz de mujer que no era la suya, dijo:

— Si debe haber un sacrificio, toma mi vida a cambio de las de mis amigos. De lo contrario, no hay negociación. Si debemos hacerlo, moriremos todos juntos y te veremos en el infierno.

El vampiro siseó y le lanzó su larga lengua a través de los barrotes, pero Sophia no se retiró. Se mantuvo firme y miró a la criatura, esperando su próximo movimiento, cualquier golpe que pudiera venir.

— Magnífica, — dijo el vampiro con un suspiro casi reverente. — De hecho eres una digna compañera de juegos.

Con eso, se retiró rápidamente, dejando a Sophia una vez más sola, en su jaula, con un único vampiro guardando la catacumba subterránea con poca luz.



Cuatro montones de cenizas detrás de ellos, Dalair y Alexandros avanzaron sigilosamente a través del laberinto de túneles, el resto de la élite a solo unos minutos.

Hasta ahora, la base enemiga parecía casi descuidada. Los vampiros de los que acababan de deshacerse eran simplemente brutos civiles, no los asesinos entrenados a los que se habían enfrentado antes. Pero lo sabían mejor, que dar por sentado su situación. Indudablemente estaban caminando hacia una trampa.

En un lugar donde varios túneles se unían, como el centro de una telaraña, la trampa finalmente se reveló.

De pie frente a cada entrada de túnel había tres o cuatro guerreros vampiros completamente armados. En la boca del túnel más grande que Dalair sabía instintivamente que conducía al cautiverio de Sophia, estaba el propio espartano, con una *makhaira*¹⁵ lista en cada mano.

— No vayan más allá, Puros, — dijo el antiguo Centinela con sombría determinación.

¹⁵ Makhaira:



— Seré el juez de mi propio destino, — respondió Alexandros mientras se encontraba de espaldas con Dalair, frente a la multitud de vampiros que los rodeaban sin el menor indicio de miedo.

Leonidas inclinó la cabeza en reconocimiento un momento antes de saltar en el aire para un ataque frontal completo.

Y así comenzó el baño de sangre.

Dos minutos después de la carnicería, justo cuando las defensas de Dalair y Alexandros se debilitaban, Aella, Tristán, Valerius y Cloud llegaron a la escena a través de dos túneles separados, eliminando a los vampiros que se interponían en su camino. Con las probabilidades mejoradas de veinte a uno a poco menos de siete a uno, la pareja cansada se fortaleció con renovada confianza y fuerza.

— Dalair, — gritó Alexandros sobre la refriega, — déjame a Leonidas. Encuentra a la reina.

Dalair asintió y se agachó, luego saltó al aire como una poderosa pantera justo cuando Alexandros golpeaba las espinillas de Leonidas con sus largos *sagaris*¹⁶. Obligado a rodar hacia un lado, el Centinela se movió lo suficientemente lejos de la entrada del túnel que resguardaba, para que Dalair volara sobre su cabeza y aterrizara a cuatro patas del otro lado. Sin mirar atrás, Dalair corrió por el pasillo, con el leve aroma de Sophia guiándolo, instándolo a seguir.

— Terminemos esto, — dijo Alexandros a su viejo amigo, su hermano de armas. — Es mi culpa que te hayan llevado. Es mi deber liberar tu alma de este monstruoso caparazón.

Leonidas sonrió sombríamente. — No si te libero primero.

Se unieron en un poderoso choque de espadas y hachas, cada guerrero de constitución, altura y fuerza similares. Habían peleado entre ellos y lucharon juntos durante incontables años. Estaban tan familiarizados con los movimientos y el estilo del otro como con los suyos.

Pero Alexandros estaba luchando por una causa más fuerte: su amor y la necesidad de salvar a su compañero, lo alimentaron con un vigor y

¹⁶ Sagaris:



una resistencia adicionales, a pesar de su reciente debilitamiento. Con cada golpe de su hacha empujaba al Centinela hacia atrás. Con cada golpe, cantaba para sí mismo que no podía fallarle a su amigo otra vez. No podía dejar que un alma pura y valiente se marchitara y muriera dentro de esta forma de vampiro.

Pero Leonidas lo igualaba golpe por golpe. Aunque cedió terreno, su fuerza no disminuyó. Era casi como si estuviera probando a Alexandros, esperando el momento adecuado para asestar el golpe letal.

Y luego Alexandros se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Cuando el espartano fingió hacia la izquierda, luego giró para empujar sus espadas cruzadas contra su oponente, Alexandros no evadió las espadas. En cambio, empujó hacia adelante al mismo tiempo que Leonidas empujó y tomó las cuchillas gemelas dentro de su carne, una a través del corazón, una a través del hígado.

— Te veo en la próxima vida, mi amigo, — dijo Alexandros mientras miraba a los ojos rojos como la sangre del espartano, ensanchados por la sorpresa y la incredulidad, y en la siguiente fracción de segundo, el hacha del general se balanceó en el cuello de Leonidas, cortando limpiamente la cabeza del cuerpo

Cayendo de rodillas, Alexandros vio a su viejo amigo desintegrarse en motas grises de polvo incluso cuando sintió que su propio cuerpo se movía para mezclarse con el aire a su alrededor. Escuchó al otro Elite gritar su nombre, estaba vagamente consciente de sus pasos apresurados, pero pronto su visión se volvió cegada por una intensa luz blanca.

El General suspiró. Era hora de descansar por fin.



Dalair irrumpió en la cámara al final del túnel sin pensar en su propia seguridad. Estaba listo para enfrentarse a diez asesinos, cien. Estaba cansado de jugar a las escondidas. Derribaría toda la catacumba con sus propias manos si eso era lo que se necesitaba para encontrar a Sophia y llevarla a casa.

Solo un guardia lo abordó en su camino hacia el centro de la cámara donde una jaula dorada atrajo toda su concentración. Se deshizo

rápidamente del impedimento, sin siquiera lanzarle una mirada al vampiro mientras se abría camino a través del chupasangre.

Pero cuando se detuvo justo ante la jaula, vio que sus sentidos lo habían engañado, porque en la cama había un bulto de ropa arrugada, la que Sophia había estado usando ese día.

— ¿Estás buscando a tu compañera? — Un silbido susurrado hizo eco a lo largo de las paredes de la caverna.

Dalair se calmó y dio la vuelta en círculo muy lentamente, evaluando su entorno con mayor visión, olfato y oído. Se dio cuenta de que Sophia estaba muy cerca, pero su ubicación exacta era difícil de precisar, su suave aroma enmascarado por el almizcle acre de su enemigo.

— Devuélveme a mi Reina, — dijo Dalair con absoluta confianza y certeza, — antes de que te arranque la cabeza de tu cuerpo.

Una risa encantada rebotó en los ladrillos de piedra húmedos, como un inquietante tintineo de campanillas.

— ¡Qué vehemencia, qué pasión!, — Exclamó la voz incorpórea. — Y lo escondes muy bien detrás de esa máscara de estoicismo y moderación.

Dalair decidió permanecer en silencio y concentrarse en la información que llevaba el aire a su alrededor. Podía escuchar débilmente la respiración de Sophia. Era profunda y pareja, como si ella durmiera. Se movió intencionalmente hacia el lado este de la cámara, pero se enfrentó a una sólida pared de roca.

— Si admites tus sentimientos, quizás pueda ser persuadido para que te la devuelva, — se burló la voz. — Pero no puedes hacer eso, ¿verdad? No cuando sabes que ella nunca te perdonará por los pecados del pasado.

Dalair ignoró la fisión de alarma ante la verdad secreta de las palabras del vampiro. No era el momento de pensar cómo el bastardo sabía sobre su pasado. Tenía un solo objetivo: sacar a Sophia de aquí con vida.

Dalair presionó sus palmas contra la pared, sintiendo cualquier grieta y aliento de aire. De repente, escuchó un clic cuando la roca debajo de su palma se deformó y toda la pared comenzó a moverse hacia la izquierda. Con sus cuchillas de media luna listas, Dalair entró con cuidado en el pasaje secreto, atraído inexorablemente hacia una luz pálida al final del túnel.

Cuando se acercó, vio la mesa de piedra envuelta en una luz azulada, y sobre esa mesa yacía Sophia, vestida de pies a cabeza con una larga túnica blanca. De pie detrás de la mesa había un vampiro exquisitamente hermoso que hizo señas a Dalair con labios sonrientes de color rojo sangre.

La vista de águila del paladín confirmó que los labios no eran simplemente carmesí, sino que estaban brillantes con sangre fresca.

La sangre de Sophia.

Involuntariamente, Dalair se tambaleó hacia adelante en un movimiento mortal, pero se detuvo a medio paso por el destello de acero que sostenía contra la garganta de Sophia.

— Sabiamente hecho, — dijo el vampiro con aprobación cuando Dalair retrocedió un poco y volvió a quedarse quieto, a unos metros de la mesa. — Otro paso y mi espada podría haberse deslizado sobre su delicada piel mientras temblaba de miedo.

La mirada de Dalair se movió hacia las marcas de punción gemelas en el cuello de Sophia, que ya se curaban, pero que aún goteaba unas gotas de sangre. Todo su cuerpo se tensó en un arco mientras pensaba en las ramificaciones. ¿Había sido convertida? ¿Era demasiado tarde?

— Ella simplemente está descansando, — respondió el vampiro a sus pensamientos no expresados. — No hay necesidad de entrar en pánico por el momento. Simplemente probé un poco de su dulzura. Ningún daño fue hecho.

Un gruñido gutural resonó contra las paredes del túnel, y Dalair se dio cuenta tardíamente de que provenía de su interior.

El vampiro se rió detrás de una mano pálida ante la reacción de Dalair a sus palabras.

Y luego Dalair contuvo el aliento en estado de shock, porque la cara y la forma del vampiro comenzaron a cambiar, brillando en los bordes con un misterioso resplandor rojo, hasta que se convirtió en un fantasma del pasado enterrado de Dalair.

— ¿Me extrañaste?, — Dijo el vampiro con una voz melodiosa de mujer, una voz que perseguía los sueños de Dalair todas las noches.

Con las rodillas dobladas, Dalair retrocedió un paso y sacudió la cabeza para aclararlo. Seguramente esto era un truco. ¡No podía estar aquí cuando Sophia yacía durmiendo justo frente a él!

El vampiro sonrió con una sonrisa dolorosamente familiar, una sonrisa que quedó grabada en la memoria de Dalair por toda la eternidad. Una sonrisa que había recibido cientos de veces, mil veces, pero esa nunca fue para él. Siempre había pertenecido a otro.

Y luego la cara cambió de nuevo, la figura se hizo más alta y más ancha hasta que Dalair sintió como si se estuviera mirando en un espejo, porque su reflejo le devolvió la mirada.

Excepto que los iris eran completamente negros con centros rojos brillantes en lugar de su propio gris pálido.

— O tal vez te perdiste esto, — dijo su gemelo con su voz mientras se inclinaba hacia Sophia, mientras mantenía sus ojos de serpiente enfocados en Dalair.

Lentamente, el vampiro besó los labios de Sophia, todo el tiempo manteniendo la daga en la garganta. Mientras lamía la costura de su boca y sonreía malvadamente, Dalair escuchó el ruido de sus propias cuchillas cuando sus puños temblaron y su cuerpo se esforzó por atacar y destrozar el chupasangre.

— Solo dime cómo te sientes, — murmuró su gemelo diabólico, deslizándose la lengua por toda la mejilla. — Dame tu secreto más profundo y oscuro y te dejaré tenerla. Por ahora.

Desesperadamente, Dalair calculó las posibilidades de que derribara al vampiro sin lastimar a Sophia. Instintivamente, sabía que cualquier criatura que estuviera detrás de la mesa era extremadamente poderosa. Y viejo. Milenios, mayor que incluso Dalair. Era demasiado arriesgado atacar con Sophia tan vulnerable. Dalair no podía correr el riesgo.

— O prefieres confesarle, — dijo el vampiro mientras se transformaba una vez más. — Dime la verdad, — dijo el hombre en un tono claro y nítido. — Te perdonaré si me dices la verdad.

Como si su voz no fuera la suya, Dalair entregó las palabras que nunca se había atrevido a pronunciar en los dos mil quinientos años de su existencia.



Cerró los ojos mientras la confesión se derramaba, como si esperara ser derrotado por sus pecados allí mismo. Pero cuando volvió a abrir los ojos, el vampiro había desaparecido, dejándolo solo con Sophia, que seguía durmiendo profundamente sobre la mesa de piedra iluminada.

Dejando a un lado las lágrimas que escaparon de sus párpados, Dalair la tomó en sus brazos y retrocedió a través del túnel, sosteniendo su suave calor un poco demasiado fuerte.

Esta sería la última vez, se dijo. Él disfrutaría de la sensación y el peso de ella en su abrazo por última vez.

19

— Si ya no nos necesitas, volveremos a la Ensenada, — declaró con majestuosa formalidad el sorprendente líder del sexteto de guerreros vampiros que llevaban bandas de satén rojas alrededor del cuello.

Aella asintió y se inclinó en agradecimiento. Los seis guerreros elegidos que formaban la guardia personal de la Reina Vampiro Jade Cicada habían superado las probabilidades en la batalla final. Su tiempo y habilidades habían sido impecables. Sin embargo, como logró Seth convencer a la Reina de que le enviara lo mejor, para ayudar a sus enemigos estaban más allá del conocimiento de Aella.

El líder devolvió la reverencia con el debido respeto, pero en lugar de colocar la mano derecha sobre el corazón como era la costumbre de los Puros, se golpeó el pecho con el puño derecho dos veces.

Sin más palabras, se llevó a los otros dos vampiros masculinos y tres mujeres vampiros. Momentos después de su elegante partida, cuando el polvo se asentó en las catacumbas, fue como si nunca hubieran estado allí.

Aella encuestó a su equipo y evaluó el daño. Aunque estaban heridos y peor por el desgaste, ninguno de ellos había sido envenenado, gracias a la Diosa; solo sería cuestión de tiempo antes de que las heridas de la carne sanaran.



Valerius, sin embargo, se apoyó temblorosamente contra una pared, con el aliento entrecortado y la piel cubierta de sudor. En la batalla, había sido valiente, impecable, despiadado. Sus enemigos nunca habrían adivinado que estaba tan débil que apenas podía sostenerse en pie. Pero ahora que la pelea había terminado, cuando la adrenalina disminuyó, el guerrero Caído apenas podía levantar la cabeza.

Su misión había sido un éxito milagroso. Dalair estaba en el proceso de transportar a Sophia de regreso al Escudo. A través de sus audífonos los había actualizado brevemente sobre su condición: estaba segura, completa y profundamente dormida.

Pero los sacrificios...

Aella dijo una oración silenciosa por sus camaradas caídos Leonidas, Alexandros y Orión. Por la pronta recuperación de Eveline y por el regreso seguro de Seth.

Y para Valerius y Rain.

Como evocada por sus pensamientos, el golpeteo de pies corriendo resonó más cerca de uno de los túneles que alimentaban la gran arena central. Un momento después, la misma Sanadora irrumpió por la entrada, seguida de cerca por Ayelet, que resopló a modo de explicación: — No pude contenerla. Ella insistió en seguirlo hasta aquí.

Rain voló hacia Valerius en el momento en que lo vio, justo cuando sus piernas ya no podían soportar su peso y se deslizó pesadamente por la pared en un montón medio sentado y medio tirado en el suelo.

Sin decir una palabra a los demás, Rain se concentró únicamente en el Protector y sostuvo su amado rostro entre sus palmas pálidas. Inmediatamente, ella comenzó a transmitir energía curativa desde sus palmas a través de su piel.

Con su última fuerza restante, Valerius apartó sus manos y la fulminó con la mirada. Furiosamente, mordió:

— ¡No! No restauré tu vitalidad para que desperdicies tu energía en mí ahora. ¡Sabes que esto es inútil!

Ignorando su gruñido, Rain puso calmadamente una mano sobre su rostro y empujó algo en su puño con la otra.

El pañuelo. Ella lo había guardado. Valerius cerró los dedos alrededor del precioso regalo, lo único que lo había consolado, lo ayudó a soportar



los últimos diez años de estar tan cerca de los deseos de su corazón, pero nunca lo suficientemente cerca. Ella le había dado fuerzas todo el tiempo, se dio cuenta. Ella lo había estado curando desde el momento en que se conocieron.

Y así fue como él le pagó. Ni siquiera fue capaz de cumplir el Servicio completo del Ciclo.

Rain presionó ambas manos contra sus mejillas nuevamente y cerró los ojos. Su cabello largo, casi completamente negro, se levantó en un halo oscuro a su alrededor, extendiéndose desde las raíces hasta sus extremos en forma de aguja en ondas ondulantes.

— ¡Quítamela de encima! — Valerius ladró a su audiencia, que los rodeaba en semicírculo, mirando con la respiración contenida.

Nadie se movió una pulgada a su orden. Ayelet negó con la cabeza en silencio. Esto era entre Rain y él. Sus amigos no interferirían.

Valerius podía sentir que su fuerza vital se agotaba, incluso cuando Rain envió explosiones de energía a su cuerpo indefenso. Los latidos de su corazón habían comenzado a disminuir y sus pulmones ya no podían proporcionar el oxígeno que necesitaba. No podía sentir sus extremidades, no podía levantar las manos para detenerla, no tenía más voz para hablar. La energía que ella alimentaba en él no era suficiente para detener el flujo de su fuerza vital.

¡Se estaba matando por un hombre muerto!

Todo su *zhen* se había insertado en sus poros, algunos más profundos a través de su piel hasta sus músculos, e incluso más profundamente en sus órganos internos, bombeando con fuerza energía blanca y caliente a su sistema, incluso cuando su alma ya estaba en el proceso de levantarse de su forma corpórea

No hagas esto, él le suplicó en silencio con su mente. Déjame ir.

Nunca, ella le respondió a través de la conexión de sus cuerpos, si tú te vas, yo iré contigo.

No hagas esto, él continuó rogándole. No valgo la pena para que sacrifiques tu vida.

Rain cautelosamente inclinó sus labios hacia los fríos y sin vida y selló sus bocas en un beso increíblemente dulce.

Eres todo para mí, respondió ella. Tú eres mi eternidad.

Una repentina explosión de energía surgió de sus cuerpos, una luz cegadora y brillante que irradiaba hacia afuera en un capullo protector.

Ayelet y los demás tuvieron que retroceder desde el orbe de luz en expansión cuando chispas electrizantes salieron disparadas de su centro, golpeando a cualquier cosa y a cualquiera en su camino.

Dentro del centro del capullo, el cabello de Rain lentamente comenzó a perder su color negro a un cristal transparente, comenzando en los extremos de las agujas que se insertaron en Valerius y gradualmente hacia arriba a lo largo de cada hebra de seda hasta las raíces.

Valerius jadeó cuando su corazón comenzó a acelerarse y su respiración comenzó a aumentar. Cada nervio se sentía como si estuviera ardiendo, un dolor bienvenido comparado con el entumecimiento mortal anterior.

Mientras tanto, la conciencia de Rain comenzó a desvanecerse. Sus párpados eran demasiado pesados para mantenerse abiertos, y su pulso comenzó a disminuir. Aunque mantuvo el sello de sus bocas, sus manos se deslizaron sin fuerzas de la cara del Protector.

En poco tiempo, estaba rodeada por una luz blanca familiar. Como en un sueño, escuchó la voz cálida y amable de una mujer, una que no había escuchado desde el último momento de su vida humana.

— ¿Qué es lo que deseas, hija mía?, — Le preguntó la voz. — Si pudieras tener algo, ser alguien, ¿cuál es tu verdadero deseo en la próxima vida?

Y Rain le respondió sin dudar. Cualquiera que sean las consecuencias, cualquiera que sea el sacrificio, ella aceptaría cualquier cosa y todo si pudiera tener su deseo más profundo.

Para la eternidad.



Aunque eran solo las tres de la mañana cuando los Doce regresaron al Escudo, se sintió como si hubiera pasado un eón.

Cansados y doloridos, entristecidos por sus pérdidas, pero también infundidos con una nueva esperanza, especialmente con el Apareamiento de Valerius y Rain, cada uno se retiró a sus habitaciones para descansar.

y recuperarse para las ceremonias de esa noche. Primero habría el luto de sus camaradas caídos. Luego habría el Ritual de Apareamiento y la celebración. Muchas preguntas quedaron sin respuesta, muchos misterios sin resolver, entre ellos el hecho de que su enemigo todavía estaba en libertad.

Pero habría tiempo para evaluar, considerar y planificar. El tiempo ahora se dedicaría a presentar sus respetos al sacrificio de sus amigos, así como al vínculo de amor entre dos almas gemelas.

A diferencia de los demás, Valerius y Rain no durmieron ni un segundo, demasiado energizados y alegres para cerrar los ojos. Durante horas hasta los primeros rayos del amanecer, como se refleja en el mural siempre cambiante de su Recinto, hicieron el amor. Urgente al principio, desesperadamente. Luego pausado, lánguidamente. Siempre apasionadamente.

Se lavaron mutuamente en la ducha y le agradecieron a la Diosa que el Recinto no había sido tocado por la invasión de la noche anterior, hace apenas unas horas. Se alimentaron mutuamente con frutas y queso y se rieron y bromearon como jóvenes amantes despreocupados en la primera flor de la juventud y la inocencia. Murmuraron durante mucho tiempo sentimientos y pensamientos ocultos. O simplemente se escucharon el uno al otro respirar.

Valerius se estremeció en éxtasis cuando otro orgasmo sacudió a través de su cuerpo deliciosamente dolorido, y la respuesta de Rain le ordeñó vorazmente con sus músculos internos sorprendentemente fuertes. Inmediatamente después de su clímax fue la entusiasta infusión de energía desde núcleo de Rain, mientras ella se canalizaba hacia él, con olas de pura felicidad espiritual dondequiera que su piel tocara, y sobre todo, donde estaban íntimamente unidos.

Su largo suspiro de placer sonó como un ronroneo felino, y ella lo acarició cariñosamente mientras enterraba su rostro en su cuello, lamiendo delicadamente la vena gruesa en su garganta de la que se había alimentado repetidamente.

— Te amo, — dijo alegremente, exuberantemente, como si todas las compuertas se hubieran abierto y no hubiera retenido nada. — ¿Te he dicho eso últimamente?

Diecisiete veces en las últimas cuatro horas, reflexionó Valerius. Atesoraba cada palabra.



— Y yo a ti, — respondió sin dudarlo, acariciando con sus dedos amorosamente por su largo cabello blanco.

Mientras traía un mechón de seda delante de su rostro, inhalando su leve aroma femenino, una punzada de pesar lo atravesó. Ella había renunciado a todo por él. Su papel como la Sanadora. Su mismo regalo. Incluso su belleza original. Nunca volvería a crecer su luminoso cabello negro.

— Pero te tengo, — dijo Rain, leyendo sus pensamientos. Ahora que estaban apareados, compartían la conexión mental, emocional y espiritual que estaba reservada solo para las almas gemelas. — Y tú eres todo lo que necesito o quiero.

Ella tomó su mano entre las suyas y besó sus nudillos, notando que todavía llevaba su anillo de Ojo de Tigre de Consorte. Cuando ella comenzó a sacarlo de su dedo, Valerius detuvo sus esfuerzos.

— Me gustaría conservarlo, — dijo, entrelazando sus dedos. Los Puros no intercambiaban bandas matrimoniales como lo hacían la mayoría de los humanos durante la ceremonia de apareamiento. El Rito del Fénix requería el símbolo como una declaración a los demás de su raza de que se había tomado un hombre en particular, pero solo durante la duración del Ciclo. Para Valerius, sin embargo, el anillo había llegado a significar mucho más.

— Es un símbolo de nuestra unión, que te pertenezco. Al principio... — hizo una pausa para tragar y cerró los ojos. Hablar de su corazón era algo en lo que no tenía práctica, pero se trataba de Rain, se recordó a sí mismo. Como su Compañera, ella podía leer sus pensamientos, sus sentimientos aún más claramente que él. Él no podría esconderse de ella. No quería hacerlo más.

— Al principio me dolió, — continuó en voz baja, — fue un recordatorio constante de que yo era simplemente tu Consorte, que el amor que sentía era de una sola vía.

Rain se agitó ante esas palabras, pero Valerius le apretó la mano para escucharlo.

— En el fondo de mi mente estaba el conocimiento de que muchos hombres habían usado este anillo en el pasado y muchos más lo usarían en el futuro. Me... dolió. — Dio un suspiro tembloroso y trató de igualar su respiración. Incluso el recuerdo del dolor hizo que le doliera el corazón ahora.

Rain se envolvió con más fuerza alrededor de él, tratando de infundirle la calidez de su amor y devoción. Aunque la mató quedarse en silencio, se obligó a quedarse quieta, a ser paciente. Necesitaba hablar libremente. Lentamente estaba desbloqueando su corazón. Su rostro en la curva de su cuello, no podía ver su expresión, solo podía escuchar su voz, sentir los escalofríos de dolor de su cuerpo, la manzana de Adam temblando mientras tragaba una vez más.

— Conozco algunos de los Consortes pasados. Sé qué tipo de hombres eran. Reyes, generales, príncipes, nobles. No era nada... un... un esclavo sexual. — Inhaló profundamente y se lanzó antes de que su garganta se cerrara por completo, — Pero incluso así, no sabía nada sobre el acto. Nunca fue mi elección. —Lo último lo dijo con fiereza, su voz profunda y vibrante de angustia, tristeza y furia.

Las lágrimas brotaron de los ojos cerrados de Rain y corrieron silenciosamente por sus mejillas. Se mordió la lengua para guardar silencio, para evitar que se escaparan los sonidos de su corazón destrozado.

— No era nada, e incluso después de once años de *entrenamiento*, — dijo entre dientes, — no sabía nada acerca de complacer a una mujer. Solo sabía cómo recibir e infligir dolor. Sabía que entre todos tus Consortes, yo era el menos digno.

Después de una larga pausa, Valerius susurró con reverencia e incredulidad en su voz:

— Pero aún así me elegiste. El anillo se convirtió en un símbolo de esa elección. Yo... nunca imaginé que podrías... querer a alguien como yo. — Incluso ahora, incluso después de escuchar su confesión de amor por él diecisiete veces, no podía aceptarlo.

Con una voz tan baja y gutural que apenas podía oír, dijo con voz entrecortada:

— Pensé por un momento que mi sangre no era lo suficientemente fuerte para ti, que tal vez estaba... contaminada. Pensé que estaba... defectuoso. Temí envenenarte con los demonios dentro mi. Pero por alguna razón, parecías quererme, quiero decir, mi alimento, — corrigió rápidamente, para que ella no pensara que estaba demasiado lleno de sí mismo.

Te quiero, gritó en su mente, incapaz de guardar silencio al menos en este aspecto. *¡Te amo!*



Se le puso la piel de gallina a Valerius cuando escuchó sus palabras en su corazón, en su alma. Como un bálsamo calmante, enfriaron la herida febril de su duda.

— Y ahora, seré el último en usar este anillo. — Lo dijo casi como una pregunta, como si todavía no pudiera creer la verdad.

Rain asintió vigorosamente con la cabeza afirmando. Nunca habría otro para ella. Y a pesar de que Valerius podría no entender o aceptar el hecho, nunca hubo otro para ella, incluso en el pasado. Ella solo lo había amado a *él* de verdad. Nadie más se podía comparar.

Ni siquiera se dio cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta, hasta que él tembló en respuesta y murmuró con una voz torturada, mitad incrédula, mitad esperanzada:

— No tienes que decir eso.

Sabía que llevaría tiempo curarlo por completo. Incluso ahora, dudaba. No tanto su amor por él, sino si se lo merecía, dado su pasado, sus demonios. Pero tenían una eternidad para amarse. Sin embargo, Rain no dio un momento por sentado. Para demostrar su inconmensurable deseo y amor por él, ella se acurrucó más cerca y tomó su longitud erecta aún más profundo con un giro elegante de sus caderas. Valerius jadeó y flexionó las nalgas en reacción, apretando la cabeza hinchada de su pene contra su lugar de placer.

Rain inclinó la cabeza hacia atrás y cedió a la presión constante que se acumulaba en su interior. Mientras él continuaba flexionándose en ella lenta y metódicamente, ella luchó por mantener la coherencia.

— No he perdido todo mi regalo, — dijo mientras su cabello fluía sedoso sobre sus cuerpos como manos acariciantes. — Como dije, tienen una mente propia. — Ella sonrió ante el sonido de su gemido impotente cuando su *zhen* encontró y se insertó en sus zonas erógenas.

— No juegas limpio, — él ronroneó roncamente junto a su oreja, mordisqueando suavemente el lóbulo. — ¿Cómo puedo complacerte tanto como tú a mí?

Ella acarició su amplia espalda mientras él se movía lentamente hasta que ella estaba directamente debajo de él, con las piernas entrelazadas sobre sus caderas.

— Pero tu placer es mi placer, — suspiró cuando él comenzó a acelerar sus embestidas. — Puedo sentir todo lo que sientes como si fuera mi propio cuerpo a través de la conexión del *zhen*. En este momento tu corazón late más rápido, como el mío. Tu sangre bombea vigorosamente por tus venas, especialmente aquí.

Ella rozó el lugar donde se unieron, alisando la yema del dedo pulgar contra la raíz de su vara mientras él bombeaba con fuerza dentro y fuera. La exquisita fricción de su toque y el apretón interno de su núcleo caliente y húmedo empujaron a Valerius cada vez más cerca del borde. Pero usó su control de hierro para contenerse, prolongando su placer.

— Puedo sentir tus testículos tensarse, — continuó susurrando contra su garganta y extendió una mano para ahuecar su saco, arrancando un gemido gutural de sus labios. — Puedo escuchar tu sangre cantando, tu temperatura subiendo, tu pulso acelerándose.

Apretó los muslos a tiempo con sus empujes, magnificando la fricción, diez veces las sensaciones devastadoras. Amasando sus testículos con la cantidad justa de presión, en los lugares más perfectos, ella continuó inexorablemente:

— Tu semilla está pulsando en ondas nutritivas a través de ellos, hacia tu virilidad, haciéndola aún más gruesa, más larga, más dura... y luego — Ella hundió los colmillos en la vena de su garganta y chupó con fuerza.

En mí.

Valerius gritó involuntariamente cuando su cuerpo se tensó y se hizo añicos ante su orden, llenándola con su sangre, su fuerza vital en tragos interminables. Se estremeció tanto por el orgasmo alucinante que pensó que podía escuchar sus huesos rompiéndose, sus tendones rompiéndose. Pero no hubo dolor. Solo existía la felicidad inimaginable de su rendición. Y parecía ser para siempre, oleadas tras oleadas de éxtasis. Todo el tiempo, ella lo apretó con fuerza, atrapada en su propia liberación, canalizando la blanca energía caliente hacia él. El placer que ella le devolvió fue igual de devastador, y él lo absorbió todo con avidez.

Cuando los estremecimientos y el hormigueo finalmente disminuyeron como las mareas menguantes después de un tsunami, Valerius rodó con ella hasta que lo cubrió como una manta. Sin embargo, ella se negó a dejar que él abandonara su cuerpo y apretó sus muslos para mantener su longitud dentro de ella. A pesar del agotamiento hasta los huesos y el

fuerte dolor de sus músculos, especialmente de ese músculo en particular, Valerius gustosamente obedeció su voluntad.

No podía negarle nada. Nunca más.

Ella se apartó de su garganta y lamió las dos pequeñas heridas punzantes cerrandolas. Levantando un poco la cabeza, se inclinó para besar su boca dulcemente, sin prisa, metiendo la lengua dentro, mordisqueando sus labios carnosos y anchos. Valerius ahuecó la parte posterior de su cabeza con su mano grande y profundizó el beso. A pesar de haber llegado al clímax, y por enésima vez, además, la quería de nuevo con una urgencia y una pasión que lo asombraban. No podía tener suficiente de ella. Nunca tendría suficiente de Rain.

— Serás la muerte para mí, — murmuró contra su boca regordeta y húmeda, — pero será una manera maravillosa de morir.

Rain se rió con alegría y se retorció juguetonamente contra él, haciéndolo silbar ante el pico de placer, agudizado por el dolor de su sexo. Él comenzó a acariciarle el pelo largo y sedoso de nuevo, maravillado por la masa brillante. Una vez más, pensó en todo lo que había perdido, a pesar de sus advertencias de lo contrario.

— ¿Resentiras algún día tu sacrificio?, — Espetó a pesar de sí mismo, y deseó de inmediato poder recuperar sus palabras.

Ella asomó la cabeza por los brazos para mirarlo a los ojos, llena de vulnerabilidad y culpa.

— No hice un sacrificio, — respondió solemnemente, con firmeza. — La Diosa me dio una opción: continuar como la Sanadora de los Puros, sola sin ti, o tomarte como mi Compañero Eterno. Realmente no fue una elección. Te amo mucho más que cualquier llamado, cualquier regalo. Y cualquiera que haya conocido, Valerius.

Ella lo besó con ternura y anhelo como para hacer su punto, y él le devolvió el beso con todo el amor y la ferocidad en su corazón.

— Y además, — dijo ella, retrocediendo un poco para recuperar el aliento, mirándolo con su sonrisa de Mona Lisa, — todavía puedo ser una sanadora si así lo elijo. El conocimiento y la experiencia que he acumulado me convertirían en la mejor médico del mundo. Tengo la intención de mantener mi clínica y estudiar cirugía. No había necesidad de aprender procedimientos médicos humanos antes, mi *zhen* se encargaba de todo. Pero estoy empezando a darme cuenta de que el

avance quirúrgico humano ha progresado más de lo que nunca pensé que fuera posible. Con micros y láser y tratamientos de fibra óptica similares a los que solía lograr con mi *zhen*, tal vez realmente no necesitamos un sanador oficial en el sentido tradicional. Quizás podríamos tener varios sanadores entrenados en la fisiología de los Puros y la tecnología humana. Tal vez incluso pueda ayudar con la capacitación mientras aprendo nuevas técnicas yo misma.

Valerius estaba asombrado e impresionado más allá de las palabras por la pasión y el empuje de su compañera. Ella era el ser más increíble, asombroso y hermoso que había conocido. Ella había calmado su dolor, físico, emocional, espiritual. Ella le había salvado la vida con su valiente amor. Ella estaba limpiando, rejuveneciendo, lloviendo alegremente. Su pura lluvia curativa.

— ¿Qué le dijiste a la Diosa cuando vino a ti? — Valerius no pudo evitar su curiosidad.

Rain se acurrucó cerca y dejó que sus extremidades se volvieran líquidas contra el calor de su cuerpo. Inhalando profundamente su aroma almizclado e intoxicante, murmuró mientras comenzaba a quedarse dormida:

— Eso es entre la Diosa y yo. Basta decir que estás atrapado conmigo por el resto de la eternidad, mi *airen*

EPÍLOGO

Han pasado casi tres meses desde que enfrentamos fuerzas contra los "malvados".

Quienesquieran que sean.

Terminé mis exámenes finales y estoy en mi primer día de vacaciones de invierno. Creo que he superado todas mis clases, excepto la clase de estadísticas de mi plan de estudios requerido.

Cómo odio las matemáticas.

Estaré agradecida si paso. No hay ambiciones para un puntaje alto allí. No estoy delirando sobre mis habilidades numéricas, o la falta de ellas. ¡Por favor Diosa, déjame pasar! Realmente no quiero soportar otro semestre con el mismo tipo de tortura. Después de todo, si lo apruebo, tendré la contabilidad financiera que me espera. ¿No es suficiente el castigo?

Han sucedido muchas cosas durante estos meses. Hemos trasladado el Escudo a una nueva ubicación. No puedo decirte dónde. Tendría que matarte si lo hiciera. Pero aquí hay una pista, estamos ocultos a la vista, en la torre de cristal más hermosa de la ciudad de Boston. No más túneles subterráneos esta vez. Nuestra última ubicación tardó diez años en construirse de manera adecuada, secreta y costosa desde lejos, mientras aún vivíamos en París.

Afortunadamente, el semental de Cloud no tiene miedo a las alturas, ya que no parecía estar peor por el desgaste durante el largo vuelo aquí



y finalmente se instaló en sus establos cuarenta pisos sobre el suelo. Sin embargo, ha tenido una clara aversión por la Hayabusa de Valerius. A menudo encontramos montones de estiércol cerca de las ruedas y lo que solo puedo deducir es saliva en el asiento.

Creo que el semental ve a la Hayabusa como una competencia.

Sus maestros, sin embargo, parecen perfectamente cómodos el uno con el otro. Hubieras pensado que eran amigos íntimos por como Valerius bromea con Cloud, como nunca lo había hecho con ninguno de los otros Élites.

Pero el Protector ha cambiado dramáticamente en general. Es más tolerante con todos nosotros, más cariñoso también. Me sorprendí con algunos abrazos, probablemente porque soy la más fácil de sorprender. Al principio pensé que estaba intentando hacer una maniobra abreviada de Heimlich o tal vez una nueva forma de entrenarme para escapar de las garras enemigas, envolviéndome con esas inquebrantables bandas de acero que él llama brazos.

Pero luego me di cuenta de que solo me estaba abrazando. A veces sin razón alguna.

Debo decirte que *adoro* este lado de Val. ¿No lo consideré demasiado nervioso y tenso por la falta de liberación sexual? ¿Ves cómo un pequeño golpe y presión finalmente lo soltó? Y ahora que tiene acceso infinito al sexo, al orgasmo y la energía espiritual en su Alma Gemela, Val es un hombre completamente nuevo.

Sin embargo, seguro que a él y Rain les tomó mucho tiempo juntarse. ¡Cielos!

Hablando de la ex curandera real, poco a poco voy superando mi asombro por ella. Por supuesto, siempre me sorprenderá su belleza, inteligencia y talento: es como una *xian nū de la vida real*, una hada mítica de los cielos en el folklore chino. Lo que quiero decir es que la estoy conociendo mejor, así que no siento que un océano de distancia nos separe, ella es una criatura celestial, yo una humilde terrícola.

La he estado ayudando a estudiar para su MCAT, la prueba de admisión a la escuela de medicina. No es que sepa nada sobre medicina, pero sé cómo estudiar para pruebas estandarizadas. Con mis divagantes

antecedentes educativos y la combinación de escuelas en el hogar, escuelas privadas y públicas, he tenido que ser bastante buena fingiendo a través de las pruebas de admisión.

Rain es tan inteligente que pasó el MCAT con gran éxito en el primer intento. Bueno, supongo que dos mil quinientos años de curación fueron útiles de alguna manera. Comenzará en la Facultad de Medicina de Harvard, justo al otro lado del río, en primavera.

En estos días, ella y Val son inseparables. Tal vez sea la etapa de luna de miel, pero de alguna manera lo dudo. Mientras que Tristan y Ayelet tienen una relación tranquila y afectuosa, Valerius y Rain tienen un vínculo intenso y apasionado. Supongo que el verdadero amor toma muchas formas diferentes para diferentes parejas.

Wan'er tiene las manos llenas al ritmo de la floreciente clínica en Chinatown. Ella y Rain comparten los deberes de la clínica de los Puros en nuestra nueva base. Con tanto que hacer, no parece perder su papel anterior como doncella. Pero debo decir que casi parece demasiado obsesionada con el trabajo. De todos, ella tomó la muerte de Xandros con más fuerza, encerrándose durante días. No me aventuraré a adivinar lo que pasó entre ellos: ella no ha compartido su dolor con nadie.

Todavía estamos buscando pistas sobre nuestro enemigo, el hermoso vampiro que causó tanta destrucción y devastación, pero es como si él / ella hubiera desaparecido en el aire. Honestamente, no sé cómo llamar al vampiro. Todavía no sé si es hombre o mujer. Aparentemente, nadie lo sabe, especialmente después de que Dalair se sumó a la confusión al compartir que fue testigo de que la criatura transformó su figura en diferentes personas.

No tenemos idea de con quién o con qué estamos tratando. Es prácticamente inaudito que un vampiro o un Puro tengan tales habilidades. Ojalá Orión estuviera aquí para ayudarnos a confirmarlo, pero tal como está, Eveline se ha hecho cargo de sus deberes, tratando de construir una base de conocimiento rudimentaria de la larga, *larga* historia de nuestra raza. Lo que es peor, una cuarta parte de los tomos en la biblioteca han sido destruidos en el ataque. Eveline también tiene la tarea de encontrar el reemplazo de Orion. No es sorprendente que haya estado arrastrando los pies sobre eso.



No tenemos prisa. Ella encontrará a la persona adecuada cuando llegue el momento.

Mientras tanto, Seth sigue estando MIA¹⁷. No sabemos su ubicación ni cuándo volverá. Además de las noticias ocasionales de sus proyecciones, no se mantiene en contacto regular.

Bueno, adivinamos dónde está. O más bien, con quién está. La Reina Vampiro no enviaría su guardia personal en nuestra ayuda por nada. Seth es el mejor negociador que conocemos. Puede negociar las lágrimas de una piedra. Pero estoy bastante segura de que Jade Cicada no es agresiva. Me pregunto qué acordó dar el cónsul a cambio de su apoyo...

Seguimos esperando pacientemente su regreso. Ninguno de nosotros quiere contemplar que no lo hará. Ayelet está ejecutando a medias las mociones para buscar su remplazo, pero encuentra fallas en cada candidato potencial, incluso sin una verificación exhaustiva de antecedentes. Lo atribuimos a sus oleadas hormonales, pues de maravillas en maravillas, ¡La Guardiania está embarazada!

Francamente, yo ni siquiera sabía que los Puros podían tener hijos. Hay rumores, y algunos se han documentado en los Pergaminos del Zodiaco, pero quiero decir, con tan pocas parejas apareadas y un equilibrio preciso de almas puras que entran y salen de este mundo, la concepción es tan rara que se ha convertido en un mito.

Tal vez la Diosa está equilibrando nuestras pérdidas, las pérdidas de nuestra raza en su conjunto en los últimos años, a través de este milagro. Es solo una alma, una persona, pero la alegría que él o ella traerá nos elevará a todos. También les da a Valerius y Rain la esperanza de que ellos también puedan tener su propio pequeño.

Mucho sexo en nuestro nuevo Escudo, puedo decirte eso.

No me sorprendería si Aella y Cloud son los siguientes. Incluso yo, con mi inocencia virginal adolescente, puedo decir que mi mejor amiga anhela obtener un pedazo del trozo de guerrero. Ella ha estado persiguiendo sus talones implacablemente en los últimos meses. Aella es como un torbellino (de ahí su nombre, que significa exactamente eso). Me da pena

¹⁷ MIA: missing in action. Desaparecido en acción.

el hombre que intente negarse a dejarse llevar por su pasión y energía. Ella no acepta un no por respuesta.

Suspiro. Si tan solo tuviera mis propios asuntos resueltos.

Ere dejó una nota en mi casillero de la escuela el jueves que regresé a clase. Estaba de nuevo en un período de investigación, esta vez en Siberia de todos los lugares. Y no regresaría hasta el año nuevo. Para mi regalo de Navidad, me dejó las llaves de su apartamento y una invitación para que me quedara allí cuando quisiera, ya sea para leer libros de su enorme biblioteca o simplemente para tener un poco de privacidad, un poco de tiempo personal lejos de mis "Compañeros de cuarto".

Estoy agradecida más allá de las palabras. Ojalá le hubiera dicho cuánto lo extrañaba la última vez que nos vimos en clase. Curiosamente, no me siento sola. A veces, incluso le hablo en mi mente. Es como si llevara parte de su espíritu dentro de mí, como si estuviéramos conectados sin importar dónde estemos en el mundo.

En contraste, mi relación con Dalair continúa deteriorándose. Se ha sacado completamente de la rotación de mi guardia, a pesar de que solo hay cinco Elite en este momento. Aella está trabajando con Ayelet para reclutar al sexto. Pero ha sido difícil porque la guerra con el demonio vampiro que convirtió y sacrificó a tantos Puros de clase guerrera. Puede ser más fácil entrenar a cien nuevos reclutas que encontrar otro antiguo guerrero como Cloud.

Dalair está obsesionado con encontrar al demonio vampiro que me capturó. Es como un hombre poseído, sale temprano en la mañana, regresa tarde en la noche, busca pistas, pelea. Debido a que hemos cesado la caza nocturna de vampiros rougue por el momento (ha sido bastante tranquilo en estos días con la Horda del Norte eliminada y nuestra antigua némesis derrotada), no tiene salida para su furia acumulada y la creciente necesidad de venganza.

Me recuerda a un animal herido al borde de la locura por su dolor insoportable.

No sé cómo ayudarlo, ya nunca más me deja acercarme a él. Apenas intercambiamos dos palabras en las últimas semanas. Deseo con todo mi corazón poder aliviar su dolor. Siento pena por cada cosa desagradecida y mala que le he dicho.

Pero se ha vuelto inalcanzable. Quizás incluso más inalcanzable de lo que alguna vez fue Valerius. Ojalá supiera su historia. Ojalá supiera su pasado. Con ese conocimiento, tal vez pueda comenzar a comprender más sobre este guerrero misterioso y embrujado.

Pero ya saben lo que dicen...

Hay que tener cuidado con lo que se desea.

FIN



CLOSARIO

- ☉ **Despertar:** prueba de coraje y fuerza de espíritu que lleva al sujeto a su Don, un poder sobrenatural, si él / ella pasa la prueba.
- ☉ **Ritual de vinculación:** ceremonia simbólica mediante la cual un Puro promete su devoción a su Compañero Eterno, o cuando el Sanador se une con su Consorte. La promesa vinculante, entregada por el Maestro de Ceremonias, contiene los siguientes versos:

En la oscuridad y en la luz, en la vida y en la muerte
Dos almas se unirán para compartir un camino
Con corazón y mente, y cada respiración.
Se convierten en el presente y el pasado del otro
Lo que depara el futuro solo la Diosa lo puede ver
Pavimentado por las elecciones que ambos harán
Paso a paso hacia tu destino
El Lazo Eterno que ninguno romperá

- ☉ **Regla cardinal:** Ley sagrada número tres, no debes tener relaciones sexuales con alguien que no sea tu compañero eterno. Ver las leyes sagradas.
- ☉ **Caballero:** una combinación de guerreros puros y humanos que se erigen como la primera línea de defensa contra el aumento de las hordas de vampiros y la amenaza humana.

- ☉ **Los Elegidos:** seis guardias reales de la Reina Vampiro con sede en Nueva York.
- ☉ **The Circlet:** cinco miembros del consejo interno real de la Reina Pura.
- ☉ **Consorte:** Compañero temporal para la Sanadora designada de los Puros. Durante treinta días durante el Ciclo del Fénix, el Consorte proporcionará la Alimentación para suministrar la reserva de energía de la Sanadora durante los próximos diez años. Ver El Ciclo del Fénix y la Sanadora.
- ☉ **Cove:** base del nido de vampiros con sede en Nueva York, con dominio sobre los territorios de Nueva Inglaterra en los EE. UU.
- ☉ **Declive:** condición en la cual el proceso de una fuerza vital de los Puros se agota después de que él / ella se enamora, pero no recibe el mismo amor a cambio. El Puro declina y su cuerpo se descompone lentamente, dolorosamente en el transcurso de treinta días, lo que finalmente conduce a la muerte a menos que su amor sea devuelto en la misma medida.
- ☉ **Los Doce:** ver Zodiaco Real.
- ☉ **La élite:** seis guardias personales reales de la Reina Pura.
- ☉ **Compañero Eterno:** el compañero destinado a un alma determinada. Cada alma solo tiene un compañero a través del tiempo, a través de varias encarnaciones de la vida. Cita de los Pergaminos del Zodiaco que describe el vínculo: “Su cuerpo es el título de la vida. Su energía es el sustento del alma.”
- ☉ **Caída / Caído:** proceso o condición de un Puro que infunde a su pareja con fuerza vital a través de relaciones sexuales en el acto de enamorarse. Si el amor no se devuelve en igual medida, el Puro entrará en Declinación y morirá dentro de treinta días.
- ☉ **Regalo:** poder sobrenatural otorgado a los Puros por la Diosa. Por lo general, una mayor capacidad física o mental, como la telequinesis, la fuerza sobrehumana y la telepatía.



- ☉ **La diosa:** ser supernatural a quien se le atribuye la creación de los Puros. Ella es una deidad a la que se dedican los Puros. Ella protege el equilibrio universal.
- ☉ **Sanadora de la raza:** el único Puro con el don de curar a otros, incluso traer personas de la muerte en algunos casos raros. La Sanadora es típicamente una mujer Pura, y ella requiere el Alimento de un Consorte para proporcionarle suficiente energía para sanar a otros. Ella selecciona a su Consorte a través del Rito del Fénix y obtiene el alimento durante el Servicio del Ciclo del Fénix de treinta días. El vínculo entre La Sanadora y Consorte es la única excepción a las Leyes Sagradas.
- ☉ **Nido:** sociedad de vampiros con una matriarca, la Reina, a la cabeza.
- ☉ **Horda:** pequeños grupos de vampiros sin Reina, típicamente compuestos de rougues que se unen para facilitar la caza.
- ☉ **Jade Lotus Society:** sociedad de mujeres dedicadas a las artes curativas.
- ☉ **Alimentación:** la fuerza que las hembras Puras apareadas toman del cuerpo y la sangre de los machos Puros. Una vez apareada, la mujer Pura se vuelve dependiente del hombre Puro para mantener su vida. Si su compañero muere antes que ella, ella también perecerá. En el mismo intercambio, la hembra Pura proporciona sustento. Ver también Sustento.
- ☉ **Orbe de profecías:** orbe que aprovecha los poderes de precognición, interpretados o canalizados a través del Vidente.
- ☉ **Ritual de enlace del Fénix:** ceremonia de enlace entre La Sanadora y El Consorte. Similar al vínculo entre un Puro y su compañero eterno. La diferencia es que la unión entre La Sanadora y el Consorte es temporal, sin ninguna promesa de futuro. Ver también Ritual de vinculación.
- ☉ **Ciclo del Fénix:** período de treinta días en el que la Sanadora rejuvenece sus poderes a través de su Consorte elegido. El Consorte se convertiría en su única fuente por el tiempo que fuera necesario y le proporcionaría la reserva que necesitaría para desempeñar su papel de Sanadora de los Puros durante los próximos diez años.

- ☉ **Compañero Fénix:** otro nombre para el Consorte de la Sanadora. El compañero temporal de la Sanadora. Ver también Consorte y Sanadora de los Puros.
- ☉ **El Puro:** ser sobrenatural que es eternamente joven, típicamente dotado de sentidos o poderes elevados llamados el Regalo. En posesión de un alma pura y bendecida con más de una oportunidad de vida por la Diosa, elegida como una de Su raza inmortal que defiende el Equilibrio Universal.
- ☉ **Rito del Fénix:** proceso por el cual, cada diez años, la Sanadora de la Raza elige un nuevo Consorte.
- ☉ **Ritos de Pasaje:** prueba de tres días en la que seis machos puros no emparejados y elegidos se someten a tres pruebas finales para postularse como Consorte de la Sanadora. El primer día pone a prueba la fuerza y vitalidad de los machos puros. El segundo día prueba su resistencia al dolor y la capacidad de curar. El tercer día prueba su compatibilidad sexual con el Sanador.
- ☉ **Rougue:** vampiro solitario que no pertenece a una sociedad de vampiros organizada ni a Hive.
- ☉ **El Zodiaco Real:** colectivo de doce miembros de Elite, Circlet y la Reina de los Puros.
- ☉ **Leyes Sagradas:** Primero, protegerás la pureza, inocencia y bondad de la humanidad y el Equilibrio Universal al que contribuyen todas las almas. Dos, mantendrás el secreto de la Raza. Y tres, no tendrás relaciones sexuales con alguien que no sea tu compañero eterno. También conocido como la regla cardinal.
- ☉ **Santuario:** asiento físico o residencia de la Sanadora durante el tiempo que preside la Jade Lotus Society.
- ☉ **Servicio:** el contrato entre la Sanadora de los Puros y su Consorte. La provisión de alimento del Consorte a la Sanadora durante el ciclo de Fénix de treinta días.
- ☉ **Escudo:** referido como la base del Zodiaco Real, donde sea que esté. No es necesariamente una ubicación física.

- ☉ **Sustento:** la fuerza que los Machos Puros Apareados toman del espíritu de las Hembras Puras. Una vez apareado, el hombre puro se vuelve dependiente de la mujer Pura para mantener su vida. Si su compañera muere antes que él, él también perecerá. En el mismo intercambio, el hombre Puro proporciona alimento. Ver alimento.
- ☉ **Equilibrio universal:** orden subyacente que es esencial para la continuación del tiempo. La idea de que todo existe en ciclos o pares: el bien y el mal, la oscuridad y la luz, el pasado y el futuro, lo correcto y lo incorrecto, lo masculino y lo femenino, la vida y la muerte, etc. La interrupción de este equilibrio conduce a la destrucción, el caos y, finalmente, La implosión del tiempo y el espacio.
- ☉ **Vampiro:** ser sobrenatural que prefiere vivir en la noche y que reúne energía y prolonga su vida alimentándose de la sangre y, a veces, de las almas de los demás. Los vampiros están hechos, no nacen. Algunos vampiros son Puros que han elegido la Oscuridad en lugar de la muerte después de que rompen la Regla Cardinal. Ver también Glosario en *Dark Longing*.
- ☉ **Profecías del zodiaco:** eventos por venir, predichos por el Vidente de los Puros a través del Orbe de las Profecías.
- ☉ **Pergaminos del Zodiaco:** eventos pasados, registrados por el Escriba de los Puros.